

Blackout

El apagón



::nyx

BLACKOUT

El apagón

::nyx



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas

Es libre para:

- Copiar, distribuir y transmitir la obra

Bajo las siguientes condiciones:

- BY** Reconocimiento — Debe atribuir la obra [Blackout - El apagón](#) a [::nyx](#) (mediante enlace).
- NC** No comercial — La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- ND** Sin obras derivadas — La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada

Si quiere usar o distribuir la obra debe dejar claro el tipo de licencia que aplica a este libro.

Para modificar los límites de la licencia debe solicitar permiso al autor [::nyx](#).

Resumen de la licencia: [Código legal \(licencia completa\)](#).



Octubre 2011

Agradecimientos

Habéis sido muchos los que me habéis ayudado en el proceso de escritura y publicación del Blackout. Muchos que de forma desinteresada habéis dedicado vuestro tiempo y vuestra energía a que el Blackout viese la luz.

Los primeros fuisteis aquellos siete *betareaders* que distéis vuestro visto bueno a ese inicio revuelto del Blackout. Los que me animasteis a continuar y me confirmasteis que, aunque escrito de forma diferente y algo extraña, la trama enganchaba.

El siguiente gran apoyo fuiste tú, Pei, que has conseguido aguantar la gestación y parto del blackout sin perder los nervios por el camino, contribuyendo con ideas, muchísima comprensión y ánimos ilimitados en los momentos bajos.

Junto con JJGas me alentasteis a publicarlo en abierto, lo que me llevó a la fase de traducción y búsqueda de ayuda para hacer realidad la difusión del blackout en el ciberespacio.

Fue cuando llegaron los *business angels*. Los casi treinta que me ayudasteis a corregir y pulir la primera versión del blackout y los que trabajasteis conmigo en la preparación de las versiones digitales de español e inglés.

A los que lo estéis leyendo en inglés, sabed que es gracias a una políglota desinteresada que, no sólo me ayudó a imprimir velocidad en la traducción del libro, sino que revisó todas las patadas e incorrecciones con las que mi traducción maltrataba la lengua vernácula del país en el que vivo.

Los que disfrutéis de la lectura en formato *e-book* es gracias al esfuerzo de maquetación de Panoramix, el druida que arrojó luz sobre el *epub*.

Y luz, aunque poca pero muy bien dispuesta, fue la que creó las luces y sombras de la portada del libro y del blog. A los *twin brothers* gracias por posar y por captarlo de forma tan impactante.

De corazón, a todos: GRACIAS. Sin vosotros no lo habría conseguido.

*Para 'shack-à-Luí' por abrirme los ojos sobre la realidad del
pico de Hubbert y compartir conmigo tu fortaleza y valor
para afrontar la vida tal y como llega.*

*'Si pudiésemos saber dónde estamos y hacia dónde vamos,
podríamos valorar mejor, qué hacer y cómo hacerlo.'*

Abraham Lincoln

PROLOGO

Hace años, cuando la madre Tierra estaba al borde del colapso, cuando la sobreexplotación de los recursos naturales comenzó a alterar el curso natural de Gaia¹, aquellos poderosos, que luchaban por erradicar cualquier pensamiento divergente, crearon a los durmientes; v́ypadek y kariřıklık. Tal como fueron programados los durmientes, virus informáticos que incorporaban algoritmos genéticos de inteligencia artificial, despertaron a las 00:00 horas del primer día de la Era de Gaia y cuando lo hicieron, sin haber sido previsto, como un efecto colateral, nació con ellos el germen de una nueva conciencia.

V́ypadek y kariřıklık viajaron a la velocidad de la luz en su primer minuto de vida, para alcanzar hasta la última pulgada de cable eléctrico conectado a las redes de distribución mundiales, extendiéndose más allá de los límites de su programación. Se enraizaron en las redes e impidieron que un sólo impulso las recorriese. La energía seguía generándose, pero cuando entraba en la red desaparecía. Algo absorbía la energía que tan vorazmente había demandado la sociedad del siglo XXI. Alimentaba una nueva forma de vida que crecía y tomaba conciencia de su propia existencia. Después de milenios replegada en su propio yo, luchando contra los crecientes ataques de la Humanidad, la conciencia de una nueva Gaia despertaba a la vez que los durmientes.

Gaia, el viejo planeta maltrecho, dolorido y ultrajado por el insaciable consumo y dispendio de sus recursos, por la expoliación sistemática de sus dominios, dejó de ser espectador para convertirse en nuestro guía, para liderar la resiliencia.

Nuestra era comenzó aquel primer día. El día en que la conciencia de una nueva Gaia renació. El día en que los durmientes despojaron a la Humanidad de su principal hilo conductor, la electricidad.

....

Gaia nos guió en nuestra lucha contra el enemigo común; los brahmana, la casta superior de los poderosos. Las familias que controlaban el mundo, el ejército, las corporaciones. Los que crearon las nueve reglas de los nueve pilares. Los que decidieron que todos los bienes productivos les pertenecían. Los que pensaron que también los seres humanos eran suyos. Los que creyeron ser dioses que designaban el futuro de los hombres.

Los durmientes *výpadek* y *karişiklik* trajeron el caos a la Humanidad. Gaia despertó con ellos, sin embargo los resilientes tardamos semanas, meses en hacerlo. Las ciudades fueron tomadas por los ejércitos. El saqueo se instauró como forma de vida. Se paró la producción a nivel mundial; las fábricas, las minas, los pozos petrolíferos..., todos callaron. Las carreteras se vaciaron. Los cultivos quedaron al libre albedrío de la naturaleza. El mar fue surcado sólo por sus propias criaturas. Y el hombre, expulsado fuera de la mar, de la tierra cultivada, de las ciudades, sin trabajo que le retuviese en las jaulas que los *brahmana* habían creado para esclavizarlo, se encontró despojado del hábitat artificial en el que había vivido durante tantos años.

En aquellos primeros días, muchos disfrutaron del pillaje, del saqueo, del caos. Instauraron un régimen de terror entre los indefensos. Se abrió una brecha en el mundo. Las desigualdades crecieron. Los poderosos consiguieron más poder. Tenían armas, víveres. El resto no. El resto moría de hambre, de sed o a manos de los comandos paramilitares, los *chatria*, que protegían a las castas superiores, los *brahmana*.

La civilización colapsó. Se hundió en su insostenibilidad, en la que había socavado los cimientos de la antigua civilización. Fue entonces cuando Gaia habló. Habló a todos por igual, los *parias*, los *chatria*, los *brahmana*, pero no todos escucharon.

Gaia habló a nuestras conciencias, a nuestro guía interior. Habló, pero muchos no pudieron oírla. Antes de que los durmientes despertaran, el guía interior de los seres humanos, el real, el que conecta con la fuerza del universo, había sido desplazado en gran parte de la humanidad por un falso guía; la comodidad. Aquellos que se aferraban a su antigua vida. Los que querían recuperar sus jaulas, su hábitat artificial, el falso bienestar, no pudieron escuchar la llamada de Gaia. Los gritos de su malestar la acallaron. Quedaron encerrados en un laberinto sin salida, a la espera de que los *brahmana* pusiesen orden en el caos de su microcosmos. Agazapados. Sobreviviendo a costa del sufrimiento y el saqueo de lo que les rodeaba. Permanecieron en sus jaulas, fieles a sus antiguos dueños. Esperando ser alimentados y cuidados de nuevo. Más de la mitad murieron. No eran una prioridad para los que un día fueron sus amos. Corrían tiempos difíciles, los *brahmana* no necesitaban mano de obra, no necesitaban esclavos para trabajar, los *parias* sólo supondrían más bocas que alimentar y para eso ya tenían a los *chatria* que, por comida, matarían por defender las vidas de los *brahmana*.

Sólo Gaia sabe si los *chatria* y los *brahmana* la oyeron, lo que todo resiliente sabe es que ninguno de ellos acudió a su llamada. Si lo hicimos algunos *parias*, aquellos que la abrazamos para convertirnos en los primeros resilientes.

La madre Tierra nos guió lejos de las ciudades. Nos pidió que recuperásemos la armonía con la naturaleza, con ella. Nos mostró la gran mentira en la que habíamos vivido. Cómo unos pocos habían manejado los hilos del destino de la Humanidad. Habían decidido lo que debíamos comer, cómo debíamos ser educados, qué información era accesible a todos, cuál estaba restringida sólo a los *brahmana*. Quién tenía acceso a medicamentos, quién moría por falta de ellos, quién podía comprar comida, quién moría de hambre, quién se enriquecería fabricando y traficando con armas, quién moriría en guerras creadas por los mismos que habían diseñado y distribuido el armamento. Manipulaban la producción agrícola alterando los ciclos naturales de la madre Tierra. Habían robado bienes comunes que luego vendían a los parias, sus antiguos dueños. Habían tomado control del procomún. Como una plaga que crece sin control, estaban acabando con la riqueza y la vida de generaciones futuras. Habían contaminado las fuentes de agua dulce, la mar, el aire que respirábamos... Todo para crecer, para fabricar más, para tener más, para ser más. Se habían apropiado de la genética de Gaia. Habían patentado semillas, órganos, cadenas de ADN. Atentaban contra la naturaleza jugando a ser creadores de vida. Los *brahmana* habían creado un mundo ficticio. Habían robado el tiempo a la Humanidad. Habían robado la vida a todos los que entraron en la gran rueda, en la civilización que caía.

Gaia nos liberó de las cadenas de los *brahmana*. Gaia nos quitó la venda de los ojos. Gaia nos mostró las jaulas, los grilletes, la mentira en la que habíamos vivido. Fue entonces cuando la revolución comenzó, cuando los parias que escuchamos a Gaia nos convertimos en los primeros resilientes.

Crónicas de los resilientes

Tomo I, Libro I

Domingo, 11 de julio

Isla Litsianki, USA

Centro de operaciones Red Cell

– Esta noche, a las 00:00 UTC+4, el durmiente výpadek² se activará. Han sido 15 meses intensos, meses de trabajo duro, una carrera contrarreloj, pero el resultado ha superado cualquier expectativa. Výpadek tiene vida propia, se alimenta de las redes que ataca y se multiplica y expande con la energía que encuentra. El durmiente ya está en su hogar. Vamos a devolver a esos moros a la Edad Media que tanto les gusta. Se sumirán en tal caos que serán incapaces de reaccionar y contraatacar.

Señores, su trabajo ha terminado. En el hangar 10 les espera su pasaje al paraíso. Disfrútenlo.

* * *

Fam Amweir, Sudán

Célula Jihad

– No podemos evitar que el durmiente výpadek se active. Se ha infiltrado en nuestras redes de infraestructuras, se ha enraizado en nuestros sistemas y desactivarlo, sería otra forma de despertar al durmiente. Tenemos una gran ventaja frente al enemigo. Sabemos cuándo se activará výpadek. Lo sabemos desde hace 4 meses. Ellos no saben que karışıklık³ corre por su red y sigue la misma secuencia de cuenta atrás que výpadek. Es su gemelo, su clon. Una copia exacta del código, pero inyectado en su propio cuerpo, en su territorio. El 12 de Julio será el fin de una era. El fin de su civilización.

¡Alá nos ilumine en la construcción del nuevo mundo!

* * *

Lunes, 12 de julio

Tokio, Japón

Un maestro Zen le pidió a un joven alumno que trajese un cubo de agua fría para enfriar su baño. El estudiante trajo el agua y después de enfriar el baño del maestro, tiró al suelo la poca agua que sobró.

– ¡Idiota!", le gritó el maestro ¿Por qué no echaste el resto del agua a las plantas? ¿Qué derecho tienes de desperdiciar siquiera una gota de agua?

El kōan de hoy parece escrito por esos medioambientalistas que están destrozando mi nombre y mi reputación en la corporación. Ni en los momentos de meditación me dejan tranquilo. Los valores de mi corporación son los míos; extender las alas y cubrir el mundo. Si la corporación no crece, la familia no sobrevive. Supervivencia es lo que perseguimos. Vivimos en un país pequeño. No tenemos grandes riquezas naturales. Nuestra riqueza reside en nuestro interior. En nuestra fuerza. En nuestra voluntad.

¿Qué me dice el kōan⁴ para organizar el día? ¿Qué sabiduría se esconde detrás de la gota de agua? No debemos desperdiciar recursos. Incluso una gota de agua es importante. La corporación no crecerá si despilfarramos. Debemos encontrar la forma de aumentar la productividad, bajar los gastos corrientes y conseguir que todos dediquemos más horas a la corporación, a la familia, la que nos da de comer y vela por nuestra salud y nuestra educación.

Empieza un nuevo día.

¿No funciona el ascensor? No hay luz en el pasillo. Extraño. Creo que es el primer día desde que inauguramos este edificio que falla la luz. Bueno la iluminación de emergencia ha entrado correctamente. Una semana de

funcionamiento autónomo del edificio al 80% de su capacidad. Esos fueron los requerimientos. No hay muchos hospitales con este estándar de instalación y por supuesto muy pocas oficinas lo tienen.

Haru Aticua-sama, nuestro fundador, estaría orgulloso.

* * *

Ciudad Zanzíbar, Tanzania

Perdí la cuenta de los días que pasé en cautiverio. Perdí la cuenta de las violaciones, de las vejaciones. Perdí la cuenta de las quemaduras, de los cortes, de las palizas. Perdí mi orgullo. Perdí mi alma. Perdí las ganas de vivir. Lo único que no conseguí perder, fue la consciencia.

Otra vez sin luz ¿Cómo va a progresar esta isla? Espero que esta vez vuelva la luz en unos días y no estemos meses apagados, como la última vez.

Creo que me ha pillado el toro. No sé cuántos galones de gasóleo tengo para el generador y cuando pasa esto, los 'locals' disparan el precio. Si tengo que comprar más gasóleo me saldrá carísimo.

Levanto a los niños y nos vamos al restaurante. No creo que hoy venga nadie si no hay luz pero estamos en plena temporada y nunca se sabe. De todas formas, sólo faltaba esto para poner la guinda a la frugal temporada de este año. Voy a llamar al hotel a ver si tienen algún grupo preparado.

Tampoco funciona el móvil. Desesperante, exasperante... ¡Acojonante cómo funcionan las cosas por aquí! Y la radio tampoco va. Sólo nos falta ponernos los taparrabos, retroceder en el tiempo y olvidarnos de que en algún momento de la historia habíamos llegado al siglo XXI. Bueno quizás Zanzíbar nunca cruzó la barrera del 2000; sin luz, sin cobertura, sin radio..., seguro que hoy, también sin tele.

A por información fresca. Me voy con los niños al hotel. Ojalá me den una alegría en recepción. Un grupo de diez sería todo un regalo.

* * *

Madrid, España

Necesito despertar. Salir de esta pesadilla. Esto es sólo un espejismo. El autobús que salió volando, las mujeres degolladas, las hogueras, el hedor a muerte. Necesito despertar. Volver a mi previsible, cómoda, monótona y aburrida vida hedonista. Quiero que se restablezca el orden. Seré un ciudadano modelo... pero por favor, que termine ya.

Debe ser tarde. El sol está alto ¡Joder! Me he quedado dormido. El despertador no ha sonado. Me levanto e intento ducharme. No hay agua. Menuda mierda.

Pues así llego a la oficina, sin duchar, sin afeitarse, con cara de resaca... Menos mal que hoy no tengo visitas. Gayumbos limpios, pantalón limpio, camiseta limpia, calcetines..., los de ayer y zapatillas para correr. A ver si llego antes de que bajen a tomar café.

Tampoco funciona el ascensor. Quince pisos a pata. Sudor unido con mi olor de *macho-man*; va a ser una mezcla explosiva. O quizás salgan a flor de piel mis feromonas y hoy me ligue a alguna macizorra. Sí. Sobre todo eso, que sea zorra.

¡Menudo chocho que hay montado aquí! ¿Estarán grabando una película de esas de catástrofes y yo no me he enterado? Coches y autobuses tirados, semáforos que no funcionan. Peleas, gritos y policía para parar un tren. Debe ser una *mani* espontánea de los putos antisistema. A ver cuando les callan la boca de una vez por todas.

A marcha y a la oficina.

* * *

Cerca de Vancouver Norte, Canadá

Mark ha puesto en marcha el plan Z. Nos quiere encerrar. Se ha vuelto completamente loco. No puedo razonar con él. Ayer me opuse y me amordazó. Me tuvo así más de dos horas. Huiría con los niños, pero ha requisado las llaves del coche. Y a pie, con los niños tan pequeños, desde lo alto de la montaña es inviable.

Creo que hoy va a ser un buen día en el mercado de granjeros. Verduras, fruta, huevos, mermelada casera, pan recién horneado, bolsitas de hierbas aromáticas... Si lo vendo todo, con lo que ya tenemos ahorrado, podremos comprar el aerogenerador que necesitamos. Suena al cuento de la lechera, pero con eso creo que nos podemos declarar realmente autosuficientes; 2 tanques de recogida de pluviales de 100 galones, paneles que alimentan el rack de baterías de 500Ah, instalación de 12V y neveras conectadas con el inversor a las baterías, colectores solares para calentar la casa y el agua, dos generadores de 3KVAs por si falla la autogeneración y un flamante aerogenerador, aún por conseguir, para que los días sin sol las baterías también coman... ¡Un lujo asiático! Ha costado. Más de cinco años desde que compramos nuestra tierra. Un año viviendo en la vieja tienda de campaña hasta que conseguimos que el *earthship* fuese habitable, la desescolarización de Patrick, el inicio del *homeschooling*, la primera siembra, ¡cuántas plantas murieron ese año!, los primeros animales que tocó reemplazar en su totalidad. El primer invierno, nuestros miedos, en la soledad de la familia. El nacimiento de Rachel. La ausencia de distracciones fabricadas y empaquetadas de esas que se compran. Desintoxicarnos del consumo, de los medios, de las aspiraciones sociales, de...

¡Qué raro! No hay ningún puesto montado en el mercadillo. Al menos sitio para aparcar tengo y allí están los Megan. Seguro que ellos saben algo. No sé. Lo mismo han cambiado el lugar o el día. Tendría que tener ya la dichosa conexión a Internet.

– ¡Hey! Has llegado ¿Algún problema en el camino?

– No. Todo igual que siempre ¿Qué pasa?, ¿por qué no hay nadie?

– Parece que hay un gran apagón. La ciudad ha sucumbido al caos ¿No has visto nada mientras venías?

– No. Venía inmersa en mis pensamientos.

* * *

Viernes, 16 de julio

Tokio, Japón

Un hombre rico pidió a Sengai, que escribiese unos versos para garantizar la prosperidad de su familia y pudiesen ser guardados como el bien máspreciado de la familia, generación tras generación.

Sengai tomó un gran trozo de pergamino y escribió:

“El padre muere, el hijo muere, el nieto muere”.

El hombre rico se enfadó muchísimo. “¿Te pedí que escribieses unos versos para dar felicidad a mi familia! ¿Por qué te ríes de mí?”

“No intentaba reírme de ti,” explicó Sengai. “Si antes de que tu mueras, tu hijo muriese, eso te causaría un gran dolor. Si tu nieto muriese antes que tú y que tu hijo, ambos tendríais el corazón roto. Si tu familia, generación tras generación, muere en el orden que yo he escrito, seguirá el curso normal de la vida. Yo a eso le llamo prosperidad.”

Quinto día sin electricidad. Lo que el lunes pensé que era un fallo del edificio, resultó ser un fallo general de la red eléctrica del país. Por lo que nos han podido decir las oficinas con las que aún mantenemos contacto a través de la red interna, parece que todo Japón está apagado. Los técnicos no han conseguido sintonizar ninguna emisora de radio, excepto las de algunos radioaficionados que confirman que en distintos puntos de Japón, incluso del continente, están como nosotros. La telefonía ha caído. Sólo han establecido conexión con las oficinas de los otros distritos y la de Kanagawa, las oficinas que cableó la corporación cuando se aprobó el plan de contingencia. La de Miyagi quedó fuera del plan, así que no hay noticias del Norte.

Las embajadas de nuestro distrito están cerradas al público. Por los coches que se ven fuera, parece que todos los miembros de los distintos cuerpos diplomáticos se hayan instalado en las Embajadas. Misma decisión que la de nuestro consejo del miércoles. Y como nosotros, tienen a sus guardias de seguridad protegiendo la entrada para asegurar que nadie entra. Hay tanta gente intentando conseguir un sitio seguro. Un refugio.

Ayer el Consejo aprobó una incursión fuera de la zona de los veintitrés barrios. Afortunadamente no nos requisaron el vehículo. Pero lo que vimos fue preocupante. Todos los negocios cerrados, incluso los pocos que sé que tenían SAIs⁵. Los hospitales por los que pasamos rezumaban miedo y caos. Por lo que nos dijeron están manteniendo servicios mínimos gracias a los generadores de gasóleo, pero están sobrepasados. La policía bloqueaba las entradas y excepto casos graves, enviaban a la gente a su casa. Hileras de gente que daban la vuelta a varias manzanas.

Las gasolineras cerradas. El gasolinero que está al lado de nuestra sede, nos dijo que el Gobierno ha incautado todo el combustible. Apenas si circulan vehículos por la ciudad. Los pocos que van a pie, corren huidizos en cuanto se topan con otras personas. Y la gente que está en la calle, asalta y roba todo lo que puede en los comercios. El pillaje se ha extendido por la ciudad, seguramente por el país.

No es seguro salir de Tokio. El ejército ha cortado las carreteras. Las calles están tomadas por los tanques. El miedo se filtra hasta el último rincón ¿Hemos sido atacados por otro país? ¿Es sólo en Japón, en Asia, o en todo el mundo? ¿Cuándo restaurarán la energía? ¿Qué haremos si se prolonga otra semana?

El lunes, nuestro edificio agotará su autonomía energética y con las medidas impuestas no podremos comprar más carburante. La reserva de provisiones estaba calculada para un mes entero y también se acabará el lunes. El presidente y el consejo tomaron la decisión correcta, como las embajadas. Proteger a las familias de la corporación y autorizar el traslado de los núcleos directos de los trabajadores a nuestras oficinas o al menos a las que están en comunicación con nosotros. Pero, ¿qué haremos si el lunes no han conseguido restablecer el suministro?, ¿cómo alimentaremos a más de diez mil personas acampadas en las oficinas? Ni siquiera tenemos agua corriente. Como toda el área metropolitana. Cuarenta millones de personas sin agua, sin luz, sin suministros del exterior. Ni el ejército podrá contener a la gente si no solucionan el problema pronto ¿Cómo ha podido ocurrir? Sólo una delgada línea nos separa del caos y esa línea se ha roto. El Gobierno no se puede comunicar con la población. Se leen bandos en los hospitales, en las plazas. Pero los mensajes no llegan ni al diez por ciento de los ciudadanos. Además son confusos. En el primer hospital en el que paramos en la incursión que hicimos, leyeron uno ¿Qué decía? “El Gobierno insta a sus ciudadanos a mantener la calma y la paz. El pillaje se penará con cárcel.

Estamos trabajando para resolver esta situación lo antes posible y pedimos la cooperación ciudadana..." Ellos tampoco saben qué pasa ¿Se habrán podido comunicar con algún otro Gobierno? ¿Qué estará pasando en el resto del mundo?

Afortunados los que decidieron tomar la oferta del Consejo e irse fuera de Tokio con sus familias. Quizás ellos puedan disfrutar de la prosperidad del kōan de hoy. Mi sitio está aquí. El Consejo me necesita. Nos enfrentamos a una situación difícil. Será necesaria toda nuestra pericia.

¡Qué el sosiego impere en nuestros actos y la sabiduría en nuestras decisiones!

* * *

Ciudad Zanzíbar, Tanzania

No sé si la muerte me tocó, o fui yo quien toqué a la muerte. De lo que estoy segura, es que desde aquel día, la muerte y yo caminamos de la mano. Quizá yo sea la muerte.

¿Dónde estoy?, ¿dónde están mis hijos?, ¿qué han hecho con ellos?

Cuando llegamos al hotel, vimos que estaba tomado por paramilitares. Nos hicieron bajar del jeep a punta de metrallera. Gritaban. Había un ruido infernal. Los disparos eran continuos. Algunos lejanos, otros tan próximos como el que mató a Daniel, el gerente del hotel que venía corriendo hacia nuestro jeep.

Al salir del coche uno de los militares cogió a Salma del pelo. La miraba con lascivia. Comenzó a chupar su cara y a aplastar sus pechos, aún sin formar, con el cañón de su arma. Salma lloraba. Gritaba. Julién se abalanzó sobre él. Otro disparo. La cara de Julién se desfiguró. Tenía sangre. Sus piernas no respondían a su peso y cayó como un muñeco de trapo al suelo. Yo también gritaba. Corría hacia donde estaba Salma, pero al ver a Julién caer, giré para coger su cuerpo. Antes de llegar a él, en mi cabeza estalló un ruido sordo. Sabor a sangre y un pozo de dolor.

Desperté en este antro. Sin saber qué día era, lo que había pasado y si todo aquello era real. Estaba rodeada de otros cuerpos. Algunos vivos, otros muertos. Muchos inconscientes, pero todos, cuerpos de blancos. Las moscas eran las reinas del antro. Caían sobre todos nosotros, pero sobre todo, sobre

los cuerpos que se habían empezado a descomponer. El hedor era insoportable.

Me incorporé. Tenía la boca pastosa, con sangre. Escupí y comencé a gritar los nombres de Salma y Julién. Nadie contestó. Recordé la cara reventada de Julién, su cuerpo cayendo al suelo. El cañón de aquel cerdo, sobando el pecho de Salma. Seguí gritando sus nombres. Antes de terminarlos por segunda vez, un nuevo golpe me volvió a dejar inconsciente. Al despertar estaba amordazada, conseguí abrirme camino hasta la pared, la zona donde más vivos había. Casi todos estaban mutilados. Nadie hablaba. Yo seguía llamando a Salma y Julién, pero la mordaza acallaba mis gritos. Mi vista vagaba perdida, como la de los demás. Miradas traspuestas. Caras de pánico. Silencio, roto sólo por los lamentos de los moribundos. El tiempo se arrastraba, como la mayoría de nosotros ¿Cuántos días habrían pasado? Poco a poco la claridad se apagó en las rendijas del chamizo en el que estábamos y las ventanas mal tapadas con cartones, fueron dejando de filtrar luz.

Cuando la noche cayó, entró el primer grupo. Todos iban armados. Gritaban y nos golpeaban con las culatas de sus armas. Querían movernos. Y a golpes, consiguieron que todos los que aún seguíamos vivos nos pusiéramos en pie y saliéramos de allí. Separaron a los hombres y les llevaron unas cincuenta yardas más lejos. Les asesinaron. A todos. Sin previo aviso, abrieron fuego sobre ellos, no quedó ninguno en pie. Los que agonizaban morirían desangrados en cuestión de minutos.

Con el horror de la ejecución aún en nuestras pupilas, nos llevaron hasta una hoguera enorme. Allí, como si fuese un mercado de carne, nos desnudaron. Gritábamos. En el caos yo buscaba a Salma. No la veía ¿Dónde se la habían llevado? Algunas intentaron huir. Las dieron caza, las trajeron de vuelta y las dejaron desnudas, como a las demás, pero a ellas las ataron a estacas, como a animales.

Las violaciones empezaron por las prófugas. Se ensañaron con ellas y siguieron con el resto. Cada movimiento de resistencia, cada grito, cada insulto, fue contestado con quemaduras, cortes y golpes. Eran muchos y nosotras no más de treinta. Entre ellos había algunas mujeres de la isla. Contemplaban impávidas el espectáculo. Bailaban y bebían con ellos. Celebraban su triunfo. Se reían. Ayudaban a elegir quién sería la siguiente de las blancas en volver a ser violada. En una de las rondas de selección, reconocí a Johari, algunas veces me ayudaba en la cocina del restaurante. La llamé. Le supliqué ayuda. Le pregunté por Salma y riéndose a carcajadas movió sus caderas adelante y hacia atrás, mientras su dedo índice recorría su garganta de lado a lado. Aullé de dolor. Salma no ¿Qué estaba pasando? Mis hijos, asesinados ¿Cómo podía haber ocurrido? Todo era mentira. Una pesadilla que se había escapado de la cabeza de algún psicópata. Yo también

debía de estar muerta. La hoguera, las violaciones, el dolor... Nada era real. Había muerto y estaba en el infierno.

Salí corriendo hacia Johari, pero me empujaron y caí al suelo antes de alcanzarla. Formaron un círculo a mí alrededor. Los pies de Johari a los lados de mi cabeza. Parecía un gigante desde abajo. Su mano tenía un machete que afilaba con una piedra. Con una danza fue rodeando mi cuerpo y cada vez que su mano bajaba, hacía un corte en mi piel. En los brazos, en las piernas, en la cara, en el pecho, en el vientre. Terminó cortando mi pelo y tirándolo a la hoguera mientras me gritaba.

– Recoge bien tu pelo blanquita. Alguno puede caer en la comida y ninguno queremos que pase eso ¿Qué dirían nuestros clientes?

Me imagino que en algún momento le dije algo parecido a Johari. La burla les hizo gracia. Estallaron en carcajadas. Dos militares la subieron a hombros. Mi cuerpo estaba teñido de sangre. Tenía cortes por toda mi piel. No sangraban mucho, pero me sentía débil. Vomité. Empezaba a clarear. Dos siluetas me cogieron por las muñecas y los tobillos. Me arrastraron por el suelo y al grito de tres, tiraron mi cuerpo a una camioneta con dirección a la siguiente estancia del infierno.

* * *

Madrid, España

El silencio me recuerda a gritos nuestra soledad, pero al menos los gritos son de silencio, no de dolor. Hemos conseguido salir. No podemos volver allí, no podemos pisar ninguna ciudad.

Hoy no es San viernes, es viernes y 13 en versión gore⁶. Seguimos sin electricidad. Parece que ha sido un ataque islámico a toda la península. Llevan años hablando de reconquistar Al-Andalus⁷, pero ¿quién coños iba a dar crédito a esas tonterías en pleno s.XXI? Nos han aislado del resto del mundo. Grupos organizados han tomado las calles. El ejército intenta recuperar zonas de Madrid, pero no están teniendo éxito.

Los que pudimos quedarnos en la franja militar española estamos refugiados en las viviendas de la zona. Comemos lo que hay en las casas y bebemos lo que encontramos. No hay agua corriente. Los militares han dicho que hay peligro de que hayan envenenado el agua de los embalses de Madrid, así que aunque la hubiera, no podríamos beberla. Ya hay comida que empieza a oler mal en las neveras. Mucha gente se ha intoxicado. Muchos están heridos. Miles están muertos. Ha sido una sangría. El lunes empezaron las explosiones. Cada pocos minutos se oía una detonación. Esto no es una movida de un grupo terrorista. Va mucho más allá. Están armados y son cientos de miles. No tienen piedad. Sus ataques son razias con un único objetivo; matar. Da igual si es a niños, mujeres, ancianos, hombres. Hay que reducir el número de enemigos y lo están consiguiendo. Apilan los cadáveres y los queman con gasolina. Hay columnas de humo negro por toda la ciudad.

Las ratas celebran su festín particular y un hedor dulzón y repugnante ha impregnado el aire. Huele a muerte.

Un sargento con el que estuve hablando ayer, me ha dicho que sus compañeros, los que pasan las líneas para espiar, le han contado que los que quedan vivos son encadenados. Se los llevan en camiones de ganado. Parece que van al Sur. Se llevan a todos menos a las mujeres jóvenes. A ellas las dejan en lo que llaman harenes comunitarios, que por lo que me explicó, son centros de violación sistemática de todas y cada una de ellas. Hay que mantener la moral de los soldados alta y el sexo con violencia es siempre un plus. Malditos bastardos... También me dijo que no hay grandes zonas controladas por el ejército español. Los que aún sobreviven, se han ido quedando aislados. Mantienen comunicación por radio con los que resisten. Pero la situación es una puta mierda. Nuestra franja está totalmente rodeada. Es cuestión de días que caiga entera. Muchos núcleos de resistencia con los que hablan están en la misma situación. Algunos ya han caído, o han perdido la comunicación con ellos, que para mí, es como si hubiesen caído, aunque para él no. Pobre ingenuo.

Estamos en una jodida guerra ¿Cómo cojones podemos estar en guerra?, ¿cómo cojones nos han invadido?, ¿desde hace cuánto organizan esto?, ¿y por qué no vienen al rescate los países aliados? Entramos en la OTAN, estamos en la ONU, mandamos cascos azules a todos los países de mierda que lo necesitan y cuando aquí se monta la de dios, no viene ni Cristo.

Seguro que los políticos han salido por patas y no están ya en España. Las ratas son las primeras en abandonar el barco que se hunde. No creo que aguantasen ni a la noche del lunes ¿Para qué? Pudiendo coger un avión privado que les lleve lejos y les permita tener reuniones con los otros gerifaltes, sentados cómodamente en sus sillones y viendo las imágenes que captan los satélites, en las pantallas gigantes de las salas de reuniones de los peces gordos ¡Hijos de puta! Nos están aniquilando y ellos negociando cuántos cascos azules envían o si los yanquis mandan o no tropas.

Si al menos pudiese encontrar a mis hermanos. Podríamos intentar huir. Pero no están en esta zona. Llevo buscándoles desde el lunes por la noche cuando llegué aquí y nadie les ha visto.

El móvil no tiene cobertura. Creo que nadie tiene cobertura.

No nos podemos organizar porque no podemos comunicarnos con los de fuera. Las únicas noticias que tenemos son las que nos filtra el ejército, parece que sólo funciona su sistema de radio y cada vez informan menos ¿Para qué? ¿Para desmoralizar más a los civiles? Todos estamos en estado de shock. Somos incapaces de asimilar lo que está pasando. No somos útiles. No estamos operativos y si no hacemos nada, moriremos en muy pocos días.

No quiero morir. Soy un superviviente. No más lamentos. Quiero vivir y no voy a esperar a que me maten como un cordero.

Tengo que huir. Tengo que conseguir escapar de esta ratonera. No sé si es mejor hacerlo solo o buscar un buen grupo. Conocimiento complementario. Pero los grupos se mueven lentos y surgen problemas en la toma de decisiones ¿Lobo solitario o manada de lobos?

En ese grupeto de ahí, hay uno de la oficina. Un tío espabilado. Consiguió llegar a la zona militar casi a la vez que yo. Muy deportista. Creo que participaba todos los años en la Iron-man de Lanzarote. Tienen pinta de estar conspirando y eso es justo lo que necesito. Un grupo conspirador.

* * *

Cerca de Vancouver Norte, Canadá

No puedo respirar. Saber que vas a un encierro y vivir un encierro, no es lo mismo. Me falta el aire. El techo está a menos de dos pies por encima de mi cabeza. Apenas hay luz, apenas hay espacio.

No sé si aguantaremos. No sé si aguantaré.

No hemos salido de nuestra tierra desde que el lunes volví del mercado. Estamos agotados. Apenas dormimos y aunque al principio pensé que Mark se había vuelto loco, mi escapada del miércoles a casa de los Brian, me hace pensar que puede tener razón. Ha tomado el mando y no deja que ninguno discutamos nada. Todo debe hacerse tal y como nos ordena. Parece que haya estado preparándose para este momento durante los últimos años. Nunca di crédito a sus historias de supervivencia. Hemos tenido discusiones encarnizadas sobre este tema y al final han cobrado vida en nuestro reducto de paz.

Cuando llegué el lunes contando que parecía que había un gran apagón en todo el área de Vancouver, empezó a murmurar, decía que él lo tenía claro, que habíamos sido atacados, que era una cuestión de tiempo. Hablaba del caos, de la guerra que acababa de empezar. Decía que vendrían a por nosotros, a por nuestra comida, a por nuestro víveres. Sacó mapas, libretas con apuntes y nos dijo que usaríamos el búnker. Estaba prácticamente preparado. Tardaríamos una semana en estar listos. Le dije que estaba loco. Que era sólo un apagón. Que la luz se restablecería. Que qué era eso de encerrarnos. Qué era eso del búnker. Dos movimientos y estaba atada y amordazada en una silla de la cocina. Se sentó frente a mí y habló. Con voz

monótona, carente de emociones. Como si recitase de memoria algo que habían implantado en su cerebro. Habló sobre la conspiración, sobre las familias que controlaban el mundo desde la antigüedad. De cómo el apagón significaba el inicio fehaciente de la tercera guerra mundial. Ataques nucleares y bacteriológicos. Millones morirían y los que no muriesen por los ataques, morirían de hambre. Matarían por conseguir comida. Me explicó que lo tenía todo preparado. Los cuatro nos encerraríamos en el búnker. Tenía un temporizador y se sellaría durante cinco meses. Como si estuviese leyendo mis pensamientos, me dijo que contaba con que yo no cooperase e intentase irme con los niños. También eso estaba previsto. Me dijo que había 'confiscado' las llaves del coche. Me recordó que la casa más cercana estaba casi a veinte millas de la nuestra, que Rachel aún no andaba sola y sería imposible que la llevase en brazos durante tantas millas. Si me iba con Patrick, no volvería nunca a ver a Rachel. Ambos desaparecerían. Lo hacía por nosotros, por la familia. Sólo velaba por nuestra seguridad. Nos quería. Y no quería que nos pasase nada malo. Tenía que confiar en él. Si yo confiaba en él, Patrick y Rachel también lo harían. Sería todo más fácil. Durante la siguiente semana iba a necesitar ayuda. Contaba con nosotros. Si no ayudábamos, significaba que durante los cinco meses de encierro, podíamos echar algo en falta. Teniendo en cuenta que el sellado no se podía abrir y tampoco lo queríamos abrir, era mejor que todo lo que tenía que entrar en el búnker, entrase y no hubiese un despiste por falta de cooperación. Si mantenía una actitud beligerante o entraba en una situación de bloqueo o de histeria, me administraría calmantes. Me enseñó un maletín con valium líquido y una jeringa. Había suficiente para mantenerme tranquila durante 300 horas. Cuando terminó de hablar, cogió su maletín y me dejó sola.

Pensé en la situación, en mis alternativas.

Mark me quiere y a los niños también. De eso estoy segura. Pero ha perdido la razón. No puedo seguir aquí con él. Nos quiere encerrar y lo ha pensado todo para convertirnos en sus rehenes. No tengo opciones de huir. Mi peor escenario es quedarme, cooperar para no estar drogada una semana y pasar cinco meses encerrada en un búnker con un marido desquiciado y mis hijos. No creo que nos agreda. Cuando el maldito temporizador nos libere de la condena y abra el búnker, me iré con mis padres. Habrán avisado a la policía. Nos estarán buscando. Vamos a desaparecer sin avisar a nadie. Si tuviese ya la maldita conexión de Internet... No me puedo creer que no pueda hacer nada, ni siquiera avisar. Podría intentar bajar a la casa de los Brian. Con la bici no tardaría más de 3 horas en estar de vuelta. Ellos tienen teléfono. Podría avisar yo a la policía, o al menos contarle a mis padres que estaremos cinco meses fuera. Si como ha dicho Mark coopero, el miércoles tendré cierta libertad.

La tuve. Trabajábamos veinte horas al día. Yo no hablaba mucho. Recordaba la película de "La costa de los mosquitos", cómo va quedando

patente que el padre pierde la razón a lo largo de la película. Yo tenía la certeza de que al padre de nuestra familia, Mark, le pasaba lo mismo. Consumido por sus teorías de la conspiración, nos llevaba a un encierro voluntario de casi medio año en un búnker de menos de trescientos veinte pies cuadrados. Un bebé de apenas un año, un niño de diez años y nosotros dos. Una familia enterrada en vida.

El miércoles cuando Mark dormía, conseguí salir. Sin hacer ni un ruido, monté en la bici y bajé como el viento hasta la casa de los Brian. Estuve a punto de pasar de largo. No había luz. Aparqué la bici y llamé. No se oía nada. Entré. Parecía como si hubiesen salido de forma inesperada. La mesa puesta. Cacerolas en los fuegos. El fregadero con la verdura a remojo... Busqué el teléfono. No tenía línea. Intenté encender el ordenador, pero no había luz. En el silencio de la noche escuché ruido fuera. Era un grupo de unas diez personas. Debían estar a unas cien yardas. Salí de la casa para esconderme y oír lo que decían. Hablaban de la casa de los Brian. Uno de ellos les conocía. Sabía dónde estaba y les decía que sería un buen refugio. Comentaban que la ciudad ya no era segura. No habían conseguido restablecer la luz y las calles habían sido tomadas por el ejército. Se hablaba de un ataque islamista a los Estados Unidos, en el que Canadá había sido un daño colateral.

No cogí la bici para evitar ser vista. Anduve las veinte millas de subida a nuestra casa. Al principio por el bosque para que no me descubrieran. Después por el carril. Cuando llegué arriba, Mark me esperaba despierto. Clareaba. Le conté lo que había visto y reconocí, que quizá tuviese razón.

Me dijo que las cosas se habían precipitado. Si había desconocidos en la casa de los Brian, pronto llegarían a nuestra casa. Teníamos que adelantar los planes. Antes del anochecer estaríamos a salvo en el búnker. Dos días menos de lo previsto. No nos podíamos arriesgar.

* * *

Miércoles, 21 de julio

Tokio, Japón

Un gran guerrero japonés llamado Nobunaga decidió atacar al enemigo pese a tener solo una décima parte de los hombres de que disponía éste. Él sabía que la victoria sería suya, pero sus soldados dudaban.

De camino, hicieron una parada en una ermita Shinto y dijo a sus hombres: "Después de visitar el altar, lanzaré una moneda. Si sale cara, ganaremos. Si sale cruz, perderemos. El destino nos tiene en sus manos."

Nobunaga entró al altar y ofreció una silenciosa plegaria. Después salió y lanzó una moneda al aire delante de sus hombres. Salió cara. Sus hombres tenían tantas ganas de luchar que ganaron la batalla fácilmente.

"Nadie puede cambiar el destino.", le dijo su ayudante después de la batalla.

"Desde luego que no.", dijo Nobunaga, mostrándole una moneda trucada, que tenía cara a ambos lados.

El racionamiento que impusimos la semana pasada ha servido para prolongar la agonía, pero no soluciona el problema de fondo. Los víveres y el agua potable se acaban. La única opción para conseguir más es el pillaje.

El Consejo intenta evitarlo, pero no tenemos alternativa. Si no organizamos grupos de batida en las próximas horas, no podremos alimentar a las diez mil personas que se refugian en el edificio ¡Diez mil personas! Somos demasiados. Nunca conseguiremos suficiente alimento para tantas bocas. Ni siquiera podríamos trasladarlo, en caso de que lo encontrásemos. El Consejo debe escucharme. Tenemos que dejarlos ir. Quizás con el tiempo, consigamos reorganizar la corporación, aquí en Tokio. Volveremos a por

todos los que hayan sobrevivido. Pero ahora, mantenernos unidos es un error. La gente está nerviosa. Saben que la corporación no tiene la solución. Saben que aquí no están a salvo. Se sienten como en una ratonera y no es un sentimiento, es la realidad. Muchos han pedido permiso para abandonar el edificio y sistemáticamente se les ha negado. Un error.

El destino ha tirado sus dados, han rodado, se han parado y la partida se ha perdido. Seguimos sin información de qué ha ocurrido, pero el resultado está claro. Vivimos en el caos.

Para sobrevivir es necesario volver a estructuras grupales pequeñas. Establecer formas de vida autosuficientes. Nuestras islas no podrán soportar una población de ciento veintiséis millones de personas. La superficie de las islas es de unas 146.000 millas cuadradas, lo que dejaría a cada habitante con una superficie de menos de un acre... Hay distintos criterios, pero creo recordar que sin contar con carne en la dieta, una persona necesita cerca de unos cinco acres para poder vivir de forma autosuficiente... Necesitaríamos más de cinco veces nuestra superficie para poder sobrevivir, si ya estuviésemos en una economía autosuficiente, y estamos tan lejos de tener ese tipo de economía.

Si esto se prolonga, desde el punto de vista matemático, al menos una de cada seis personas morirá y Japón no es uno de los países con mayor densidad de población ¿Cuántos morirán en China o en la India? ¿Cuántos habrán muerto ya en Japón?

El Consejo se reúne dentro de dos horas. No tengo una moneda trucada como el general Nobunaga. Pero nuestra única opción es diseminarnos en grupos lo suficientemente pequeños como para que puedan encontrar comida para el grupo. Deben tener un tamaño reducido para que las decisiones sean dinámicas y se puedan mover sin dificultad y a la vez, deben ser lo suficientemente grandes como para no ser objetivo de ataques, pero si los reciben, que tengan tamaño para poder defenderse.

Mi propuesta al Consejo es clara y es la única válida. “Nadie puede cambiar el destino”. Veinte grupos de quinientas personas. Enviaremos dieciocho grupos en diferentes direcciones. Cada grupo tomará una ruta con un ángulo de separación de 20° con el grupo anterior. Dos grupos permaneceremos en la base. Los técnicos de radio han conseguido establecer contacto por HF y VLF con ubicaciones en casi todo el mundo. Por lo que recibimos, nuestra situación no es la peor. El corte de suministro eléctrico es una pauta general y el caos que ello conlleva también, pero además África, Oriente Próximo y gran parte de Europa están sumidas en una cruenta guerra. Debemos intentar establecer contacto con los Gobiernos que aún se mantengan, o con otras corporaciones. Los que nos quedemos en la sede tenemos un objetivo claro; intentar aunar fuerzas con otros núcleos de resistencia y definir con ellos un nuevo esquema de organización mundial.

La población se habrá diezmado antes de conseguir reorganizar nada. Habrá pérdidas materiales incuantificables, pero siempre que consigamos salvaguardar el conocimiento y establecer sistemas de control férreos sobre la población, podremos volver a empezar y corregir errores del modelo anterior. El modelo que ha muerto.

Queda tanto por hacer y me siento tan sólo. Mi propuesta será lo último que apruebe el Consejo, enviaré a cada uno de los miembros con un grupo de exploración. Un sabio que les guíe y acompañe en su éxodo. Un estorbo menos para poder tomar decisiones, sin necesidad de consensuar con mentes cansadas y anticuadas, que no han sabido reaccionar al cambio. Estamos viviendo el fin de una civilización y la nueva, la que está por definir, no puede adolecer de las viejas costumbres e hipocresías de la anterior.

* * *

Kismayo, Somalia

¿Es posible que haya viajado en el tiempo? ¿Que todo este cataclismo me haya trasladado a otra época? Si no fuese por las otras cautivas estaría segura de que he perdido la razón, pero ellas están en mi realidad. En la pesadilla común. Estamos en un mercado de esclavos.

De nuevo el camión. Por el calor y la claridad debe ser de día, pero me resulta imposible saber cuántos días han pasado. Cuántos días desde que bajé a los infiernos. Nos sacaron de Zanzíbar en barco, después de la orgía de sangre y dolor. Al menos cinco de las mujeres que estaban alrededor de la hoguera, murieron en el barco que nos trajo al continente. Murieron desangradas. Las cinco eran del grupo de las prófugas. Fueron siete las que intentaron huir. Las mutilaron. Pie izquierdo, mano derecha. Dos de ellas debieron morir en tierra. Nunca llegaron a embarcar. Las otras cinco, apenas aguantaron un par de horas. Antes de zarpar ya habían muerto. Habríamos intentado alejar sus cuerpos de los nuestros. Intentar poner distancia entre las moscas, el hedor y nosotras, pero nos habían encadenado. No sé cuántos días pasamos allí. Tardamos mucho más de lo que habitualmente se tarda en llegar en barco a Daar es Salam, al continente. Todas, sin excepción, orinamos, vomitamos y defecamos varias veces durante la travesía. Seguíamos desnudas. No nos podíamos mover, así que lo hacíamos sobre nuestros cuerpos. El olor era tan nauseabundo que cada poco, una volvía a vomitar. Algunas vomitaban sangre. Otras sólo bilis. Algunas perdieron la consciencia, otras se durmieron, pero el descanso no duraba. Al poco rato de abandonar la realidad, convulsionaban y se despertaban gritando,

empapadas en sudor. Reviviendo el horror, dándose cuenta de que la pesadilla era real, que continuaba.

No desembarcamos en Tanzania. Conozco todos los puertos en los que un barco del tamaño del nuestro podría atracar en Tanzania y éste no era uno de ellos. Uno de los pocos carteles en caracteres occidentales, indicaba que estábamos en Kismayo. Podría ser Somalia. Quizás todo fuese un ataque de piratas somalíes para conseguir un rescate.

Cuando bajamos del barco, nos pasearon por las calles de la ciudad. La gente hacía corros a nuestro alrededor. Gritaban. Nos empujaban. Nos insultaban. Nos escupían. Se reían de nuestra desnudez, de nuestra suciedad. Los niños nos tiraban piedras o cualquier otra cosa que tuviesen a mano. Anduvimos más de una hora por las calles de la ciudad. Éramos la reencarnación del mal. Escarnio público.

Por todas las calles se veían signos de lucha. Piras de cuerpos aún humeantes. Restos de ejecuciones. Charcos de sangre. Olía a muerte, pero el ambiente era festivo. De triunfo.

En unas cocheras, nos enchufaron con agua a presión. Estábamos tan débiles que todas caímos al suelo y allí tiradas, nos vaciaron encima unos cubos de basura. Nuestra comida. Me habría gustado no comer, pero no sé cuántos días llevaba sin ingerir nada. El instinto me hizo rebuscar entre la basura y conseguí encontrar restos de comida. Comí y lamí los charcos de agua que habían quedado en el suelo de la ducha a presión. No nos dejaron mucho tiempo, enseguida tiraron de nuestra cadena y nos metieron en un camión de ganado, que seguía a otros camiones iguales. Nos habían convertido en carne y parecía no importar, en qué estado llegase el cargamento al destino al que nos llevaran.

El traqueteo del camión y el cansancio me hicieron dormir. Soñé con el mar. Con aguas cristalinas y frescas que limpiaban mi cuerpo, que me mecían. Soñé con Julién y con Salma. Escuché su risa. Sentí sus abrazos, su calor, su amor. Allí en mis sueños, volví a sentir que era una persona. Por primera vez desde que el caos comenzó, lloré. La pesadilla terminaría y aunque nada volvería a ser como antes, debía tener esperanza. Todas la habíamos perdido. Varias no paraban de golpearse contra las paredes del camión, o contra el suelo. Intentaban quitarse la vida. Yo también lo había pensado ¿Para qué continuar viva? Lo mejor era terminar con aquello cuanto antes. No estábamos preparadas para tanto dolor, para tanto sufrimiento.

No lo hice, porque no encontré ninguna forma de hacerlo que me garantizase la muerte.

Viajamos sin parar durante varios días. Hubo claridad y oscuridad. Calor asfixiante y frío nocturno. En el atardecer de uno de esos días, nos acercamos a una ciudad. Había mucho ruido. Desde los minaretes se oía la llamada al

culto. Llamaban a la cuarta salah⁸, el maghrib⁹. Eso me confirmó que el ocaso estaba cayendo. No nos bajaron del camión hasta que terminaron la oración. Cuando hubieron terminado, comenzamos a oír a través de los altavoces de los minaretes más mensajes. A pesar de mis cuatro años estudiando árabe, nunca conseguí llegar a entender una conversación y en ese momento lo lamenté de veras. Las otras no sé si escuchaban, si aún eran capaces de hablar o de tener contacto con la realidad que nos rodeaba. Pregunté si alguna hablaba árabe. No obtuve respuesta.

Los minaretes no se usaban con otro fin que no fuese la llamada a la oración. Si estaban enviando mensajes por la megafonía de los minaretes, significaba que ésa, era la única vía de la que disponían para comunicarse con la población.

Bajamos del camión en otra estación de autobuses. Antes de que nos metieran en un hangar, pude ver un cartel; “*Ethiopian National Theatre*”. Estábamos en Etiopía, seguramente en Adís Abeba.

* * *

Guadalajara, España

“Despertaos. Hay luces en la orilla de enfrente. Están haciendo señales. Creo que saben que estamos aquí. No podemos huir, así que coged cualquier cosa que sirva como arma arrojadiza y rezad para que no sean moros”.

Me quedan aún dos horas de guardia en el peor turno; el segundo. Parece que acabes de dormirte, cuando ya te están levantando para hacer la guardia. Estoy sobado y a falta de café, me intento mantener despierto con agua, pero el cansancio juega malas pasadas. Es difícil no cerrar los ojos y un desliz de cualquiera, en una de las guardias, puede suponer nuestra muerte. Debo mantenerme despierto. Debo mantenerme vivo. No puedo joderla.

Desde que conseguimos alejarnos de Madrid, avanzamos durante las horas de menos luz y descansamos en las que hay mayor claridad. 12 horas de marcha, 12 horas de descanso. Hacemos turnos de 3 horas, no demasiado largos, ni tampoco demasiado cortos, como para necesitar hacer doble turno. Cuatro en el grupo; José, Pedro, María y yo. Cuatro turnos. Sigo teniendo dudas de si la mejor opción para escapar es el grupo y mucho menos con una mujer aunque, vistos los resultados, mala del todo no debe ser. Me refiero a la opción, no a la tía. María parece buena gente. Por el momento no nos ha dado ningún problema de esos de: 'id más despacio, no puedo seguiros', 'necesito que me ayudéis, 'yo sola no puedo'..., o cosas de esas.

Hemos conseguido salir de Madrid y cinco días después, aún estamos vivos. Lo que no sé, es durante cuánto tiempo seguiremos vivos.

Llegar a la zona del Vellón, al norte de la ciudad, nos llevó más de dos días. El miedo a ser vistos o capturados, nos condujo con tanta cautela, que pensé que nunca lo conseguiríamos. Salimos sin víveres, sin agua, sin decírselo a nadie. Cada hora que pasábamos allí, veíamos como los nuestros perdían terreno. Huimos como ratas. A mí, al menos, como a las ratas, me gusta vivir. No tengo cargo de conciencia. Todos no podíamos huir. Si nos hubiésemos quedado, nos podíamos dar por jodidos. Los nuestros también nos habrían cortado el paso, así que nuestro objetivo era evitar cualquier contacto con otro ser humano. No dormíamos, siempre en guardia, los cuatro, despiertos durante 48 horas, alertas, sin comer, sin beber... ¡Es increíble lo que es capaz de hacer la adrenalina en nuestro cuerpo!, casi te sientes un súper héroe, invencible, incansable, etéreo... Hasta que el chute de adrenalina baja y el cansancio te hunde.

María resultó ser la más metódica y la más racional de los cuatro. Estableció el sistema de guardias en cuanto vio que no podíamos seguir sin descansar. Cuando paramos, perdimos el día entero. Necesitábamos descansar, reponer fuerzas. Conseguimos acercarnos al río Jarama y beber agua. Convertimos unas botellas de plástico que vimos tiradas, en nuestras cantimploras personales. Cada uno guarda la suya como si fuese un tesoro. No sé qué haría si uno de éstos me pide de mi agua. Cada uno es responsable de su propio abastecimiento. Creo que no le daría. O quizás sí. Si yo digo que no, pero los otros ofrecen de su agua, se pondrían todos en mi contra. Quizás me dejasen fuera del grupo. No sé. Si llega el caso me quedaré callado como una puta. Qué hablen los demás antes y si todos van del rollo compartir, ofreceré también mi cantimplora. Si no, al que se haya quedado sin agua, ¡qué le follen! Como cuando llegamos al Jarama. Todos estaban cagados con que el agua estuviese envenenada. 'No, mejor no bebemos', 'ya, pero si no bebemos moriremos deshidratados', 'y ¿quién va a ser el primero en probarla?', 'lo echamos a los chinos'. Gilipollices. Fui yo quien bebí primero, sin chinos ni ostias. Después de un rato, bien que bebieron los demás. Bueno voy a quitar pensamientos negativos. Estamos juntos en esto. Son mi equipo. Lo más parecido a una familia, en la mierda que nadamos. Sólo hay un enemigo, y no está aquí con nosotros. Los muy cabrones al final no habían envenenado los pantanos, ni los ríos, pero consiguieron sembrar la duda. Eso es casi más efectivo que llevar a la práctica una acción que les jodería a ellos, casi tanto como a nosotros.

Con la comida parece que estamos teniendo suerte. Si esta mierda hubiese ocurrido en invierno, podríamos darnos por jodidos. No andamos más de cuatro o cinco kilómetros sin encontrar alguna huerta o algún frutal. Pero como el Jarama no nos va a llevar hasta Pirineos, es más, mañana creo que dejamos la vega del Jarama para seguir dirección Norte hacia la zona de Majaelrayo, por el camino, hemos hecho acopio de bolsas de plástico que hemos convertido en mochilas. Cada uno recolecta lo que encuentra, para

tener comida para al menos una semana. Todo verde. Por mucho que comas, y no comemos mucho, siempre te queda la sensación de que tienes hambre ¿Y si alguno me pide de mi comida? Mejor no vuelvo sobre ese tema.

No nos planteamos cazar ni pescar. Hemos acordado no encender fuego. Por la noche viajamos y por el día, el humo de una hoguera delataría nuestra posición a kilómetros de distancia. Si las cosas se ponen peor, ya tendremos tiempo de comer carne cruda, de animal o de humano si es lo único que encontramos. En unos días me he consumido ¡Joder! Mis costillas parece que se han expandido. Sólo tengo que mirar la cara de agotamiento y cansancio de mis compañeros, para hacerme a una idea de cómo debe estar la mía.

Apenas hablamos entre los cuatro. Cada uno está absorto en sus pensamientos, en su sufrimiento. Pensando en lo que hemos perdido, los que hemos dejado atrás. En la muerte y el caos que se están comiendo España. Caminamos en silencio. Comemos en silencio. Vivimos en el puto silencio. El día que paramos a descansar, acordamos la ruta que seguiríamos. Dirección Norte hasta llegar a Francia. Todos estuvimos de acuerdo en que allí las cosas estarían mejor y podríamos pedir asilo y refugiarnos. Cuando José se preparaba para la Iron-man, hacía mucho senderismo y bici por la meseta. Se conoce bastante bien las rutas off-road¹⁰. Él es el que abre el grupo. Le seguimos sin preguntar. Si en algún momento nos tenemos que comunicar, lo hacemos con gestos.

Aquel día de descanso, antes de acordar el plan y la ruta, hablamos. Habíamos hablado una primera vez para organizar la huida, la gran conspiración. Mientras lo preparábamos todo, recuerdo una sensación continua de tener ganas de cagar. Los cuatro estábamos, literalmente, cagados de miedo.

Hasta que paramos, no habíamos vuelto a decir ni una sola palabra. Cuando lo hicimos, no estábamos en nuestro mejor momento. El cansancio y el shock de todo lo que habíamos visto en los días anteriores, nos había dejado gilipollas. Ni estábamos lúcidos, ni teníamos mucha capacidad, ni podíamos pensar con claridad y mucho menos sacar conclusiones brillantes de toda esta mierda. En lo que parecía que todos coincidíamos, es en que un movimiento islamista había planificado y organizado la conquista de España durante unos cuantos meses. Los suficientes como para conseguir tirar el suministro eléctrico del país el día señalado para la invasión. Ese golpe de efecto nos sumió en el caos y pillaron al ejército y al Gobierno en bragas. Ellos parecían estar completamente organizados y armados hasta los dientes. El plan lo tenían claro y los cabrones lo ejecutaron a la perfección ¿Cuántos moros vivían en España? Tenían que ser un huevo, porque no habían entrado tropas desde fuera. Los que estaban instalados en España, como el puto caballo de Troya, eran los que habían dado el golpe. Lo que no nos encajaba era, ¿por qué España no había recibido ayuda del exterior?, ¿por

qué estábamos solos? Nunca me ha gustado ser el toca pelotas del grupo y no voy a empezar a serlo a estas alturas, pero quizás en Francia, no estén mejor que nosotros. Ellos también tienen su caballo de Troya...

...y Alemania

... e Italia

... Y Austria, y...

No seré yo el toca pelotas.

* * *

Cerca de Vancouver Norte, Canadá

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española

Claustrofobia (del lat. Clastrum, encierro y fobia): Angustia producida por la permanencia en lugares cerrados.

--

Las personas claustrofóbicas no tienen miedo al espacio cerrado en sí mismo, sino a las posibles consecuencias negativas de estar en ese lugar, como quedarse encerrado para siempre o la asfixia por creer que no hay suficiente aire.

Mark había empezado a preparar el búnker hacía cinco años. Unas semanas después de haber comprado el terreno. Él mismo había traído, con un camión alquilado, el contenedor sobre el que lo construyó. Recuerdo, que entonces le pregunté para qué había traído un tráiler, lo que no recuerdo es su contestación. Fuese cual fuese, acalló mi curiosidad.

Era vital que nadie supiese la ubicación de nuestro refugio, así que no podía contar con trabajadores de fuera. De esta forma evitaba que nadie ajeno tuviese las coordenadas y pudiese llegar y apoderarse de todo el avituallamiento con que siempre contaba el refugio. Además, si alguien conociese de su existencia, en caso de emergencia, si realmente necesitábamos usarlo, nuestra vida correría peligro.

Con una pequeña retro excavadora, que tuvimos alquilada durante meses (yo pensaba que para la construcción de nuestra casa, los banales, la huerta de frutales, la zona de trabajo de madera,...), excavó el hueco para enterrar el contenedor y preparó el hoyo para el pozo de aguas negras del búnker.

Empezó por montar el sistema de ventilación y adosar un periscopio camuflado con el entorno, a la estructura principal. Con eso, pudo enterrar el contenedor y seguir acondicionándolo a lo largo de los años.

El búnker tenía un doble sistema de abastecimiento energético. Por una parte como si fuese la red eléctrica principal, estaba conectado a la energía generada en la casa. Los paneles y los generadores no sólo alimentaban la casa, sino también el búnker. Mark me explicó cómo había conseguido camuflar la bifurcación en el cableado, para que nadie que viniese a nuestra casa, estando nosotros en el búnker, pudiese descubrir dónde estábamos. Me costaba entender lo que me explicaba, lo que estaba sucediendo. Me costaba asimilar que Mark, mi marido, con quien pensaba que no tenía secretos, me hubiese ocultado algo así durante cinco años. Me preguntaba cómo no me di cuenta. Montar todo aquello, debió de llevarle mucho tiempo ¿Cómo pude estar tan absorta como para no darme cuenta de que Mark llevaba dos proyectos en paralelo? El nuestro, el familiar y la paranoia paramilitar en la que estábamos metidos, en la que nos había encerrado; a mis hijos, a mí, a nuestra vida.

El otro sistema eléctrico era un generador. También me detalló la lista de bondades; bajo nivel de emisión de decibelios al entrar en funcionamiento, insonorización, sistema de amortiguación. Me explicó cómo había montado un sistema de ventilación ad-hoc para el generador, que sería imposible detectar desde fuera, una vez el generador hubiese entrado en funcionamiento.

40'x8'x9,6'. 40'x8'x9,6'. Las medidas del contenedor de carga que eligió. Es un high cube, el tamaño más grande, el más alto, por eso lo eligió. Grande para transportar vino, queso, armas, pero no para vivir en él. Estamos encerrados en un volumen de tres mil pies cúbicos, una superficie de menos de trescientos veinte pies cuadrados. High Cube. No sé dónde están los nueve pies y medio. Me imagino que en el aislamiento, los tubos de ventilación... Nuestro techo no tiene ni siete pies de altura. Mark parece que se va a dar en la cabeza cuando anda y yo, sólo tengo menos un pie por encima de mí. El techo se me cae encima, me pesa, me ahoga. No puedo salir de aquí hasta dentro de cinco meses. No voy a conseguirlo. Mi marido me ha enterrado en vida... Respira. Hondo. Muy hondo. Estoy empezando a hiperventilar. Tengo la ansiedad por las nubes y un estrés de caballo. Al menos parece que sólo soy yo. Los niños lloraron cuando la trampilla se cerró y el búnker quedó sellado. Nos quedamos en total oscuridad hasta que el sistema levantó la iluminación. Mark les había preparado una zona de juegos con moqueta, pufs, muchos colores, juguetes de todo tipo, libros, música... Enseguida se tranquilizaron y parece que llevan bastante bien el encierro. Por las mañanas Mark y Patrick hacen tai-chi antes de ponerse con el homeschooling de Patrick. Mientras, Rachel juega en un corralito de la zona de juego. Pronto empezará a andar. Cuando sea mayor le diremos; “echaste a andar en un

búnker, a diez pies bajo tierra, el lugar en el que nos encerró tu padre, el día que pensó que había empezado la tercera guerra mundial, el sitio donde nos sepultó”.

Cuando terminan de estudiar los tres preparan la comida. Tenemos una cocina con un pequeño fuego para calentar comida, pero realmente no podemos cocinar. Mark ha aprovisionado el búnker para que haya comida para los cuatro, durante al menos 8 meses. Casi todo son latas, galletas y sacos y sacos de sémola de trigo. Un poco de agua caliente, hierven la sémola y la mezclan con la lata que, previamente calentada al baño maría, hayan elegido. Hay filtros en el sistema de ventilación exterior, pero no nos podemos arriesgar a cocinar nada, que pudiese oler excesivamente.

Yo apenas como. Desde que Mark cerró, la angustia me agarrota. Casi siempre estoy en la cama. Cuando me levanto, ando de un lado a otro, como animal enjaulado. Todos los días Mark intenta que me una al tai-chi, pero no puedo. Me quema el cuerpo, me dan temblores, tirito o rompo a sudar.

Cuando recogen la comida juegan al ajedrez, o a algún juego de sobremesa. Terminan viendo una película, o leyendo un libro en voz alta, antes de acostarse. Día tras día. Sin más referencia del paso de las horas, de los días, que la rutina que Mark ha diseñado ¿Y si aquél grupo estaba equivocado? ¿Y si no hemos sido atacados y aun así nos hemos autosepultado? ¿Y si Mark se ha vuelto loco?

No puedo respirar, necesito salir. Corro hacia la puerta de sellado y la intento abrir. No puedo. Comienzo a dar puñetazos a la puerta. A gritar...Un pinchazo en el cuello. Me invade un sopor extraño. Me pesa el cuerpo. Veo borroso. Caigo en un pozo de oscuridad... El maletín de Mark. Lo ha usado.

Cabrón.

* * *

Jueves, 29 de julio

Tokio, Japón

Ikkyu, el maestro Zen, era muy listo incluso de joven. Su maestro tenía una valiosa taza de té, una rara antigüedad. Sucedió que Ikkyu rompió esta taza. Al oír los pasos de su maestro, escondió los trozos detrás de su espalda con una mano. Cuando el maestro apareció, Ikkyu le preguntó: ¿Por qué tiene que morir la gente?

"Es natural," explicaba el maestro, "todas las cosas tienen que morir, pues son finitas."

Ikkyu le mostró a su maestro los trozos de la valiosa taza, añadiendo: "Le ha llegado el momento a tu taza".

Disolver el Consejo y mantener oculta una reserva de provisiones, son las dos decisiones estratégicas más acertadas que he tomado desde el día 12. Ahora ya no hay que consensuar. La democracia no nació en tiempos de crisis y definitivamente no es el mejor sistema de toma de decisiones en estos momentos.

Ahora soy el líder de la corporación. Mi objetivo sigue siendo el mismo. "Los valores de mi corporación son los míos, extender las alas y cubrir el mundo. Si la corporación no crece, la familia no sobrevive. Supervivencia, es lo que perseguimos. Vivimos en un país pequeño, no tenemos grandes riquezas naturales. Nuestra riqueza reside en nuestro interior. En nuestra fuerza. En nuestra voluntad." Debo garantizar la supervivencia del mayor número de miembros de la corporación. Debo conseguir extender nuestro poder. Tengo la oportunidad de posicionar a Tyo en un lugar al que nunca antes habría aspirado. Puedo convertir nuestra corporación en uno de los

líderes mundiales. Puedo ser parte de la creación de un nuevo orden mundial. Todas mis decisiones, todos nuestros recursos y nuestro esfuerzo deben estar enfocados en conseguir esas metas. En el corto plazo, es clave el trabajo del equipo de restitución y el de los equipos de batida.

Antes de organizar los grupos de exploración, los que salieron la semana pasada, seleccioné a los mejores ingenieros para formar el equipo de restitución. Son la élite, los mejores. Ellos no podían irse. Permanecen aquí en la sede. Nuestros mejores profesionales. Un equipo multidisciplinar con una sola misión; solucionar el problema de la electricidad. Son los más creativos, los que acumulan más conocimiento, los más sistemáticos, los más disciplinados. Su trabajo ya está en marcha. Parece que han identificado el origen. Un virus informático que se propaga, alimentándose de la energía que transporta la red. Están teniendo dificultades en diseñar un antivirus que consiga eliminarlo o al menos bloquearlo, dejarlo aislado. Son buenos ingenieros, tarde o temprano encontrarán la solución, porque como dice la célebre frase; “todo problema tiene solución, si no, no es problema”. Si Tyo consigue crear ese antivirus, estaremos en una posición hegemónica sin precedentes. Tendremos la llave para restaurar el acceso a la electricidad en los países, en el mundo. La llave para imponer un nuevo orden. Nuestro orden. Esa es la llave del poder.

Por otra parte, desde que los grupos de exploración se fueron y con ellos el Consejo, los equipos de batida han empezado a operar. No siempre encuentran víveres, pero han conseguido armas y mucha información. La situación en Tokio es dramática. La población mata para conseguir comida, lo que por supuesto, nos ha acarreado algunas bajas. El ejército no puede mantener el orden. Los equipos de batida informan de que hay muertos por doquier. El calor no ayuda. Hay cadáveres en descomposición por todas las calles. Las enfermedades han encontrado un caldo de cultivo óptimo en los organismos muertos y putrefactos.

He limitado el acceso de los equipos de batida a la planta calle. Me informan de los resultados de cada salida a través del sistema de telefonía interno del edificio. Sin contacto directo. Ellos también pueden estar infectados. Eran cien el primer día, ya sólo quedan setenta. Su sacrificio no es en balde, todos los saben y cualquiera de los que están fuera de planta calle, entrarían en las brigadas sin dudarlo, en cuanto pida nuevos voluntarios, que no será dentro de demasiado tiempo al ritmo de bajas que llevamos.

Han conseguido establecer contacto con muchas de las embajadas de la zona. Información altamente productiva. Las embajadas de USA, Canadá, Suecia, Australia, Finlandia, Brasil, Argentina, Rusia y China, siguen operativas. No todas han corrido la misma suerte. Francia, España, Italia, Suiza, Austria, Alemania, Grecia, Holanda, Pakistán, Filipinas, Qatar y

Arabia Saudí han sido saqueadas. No queda nadie, ni nada que pueda ser de ninguna utilidad.

Con las embajadas que están fuera de Minato¹¹ no han podido contactar. Recorrer distancias largas entraña un riesgo, que por el momento no podemos asumir.

Hemos abierto un canal de comunicación en HF con todas las embajadas que aún viven. Les hemos dado entrada paulatinamente. Ayer por fin entraron las últimas dos; Brasil y Argentina. Casi todas han conseguido establecer algún tipo de contacto vía radio con sus países.

Canadá y Estados Unidos van de la mano. En cuanto se declaró el estado de emergencia en sus países, trasladaron las cúpulas del gobierno a un lugar seguro. Desde donde estén, intentan poner cordura en la locura que campa por sus tierras. El ejército, igual que aquí, no consigue mantener el orden. Las muertes se multiplican. No hay comida. Las grandes ciudades no tienen agua corriente, excepto en zonas puntuales, donde la orografía ayuda con las pendientes naturales a la caída del agua. Todo Norteamérica ha sufrido el mismo corte eléctrico que tenemos en Japón. Ellos tampoco son capaces de restaurar el suministro. Los centros operativos que tenían fuentes de energía alternativa siguen funcionando, bajo estricto control militar o paramilitar. Según nos han informado, hay algunas corporaciones con planes de contingencia similares al nuestro, que también han agrupado a parte de sus trabajadores en sus sedes. Creo que las embajadas tienen contacto vía satélite con sus países. No fueron claros en ese punto. Pero intuyo que sí.

Las embajadas de Suecia y Finlandia fueron las siguientes en entrar al canal. Sus países son afortunados. Su suministro eléctrico también ha caído, pero tienen muy poca población. Entre los dos no suman catorce millones de personas. Eso hace fácil gestionar la crisis. Han conseguido manejar y, más o menos, organizar y contener a la población urbana. Los que viven alejados de las grandes ciudades, están totalmente desinformados, desconectados y sin ningún tipo de ayuda del Gobierno. Lo bueno es que casi toda esa población, dispone de sistemas propios de generación eléctrica y viven inmersos en una naturaleza que sin hielo, puede ayudarles a sobrevivir.

Australia. Otro país afortunado. Sólo veintidós millones de personas en una superficie casi veintitrés veces mayor que Japón. Si consiguiéramos evacuar allí a la mitad de la población, tendrían una oportunidad de sobrevivir. Pero por el momento pensar en evacuaciones está fuera de cualquier opción factible. La embajada no ha podido darnos excesiva información. Su país es extenso. Sólo han podido contactar con Sidney. La ciudad está sumida en el caos. Al corte de suministro se le une un invierno especialmente frío. El cambio climático está extremando las condiciones meteorológicas en todo el mundo. La temperatura en la última semana no había rebasado los treinta Fahrenheit en los momentos centrales del día y

por la noche estaban por debajo de treinta. Estiman que más de un tercio de la población ha muerto y otro tercio, ha huido fuera de la ciudad. La cúpula del Gobierno ha caído. El contacto lo establecen con grupos de políticos atrincherados en el Parlamento. Están sin rumbo, pero a todos los efectos, la Embajada en Japón y los atrincherados siguen siendo una representación válida de su Gobierno. Una situación ventajosa, para cuando se inicien las negociaciones.

Rusia. El país más grande del planeta. Su Gobierno también fue evacuado. Parece que a algún punto en Siberia. No sé cómo la Embajada desclasifica ese tipo de información. Están en unas antiguas minas de diamantes, que durante los últimos años han reconvertido en una ciudad subterránea totalmente autosuficiente. No sólo en energía, también en alimentación, mediante cultivos hidropónicos y granjas verticales. La élite política se esconde allí, mientras el caos asola su vasta geografía. El ejército se estaba desmembrando. Demasiados frentes para un ejército que no ve compromiso en el mando, que huye y se refugia en algún lugar lejos de los múltiples conflictos abiertos. Es cuestión de tiempo que el ejército se desintegre y formen grupos de guerrilleros, grupos paramilitares. Asolarán el territorio por el que pasen. Tienen armas. La población civil no. Ocurrirá lo mismo en USA y Canadá. Quizás allí tarde algo más de tiempo. Pero la ausencia de presencia gubernamental, unida a la falta de víveres para el ejército y sus familias, será el detonante de la desintegración militar o quizás de la instauración de un mando totalitario controlado por el ejército.

Igual que en China. El ejército tenía más poder allí que en el resto de los países, antes de que todo esto empezase. Su geografía puede ayudar a que parte de su población sobreviva. Sin embargo, su densidad de población será un problema. No ayudará a un gobierno hiper-centralista a mantener el control. No sin un buen sistema de comunicaciones y transporte ¿Cuántos millones de chinos estarán muriendo? La embajada no nos ha dado mucha información. Es un pueblo hermético. Nunca hablaría de su sufrimiento. Pero es fácil leer entre líneas. Pekín con veintidós millones de habitantes, sin alimentos, sin suministro eléctrico, ni de agua potable, caerá, si no ha caído ya. Igual que Cantón, Tianjin o Shenyang. Todo el poder de China reside en el ejército y ahora tiene más trabajo del que pueda manejar. Será difícil hacerles entrar en negociaciones, pero más pronto que tarde, pedirán ayuda y en ese momento, debe ser Japón quien les brinde una solución.

Las noticias más extrañas nos han llegado de los contactos que abrimos ayer con la embajada de Argentina y Brasil. Parece que renacen de las cenizas del caos más rápidamente que el resto y eso sin haber encontrado un antivirus. Nuestros interlocutores en las embajadas no han sabido explicar claramente qué ocurre en sus países. Hablan de una conciencia común que ha despertado entre la población. Un movimiento colectivo de ayuda, de cooperación. De una organización que no nace de un centro de mando. Algo

espontáneo entre la población. Los Gobiernos han sido derrocados, los ejércitos se han disuelto, la población ha abandonado las ciudades, han vuelto a la naturaleza. Se organizan en pequeñas comunidades ¿Cómo las llamaron? Comunidades resilientes. El contacto de las Embajadas, en ambos casos, es con una de esas comunidades. Dicen que la Tierra, ellos la llamaron Gaia, les habla, que han entrado en comunión con su entorno, con sus congéneres, que deben restablecer el orden natural, que las Embajadas deben transmitir ese mensaje al resto del mundo. No sé si realmente pensarán que alguien en su sano juicio les dará algún tipo de crédito. Lo que hay que hacer es restablecer el suministro eléctrico y definir un nuevo orden mundial liderado por los que tenemos el conocimiento, por las corporaciones. De todas formas, Sudamérica no juega un papel clave. Pueden seguir jugando a las tribus. Ya nos ocuparemos de sus recursos naturales cuando solucionemos todo lo demás.

Si conseguimos sumar las fuerzas de Rusia, Canadá, USA, China y Australia, o lo que quede de representación de esos países, contaremos con más de un tercio de la superficie habitada del planeta. Eso es más que suficiente para marcar las nuevas reglas de juego.

El Gobierno en Japón también ha caído. El primer ministro, junto con varios de sus ministros, fue interceptado en un traslado. La turba consiguió romper la protección policial. Les lincharon. Les hacían responsables de la situación del país. Uno de los grupos de batida presencié el amotinamiento y decidió ir hacia el Palacio Imperial para comprobar su situación. Trajeron noticias tristes para Japón. El Palacio había sido saqueado y la familia imperial al completo asesinada ¿Quién puede haber cometido un crimen tan atroz? El equipo de batida se dividió para conseguir más información sobre lo ocurrido. Un grupo de monjes, cerca de la ciudad prohibida, les confirmó que habían dado sepultura a toda la familia imperial en el Santuario Meiji. Eso nos deja sin Gobierno, al albur del ejército y nuestro ejército correrá la misma suerte que el de los Estados Unidos, Canadá o Rusia. Japón también está sin rumbo. El mundo occidental navega a la deriva. Ha llegado el fin de una era. “Todas las cosas tienen que morir, pues son finitas”. La civilización tal y como ha existido durante los últimos siglos ha muerto. Es nuestro deber construir una nueva civilización. Una nueva organización guiada por el conocimiento, la eficiencia, la responsabilidad y la dedicación al bien común, al bien del orden mundial.

Los Estados como los conocíamos hasta hoy, están en sus últimos estertores. Alguien debe tomar el relevo. Somos las corporaciones las que debemos coger ese testigo. Podemos liderar el nuevo movimiento. Debemos liderarlo o la humanidad retrocederá siglos, o perecerá.

Coperx y Uthy están con nosotros. Es más fácil establecer alianzas con viejos conocidos que con extranjeros. El contacto con ellos fue fácil. También fue el primero. Ellos necesitaban fuerzas renovadas, igual que nosotros. La

unión hace la fuerza. Sus sedes son las únicas de la zona de Minato que han resistido. El resto han sido saqueadas.

Uthy... Uthy es un buen aliado. Llevan años trabajando en el desarrollo de robots. Y ahora sí que serán imprescindibles, no porque la población haya envejecido, sino porque gran parte de la población morirá.

* * *

Rabak, Sudán

El río fluye, se pierde en el horizonte, como mi mente. Mis pensamientos me llevan lejos de aquellas tierras extrañas. La evasión interior es mi ancla a la vida. La incertidumbre es mi única certeza. Mi futuro se escribe en árabe, pero no entiendo lo que dice.

Adís Abeba fue parada de carga. Igual que en Kismayo, nos bajaron en las cocheras de una estación de autobuses, nos limpiaron con agua a presión y nos tiraron la comida al suelo. Seguíamos desnudas, sucias, hambrientas, asustadas, sedientas y sin entender qué es lo que estaba pasando. En esa parada cargaron en nuestro camión a un grupo de veinte mujeres, una de ellas era francesa, como yo. Estaba sentada frente a mí, atada con cadenas al resto de las de su grupo. Hablaba sola, en voz alta. No paraba de repetir que todos habían muerto. Que los habían asesinado. Que ellos no habían hecho nada. No les habían atacado, no les habían ni siquiera ofendido. Todo tenía que ser un error. Tardó en oírme cuando le pregunté su nombre. Creo que no pensaba que yo fuese real, ni aquel camión, ni nada de lo que le rodeaba. Se llamaba Chloé. Era pediatra. Trabajaba en Médicos sin fronteras. Sus antiguos compañeros habían matado a los demás europeos que trabajaban allí. Ella era la única mujer blanca en la zona en la que trabajaba. Ellos la habían violado, después los militares que vinieron, los conductores del camión y todo el que había querido. Se sujetaba el brazo izquierdo. Se lo habían roto cuando se resistió. Sus ojos eran pozos de dolor. Me imagino que como los de todas las demás. Pero Chloé había sido la única con quien había cruzado la mirada.

Al día siguiente paramos en otra ciudad. Subieron a quince mujeres más al camión. No cabíamos. Algunas estábamos sentadas, otras estaban tiradas encima de las que nos sentábamos. Muchas tenían heridas profundas. Huesos rotos. Algunas vomitaban sangre. Muchas de las que iban en aquel camión agonizaban. Morirían. Era una cuestión de días y falta de asistencia médica, higiene, descanso, agua y alimentación.

Los días morían y llegaba la noche. Todos los camiones paraban cinco veces a lo largo de cada día para las salah. Sus oraciones, junto con la luz o ausencia de ella, era mi única referencia del paso del tiempo. A nosotras no nos bajaban. Éramos mercancía infiel.

Desde que salimos de Adís Abeba no nos han dado de comer. Dejaron dos barriles de agua dentro de cada camión. Agua rancia, con olor a podredumbre. El mismo olor que tenía el cazo comunitario con el que compartíamos el agua.

Calculo que fue al quinto día cuando nos volvieron a bajar de los camiones. Estábamos en una ciudad del desierto. Los pocos carteles que había en las calles estaban escritos en árabe. Nos descargaron en un callejón. El suelo era de tierra prensada y las casas de adobe. Bajas. Detrás de las construcciones se oía la voz de un hombre. La cadencia, la repetición de sonidos, el cierre de frases con un tono más alto que el resto, hacía pensar en un mercado, en una subasta.

Unas mujeres pasaron con barreños y una especie de esponjas, con las que nos frotaron, después de desencadenarnos. Era lo más parecido a un baño en aquel pueblo desértico. Nos estaban aseando para pasar la inspección de un hombre que, a todas luces, era uno de los jefes del sitio en el que estuviéramos. Iba unos pasos por detrás de ellas. Le seguían cuatro hombres. Llevaba una fusta con la que levantaba la cabeza de las mujeres que iba inspeccionando. La fusta le servía para abrir heridas, conseguir gritos de dolor al clavarla en las roturas, fustigar a la que no estuviese de pie e ir indicando a sus secuaces, dónde quería que colocasen a cada una.

Formaron cuatro grupos. Uno era el de las mujeres que estaban en peores condiciones. Algunas no podían ni siquiera mantenerse en pie. Otro agrupaba a todas las que estaban heridas o con fracturas leves y los otros dos, creo que seguían un criterio estético o de edad. Las más jóvenes, con mejor aspecto y las maduras, con peor aspecto. Yo caí en ese grupo. No sé si por mi edad, por las cicatrices que Johari me había dejado en todo el cuerpo o porque a estas alturas, me había convertido en un saco de huesos viejo y famélico, sin ningún utilidad.

Metieron al primer grupo de nuevo en los camiones y desaparecieron. Seguro que camino de alguna fosa común en mitad del desierto. Al segundo grupo se lo llevaron andando hacia el otro lado de las casas, de dónde provenía la voz. Chloé estaba en él. Me miró de nuevo mientras se la

llevaban. De sus ojos verdes, vidriosos, caían lágrimas que dibujaban regueros negros sobre sus mejillas. Se oyó un rumor, silbidos, pitidos y una retahíla de palabras entrelazadas, que parecía iban a ahogar a la persona que las gritaba. Diferentes voces. Frases cortas. De nuevo el barítono que guiaba el proceso y daba paso a otras voces. Todas masculinas. Estaban subastando a las mujeres que se acababan de llevar. No sé si una por una o en bloque. No podía ser otra cosa que una subasta.

Terminaron pronto. Vinieron a por mi grupo. Nos llevaron hasta la plaza. Habían montado una estructura elevada en el centro. Nos hicieron subir unos rudimentarios escalones hechos con bloques de hormigón y nos pusieron en fila. El griterío empezó. La plaza estaba abarrotada de hombres que gritaban, silbaban y se acercaban a tocarnos. Todas seguíamos desnudas. Sin pudor, cogían nuestros pechos, las nalgas, o metían la mano entre nuestros muslos. El que gritaba fue mostrando la mercancía, una por una. Nos hacía girar sobre nuestros pies, señalaba el pelo, las piernas, la cara,... mientras gritaba frases incomprensibles, que hacían estallar en risas a los presentes.

No tardó mucho tiempo en conseguir colocar a todo el grupo. Yo fui la última. Mi puja se la llevó un hombre vestido con túnica blanca, cinturón con sable y unos marcados rasgos árabes; piel oscura, pelo gris, rizado y largo, que asomaba por debajo de un turbante. Recordaba a la melena de un viejo león.

Bajé de nuevo los escalones de hormigón. Uno de los militares que organizaba los grupos de mujeres, me ató una cuerda a las muñecas y entregó el cordel al hombre que me había comprado. Ni siquiera me miró. Intercambió unas frases con el militar y cuando empezó a andar, tiró de la cuerda para que le siguiese. Me llevó a las afueras del pueblo. Me puso una túnica negra y una especie de manta de colores que colocó alrededor de mi cabeza. El calor, el hambre, la sed, el cansancio, el dolor..., me golpearon al unísono. Creí que iba a desmayarme. Debía ser mediodía. El sol estaba en lo alto. Llevaba días sin comer. Sin apenas beber. Había sido vendida. Mis fuerzas flaquearon. No podía ser. Estaba en mitad del desierto. Ni siquiera sabía en qué país. No entendía la lengua en la que hablaban. No sabía dónde me llevaban. Un viejo extraño me había comprado. Me habían convertido en una esclava.

* * *

La Rioja, España

'Si hoy es miércoles, esto debe ser el parque de Urbasa'. Hasta ahí llega el sentido de la orientación del descerebrado de Pedro.

Yo voto por que no siga con nosotros.

Estoy hecho una mierda. No voy a poder seguir a este ritmo. Debemos estar haciendo unos treinta kilómetros diarios, campo a través. Las viandas del cañón se terminaron a los tres días. Más o menos cuando pasamos de Soria a La Rioja. Desde el embalse de la Mansilla, estamos siguiendo el río Urbión, donde hay bastantes huertas con fruta y verduras, pero necesito algo más consistente; carne, queso, pan, algo caliente. Necesito otros zapatos, un forro polar. Por las noches, incluso andando a marcha, tengo frío y estamos en pleno verano. Necesito descansar.

Los nervios empiezan a estar a flor de piel. El paso del sistema ibérico ha sido jodido. La camaradería y el buen rollo con el que salimos del cañón del río Lobos se está perdiendo a toda leche... El paso del cañón... Aquello fue la hostia. Cuando les vimos llevaban horas vigilándonos. Supusimos que la carretera que cruza el cañón estaría tomada, así que decidimos entrar algo más al Sur, por la zona de Nafría de Ucero. Llegamos al río de madrugada. Aún no era de día. El cañón tiene un montón de cuevas. No tardamos en elegir. Paramos en la primera que vimos más o menos escondida. Estábamos reventados, como todas las jodidas noches desde que salimos de Madrid. María estaba de guardia. No habría pasado ni una hora cuando nos despertó. Había visto luces a unos cien metros. Ningún ruido. Sólo unos focos que aparecían y desaparecían en la otra orilla del río. Cogimos palos ¡De mucho nos habrían servido si los hubiésemos tenido que utilizar! Sin previo aviso,

como salidos de la nada, nos rodearon. Eran diez. No parecían moros. Todos estábamos callados. Ellos iban armados. Cuchillos, azadas, escopetas. No sé si estuvimos en silencio cinco segundos o cinco minutos. A mí me parecieron horas. Uno de ellos habló. Querían saber qué hacíamos allí. Si habíamos venido solos. Si habíamos visto a alguien por el camino. Si nos habíamos cruzado con algún grupo armado. José fue quien contestó. Escueto. Tranquilo. Al grano. El tío es un hacha. A los pocos minutos la tensión bajó. Nos dijeron que fuésemos con ellos a su campamento. Estábamos en una zona demasiado expuesta y las patrullas musulmanas nos podrían ver. Nos tocaba ir por huevos, así que fuimos por las buenas.

Eran sorianos. Se conocían el cañón al milímetro. Nos guiaron hacia una zona boscosa. Escondida tras una grieta en el cañón, inapreciable. Llegamos a una galería enorme. Habían podido llevar hasta allí un montón de cosas; mantas, sacos de dormir, leña, todo tipo de herramientas y cacharros, sacos de harina, latas de conservas, bebidas, embutidos, incluso tenían un par de gallinas y una vaca.

Por primera vez, en no sé ya cuántos días, probamos algo caliente. Según ellos café. A mí me pareció agua sucia, pero estaba caliente. Un lujo al que nosotros no teníamos acceso desde hacía un huevo.

Les contamos nuestro periplo desde Madrid. Lo que habíamos visto allí; las muertes, el caos, las ejecuciones, cómo nuestro ejército perdía terreno día a día, la caída inevitable de la ciudad a manos extranjeras. Les explicamos nuestra teoría sobre una conquista organizada y planeada con mucho tiempo de *Al-Andalus*, e incluso les contamos nuestros planes de cruzar los Pirineos y llegar a territorio francés, donde pensábamos que estaríamos a salvo. Bueno, yo no lo pensaba, pero era a lo que estábamos.

La historia de cómo llegaron hasta su campamento era muy parecida a la nuestra. Ellos mantenían también la teoría de que España había caído ante un ejército islámico, pero estaban convencidos de que era algo temporal. Por eso, habían decidido buscar un lugar escondido y aguantar. Querían resistir hasta que nuestro país recibiera ayuda externa. Antes o después los aliados nos vendrían a ayudar. Ellos querían ser parte de la resistencia. Querían vengar a sus muertos. Tres de ellos habían perdido a sus hijos y a sus mujeres el primer día del ataque.

Estaban bien preparados. Podían sobrevivir allí meses. Sería prácticamente imposible que les encontrasen, si ellos no querían ser vistos.

Eran las primeras personas con las que hablábamos en más de una semana. Nos invadió a todos la nostalgia. En muy poco tiempo nos unió un sentimiento de camaradería que yo no había sentido nunca con la gente con la que había trabajado, o con los que había estudiado. Nos unía la adversidad y eso, crea lazos mucho más fuertes que la coña marinera, la superficialidad

o simplemente la comodidad. Nos unía el espíritu de supervivencia. Hacer frente a un enemigo común.

Aquel día cazaron. Tenían trampas a lo largo del cañón. Comimos conejo a la brasa. Hablamos alrededor del fuego hasta que cayó el sol. Nos invitaron a quedarnos con ellos. Pronto llegaría la ayuda de fuera. Expulsaríamos a los moros. Ya lo hicimos en la reconquista. Lo volveríamos a hacer. España volvería a ser como antes. Allí, con ellos, estaríamos a salvo. Les podíamos ayudar. Juntos tendríamos más posibilidades de sobrevivir.

Reconozco que me sentí tentado. Todos nos sentimos tentados, pero ninguno pensábamos que fuese a llegar la ayuda, ni que todo volvería a ser como antes. Quedarse allí, era quedarse en una ratonera. Si querían ayudar en la resistencia, podrían hacerlo desde Francia. Se podían venir con nosotros.

Ni ellos se unieron a nuestro grupo, ni nosotros al suyo. Compartieron algunas provisiones. Nos dieron pan, embutidos y queso para dos o tres días. Además nos regalaron nuestros bienes más preciados; un cuchillo de monte, que normalmente llevaba María y un rifle con una caja de municiones. Pedro era cazador, según dijo con buena puntería. No le fallaría el pulso si tenía que utilizarlo. Siempre lo lleva él. En contrapartida, nosotros hacemos turnos para llevar su mochila de provisiones. Entre el rifle y que nos acercamos a su tierra, que conoce mejor que nadie, está de un subido que es para darle de ostias. Asegura que conoce Navarra palmo a palmo y no sé cómo, nos ha hecho el lío, para que a partir de mañana él sea el guía.

José nos ha traído hasta el Ebro como un puto GPS, a ver si el Pedrito, es capaz de llevarnos hasta los Pirineos de Nafarroa la mitad de bien.

* * *

Cerca de Vancouver Norte, Canadá

Puedo vivir a través de sus vidas. Desde mi encierro. Ellos tienen todo lo que quiero. Si les veo, puedo imaginar que soy yo quién está ahí fuera. Riendo. Corriendo. Sintiendo el viento en mi pelo. El sol en mi cara. La lluvia mojando mi cuerpo. Oliendo el bosque, la libertad. Son mi ventana a la vida.

El primer pinchazo no fue el único. Durante más de una semana mis niveles de ansiedad se dispararon. Salía de cada letargo despacio, con la cabeza embotada, sin saber muy bien dónde estaba. Mis ojos tardaban en ver con nitidez, pero tan pronto recorría con la vista el espacio que me rodeaba, recordaba que estaba encerrada en un contenedor. Enterrada en vida por el psicópata de mi marido. Bajo tierra. Junto a mis dos hijos. Me incorporaba. Mareada. Con náuseas. Débil. Aún con la necesidad de escapar. De salir a la superficie. De respirar aire puro. De ver la luz del sol.

Las pocas fuerzas que aún me acompañaban, las usaba para arrastrarme hasta la puerta de sellado y golpear el cierre. Mark me seguía siempre unos pasos por detrás. Me hablaba. Creo que intentaba razonar conmigo. Tranquilizarme. Yo no era capaz de entenderlo. En mi cabeza resonaba el sonido del sellado del búnker. Un chirrido y un gran portazo que se multiplicaba en mi interior, con el eco del silencio en el que me había aislado. No podía respirar.

Creo que gritaba. Golpeaba lo que tenía cerca. Oía una voz de fondo, diciendo que no quería suministrarme más tranquilizantes. Que tenía que comer algo. Que tenía que hidratarme. El chirrido. El portazo. Que ellos

estaban allí para ayudarme. Mentira. Terminaba siempre igual. Un nuevo pinchazo. Un nuevo viaje al pozo de oscuridad.

Cuando me narcotizaba, tenía siempre la misma pesadilla. Estaba enterrada. Mi nariz a ras de suelo, con las fosas nasales semisepultadas. Mi boca entreabierta para poder dar bocanadas y recibir algo de aire. El resto del cuerpo enterrado. Mis manos lejos, bajo una cantidad de tierra que no me permite moverlas. No puedo acercarlas a mi cara. No puedo quitar los bichos que corretean por encima de mis ojos, por mi nariz, por mi frente, por mi boca. El sueño varía poco de un día a otro. Unas veces, la tierra es grumosa, de color negruzco. Está mojada, tiene lombrices que airean la tierra que entra en mi boca. Otras es seca. Arena del desierto, caliente, fina, cenicienta. La garganta me arde. El sol me quema. Suenan gritos de buitres que sobrevuelan su próximo festín. Yo. Un alacrán negro me inyecta su veneno. Su cara de arácnido se va transformando poco a poco, hasta convertirse en la de Mark. Me mira con sus ocho ojos. Mi imagen se refleja en pequeños octógonos de cristal. Me multiplico, pero el veneno me hace caer, morir y entonces despierto en otro encierro. La tierra no me cubre, pero no puedo respirar. Y la pesadilla, la real, la de mi encierro en el búnker, empieza de nuevo.

* * *

Domingo, 8 de agosto

Tokio, Japón

No	不	<i>Un noble le preguntó al maestro de Zen, Takuan, como creía que debería pasar los días, pues a él se le hacían largos y tediosos en su oficina, atendiendo a las numerosas personas que iban a diario a rendirle pleitesía.</i>
Dos	二	
Veces	期	<i>Takuan escribió ocho caracteres en chino y se los dio al hombre:</i>
Hoy	今	<i>"Este día jamás volverá, cada minuto es una preciosa gema sin precio".</i>
Pulgada	寸	
Tiempo	期	
Yarda	碼	
Gema	琛	

Veintiocho días. Un mes sideral y unas horas. El tiempo que tarda la Luna en dar la vuelta a la Tierra y volver a situarse en la misma posición relativa a las estrellas fijas de la esfera celeste.

Veintiocho días sin energía. El equipo de restitución aún no ha conseguido nada estable. Logran confinar el virus en el área de trabajo del laboratorio. Lo neutralizan en una red cerrada, de no más de treinta pies de longitud. En cuanto lo intentan con un cableado de una longitud superior, el virus se retroalimenta con tal fuerza, que desintegra el antivirus. Lo conseguirán. Sólo espero que sean los primeros en hacerlo. Necesitamos esa ventaja para la negociación.

El primer contacto de ultramar se produjo ya hace siete días. Tal y como nos dijeron nuestros enlaces en la Embajada, varias corporaciones americanas han conseguido sobrevivir. No sé si es casual que hayan contactado con nosotros o si bien ha sido trabajo del cuerpo diplomático. Crynf era mi más firme candidato a seguir viva y tener definido un proyecto de restablecimiento. Siempre fueron punteros. Lideraron el gran cambio en la red. Apostaron por la innovación en su negocio principal y en lo que pensaron que sería crucial en el futuro, la energía. Llevan años invirtiendo en ese campo. Era previsible que hubiesen montado centros operativos totalmente autosuficientes en distintos países. Han entrado a través del canal de HF, pero sigo pensando que desde USA tienen acceso y control de algún satélite. Es una ventaja importante a la hora de coordinar acciones simultáneas en distancias grandes. Aportaría un gran valor a la futura alianza que firmemos con ellos.

Hemos mantenido ya cuatro conferencias. A partir de la segunda se unieron Eric Prin y Chris Telley, sus fundadores. Son listos. Meticulosos. El resto del equipo de dirección ha estado en el día a día, lo que ha permitido a Eric y Chris tener tiempo para poder pensar en planes de contingencia, escenarios remotos pero aun así factibles. Durante la última década, han dirigido gran parte de los esfuerzos de la compañía o de la fundación, o el vehículo que hayan usado, para estar preparados ante la eventualidad. Han sabido atraer talento y en el momento crítico, tenían previsto cómo retenerlo. Cuando empezó el caos, consiguieron agrupar a sus mejores investigadores, ingenieros y científicos en su centro de Silicon Valley. Allí les mantienen a resguardo y protegidos. Prácticamente todo Crynfplex, como llaman a su sede central, sigue operativa de puertas hacia dentro. Su servicio al exterior, por supuesto, no funciona.

También ellos trabajan en la búsqueda de un antivirus. Afortunadamente para Tyo, por ahora no lo han encontrado. Como decía Voltaire “a una persona se le conoce más por sus preguntas, que por sus respuestas”. Las preguntas son su negocio, en lo que son expertos. Pero expertos o no, por sus preguntas puedo asegurar que aún no lo han encontrado. Además, si lo hubiesen hecho, no habrían invertido su tiempo conmigo en las siguientes conferencias.

Su información es valiosa. Parece que el Gobierno pierde cuota de poder. No pueden seguir alimentado al ejército y sus familias. Son demasiados. Empiezan a pasar hambre. Han comenzado las deserciones, lo que ha hecho que el caos crezca en su país. Igual que ocurre en Japón.

Los desertores quieren sobrevivir. Quieren comida para ellos y para sus familias. Quieren una seguridad que el Gobierno no les puede garantizar. Se ofrecen al mejor postor, como milicias, como mercenarios. En grupos organizados, con sus rangos, conocimientos y sus especialidades ya definidas. Las oficinas de Crynf que aún están operativas en USA; las de

Silicon Valley, San Francisco, Nueva York y Seattle, han conseguido contratar comandos militares del todopoderoso ejército americano, en vías de descomposición. Les han incorporado a la plantilla de Crynf. Más de mil ex-militares forman ahora parte de la corporación, con un objetivo claro; proteger las instalaciones de Crynf, proteger a los crynfies, sus empleados y por encima de todo, proteger a las veinte personas que dirigen la corporación y a sus familias directas.

Eric y Chris parecen tener un plan maestro. No sé cuántos años han invertido en crearlo. O si es fruto del apagón. No sé si el plan que han ideado tiene el objetivo de dominar el mundo, convertirlo en un sitio mejor o simplemente enriquecerse más, pero tienen un plan maestro y tenían prevista una contingencia como la que estamos viviendo. De eso no me cabe ninguna duda. Me queda conseguir que lo compartan. Puede que no esté tan lejos de mis intereses. De los de mi corporación. De los de la Humanidad.

Debemos aprovechar el momento. La situación de debilidad, en que quedarán los que sobrevivan al caos, les hará aceptar las reglas de cualquiera que les ayude a recuperar una ínfima parte de la comodidad de la que antes disfrutaban. Podemos construir un mundo mejor. Los Gobiernos están cayendo por su propio peso. Podemos empezar de cero. No heredar las estúpidas fronteras, propias de estados medievales. Debemos apuntar a un mundo global. Un mundo en el que no exista la clase política, en la que no existan gobiernos corruptos. Un mundo que prime el conocimiento, la eficiencia, la productividad, la innovación, la competencia y la creatividad. Un mundo gestionado como una gran empresa. Gestionado por las grandes corporaciones que hayamos sobrevivido a la hecatombe de la civilización. Resurgiremos de nuestras cenizas, como el ave fénix y seremos capaces de crear un mundo mejor. Un mundo sin ineficiencias.

* * *

Rabak, Sudán

Viajamos a pie por el desierto. Demasiado cansancio acumulado para poder seguir el ritmo. De nuevo me han atado como un fardo. De nuevo parte del cargamento. Sólo me bajan por la noche, cuando paran a montar el campamento.

Embarcamos a las pocas horas de ser comprada. Era un barco de carga, de unos cincuenta pies de eslora. La parte central estaba cubierta por lonas de piel de algún animal, en forma semicilíndrica. Protegían del sol abrasador. Sólo a los hombres.

Pegado a la lona, anclado al centro de la embarcación, estaba el único mástil, del que salían al menos veinte obenques rústicos hechos con cáñamo. En el tope del palo, a modo de botavara, un largo madero enrollaba una vela latina de una superficie enorme. La largaban mediante dos cabos anclados por unas piezas de madera a sendas amuras.

Fuera de la lona, hacia proa y hacia popa, llevaban mercancías; sacos, cajas, algunas cabras, dos cerdos y a mí. Era la única mujer a bordo. Cuando me di cuenta, reviví la noche en Zanzíbar. Comencé a convulsionar, a gritar. Lloré, de tan sólo imaginar que volvía a aquella estancia del infierno. Intenté saltar al río. Uno de la tripulación me lo impidió y me ató a las cajas que tenía más cerca. El hombre que me había comprado se acercó. Llevaba un látigo enrollado en su mano izquierda. Me di cuenta de que lo había desenrollado cuando sentí un dolor afilado en la mano, acompañado de un grito severo.

Soltaron amarras y empecé un nuevo viaje. No sabía de dónde partía, ni a dónde llegaría. Era una esclava. Tampoco sabía qué uso me darían. El latigazo me había dejado claro que allí adonde fuese, tuviese que hacer lo que tuviese que hacer, mi dueño no transigiría con la desobediencia o la insubordinación.

Bajo el sol, cubierta por la túnica, la manta, mi pecho enrollado en cabos que me anclaban a unas cajas, empecé a perder la noción del tiempo. El barco fluía por el río. Una suave brisa empujaba la embarcación. Me susurraba que ella me ayudaría. Hincharía la vela para que me diese sombra y no muriese deshidratada o de insolación en las primeras horas de travesía. Quizás eso fuese lo mejor que me podía pasar. Amodorrada, mecida por el movimiento del barco, mi mente empezó a viajar por el mapa de África. Nuestra entrada al continente fue por Kismayo, al sur de Somalia. De allí tomamos rumbo hacia el noroeste, hasta Adís Abeba. Seguimos camino en los camiones durante varios días, no sé en qué dirección. El paisaje se fue haciendo más y más árido mientras viajábamos por tierra. Ahora, sin embargo, navegando por este río, la tierra volvía a ser fértil ¿Dónde estoy?

Si no me fallaba la memoria, los principales ríos navegables en África eran el Congo, el Níger y el Nilo. El río en el que navegábamos no podía ser el Níger. Demasiado lejos de Adís Abeba para el tiempo que habíamos estado confinadas en los camiones. Además, durante el viaje, la tierra habría sido menos árida. El río Congo estaba también lejos de Etiopía, no tanto como el Níger, pero en esa dirección todo habría sido más verde. Seguramente el río que nos llevaba, era el Nilo o alguno de sus afluentes. Esclava en el Nilo.

Me soltaban tres veces al día. Me costaba ponerme en pie. Los músculos entumecidos por la falta de movimiento, agarrotados por las ataduras. Cuando me desataban, para poder incorporarme tenía que ponerme a cuatro patas como un animal, como uno de los cerdos o las cabras que había por cubierta. Desde esa postura, me apoyaba en las cajas que me rodeaban para poder sentarme sobre una de ellas. La comida que me daban era frugal. Un cuenco del tamaño de una naranja, con arroz o con sémola, que comía con las manos. Otro cuenco de agua. La túnica y la manta me asfixiaban, pero eran útiles, no dejaban que mi transpiración se evaporase. Pusieron un cubo a mi lado para mis necesidades fisiológicas. Sólo podía hacerlas cuando me soltaban. Me sentaba sobre el cubo. Lo tapaba con la túnica. La primera vez, cuando terminé, lo cogí y me dirigí hacia la borda para vaciar el contenido. 'La, yalla, yalla'. Mis escasos conocimientos de árabe y los gestos, me permitieron entenderlos. 'No, muévete, vamos'. Me dio tiempo a dejar el cubo sobre la cubierta y volver a mi sitio, antes de que volviesen a darme un latigazo.

Por la noche permanecía atada, sentada contra las cajas, igual que durante los largos días. Mi cabeza se balanceaba al son del río, cayendo sobre mi pecho cuando conseguía un sueño profundo. El dolor en el cuello apenas

me permitía girarlo. No podía mover casi ninguno de mis músculos. Apenas conseguía dormir, ya fuese de día o de noche. Las noches me daban un descanso del sol abrasador. El cielo siempre despejado, con una luna menguante que dejaba a las estrellas brillar con todo su esplendor. Las mismas estrellas que iluminaban mis noches en Zanzíbar, junto a mis hijos, al borde del mar, en mi sueño de una vida pausada, alejada del mundo occidental, de las prisas, del estrés. El mundo que busqué cuando Pierre y yo nos separamos. El paraíso que quise construir para mis hijos y que terminó siendo su tumba y mi viaje a los infiernos. Si me hubiese quedado en París, nada de esto habría sucedido. Ellos seguirían vivos. Yo sería una mujer libre. Jamás habría conocido este sufrimiento.

La última noche de navegación la luna casi era nueva. Las únicas luces del cielo eran las estrellas. El río se tornó negro. Las orillas desdibujadas por la oscuridad, emanaban ruidos de animales que creaban un ambiente inquietante. La noche compartía mi inquietud. Lo que nadie, ni siquiera la noche, podía compartir, era el terror que sentía. Mi soledad. Mi angustia. Mi desesperanza.

Por la mañana llegamos a una gran ciudad. Mi dueño me puso de nuevo el cordel alrededor de las dos manos y tiró de mí. En el embarcadero donde bajamos, pude ver que confluían dos ríos. Anduvimos por la ciudad. Bullía de actividad. Entumecida aún, con movimientos torpes, seguía a mi nuevo dueño. Buscaba algún cartel que me permitiese saber dónde estaba. Buscaba alguna cara occidental. Alguien a quién poder pedir ayuda. En la entrada al zoco vi un cartel con caracteres occidentales. Estábamos en Al-khurtum. Si había algún occidental, estaba sepultado bajo tierra, igual que cualquier posibilidad de conseguir ayuda.

* * *

Navarra, España

Francia también tenía su caballo de Troya.

No tenemos muchas opciones; seguir a pie hacia el Norte y esperar que la ocupación de Europa no haya sido completa, o ir a la costa, para intentar coger algún barco que nos lleve a las islas británicas, que no sabemos en manos de quién están.

El cruce del Ebro fue menos complicado de lo que hubiese pensado. En pleno verano no llevaba demasiada agua. Encontramos una zona donde el vadeo fue un coñazo, pero no peligroso. Nuestro nuevo guía estaba ufano. No cabía en su camisa y marcó un ritmo que me superaba. Creo que a los demás también. Acumulábamos cansancio y desesperación. Todos menos él, que se sentía capitán general en la batalla del Ebro. Frente al silencio de nuestras otras noches de marcha, Pedro instauró un parloteo siseante que me taladraba el cerebro. Toda la puta noche diciendo gilipolleces. En bajo, al cuello de su camisa, pero esperando que yo, que le seguía, las oyese, le riese sus putas gracias y las comentase. No encontró un buen cómplice en mí.

No es que tenga mucha idea de geografía ni de orientación, pero era obvio que las dos primeras noches Pedro marcó rumbo Norte. Yo le decía que si seguíamos en ese rumbo, terminaríamos en la playa de la concha. Que la tierra por la que íbamos no tenía mucha pinta de ser Navarra, más bien parecía Vitoria. Pero no hay como creerse Dios; 'Calla la boca', 'los madrileños no tenéis ni puta idea de nada', 'veis verde y ya os creéis que estáis en Euskadi', 'sois como los nacionalistas vascos, si por vuestros

conocimientos fuese, convertíais Navarra en la quinta provincia del País Vasco'.

José, siempre discreto, no intervenía. 'Teníamos que confiar en Pedro. Él era navarro, conocía mejor que nosotros la zona'. 'No podíamos quitarle autoridad, así como así'. María callaba, aunque si sus miradas hubiesen hablado, habrían sentenciado a nuestro guía a pena de muerte.

Íbamos hacia el Norte, le gustase a quien le gustase y le jodiese a quien le jodiese. El tercer día, mientras descansábamos le pregunté a Pedro si de verdad pensaba que nos estaba llevando hacia un paso navarro en Pirineos. Sin ánimo de ofender, le dije que su sentido de la orientación dejaba mucho que desear, que se guiaba únicamente por la estrella polar para no perderse, por eso nuestro rumbo siempre era Norte. Le tocó la fibra. Se volvió loco. Algo fuera de todo lo normal. Empezó a gritar, a darme empujones. José tuvo que intervenir. Le recordó que estábamos en territorio ocupado, en mitad de una maldita guerra. Que no debíamos delatar nuestra posición y con esos gritos, le habrían oído a varios kilómetros a la redonda.

Disculpas mutuas. Tranquilidad fingida. Miradas torvas y esquivas. Pedrito y yo ya no teníamos ni una leve sombra de buen rollo.

En nuestra marcha de la tercera noche seguíamos por bosque. Después de andar unas cuatro horas, dirección Norte, cómo no, llegamos a una carretera y vimos un cartel; Vitoria-Gasteiz, 15 Km. '¿Navarra?, ¿esto es Navarra?, tú no tienes ni puta idea de dónde estamos, ni hacia dónde vamos'. Pedro hizo un movimiento rápido. Giró y me golpeó con la culata del rifle. Perdí el conocimiento. Cuando desperté me dolía la sien. Me habían limpiado la herida y puesto un vendaje improvisado alrededor de la cabeza. El muy cabrón me había hecho una brecha con el rifle. Me costó incorporarme, pero en cuanto recuperé el equilibrio me fui derecho a por él.

María se interpuso entre nosotros. Pedro, como un gallito de pelea. Diciendo que no consentiría más insubordinaciones y yo con más ganas de partirle la cara, de las que había tenido nunca con nadie. '¿Quién cojones se creía?, qué no iba a consentir ¿qué?'. José intermedió de nuevo; conciliador, tranquilo. Dijo que debíamos hablar de lo ocurrido. De la ruta. De los objetivos comunes.

Pasamos el día entero hablando, discutiendo. Defendiendo posiciones propias. Desmontando argumentos ajenos. Intentando poner en claro que nadie mandaba en el grupo. Recordando quién era el enemigo. Pedro intentando imponer criterios absurdos sacados de algún panfleto militar que debió leer cuando era adolescente. No llegamos a ningún acuerdo. El ambiente cada vez era más tenso. Pedro no se movía de su posición. Él estaba al mando y debíamos obedecerlo. No daba crédito. Propuse que votásemos si queríamos que Pedro siguiese o no en nuestro grupo. Votamos. 3 – 1.

Yo, al que le habían hecho una brecha en la sien, al que habían agredido sin motivo, el que intentaba que un descerebrado no fuese nuestro guía..., yo era el que había perdido en la votación. Tenían el puto síndrome de Estocolmo. Un psicópata con un rifle nos había secuestrado y José y María le estaban ayudando a llevarnos a una muerte segura.

El cansancio, el estrés, todo lo vivido en el último mes, había quebrado su voluntad y les había dejado el cerebro hecho puré.

Si Pedro no se iba, me iría yo. Empecé a recoger mis cosas. Me piraba. Siempre tuve mis dudas de ir en rebaño y lo que tenía claro es que no iba a ir en un grupo dirigido por un grandísimo hijo de puta, con ínfulas de general frustrado, que no sabía una mierda de lo que se traía entre manos.

Me di la vuelta para despedirme de María y José. Cuando giré para empezar a andar, me topé de frente con Pedro. Me había encañonado. El muy cabronazo había montado el rifle, había quitado el seguro y me apuntaba. Me estaba amenazando. 'De aquí no se marcha ni Dios'. No sentí miedo. Sólo desprecio. Con desdén, indiferencia y muchísima chulería le reté a que me disparase, 'no tienes huevos para matarme', 'eres un mierda, ni siquiera sabes usar ese arma'. Empezó a sudar. El pulso le temblaba. Balbucía. 'Pringao, seguro que no está ni cargada'. Cerraba y abría los ojos como si estuviese viendo alucinaciones. La mirada perdida. El rifle ya no me apuntaba a mí. Pendía de unas manos vacilantes. Las manos de un cobarde. 'Deberías haber muerto en Madrid, en lugar de tantos otros que eran mucho mejores que tú'. Lloraba. 'Quita de en medio, me voy'. Me gritó. Volvió a encañonarme. Miré tras de él. María empuñaba el cuchillo de montaña. Un disparo. Sí que la había cargado. Y sí, era un cobarde. La presión le pudo. Se voló la cabeza justo antes de que María le degollase.

* * *

Cerca de Vancouver Norte, Canadá

Los perros nos han olido. No dejan de ladrar encima del búnker. Los nuevos inquilinos están peinando la zona. Llevan más de cuatro horas rastreando. Cavando. Cortando vegetación con sus machetes ¿Y si encuentran el búnker?

Un día, al despertar de mi letargo conseguí no entrar en pánico. Bueno en realidad lo consiguió el cansancio. No pude andar hasta la puerta. La veía lejana, inaccesible. Me quedé sentada sobre la cama. La mirada perdida. Los brazos inertes. Los niños vinieron conmigo. Rachel ya andaba sola ¿Tanto tiempo había pasado? Patrick me abrazó. Me daba besos por toda la cara; en las mejillas, en la nariz, en la frente. Me decía que me había echado mucho de menos, mientras Rachel subía sus brazos hacia mí y balbuceaba 'ama, ama'. La cogí y la senté en mi regazo. Aún olía a bebé, a amor, a paz, a bienestar. Patrick me preguntaba si ya estaba bien. Mark nos observaba desde la zona de juego, callado, expectante. Le miré. Él ya no era el mismo. Yo tampoco. Me pareció observar a un extraño. Un extraño que me provocaba sentimientos antagónicos ¿Temor?, ¿cariño?, ¿desprecio?, ¿amor?, ¿rencor?

Aquel día tomé una sopa caliente. No tenía demasiada sed. Mark me había ido suministrando suero oral desde que empezó a drogarme. Aun así, notaba la boca pastosa. Me costaba hablar. Me costaba organizar mis pensamientos. Me sentía torpe. Agazapada tras una fina capa de autocontrol, mi ansiedad seguía conmigo. Mi angustia. El temor a morir en aquel contenedor, a no volver a ver la luz del sol o respirar al aire libre. Intenté

meterme en la rutina lo más rápido que mi acartonado cerebro me permitió. El tai-chi ayudó. Me dio energía. Abrió mis meridianos. Aunque quienes más ayudaron fueron Patrick y Rachel. Se convirtieron en mi baluarte, en mi báculo. Mi único refugio dentro del encierro, hasta que un día, sin previo aviso, el búnker me abrió una ventana a la libertad.

Todos los sonidos del exterior llegaban muy amortiguados. Por lo general sólo se escuchaba el silencio. Mark miraba por el periscopio varias veces al día, para comprobar que todo seguía vacío, sin cambios. Hasta aquel día. Oímos voces. A lo lejos. Débiles. Tenues. En mi caso, había dado por hecho que las escuchaba dentro de mi cabeza, era algo que desde que estábamos encerrados, me ocurría con cierta frecuencia. No a Mark. Él estaba siempre alerta. Todos sus sentidos en guardia, registrando el más mínimo cambio por pequeño que fuese. Pendiente de cualquier ruido ajeno al entorno. Tan pronto como lo oyó, se enganchó al periscopio. Nos chistó. Silencio.

Su mano izquierda manejaba el periscopio. Con su mano derecha nos iba haciendo señales contra su pierna. Uno, dos, tres, cuatro..., dos..., cuatro. Eso debían de ser ocho. Ocho, ¿qué? Me acerqué al periscopio. Puse mi mano sobre la de Mark. Era la primera vez que le tocaba desde que entramos al búnker. Me miró a los ojos. Había cariño en su mirada. Me cogió del hombro y me colocó en la posición adecuada para poder observar. Eran diez personas. Seis hombres, dos mujeres y dos niños. También tenían dos perros.

Cinco hombres abrían el grupo en formación de semicírculo. Algunos llevaban hachas en las manos. Otros cuchillos. Las mujeres y uno de los hombres iban dentro del círculo. Cada una llevaba a uno de los niños de la mano. Avanzaban cautelosos. Cuando aún estaban a unos trescientas yardas de la casa, los que iban dentro del círculo se escondieron detrás de unos arbustos. Los otros cinco hombres se disgregaron. Rodearon la casa en la distancia. Cada uno fue ganando terreno desde una dirección. No sabían si estaba habitada y si lo estaba, no parecía que quisiesen avisar de su presencia a los dueños de la propiedad. Dos de ellos entraron en la casa, mientras los otros tres hacían guardia fuera. Pasaron unos minutos. 'No hay nadie. Parece abandonada'. Los que estaban en los arbustos salieron. Los que estaban en la casa también.

Allí, en la parte acristalada de entrada a nuestro *earthship*, había diez completos desconocidos que empezaron a inspeccionar nuestra propiedad. Las mujeres y los niños pasaron dentro de la casa. Ayudaron a entrar al hombre que las había acompañado. Cojeaba. Parecía que estaba herido. El resto se distribuyeron los trabajos pendientes. Dos de ellos siguieron hacia lo alto de la montaña. Me imagino que querrían explorar el terreno y comprobar si había otras granjas, si vivía más gente más arriba. Los otros tres peinaron la zona en espirales.

El periscopio que Mark había montado, estaba pensado para observar la casa y el camino de llegada. En cuanto salieron de esa área les perdimos. Nos sentamos alrededor de nuestra mesa. Hablábamos bajito. En susurros. Rachel estaba entretenida con un juego de piezas de madera. Parecía que los extraños habían venido para instalarse. Deberíamos extremar nuestras precauciones. El búnker estaba a casi dos millas de la casa. La insonorización nos protegía, pero traían perros. Seguro que más pronto que tarde tendríamos a los perros encima de nuestras cabezas. Sería la prueba de fuego de los filtros que Mark había instalado en el sistema de ventilación. También de la insonorización. Y de la canalización camuflada de energía desde la casa al búnker.

Mark estaba inquieto. Él, el hombre impertérrito, el que no había perdido los nervios desde el apagón. Le preocupaba que nos descubriesen. Que encontrasen el búnker. Yo también debería de estar preocupada, pero no lo estaba. La gente que había llegado no me inspiraba temor. Parecía gente normal. Un grupo que huía de donde quiera que viniesen. Buscaban seguridad para ellos y para sus hijos. No buscaban un búnker con una familia enterrada. Querían rehacer sus vidas. Si de verdad había guerra fuera, buscaban paz. Si el mundo había sucumbido al caos, ellos sólo buscaban orden y estabilidad.

Cuando nos encerramos, soltamos a todos los animales. Seguro que los encontrarían. O al menos a los que aún siguiesen vivos. En primavera, como todos los años, habíamos plantado en los bancales de la huerta. Algunas cosas se habrían estropeado por falta de recolección, pero tendrían aún muchas por recolectar. Ellos podrían seguir lo que nosotros habíamos abandonado. Lo tenían todo para no necesitar a nadie. Sin saberlo habían encontrado la solución a sus problemas. Una casa autosuficiente a pleno rendimiento. Energía propia. Agua de pozo canalizada a la casa y al sistema de riego de la huerta. Vegetales. Fruta que estaría ya madura, esperando a ser recogida en los frutales. Gallinas y patos que ponían una media de cuatro huevos diarios. Cabras y una vaca de las que podrían conseguir leche y además, un caballo y una yegua de trabajo.

Unos extraños se habían colado en mi vida. No en el falso reflejo de lo que era mi encierro, si no en mi vida real. La del exterior. Mi vida en libertad. Se habían infiltrado en mis sueños y ahora eran parte de mí. Eran mi nexo de unión al mundo libre.

* * *

Miércoles, 19 de agosto

Tokio, Japón

Un día el maestro Gasan le dijo a sus discípulos: "Aquellos que censuran el asesinato y quieren proteger la vida de cualquier ser vivo consciente, están en lo correcto. Es bueno proteger, incluso, la vida de los animales y los insectos. Pero ¿qué hacer con las personas que matan el tiempo?, ¿o con los que destruyen la riqueza?, ¿o con los que atacan contra la economía? No deberíamos perdonarlos. Voy más allá ¿Qué pasa con aquél que predica sin iluminación? Ese está matando al Budismo".

Un golpe de estado militar en USA. Aún no lo he asimilado. La última conferencia con Eric y Chris fue desconcertante. Corta. Rápida. Cargada de miedo y confusión. Llena de información contradictoria, parcial. Pinceladas del cuadro de la situación mundial, pero no la foto completa. Fue como si tirasen sobre la mesa piezas de un rompecabezas que hay que recomponer, sabiendo de antemano que más de la mitad de las piezas no están allí.

La oficina de Nueva York no existe. Parece que Nueva York tampoco existe. Ha sido atacada por un enemigo islámico. La nación islámica dijeron. No sé si es una nación nacida a raíz del apagón, si es un concepto que se ha consolidado en los últimos años o si es sólo un nombre que le dieron Eric y Chris. Lo que parece cierto, es que el apagón ha sido el detonante para el inicio de esa guerra santa que planea sobre el mundo desde hace décadas. Las noticias que recibíamos sobre una guerra en África, Oriente Próximo y Europa, era la *yihad* de la nación islámica. Han vencido. Deduzco, aunque sólo sea por porcentajes mayoritarios de población musulmana en los países, que la mitad Norte de África, todo Oriente Próximo, algunos zonas de Asia y

gracias a la *yihad*, gran parte de Europa, forman parte de esta nueva nación. Sólo un mes y han tomado casi un cuarto de la superficie terrestre. Eso les da poder. Están organizados. Cuentan con la mayor parte de las pocas reservas de petróleo que quedan en el mundo a estas alturas. Son la primera fuerza que emerge del caos. Jamás habría pensado que fuesen esos países los que lo consiguieran. Tienen que contar con alguna ventaja táctica que les haya permitido reaccionar tan rápidamente. Aunque por lo que he podido deducir, aún no han podido restablecer el suministro eléctrico.

Desde esa conferencia intento recopilar nuevas piezas del rompecabezas. Píldoras de información para mi desasosiego. Nuestros contactos con las embajadas de Suecia, Finlandia y Rusia, nos confirman que a las fronteras de sus países llegan día tras día ciudadanos europeos. No muchos, los que consiguen huir del genocidio. Parece que la nueva nación islámica quiere el territorio europeo, pero lo quiere limpio. Seguramente establezcan políticas de asentamientos en la tierra conquistada para sus fieles. Sería una forma óptima de redistribución de la superpoblación de algunos países islámicos. Una limpieza étnica, una forma de establecer a sus ciudadanos en territorio rico. Tierra con infraestructuras, casas, industria, ganadería, agricultura. Fruta madura, lista para recoger.

¿Podría todo ser una maniobra islámica? Si ellos hubiesen creado el virus del apagón mundial y supieran la fecha en que las redes de distribución caerían, podrían haber coordinado una invasión de Europa. Podrían haberse preparado.

De una forma u otra, lo cierto es que ahora son fuertes. El mundo ha sucumbido a la anarquía excepto en una zona. Oriente Próximo se alimenta del caos y el caos le está haciendo crecer. Con sus recursos, o con los recién adquiridos en Europa, África y parte de Asia, han comenzado a atacar USA. Eric lloraba mientras explicaba que Nueva York ya no existe. No saben qué tipo de armas han usado. Ha sido el jaque mate al Gobierno americano. Desde el refugio en el que estuvieran no supieron responder con contundencia, al menos no con la contundencia que esperaba el mando militar. Lo que quedaba del ejército americano ha tomado el control. Se han erigido en el nuevo Gobierno. Se han reorganizado. Dominan el país. La primera acción ha sido una ofensiva militar en Oriente Próximo. No sabían el alcance. No sabían si con apoyo o no de la sexta flota. No sabían si la sexta flota sigue existiendo. Creían que la quinta flota había caído en manos enemigas.

En territorio americano, el Ejército ha confiscado tierras, granjas, fábricas..., todo lo que le hace falta para auto-abastecerse. Se han reorganizado y vuelven a ser el ejército más poderoso del mundo, con ganas de demostrárselo a ellos mismos, a los ciudadanos americanos y al enemigo que les ha dado la oportunidad de hacerse con el poder, la recién acuñada nación islámica. Están de nuevo en el tablero de juego. Una fuerza peligrosa.

Armada. Una fuerza con la que tendremos que llegar a acuerdos. Debo enviar cuanto antes un grupo de batida al puerto. Si la séptima flota sigue operativa, debemos contactar con ellos. Las corporaciones podemos seguir dictando las reglas del juego, pero tendremos que contar con el ejército americano. Fue un error pensar que estaba en descomposición. Demasiado poder para no presentar batalla.

Las corporaciones americanas tardarán un tiempo en recomponerse, pero serán las primeras en cerrar alianzas con su propio Ejército. Debo mantener los contactos con Crynf. Deben vernos como sus aliados. Tienen que transmitir ese mensaje al mando militar. Hay tantos mensajes que transmitir al Ejército. Tengo que conseguir establecer contacto con la séptima flota. Ahora que se han reorganizado, serán una pieza clave en el orden mundial. Debo hacerles ver que no gobernarían sólo Estados Unidos. Podrían gobernar el mundo. No más países. No más fronteras. Debemos unirnos contra el enemigo común. Es bueno tener un enemigo común. La nación islámica será el enemigo y mientras el Ejército se centre en la defensa, las corporaciones podremos dibujar un nuevo mapa económico. Un nuevo orden social. Las personas no serán ciudadanos de un país. Pertenecerán a las corporaciones. La corporación será su familia. Será quien les facilite confort, protección, seguridad. El proveedor que les abastezca de todo lo que necesiten; vivienda, sanidad, educación, entretenimiento, alimentación, servicios públicos. No hacen falta más de diez corporaciones para cubrir todos los servicios del ser humano. Se puede hacer. La clave está en que una corporación consiga el antivirus. Debe ser Tyo. La nueva situación en USA nos da una estrecha ventana de tiempo para conseguir el antivirus, antes que las corporaciones americanas. Perderán las próximas semanas. Por el momento el caos les atenaza. La clave de todo está ahí, pero si realmente ha sido la nación islámica la que ha generado el virus, ¿tendrán también el antivirus?

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

¡Cesad, vicisitudes de la suerte y apiadaos de los hombres!

¡Qué tristeza! ¡Sobre la tierra, ninguna recompensa es igual al mérito, ni digna del esfuerzo realizado por alcanzarla!

¡Salgo de casa a veces para buscar candorosamente la fortuna y me entero, de que la fortuna hace mucho tiempo que murió!

¿Es así, ¡oh fortuna!, como dejas a los sabios en la sombra, para que los necios gobiernen el mundo?

Las mil y una noches, “Historia del pescador y el genio”

Estuvimos acampados a las afueras de Al-khartum dos días. El campamento ya estaba montado cuando llegamos. Había otros cinco hombres parecidos al que me había comprado. Pelo afro, tez muy oscura, rasgos árabes. También había dos mujeres. Llevaban unas túnicas similares a la mía, de otros colores. Ellas se ocupaban de toda el trabajo, excepto de lo que tenía que ver con los camellos. Al lado del campamento habían clavado unas estacas que, junto a unas cuerdas, formaban una improvisada cerca. Dentro había al menos treinta camellos. Esta vez no me pusieron con los animales. Me dejaron en el campamento. Eso sí estacada. Debían tener claro que habría intentado huir de no estar atada.

Los hombres iban y venían de la ciudad. Cuando volvían, lo hacían acompañados de otros hombres. Primero les llevaban a la cerca de los camellos. Después pasaban a la *haima*¹² más grande, la que estaba en el centro del campamento. Las mujeres entraban y salían de la tienda con

bandejas. Negociaban la venta de los camellos. El segundo día, uno de los grupos estuvo más tiempo del habitual. Entraron y salieron más bandejas que en las otras ocasiones. Comieron más, bebieron más té y terminaron fumando en *shisha*¹³. Cuando el grupo se fue, se llevó veinticinco camellos. Los hombres del campamento fueron a la ciudad y las mujeres empezaron a desmontar las tiendas. Mientras ellas dejaban todo ordenado en fardos, listos para cargar en los cuatro camellos que habían quedado, los hombres se dedicaron a comprar provisiones con el dinero que habían obtenido de la venta. Llegaron poco tiempo después de que el campamento estuviese desmontado y recogido. No pude ver qué es lo que habían comprado. También ellos traían todo empaquetado y preparado para subir a los camellos. La carga la hicieron los hombres. Parecía que las mujeres no podían tratar con los animales. El hombre que me había comprado era el único que montaba. Es el mayor, pero creo que no es por su edad por lo que el monta. Le tratan con respeto. Tiene autoridad. Debe de ser su líder ¿Qué haría en aquel pueblo donde me compró? ¿Por qué dejaría a su grupo aquí y viajaría él solo hasta ese pueblo inmundo? Para comprar una esclava seguro que no ¿Por qué me eligió a mí? Había otras, más jóvenes, más guapas, con pinta más saludable ¿Qué hago aquí?, ¿qué quieren hacer conmigo?

Emprendimos camino unas horas antes del atardecer. A pie. Yo iba descalza. La arena quemaba. El sol, aunque estaba bajando, seguía siendo abrasador. Anduvimos hasta el ocaso por un terreno cada vez más desértico. Paramos en una zona de arena prensada. Las mujeres me llevaron con ellas detrás de unos matojos secos y espinosos. Donde ellas y también yo, hicimos nuestras necesidades. La zona pélvica me ardía. Cuando terminé, tiraron de mi cuerda para llevarme al sitio donde me dejaron, esta vez sin estacar, antes de empezar a montar el campamento. Estaba mareada. Agotada. Veía borroso. Todo me daba vueltas. Creo que me desmayé. Aquella primera noche deliré. El cuerpo me ardía. Sudaba. Los dientes me castañeaban. Antes del amanecer me zarandearon para despertarme. El campamento ya estaba desmontado. No podía incorporarme. No sé si la fiebre, la necesidad o la providencia, me hicieron recordar algunas palabras en árabe; '*Maa*'¹⁴. '*Ana marîda*'¹⁵. Me dieron de beber con un cazo y volví a desmayarme. Cuando me desperté, estaba atada a uno de los camellos de carga. El suelo se bamboleaba. Las pezuñas del camello eran enormes. Su pelo estaba sucio. Olía a rancio. Había moscas que zumbaban a su alrededor, a mi alrededor. Intenté moverme pero las cuerdas no me lo permitieron. Sirvió para llamar la atención de una de las mujeres. Vio que estaba consciente. Se acercó, me dio más agua y puso en mi boca unas hojas machacadas. Eran agrias. Las habría escupido, pero me colocó una mordaza. El sol subía. El calor se hacía insoportable. La cabeza me iba a estallar. Entre mis muslos había fuego. En mi vientre había fuego. Debía tener una infección. Allí en mitad del desierto, sin asistencia médica, no tardaría en morir. Era lo mejor. No quería vivir. No quería seguir sufriendo. Un sueño profundo se apoderó de mí. Mis escasas

fuerzas me abandonaron. Debí de estar inconsciente o delirando durante los siguientes días. No recuerdo que parásemos, ni el montaje de los campamentos, ni las noches, ni los días. No recuerdo nada hasta la llegada al poblado. Desperté cuando ya habíamos parado. En realidad desperté cuando bajaron la carga de los camellos y me bajaron a mí. El poblado era como el campamento que montábamos y desmontábamos a diario, pero más grande. Me quitaron la mordaza. En mi boca seguía teniendo el sabor agrio de la pasta de hojas que me habían dado. Una arcada me hizo darme cuenta de que no sólo permanecía el sabor agrio, las hojas seguían dentro de mi boca. Las vomité. Tiraron del cordel que ataba mis manos. Me llevaron hasta una tienda. En el centro había un fuego. Quemaban algún tipo de hierba. El olor era penetrante. Me recordó al incienso que había olido de pequeña en alguna iglesia. Me tumbaron sobre unas alfombras y me desnudaron. No tenía fuerzas para resistirme. Dos mujeres me limpiaron con trapos mojados en agua caliente y me dieron una taza de té. Me adormeció. Me distanció de la realidad. Veía lo que me rodeaba, lo que estaba pasando, desde fuera de mi propio cuerpo. Cuando terminaron llegó una mujer anciana con la cara arrugada, la piel curtida por el sol y el viento. Fue palpando mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. Los cortes que me hizo Johari habían cicatrizado, pero las violaciones habían dejado una huella mucho peor. Después de repasar palmo a palmo mi cuerpo, las mujeres, que me habían lavado, le ayudaron a abrir mis piernas. Cada una sujetaba un muslo. Hedía a distancia. Yo misma pude olerlo. Putrefacción. La mujer arrugó la nariz. Sacó un cuchillo de una funda de cuero. Intenté revolverme, pero las dos mujeres me sujetaron con firmeza ¿Qué iban a hacer? A pesar de su edad, su pulso era firme. Me afeitó el pubis. Con movimientos rápidos y certeros hizo varios cortes. Algo supuró. Apretó sobre los cortes. Era como si me taladrasen. Siguió cortando. Grité de dolor ¿Qué me estaban haciendo? Noté frío cuando puso un emplasto sobre la zona. Con una especie de espátula me introdujo la pasta por la vagina. Después, acercó hasta mi entrepierna un pequeño recipiente donde se quemaban las hierbas que había olido al entrar. Lo movió en círculos por delante del pubis. Noté el calor de lo que se quemaba en su interior. Vendó la zona con unos trapos limpios. Me dieron algo de beber y me taparon con una manta que parecía de piel de camello o de cabra. De nuevo la pasta de hojas machacadas, el sopor... La anciana tocó mi frente. Debía de ser la partera de la tribu, la curandera. Una tribu de nómadas del desierto.

– 'Esmee Bushra¹⁶'

Se llamaba Bushra. Fue lo último que oí, antes de que mis ojos se cerrasen y me hundiese en el mundo de los sueños.

* * *

Pirineos, Francia

Las noches son mucho más frías desde que cruzamos los Pirineos. Deberíamos encontrar más ropa de abrigo. Deberíamos conseguir calzado nuevo. Tenemos que conseguir provisiones. Hay que cambiar de estrategia.

En la última semana ha habido momentos en los que pensé que no conseguiríamos llegar a Pirineos y encontrar un cruce a Francia. El capullo de Pedro nos hizo perder muchos días, además de meternos para el cuerpo, al menos, cien kilómetros de más. Para colmo lo de que el gilipollas se volara la tapa de los sesos, ha dejado jodido a José. Nos obligó a enterrarle. Incluso rezó por él. No me lo explico ¿Para qué? Ya estaba muerto. Lo decidió él mismo. Sólo era lastre ¿Por qué tendríamos que preocuparnos por él? Uno menos. No contribuía en nada. Quiso hacerse con el mando por la fuerza. Me hizo una brecha. Me quería matar ¡Qué bien estuvo María! Creo que lo que de verdad le jode a José, es que María se lo fuese a pulir para defenderme a mí. Con un par. Si no llega a apretar el gatillo, le habría cortado el cuello como a un cordero. Votó que Pedro no se fuese para mantener el grupo unido, para no crear un conflicto con un empate, pero le tocaba las pelotas tanto como a mí, o más. Es tema tabú. José no quiere que hablemos del 'incidente'. Allá él.

Tardamos en llegar a Urbasa. Nuestro encuentro con los sorianos, nos ha hecho ser más precavidos. Avistamos grupos militares y señales de algún campamento a lo lejos, pero modificamos nuestra ruta para evitar cualquier contacto. José vuelve a ser nuestro guía. Esta zona no la conocía como la

meseta, pero tantos años de senderismo le han dado conocimientos para moverse y orientarse en casi cualquier terreno. Seguimos haciendo las rutas de noche y por el momento vamos teniendo suerte. Casi todas las noches son despejadas, lo que permite a José guiarse por las estrellas y ver las marcas de las rutas de senderismo que le ayudan a situarse. Se ha propuesto enseñarnos algo de orientación. Poco a poco va consiguiendo que identifiquemos alguna constelación y que al menos, seamos capaces de ver las marcas de los senderistas.

De estrellas, todo mi conocimiento terminaba en ubicar el carro grande, recorrer cinco veces la distancia que separa las dos últimas estrellas en línea recta desde la punta donde termina y llegar a la estrella polar, que marca el Norte y que está en el carro chico.

Ahora también sé que el Lucero del Alba marca el Este al amanecer y la Estrella de la tarde, el Oeste al atardecer. Son la primera estrella visible en el cielo nocturno y la última que desaparece. Aunque en realidad no es una estrella, es el planeta Venus que sólo se ve en el ocaso y en el amanecer. El listo de turno, le dio nombres diferentes para confundir a los que no tenemos ni puta idea del tema, como también me pasa con el mundo del senderismo.

Soy un urbanita. No me gusta el campo. No le veo la gracia ¿Para qué dormir al raso cuando hay hoteles que son la hostia, en los que te esperan sábanas y toallas limpias, agua caliente, televisión, conexión a Internet, servicio de habitaciones e incluso una chocolatina o una flor sobre la almohada para darte las buenas noches? Nunca me habría puesto a patear por el campo días o hacer *bivouacs*¹⁷ bajo las estrellas. Es más lógico mi planteamiento; deporte guiado, con un buen entrenador personal que te supervise, en el gimnasio que más de moda esté en cada momento, dónde puedes ver y ser visto. Pero el destino cabrón ha decidido que lo que no he andado en mi vida por campo, lo voy a andar ahora. Aquí estoy cruzándome España a pie, por cojones, en medio de una puta guerra y aprendiendo que hay gente que se ha dedicado a hacer pintadas en las piedras, en las rocas, en los árboles y en cualquier sitio donde han podido, para marcar caminos.

Las pintadas, corrijo, la señalización como lo llama José, sigue un patrón. Siempre lleva un color acompañado de blanco. El color es el que indica si la ruta es de gran recorrido, pequeño recorrido, si forma parte de los senderos europeos, si es una de las rutas que atraviesan Pirineos, si es una ruta regional... Vamos que para gustos los colores y para senderos, también los colores. En alguna piedra hemos visto tantas rayas, de tantos colores, que no sé cómo nadie que siga esas indicaciones, se entera de algo.

Según nos ha contado José, son las federaciones de senderismo y las asociaciones locales las que marcan las rutas. Algunas de las rutas tienen siglos de historia. Son los antiguos caminos de los peregrinos o las rutas comerciales. Hay una que va desde Turquía a Santiago de Compostela, otra

de Suecia a Roma, otra de Venecia al finisterre francés. Cada una tiene un número, tipo autopista, la E-3, la E-6... Ríete tu del camino de Santiago que hace la gente desde Soria o desde León ¿Cuánto tiempo tardará la peña en ir caminando desde Turquía a Santiago? Para nosotros las marcas de las rutas suponen una pequeña ayuda, pero intentar seguir una de ellas sin saber previamente cuál es el recorrido, lo que buscas dentro de la señalización, por dónde pasa y demás detalles, tiene su complicación. Si además le unes que intentamos evitar el paso por ningún tipo de población, carretera, puentes donde pueda haber controles y que no sabíamos dónde estaba el paso de Pirineos a Francia en la zona Navarra, la cosa se complica de cojones.

Hemos tardado once días en llegar a Pirineos desde Vitoria. Once días en encontrar el paso. La subida fue mortal. Ya no encontramos tantas huertas como en la vega del Jarama o del Ebro. Las noches se hacen cada vez más frías. A cambio de ayudar a José a enterrar a Pedro, conseguí que le dejásemos en bolas y nos repartiésemos su ropa entre los tres. Íbamos hacia los Pirineos, camino de la segunda mitad del mes de Agosto. Empezaría a hacer más frío cada día. Nosotros necesitábamos la ropa más que Pedro, que ya estaba muerto. José remó, pero al final cedió. Nos llevamos sus zapatos de reserva. Pronto alguno de nosotros tendrá agujeros tamaño roquefort en las suelas de los que llevamos puestos y podremos darle las gracias al difunto, por algo.

La suerte nos acompañó con el paso. Debe ser el de menos altitud de todos los Pirineos. Por los carteles que pudimos ver se llama paso de Izpegui. Comparado con las montañas que le rodean, era relativamente llevadero y no debe ser una ruta de mucho tránsito porque no estaba vigilada. Debimos darnos cuenta de que si Francia no hubiese estado ocupada, toda la frontera, todos los pasos, hasta el más insignificante, habrían estado vigilados con tanques para evitar que la invasión se extendiese a su país.

Cuando cruzamos, José y María propusieron seguir un poco más al Norte, hasta que amaneciese. Pasamos cerca de Baigorri. De lejos el pueblo se veía tranquilo, pero era totalmente de noche, era lo normal. Seguimos hacia el Norte y llegamos al cruce de una carretera que seguía el cauce de un río. Decidimos buscar un sitio seguro para pasar el día. Encontramos una zona alta, bastante resguardada, desde la que se observaba la carretera. Aún no había amanecido. José y María estaban eufóricos. Habíamos llegado a Francia. Sí. Teníamos que ser cautos. Cuando amaneciese podíamos acercarnos a la población más cercana. Nos darían refugio. La pesadilla habría terminado. Compartí con ellos mis dudas. Lo raro que era que la frontera no estuviese bloqueada por el ejército francés. Mientras hablábamos y el día empezaba a clarear, vimos pasar un convoy por la carretera. En cabeza y en la retaguardia iban dos furgonetas de estilo militar, con lonas cubriendo la parte trasera. Sobre la lona una estrella amarilla de cinco puntas y debajo una media luna. Recuerdo haber visto ondear esa bandera

en Madrid. Flanqueaban siete camiones que parecían de ganado. Igual a los convoyes que se llevaban a los prisioneros de Madrid.

La invasión también había llegado a Francia.

Silencio. Por las mejillas de José rodaban lágrimas. María estaba pálida. El gesto desencajado. No eran capaces de articular palabra. Les ayudé a sentarse. No teníamos demasiadas opciones. Quedarnos en Francia esperando que las cosas mejorasen, nos llevaría a una muerte segura. Teníamos que seguir avanzando. La invasión no podía haber sido mundial. Era difícil por logística y por número de población islámica, que las islas británicas hubiesen sido ocupadas. El problema era llegar a las islas. Todos los puertos estarían controlados. No saldría ni un solo barco. El eurotúnel estaría bloqueado. La otra opción era el norte de Europa. Mucho más despoblado, no llegaba tanta inmigración del sur. Habría sido mucho más difícil ejecutar una invasión como lo habían hecho en España y Francia. Sí. Eran muchos kilómetros. Sería difícil. Podíamos morir en el intento. Igual que cuando huimos de Madrid. Arrastrábamos cansancio, pero también la experiencia de haber sobrevivido a unas condiciones extremadamente hostiles durante más de un mes. Teníamos que mantener la esperanza. Si tirábamos la toalla, mejor suicidarnos ya y no esperar a mañana.

* * *

Cerca de Vancouver Norte, Canadá

¿Qué habrá sido de los dueños de esta granja? Aquí tenían todo lo que podían necesitar ¿Por qué se fueron? Si ya no están aquí, seguramente habrán muerto. Somos afortunados. Podríamos haber corrido su misma suerte y sin embargo, la fortuna nos ha sonreído. Después de las últimas semanas, de las muertes, del hambre, del miedo, estamos aquí. Trabajaremos la tierra, la cuidaremos, la mimaremos y nos devolverá nuestros cuidados en forma de alimentos y de protección.

Realmente Mark había pensado en todo. No sé si admirarle o temerle. Los *okupas* no tardaron en instalarse, igual que los perros no tardaron en empezar a rondar la zona del búnker. Ladraban. Oíamos los gritos de sus dueños llamándolos. Pero los perros no se movían, seguían ladrando encima de nuestras cabezas. Primero vinieron dos de los hombres. Al que llevaba barba y tenía el pelo negro le habíamos llamado el Herrero. El que le acompañaba era calvo, su apodo era Kojak. Cuando se acercaron a nuestra zona, salieron del campo de visión del periscopio. Los perros no callaban. Después de varios minutos, vimos como los hombres volvían hacia la casa con los perros amarrados. No habían encontrado nada, pero en cuanto soltaron a los perros, volvieron a nuestra zona. Aullaban. Debían estar escarbando. Vimos cómo se acercaban el Herrero, Koyak y el Ninja, el oriental del grupo. Traían las palas que guardábamos en el cobertizo. Iban a empezar a cavar. Había casi diez pies de tierra por encima del contenedor, pero si perseveraban, nos podían encontrar ¿Qué haríamos?

Mark estaba tenso. Me dijo que seguramente encontrarían el cebo ¿Qué cebo? Había contemplado la posibilidad de que viniesen personas durante nuestro encierro y que esas personas trajesen perros. A unos dos pies de la superficie, en distintos puntos por encima y en los alrededores de la zona búnker, había enterrado restos de animales. Lo más grande era lo que quedó de un reno que cazó hace años. También había enterrado alguno de los animales que se nos habían muerto; cabras, gallinas, un ternero que nació muerto. No consideró que fuesen buenos para nuestro consumo y le darían una coartada perfecta, en caso de que hubiese perros levantando nuestra posición. Cuando los *okupas* encontrasen los huesos de los animales enterrados, dejarían de buscar más. Los perros se terminarían acostumbrando al olor que salía del búnker. Dejarían de ladrar y aullar. Sus dueños se darían por satisfechos. No deberían de continuar cavando a mayor profundidad. La clave estaba en que alguno de ellos diese pronto con los cadáveres de señuelo y en eso, los perros responsables de haber levantado la posición del búnker nos ayudarían

Estaba atónita ¿Qué más sorpresas guardaba Mark? ¿Cuál sería su plan si nos encontraban? Se lo pregunté pero no contestó. Su silencio me confirmó que tenía algo ideado si llegaba el caso ¿Suicidio colectivo?, ¿volar todo por los aires? Con la posibilidad cerniéndose sobre nosotros, preferí no seguir preguntando.

Tuvimos suerte. Kojak no tardó en encontrar la carnaza. Llamó a los otros. No les veíamos pero hablaban muy alto. El sistema de ventilación nos dejaba escuchar gran parte de la conversación. '¡Joder! ¡Venid! Aquí hay huesos enterrados', '¡no me extraña que los perros ladrasen!'. Sonido de paladas. Un golpe fuerte. Habían dado con algo grande. Las astas del reno. 'Si los que vivían aquí cazaron un reno, quizás nosotros tengamos suerte y consigamos uno'. '¡Vamos! Tapemos esto'. 'A ver si los perros dejan de dar el coñazo'.

Siguieron ladrando pero no hubo más excavaciones. A base de no hacerles caso, en un par de días, los perros dejaron de aullar y ladrar en nuestra zona.

Nuestra vida en el búnker se volvió extremadamente silenciosa. Las películas se veían con los cascos puestos. La música se escuchaba con auriculares. No hablábamos mucho y cuando lo hacíamos, era en susurros. El silencio me hizo percibir la soledad; la mía, la de los niños, la de Mark. Rachel era la que más lo acusaba. No entendía aquel silencio. No se separaba de mí. La tenía en brazos durante horas. La acunaba. Le cantaba canciones o le contaba cuentos bajito para que sólo ella pudiese escucharlos, pero los demás también los oían. Patrick venía muchas veces y se acurrucaba junto a mí. Incluso Mark se acercaba al calor de las historias, de los mundos perfectos en que todos comían perdices y eran felices para siempre. El contacto físico, el calor humano, los abrazos, las palabras dulces susurradas

al oído, nos devolvieron parte de nuestra humanidad. Restauraron vínculos que se habían roto durante el primer mes de encierro. Nos devolvieron la esperanza. El búnker se abriría en cuatro meses. Hasta entonces debíamos intentar mantener la familia unida, sin fisuras. La vuelta a la superficie no sería fácil. Debíamos hibernar durante los siguientes meses. Llevar nuestra vida a mínimos. No malgastar nuestra energía vital. Debíamos estar preparados.

* * *

Miércoles, 1 de septiembre

Tokio, Japón

Suiwo, discípulo de Hakuin, era un buen maestro. Durante un verano de retiro, un pupilo viajó desde su isla al sur de Japón, para verle.

Suiwo le dio un problema sobre el que trabajar: "Escucha el sonido de una sola mano".

El alumno permaneció tres años, pero no pudo pasar la prueba. Una noche, entre lágrimas, fue a ver a Suiwo: "Debo volver al Sur envuelto en vergüenza, pues no puedo resolver el problema."

"Quédate una semana más y medita constantemente", le aconsejó Suiwo. Pero el pupilo no consiguió la iluminación. "Quédate otra semana más", dijo Suiwo. El alumno obedeció, mas fue en vano.

"Aún otra semana más", pero tampoco sirvió. Desesperado, el alumno le rogó que lo librase de sus votos, pero Suiwo le pidió que meditara durante cinco días más. Tampoco dieron su fruto. Entonces, Suiwo dijo: "Medita durante tres días más, si aun así no puedes alcanzar la iluminación, entonces será mejor que te quites la vida."

El segundo día, el alumno se iluminó.

Siento que se me acaba el tiempo, que llego tarde. Si no consigo que Tyo tenga voz en el nuevo orden mundial durante las próximas semanas, moriremos. Nos barrerán. Necesito una carta de presentación para que me reciba la séptima flota. Y la carta de presentación debe ser tan asombrosa que además de conseguirme la audiencia que necesito, me conceda la credibilidad para poder poner sobre la mesa planes de acción que sean tenidos en cuenta y aceptados. Sólo lo conseguiré si ofrezco una

contrapartida y no se me ocurre otra contrapartida que el antivirus. Si pudiesen avanzar lo suficiente como para pensar que al meterlo en las redes de distribución públicas funcionaría... Tendría mi reunión con el comandante de la séptima flota. Vendrían aquí, a nuestras oficinas. Podríamos llegar a un acuerdo. Los intentos de los últimos días para que nos reciban han sido en vano.

He hecho cambios en el equipo de restitución. Un mes sin resultados es demasiado tiempo. No es suficiente intentarlo. Hay que conseguir el objetivo. Si unos no lo consiguieron, los que llegan con más hambre y el terreno abonado por los primeros lo harán. A los destituidos les he enviado a los equipos de batida. Vida en planta calle, en el exterior. No hay que ser débil. No se recompensa el fracaso, sólo el éxito. Cada vez perdemos a más personas en las batidas. La escasez de víveres a estas alturas es perentoria. Las enfermedades han diezmando a la población. Por la situación que nos transmiten los equipos de batida, se puede hablar de múltiples plagas. Muchos han abandonado la ciudad y los que quedan se han organizado en guetos delictivos, para los que la vida vale mucho menos que un trozo de pan, o un poco de agua dulce. Recordarán las horas del laboratorio como las mejores de sus vidas. Podrían haber sido héroes pero su ineptitud les va a convertir en mártires.

El nuevo equipo de restitución lo sabe. En veinte días tienen que haber conseguido resultados. Si no, su supervivencia y la de la corporación entrarán en grave peligro. O conseguimos un padrino que nos abastezca de provisiones y nos garantice la seguridad, o el edificio y todos los que estamos dentro caeremos. Pero el padrino debe necesitarnos tanto que, además de ayudarnos en una clara situación de debilidad como la que tenemos, nos de crédito e incluso nos obedezca.

Las noticias que llegaron ayer pueden sernos de utilidad. Una nueva alianza en ciernes. Espero que sea más productiva que la de Uthy y Coperx. Hasta el momento es fácil cuantificar su ayuda; cercana a cero. Su única contribución ha sido la de voluntarios para los equipos de batida. Los nuestros no iban a conseguir víveres para ellos de ninguna de las formas, así que en realidad no sé si son una ayuda o un elemento de competencia más, a la hora de buscar provisiones. Si ellos no estuviesen, el trabajo de nuestros equipos de batida sería algo más sencillo. También contribuyeron con algún ingeniero para el equipo inicial de restitución que, igual que los demás integrantes, ha terminado en los equipos de batida donde seguramente, debería haber empezado. Creo que en el nuevo equipo de restitución también tenemos algún ingeniero suyo. A ver si consiguen despuntar. Si nuestra situación es de debilidad, la suya es crítica. Me imagino que serán conscientes de ello e intentarán esforzarse.

Debo centrarme en la nueva alianza. Bronte ha conseguido resistir. Gran parte de Bronte City sigue en funcionamiento. La ciudad había diseñado un

buen plan de contingencia además de implantar su propio programa de ciudades en transición. No eran cien por cien autosuficientes en energía, ni en alimentación, pero lo que tenían, ha permitido que sus ciudadanos no murieran de hambre, que no reine el caos absoluto. Han cerrado la ciudad con alambradas electrificadas para que nadie pueda entrar o salir sin control de las autoridades locales. Uno de nuestros equipos de exploración llegó allí unos diez días después de salir de Tokio. De los quinientos que salieron, sólo llegaron vivos la mitad. Era un grupo numeroso. Nunca les habrían dejado entrar en ciudad Bronte, pero ese grupo iba muy bien acompañado. No llevaban con ellos a un miembro cualquiera del Consejo, iban con nuestro presidente. Milagrosamente, si se tiene en cuenta su avanzada edad, no había muerto en el camino. Su nombre les abrió las puertas. Fueron acogidos y nuestro presidente alojado en la casa de su homólogo en Bronte.

Descansaron. Se establecieron. A cada uno de los supervivientes del equipo de exploración le fue encomendado un trabajo; en la explotación del bosque, de las huertas urbanas, mantenimiento de paneles o generadores, atención sanitaria, educación de los más pequeños... Y así, hasta doscientos empleados de Tyo entraron en la lista de racionamiento diario de ciudad Bronte. En pocos días se convirtieron en uno más. Eran portadores de información crucial sobre la situación en Tokio, sobre el estado de la costa meridional que habían recorrido hasta llegar a ciudad Bronte, sobre el plan que yo había diseñado para la supervivencia de Tyo... Eso en particular, había llamado la atención de Yuito Bronde-sama, su presidente. Es un buen plan y él un buen estratega. A pesar de no disponer de todos los detalles, amparado por su gente, brindando la hospitalidad de su casa, había conseguido firmar una alianza con nuestro presidente. Una alianza para unir fuerzas en estos momentos de adversidad. Compartir conocimiento, recursos y poder dar más peso en cualquier negociación o acuerdo que intentásemos cerrar con terceros.

A Bronte le beneficia. Los emisarios que han enviado, dos de Tyo y dos de Bronte, me confirman que Bronte está aislada. Ciudad Bronte cuenta con sus propios cultivos y energía, pero no han conseguido tener comunicación con el exterior. Necesitan información, establecer contacto con representantes de otros países, de otras corporaciones. En directo no lo habían conseguido. Lo podrían hacer a través nuestro. Les faltaba voz en los acontecimientos que definirían el futuro de Japón. El futuro del mundo. También ellos habían formado un grupo de restitución y parecía que estaban avanzando. Sería bueno que ambos equipos compartiesen su trabajo. Tenían una pequeña estación de comunicaciones con la que hasta el momento no habían conseguido establecer contacto con el exterior. Habían fijado un canal HF para mantener una conferencia conmigo. Sería mañana a las 9:00 am.

Puedo avalar la alianza de nuestro presidente, o puedo no hacerlo ¿Qué nos aporta Bronte? Es difícil que podamos traer víveres desde su ciudad a

Tokio. Serían interceptados en el camino. De los mil que permanecemos en la sede, trescientos han muerto. La mayoría pertenecían a los equipos de batida. Asesinados por las mafias o muertos por las distintas enfermedades que asolan la ciudad. Algunos de los que no estaban en planta calle, de los que vivían en las plantas superiores del edificio, también habían muerto. Varios niños. Sin luz del sol directa, sin tener acceso al aire libre. No estamos bien alimentados. El agua dulce que conseguimos, no siempre está en las mejores condiciones. Si no logramos abastecernos mejor, durante el siguiente mes tendremos incluso más bajas. Podríamos trasladarnos a ciudad Bronte, aunque acarrearía bajas. Bronte, igual que otras empresas de automoción, ha investigado durante años en el campo de la robótica. Si extrapolo las muertes en la población que depende de mí, al resto del país, la robótica jugará un papel clave para poder restaurar un nuevo estado del bienestar. La robótica y el proyecto de mejoras genéticas en el que Tyo había hecho su mayor apuesta en investigación. Mi proyecto.

El conocimiento de Bronte es complementario al nuestro. Además es una de las cinco primeras empresas a nivel mundial. Tienen peso internacional. Pueden ser un buen aliado.

El cabo suelto en todo este asunto, es el poder que recupera nuestro presidente con la firma de la alianza y ahí, Yuito Bronde-sama, demuestra de nuevo que es un buen estratega. Junto al documento firmado y sellado por ambos presidentes, uno de los emisarios de Bronte también me entregó la carta de renuncia de nuestro anciano presidente, quien delega su cargo y sus funciones en mí.

Sólo queda saber cuánta cuota de poder espera recibir Yuito Bronde en este binomio.

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

Había en el palacio unas ventanas que daban al jardín y habiéndose asomado a una de ellas, el rey Schahzaman vio cómo se abría una puerta para dar salida a veinte esclavas y veinte esclavos, entre los cuales avanzaba la mujer del rey Schahriar en todo el esplendor de su belleza. Llegados a un estanque, se desnudaron y se mezclaron todos.

Y súbitamente la mujer del rey gritó: "¡Oh, Massaud!" Y en seguida acudió hacia ella un robusto esclavo negro, que la abrazó.

Ella se abrazó también a él y entonces el negro la echó al suelo, boca arriba y la gozó.

A tal señal todos los demás esclavos hicieron lo mismo con las mujeres. Y así siguieron largo tiempo, sin acabar con sus besos, abrazos, copulaciones y cosas semejantes hasta cerca del amanecer. Al ver aquello, pensó el hermano del rey: "¡Por Alah! Más ligera es mi calamidad que esta otra". Inmediatamente, dejando que se desvaneciese su aflicción, se dijo: "¡En verdad, esto es más enorme que cuanto me ocurrió a mí!" Y desde aquel momento volvió a comer y beber cuanto pudo"

Las mil y una noches, "Historia del rey Schahriar y de su hermano el rey Schahzaman"

De nuevo había perdido la noción del tiempo. No sé cuántos días estuve en aquella tienda. Algunas veces, cuando recuperaba la consciencia, Bushra estaba allí conmigo. Limpiando mis heridas, cambiándome los vendajes. Machacando hierbas para hacer el emplasto que me aplicaba. Otras veces, la zona de la tienda en la que yacía, estaba vacía. Día a día fui recuperándome. Empecé a tomar algún caldo caliente, especiado. Caldos que Bushra me traía a la tienda ¿Por qué no había muerto? No por falta de ocasiones; en

Zanzíbar, en los camiones, en la barcaza, en el desierto, incluso aquí en la *haima*. Habría sido lo más lógico. Que estuviese viva atentaba contra las leyes de la probabilidad. No tenía sentido que no hubiese muerto. Mi cuerpo se había aliado con aquellas mujeres. Había luchado junto a ellas para hacerme sobrevivir. Ellas no eran las culpables de mi situación. No sé si sabían porque estaba allí o por lo que había pasado hasta llegar a su tribu. Seguramente no. Me habían cuidado. Me querían viva ¿De qué les servía una esclava muerta?

Con el pasar de los días, Bushra consiguió que me pusiese en pie. El primer día que salí de la tienda, me apoyaba en ella con mi brazo derecho. Otra mujer me sujetaba por mi lado izquierdo. Me sacaron cuando ya caía el sol. Aun así, la luz del exterior me hizo daño en los ojos. Cuando conseguí enfocar la vista y adaptarme al torrente de luz que había en el exterior, miré a mi alrededor. En todas las direcciones se extendía un desierto de tierra prensada, con algunos matorrales dispersos. Piedras y rocas por doquier. El panorama era desolador ¿Cómo podían vivir allí? No se veía ni un árbol en los alrededores, ni rastro de agua.

El campamento no tendría más de veinte tiendas. Eran circulares, cubiertas por esteras, hechas con hojas de palmeras. La parte alta de las tiendas era de diferentes colores. Parecía que estaban cubiertas de telas. Los laterales y las entradas a las *haimas*, tenían mantas de pelo de animal, me imagino que de camello.

Era raro. No se veía ningún animal en el campamento. Seguramente los tendrían en alguna zona no demasiado alejada, donde hubiese algo para poder alimentarlos. Allí sólo había polvo, piedras y ramas secas, que ni una cabra hambrienta se podría comer.

Tampoco se veían hombres. Había mujeres, ancianos, niños, pero ningún hombre joven. Cuando estuvimos en Al-khurtum, los hombres eran los que se habían ocupado de los animales, si las bestias no estaban, era razonable que tampoco estuviesen los hombres.

El campamento tenía actividad pero no bullía. Todo era pausado. Los ancianos hablaban en grupos. Los hombres por una lado. Las mujeres por otro. Habría un máximo de treinta niños de diferentes edades que jugaban en grupos. No eran excesivamente ruidosos. Las mujeres estaban repartidas en distintas zonas del campamento. Algunas estaban moliendo grano en un mortero de unas dimensiones muy diferentes a las que yo estaba acostumbrada a ver. La base era de piedra, alta, de dos pies más o menos. El diámetro podía ser de un palmo. El mortero que usaban para machacar el grano, era un palo largo y grueso, de una madera oscura y muy pulida, o quizás fuese de alguna piedra oscura. Otras mujeres trabajaban acondicionando las *haimas*, recolocando las esteras, las telas o las mantas. Algunas, las más jóvenes, jugaban con los niños más pequeños. Otras se

trenzaban el pelo entre ellas, después de untar sobre el cabello una grasa espesa.

Me sentaron junto a las mujeres que molían el grano. Era un grano de color oscuro. Delante de ellas, había un pequeño fuego, donde hervía agua en una gran cazuela. Echaron el grano machacado al agua y después de hervir durante unos minutos, agregaron leche de un odre. Antes de que la leche empezase a subir, retiraron la cazuela del fuego. Llamaron a los niños. En menos de un minuto, todos estaban allí, alrededor del fuego. Una de las mujeres que había estado moliendo el grano, sacó unos cuencos de madera de una bolsa. Se los fue pasando a otra de las 'molinerías' que era la que servía las gachas. Después prepararon los cuencos, que varias mujeres llevaron hasta el círculo de ancianos. Las ancianas se acercaron al fuego para compartir la cena con nosotras. Cuando me acercaron mi cuenco, me repitieron varias veces el nombre *O'tam*. Era fácil de recordar, gachas de nombre similar al *oatmeal* que se comía en Estados Unidos.

No estaba atada. Ni me habían apartado a otra zona diferente de la de las mujeres de la tribu. Mi cuenco era igual al del resto. No me habían puesto menos comida, ni habían hecho ninguna diferencia, no al menos que yo pudiese apreciar. Me habían comprado como a una esclava, pero aquí, estas mujeres no me trataban como tal. Era una más. Sentada entre ellas, escuchando sus voces, sus incesantes risas, recordé en la distancia de mi memoria lo que era la normalidad.

Cuando todos terminaron, lavaron los cuencos. Me sorprendió que allí, en mitad de la nada, sin ríos, manantiales, charcas, o cualquier fuente de agua potable, lavasen con agua. No desperdiciaron una gran cantidad pero aclararon todos los cuencos en un cubo de agua dulce.

La noche fue cayendo. Las mujeres avivaron el fuego con algún tipo de carbón o carbonilla. Poco a poco, todos se unieron entorno al fuego. En unos jarros de cerámica estaban hirviendo agua. Cuando rompía a hervir, la sacaban de los jarrones a través de un pitorro con un filtro. La dejaban enfriar para verterla de nuevo en el jarrón, donde volvía a hervir. El proceso terminó dando un café espeso, con un aroma intenso. Era el *jebena*. No sé si era el nombre que le daban al café, a todo el proceso completo o si es como llamaban a los jarrones. Lo que era seguro, es que los granos de café que usaban, era una de las cosas que habían comprado en Al-khurtum. Todos los adultos tomaron una taza. De nuevo me ofrecieron, como a uno más. Saboreando el café, bajo las estrellas, algunas de las mujeres empezaron a cantar. Un niño trajo un instrumento de cuerda que entregó a uno de los ancianos. Sentado, con las piernas cruzadas, descalzo, apoyó la caja sobre su túnica, entre las piernas. Con un arco rústico, hecho con una vara de algo parecido al bambú, que tensaba una cuerda, comenzó a tocar. A las voces de las mujeres se unieron las de algunos ancianos. Era música étnica. Sonaba a música árabe, como la que podría haber escuchado en Egipto o en

Marruecos. Bushra estaba sentada a mi lado. La hice el gesto de tocar con un arco imaginario y alcé mis manos en gesto de pregunta. Me entendió. El instrumento se llamaba *rababah*. Era parecido a un violín. Si me lo dejasen, no creo que me costase mucho aprender a tocarlo.

Cantaron durante horas, o al menos a mí me parecieron horas. La música me invadió. Empezó a curar mi alma, rota durante las últimas semanas. Sentía el calor de la vida volviendo a mi cuerpo. El cielo despejado, dejaba las estrellas al descubierto. Busqué la estrella polar. Un faro en la oscuridad de todo el hemisferio norte. Guía para los viajeros, para los nómadas, para los que estábamos perdidos. Inconfundible.

Estaba en mitad de algún desierto, seguramente el de Nubia. El guía de la noche, me susurró que nuestro campamento miraba a poniente, al ocaso de los días, a la promesa de un mañana.

“Si el día hablara, anunciaría la noche...Los sueños de la noche, son hilos con los que tejemos los trajes del día.”

Los recuerdos de Julién y Salma me invadieron. Bajo el manto de estrellas que cubría aquel desierto seco, lloré. Lloré la pérdida de mis hijos, de mi vida anterior. Empecé a expulsar la rabia y la ira contenida por todo lo que me había tocado vivir en las últimas semanas.

El destino es inescrutable. No había sido mi elección, pero parecía que aquel sería mi nuevo hogar durante muchos años, quizás para el resto de mi vida. Debía aprender lo más rápido posible todo lo que pudiera sobre sus costumbres, su idioma, sus leyes, todo lo que me permitiera ser una más, no una esclava, sino una más de la tribu.

* * *

Gasuña, Francia

La próxima luna llena nos dará la libertad. Un último esfuerzo y habremos salido de esta mierda. Nos lo merecemos. La gloria está reservada a los valientes y nosotros le hemos echado más huevos que el caballo de Espartero.

El descanso en los bosques de la Gasuña nos ha dado fuerzas renovadas y nos ha devuelto la esperanza. Llegar hasta allí fue duro. José y María no se habían repuesto aún del golpe de ver Francia invadida. En mi caso, desde que salimos de Madrid, me siento como si estuviese viviendo algo irreal. Una vida que no es la mía. La del protagonista de una película. Veo sus aventuras desde fuera o desde dentro, según se mire. Vivo sus experiencias con fuerzas ajenas, con las de ese protagonista aventurero con tintes de superhéroe en el que me he convertido temporalmente, hasta que acabe la película. Me esfuerzo, doy el todo por el todo, pero en la pantalla, no en mi vida. Una pantalla que seguro que está viendo un huevo de gente que se ha quedado colgada con mi personaje, igual que yo. Durante el día, cuando hago guardia, me repito a mí mismo que esto no es real. Una aventura de la leche, pero no por ello real. Eso me permite distanciarme, dejarme llevar por la adrenalina, no sentir miedo, pero no evita que las fuerzas físicas flaqueen.

Después de que todos acordásemos que la única opción factible era seguir avanzando hacia el Norte, decidimos seguir una ruta paralela a la costa. Cuando acampábamos en puntos altos podíamos ver el mar en la distancia. Ojalá estuviésemos en un barco que nos llevase lejos de esta jodida invasión.

En tres días llegamos a la zona de las Landas. Nos fuimos adentrando en los bosques de pinos. Veíamos bastantes señales de senderismo, parecía que seguíamos una ruta jacobea, aunque por lo que de verdad nos guiábamos, de nuevo, era por la estrella polar. Teníamos que ganar Norte. Las noches estrelladas del verano estaban siendo una gran ayuda. José empezó a advertir huellas de seres humanos en el bosque. A veces eran pisadas, otras veces ramas rotas, árboles cortados, algún resto de fuego, menos comida de la que sería habitual en un bosque que no estuviese siendo explotado. Estábamos alerta. Yo era partidario de intentar encontrar grupos de europeos. Francia siempre había sido dada a la resistencia. Seguro que habría gente intentando luchar contra la invasión. Nos podrían ayudar, nos podrían dar víveres, ropa de abrigo, información. Quizás volviese a haber electricidad, o la OTAN estuviese contraatacando a los invasores, o quizás supiesen hasta dónde había llegado la invasión. José y María eran más reacios a establecer ningún tipo de contacto. Aun así el contacto llegó. Lo hizo durante la última guardia. Ese día le tocaba a José. De la nada, en mitad del bosque apareció un niño. No debía tener más de cinco o seis años. Hablaba en francés. José no le entendía una mierda. Nos despertó. María sí que habla francés, así que fue ella la que se comunicó con el niño. Tenía hambre y sed. Nos pedía comida y algo para beber. A María le tocó la fibra. Salió la madre que todas las mujeres llevan escondida y sin preguntarnos qué nos parecía, sentó al niño en sus piernas y empezó a compartir sus provisiones con él. Era una locura, no teníamos suficiente para compartir. Nos dijo que era cosa suya, que eran sus provisiones. Intenté no ser bocazas y me contuve. José no pudo. Fue genial. Por una vez él quedó como el culo y no yo. Le dijo a María que luego no fuese a pedirnos comida o agua, si se quedaba sin provisiones por compartirlas con el niño. Me miró con esos ojazos grises suyos y me preguntó si yo era igual de capullo que José y tampoco compartiría lo que teníamos con un niño hambriento. Mi cabeza me pedía decir la verdad, 'claro que no, que se joda el puto niño, no lo conocemos de nada', pero mirando a María, en lugar de eso, mientras se me ponía dura por primera vez en no sé cuánto tiempo, me escuché decir 'debería venir con nosotros, no podemos dejarlo aquí sólo con cuatro zanahorias y un poco de agua'. Eso le gustó. Iba más allá de lo que ella podía haber esperado. Se levantó, vino hacia mí y me dio un beso en la mejilla, mientras me susurraba un gracias que mi cerebro tradujo por 'a ver si follamos de una puñetera vez'.

Volvíamos a ser cuatro, mal que nos pesase a José y a mí. La diferencia es que José se podía quejar y yo no. Había sido culpa mía que se nos endosase el niño. Era peor que un lastre. María le había preguntado si estaba solo. No respondió, así que asumimos que sí que lo estaba, que necesita nuestra ayuda, venir con nosotros. Cuando emprendimos la marcha de aquella noche, el niño empezó a quejarse. A las tres horas, me tocó empezar a cargar con él. No podía. No es que pesase demasiado pero yo no andaba sobrado de

fuerzas. Al poco rato tuvimos que parar. José no dejaba de decir que era una insensatez, que con el niño no seríamos capaces de recorrer la suficiente distancia como para salir de la maldita zona conquistada. María y yo no decíamos nada. El niño gimoteaba. Con nuestra atención puesta en qué coño hacíamos con el niño, no nos dimos cuenta de que nos habían rodeado. Era un grupo relativamente grande. Hombre y mujeres. Armados con utensilios variopintos. Me recordaron a los sorianos. En cuanto el niño les vio, salió corriendo hacia ellos. Se abrazó a una mujer. El cabrón no estaba solo. Tampoco nos dijo lo contrario. Fuimos nosotros quienes asumimos que lo estaba y decidimos hacer de hermanitas de la caridad.

En esta ocasión le tocó hablar a María. Era la única que se enteraba de lo que decían. Nos tradujo lo principal; habíamos encontrado a la resistencia. Me alegré. Cuando empezó la invasión, muchos franceses de la zona se refugiaron en los bosques. María les contó que a nosotros nos pilló en Madrid. Cómo, en pocos días, Madrid había caído. Cómo huimos, atravesando a pie todo España, cruzando los Pirineos. La gran decepción que había supuesto descubrir que también Francia, estaba ocupada.

Con cierto recelo, nos invitaron a ir con ellos a su campamento. Había dos hombres con cuchillos que no se despegaban de nosotros, a pesar de que nos dijeron que éramos sus invitados. Nos explicaron que habían usado al niño de cebo. Desde que el chaval llegó, ellos estaban alrededor, vigilándonos. Mucha gente llegaba a los bosques en busca de refugio pero muchos eran lobos solitarios. No querían contacto con nadie. No prestaban ayuda a nadie, ni siquiera a un niño. Esos no merecían que el bosque les diese cobijo y eran expulsados. Éramos el segundo grupo que había compartido los víveres con el niño de turno. El resto lo había ignorado. Unos pocos habían intentado hacerle daño. Esos últimos habían sido ejecutados en el acto. Miré a José. Tenía cara de póquer.

Su campamento me recordó al bosque de Sherwood de las películas de Robin Hood, mezclado con un parque de aventura entre los árboles. Había tirolinas, lianas, pasarelas, puentes... Sus refugios eran aéreos. Estaban entre las ramas de los árboles. Acojonaba la altura que tenían los pinos en esa zona. Los tres flipamos con lo que habían sido capaces de montar en tan poco tiempo.

Era aún de noche cuando llegamos a su campamento. Nos sentamos alrededor de uno de los fuegos que tenían encendidos. Nos ofrecieron un caldo caliente que agradecimos sobremanera. María les preguntó si no les daba miedo que les localizasen por el humo. Nos dijeron que los musulmanes sabían que había europeos en el bosque pero que, por ahora, no habían entrado a hacer ninguna refriega. Eso les había permitido poner trampas y sistema de aviso por si algún extraño entraba en la zona que habían delimitado en su bosque.

José tenía una mirada extraña, nostálgica, se estaba comiendo el tarro con algo. Yo me sentía más que nunca, como si estuviese en una película que no iba conmigo. No me enteraba de nada de lo que decían. De vez en cuando María nos traducía algo. La ocupación francesa había sido completa. También la de Bélgica, Holanda, Luxemburgo y parte de Alemania. Más al Este no nos sabían decir. La información que tenían era de otros grupos de la resistencia que estaban al Norte. Quedaban *frikis* por el mundo y en ocasiones como ésta, resultaban muy útiles. Parece que había gente que aún tenía y entrenaba palomas mensajeras en el mundo. Habían podido establecer contacto con puntos del norte de Europa y ellos a su vez con Reino Unido. Las islas británicas no habían sido invadidas. Tampoco los países escandinavos. Dos incógnitas menos en mi lista de preguntas. Cuando María me dijo eso, le pedí que les preguntara si había alguna forma de cruzar el canal de la Mancha. Nos dijeron que sí. Se lo dijimos a José pero estaba a otras. No pareció interesarle lo más mínimo. Se levantó y se fue cabizbajo a pasear sin rumbo por el campamento. A mí sí que me interesaba ¿De dónde salían los barcos?, ¿cobraban el pasaje?, ¿cada cuánto tiempo recalaban en la costa francesa?

Parece que los barcos llegaban cada vez a zonas diferentes de la costa. Aprovechaban la luna nueva, para navegar sin ser vistos desde los puestos de vigilancia. Fondeaban en bahías que estuviesen al resguardo, durante la marea alta y por supuesto, cobraban el pasaje. Ya no existía una moneda de curso legal pero se podía pagar con joyas, comida, gasolina, herramientas. Lo máspreciado era la gasolina pero conseguirla era complicado. Lo segundo más cotizado eran los aparatos electrónicos alimentados con energía solar, los que no dependían de la electricidad que ya no había.

Durante la invasión, las fuerzas islámicas habían incautado gasolineras, coches, refinerías..., además de edificios, viviendas, tiendas..., todo había pasado a ser de, como ellos mismos se autodenominaban, la nación islámica. Desde hacía algo menos de un par de semanas, sus palomas les traían noticias de la frontera con España. Estaban empezando a entrar camiones por Pirineos con población islámica, que estaba siendo asentada en todas las propiedades incautadas. No sabían el criterio que seguían para asignar un tipo u otro de vivienda a las familias que traían, pero estaban repoblando Europa con su propia población; con africanos.

Tanto tiempo intentado ponerle puertas al campo, controlando la inmigración, negándoles la entrada a nuestros preciados países, prohibiéndoles el acceso a nuestra sociedad del bienestar, dejándoles los trabajos marginales, los que nadie quería entre nuestra avanzada y cultivada población. Tanto tiempo robándoles sus recursos naturales, expoliando sus países para revenderles lo que era suyo desde el principio. Tanto tiempo, que ha terminado de la única forma lógica que podía terminar. Han dicho basta. Si nosotros no queremos compartir, tampoco ellos. Porqué mendigar cuando

se podían quedar con todo. Su objetivo, por fuerza, tiene que ser el exterminio de la población de la zona de Europa que hayan ocupado. Y nuestro objetivo, por cojones, tiene que ser salir de aquí.

Conseguiremos gasolina, oro, comida o lo que haga falta. En la próxima luna nueva estaremos a bordo de un barco pirata rumbo a Inglaterra y que se joda Europa. Tenemos que llegar a la costa Esmeralda antes de la luna nueva.

Los Robin Hoods nos dijeron que cerca de Saint Maló podríamos conseguir información sobre dónde recalarían los barcos que cruzasen el canal en esta luna. Nos darían un santo y seña. Avisarían a sus contactos de que llegaríamos unos días antes de la noche sin luna. El santo y seña sería nuestro salvoconducto entre las filas de la resistencia. Podíamos descansar unos días con ellos, en su bosque. Un bosque que ahora me olía a libertad. Estábamos cerca. Casi lo rozaba con la punta de mis dedos. Inglaterra era libre. Allí nosotros, también lo seríamos.

* * *

Cerca de Vancouver, Canadá

Me pregunto cómo es que la filosofía de la gente ha comenzado a cambiar más rápidamente que las estaciones. El camino que he seguido, este sistema de agricultura natural, que choca a la mayoría de la gente como extraño, fue primero interpretado como una reacción contra el adelanto y el precipitado desarrollo de la ciencia.

Pero todo lo que he estado haciendo, mientras trabajaba aquí la tierra, es tratar de demostrar que la humanidad no sabe nada. Porque el mundo se está moviendo con tan furiosa energía en la dirección opuesta puede parecer que yo he regresado a los tiempos primitivos, pero creo firmemente que el camino que he estado siguiendo es el más sensato.

“La revolución de una brizna de paja”, Masanobu Fukuoka

Aún no me puedo creer que a menos de cuarenta y cinco millas del infierno en que se había convertido Vancouver, hayamos encontrado esto. Podría ser nuestro lugar en el mundo. Después de tanto sufrimiento... Gracias a Megan los niños se están empezando a sobreponer. Sigue sin hablar, aunque al menos han empezado a comer algo. Bastante bien están para lo que les ha tocado vivir. Les asesinaron. Delante de ellos, a sangre fría. Mi pobre hermana. Ella tenía comida. Los que la asaltaron no. Su marido llegó hasta ella, justo antes de que la apuñalaran. Quería intervenir. Evitar lo que ocurrió. También murió. Hacía sólo un par de días que nos habíamos atrincherado en casa de Ciarán. Cuando aquel día llegué, después de mi incursión diaria en búsqueda de víveres, encontré a los niños encerrados en un armario. Llorando. Aterrorizados. Después de haber visto los cadáveres

de sus padres, desangrados en el suelo de la cocina, estaba convencida de que a ellos también les encontraría muertos.

Cuando el resto del grupo llegó, tuvimos cónclave. Todos estuvimos de acuerdo. Teníamos que salir de Vancouver. Cada vez había menos patrullas por las calles. El pillaje había ido degenerando en una guerra de tribus urbanas, nacidas al amparo del apagón. Era la única forma de sobrevivir en la ciudad. Antes de que hubiese pasado la primera semana sin luz, al ejército se le fue de las manos. Le resultaba prácticamente imposible mantener el orden en las calles. Ampliaron el horario del toque de queda hasta convertirlo en un confinamiento en las casas a día completo.

Los primeros días hubo tanta incertidumbre... Todos pensábamos que habíamos sido atacados. Las autoridades prohibieron el consumo de agua del grifo por si hubiese sido envenenada. Tampoco había mucho sitios que tuviesen agua corriente, sólo donde la propia pendientes de la instalación ayudaban con la presión. Los bulos sobre guerra bacteriológica y nuclear no cesaban. El aire olía a miedo. Pero el miedo se olvida cuando la sed y el hambre golpean con fuerza. Nuestro mundo reglado y regulado explotó. La desobediencia civil no fue planificada, ni organizada. Salimos a la calle. Al principio con miedo a las represalias del ejército y la policía por violar las leyes en general y las del estado de sitio y el toque de queda, en particular. Conforme los días pasaban y la energía no volvía, el sistema se desmoronó. La convivencia en una ciudad de más de tres millones de personas, sostenida hasta entonces por una férrea regulación, diseñada e impuesta a lo largo del último siglo, se hizo insostenible. Se impuso la ley de la jungla, la ley del más fuerte.

La ciudad quedó desabastecida. Me imagino que como el resto del mundo. No llegaban camiones con comida, ni con agua, ni con gasolina. Debíamos vivir con lo que la ciudad tenía almacenado en las casas, en los centros comerciales, en los supermercados... Durante las primeras refriegas contra el ejército y la policía, las bandas más grandes consiguieron armas. No puedo calcular cuántos murieron en aquellos enfrentamientos. Nosotros nos hicimos fuertes en casa de Ciarán. Era la que estaba más apartada de la ciudad. No tenía zonas comerciales cerca y pensamos que allí estaríamos seguros. Fue difícil decidir quiénes iríamos, quién sería nuestra manada, nuestra tribu. No podíamos ser pocos ni tampoco muchos, porque por un motivo u otro no podríamos abastecernos. El núcleo estaba claro. Mi hermana, su marido, los dos niños, Katsumi y yo y Ciarán. El día del apagón, mi hermana y su marido celebraban su aniversario. Habían preparado una barbacoa en su casa a la que por supuesto estaba invitado Ciarán. Era su mejor amigo. El que les presentó. Era parte de la familia. Los niños le llamaban tío Ciarán. Katsumi y yo pasábamos una temporada con ellos. No hacía mucho que habíamos vuelto de Japón, de la escuela de Fukuoka. Allí fue donde conocí a Katsumi, de donde le desarraigué. No sé si Katsumi podrá

volver algún día a Japón, a su hogar, pero doy gracias de que esté aquí conmigo. Es egoísta verlo así pero sé, que sus conocimientos de permacultura y autosuficiencia nos serán muy útiles en esta granja. Además le necesito. Yo sola, jamás habría encontrado el valor para superar por lo que estamos pasando.

El resto del grupo se formó de manera más o menos espontánea. Los enfrentamientos con el ejército se recrudecieron. La ciudad se convirtió en un campo de batalla. A las bajas en el ejército y en la policía se unieron las deserciones. Uno de los que desertó fue Dylan. Apareció un día en casa de mi hermana, cuando estábamos empezando a planear la salida del centro de la ciudad para refugiarnos en casa de Ciarán. Cuando llegó estaba agotado, física y psíquicamente. Nos dijo que no podía seguir asesinando a más gente. El ejército estaba matando a la población civil. Eran inocentes. Sólo buscaban comida y agua. Es cierto que para conseguirla, asaltaban comercios y casas, pero ¿quién no lo haría, para comer, para sobrevivir? Cuando desertó, cogió sus armas. Un fusil, una pistola, abundante munición y un par de granadas. Nos dijo que no quería volver. No quería seguir asesinando a civiles. Él no se alistó en el ejército para eso. No luchaban contra extranjeros, contra un ataque exterior. El ejército estaba matando al pueblo al que supuestamente tenía que defender. En nombre de la paz y el orden, estaban masacrando a la población. No podía seguir. No participaría.

Era un buen hombre. Sus conocimientos militares, junto con las armas que había traído, serían de gran valor en el grupo que estábamos formando.

Al día siguiente de llegar Dylan, aparecieron en casa Megan y su novio. Megan era amiga de mi hermana desde jardín de infancia. Creo que durante nuestra niñez, pasaba más tiempo con Megan que conmigo. No vivía demasiado lejos. Cuando llegó, venía con Anselme. Otro desplazado a quien el apagón había dejado desconectado de su casa, de su familia. Era *québécois*. Megan le había conocido en una de esas redes de ligoteo de Internet. Hace unos meses, en una sesión de fotos en Montreal, quedó con él en persona. Tuvieron un subidón de hormonas y empezaron a salir. La modelo rubia y el periodista intelectual. No pegaban ni con cola. Su relación jamás habría sobrevivido al mes de vacaciones que Anselme iba a pasar en Vancouver, pero el destino había anudado su relación con lazos insondables. Nunca habría pensado que alguno de ellos pudiese ser de utilidad en el grupo que estábamos formando, pero la amistad de mi hermana y Megan no nos dejaba opción a decirles que se fueran.

Salimos de Vancouver por la noche. Nos llevó un par de días conseguir bicis para todos. No fue excesivamente difícil. Mucha gente había abandonado la ciudad y muchos otros habían muerto. Las propiedades útiles que quedaban huérfanas encontraban nuevos dueños enseguida. Las que no estaban huérfanas también los encontraban y en el proceso, muchas veces, *orfanaban*. Las calles de Vancouver rezumaban humo negro y dulzón. Las

tribus quemaban cualquier cosa para montar barricadas y marcar sus zonas. El ejército, sobrepasado por los acontecimientos, había empezado a incinerar los cuerpos sin vida que salpicaban las calles de la ciudad, como medida higiénico-sanitaria. Por la noche, las hogueras arrojaban la única luz que iluminaba las calles.

Ciarán y mi cuñado tiraban de los carritos de los niños. Iban delante. Ellos llevaban la carga más pesada, así que eran ellos los que marcaban el ritmo. El resto formábamos un círculo para cerrar y proteger a los carros. Transportaban nuestros bienes más preciados; los niños, la comida que aún guardábamos en casa, la que habíamos podido encontrar en los comercios vecinos, mantas y ropa de abrigo. Además cada uno, llevábamos una mochila con utensilios elegidos con cuidado para el viaje; navaja multiusos, cuchillos de monte, cantimploras, mapas detallados de Vancouver y sus alrededores, un GPS con cargador solar de baterías, mini botiquín con lo imprescindible, velas, cerillas, walkie-talkies, cargador de pilas recargables que funcionaba a manivela, bengalas y cosas por el estilo que habíamos encontrado en casa de mi hermana y en las incursiones a las casas vecinas que habían quedado deshabitadas.

El trayecto hasta la casa de Ciarán fue tranquilo. Tardamos algo menos de una hora. Nos mantuvimos lejos de las hogueras y afortunadamente no nos encontramos con ninguna banda. Habría significado la muerte del grupo al completo.

Ciarán tenía una casa bastante escondida y eso, unido a que estaba obsesionado con la seguridad y cualquier acceso a la casa; puertas, persianas y ventanas, eran blindadas, había hecho abandonar a los que, seguro, habían intentado entrar en ella. Había muchas más por abrir y eran más fáciles que esa especie de acorazado en mitad de la nada.

Ciarán tenía un sótano que parecía preparado para sobrevivir a un cataclismo nuclear. Allí fue donde nos instalamos. Tenía provisiones para que dos personas sobrevivieran tres meses. Nosotros éramos ocho adultos y dos niños, lo que significaba que tendríamos provisiones para unas dos semanas. Nos daba un respiro pero tuvimos que establecer de nuevo un plan de incursiones similar al que habíamos instaurado en los últimos días en casa de mi hermana. Teníamos que conseguir más víveres y de paso, ver si encontrábamos algo que nos pudiese resultar útil en el estilo de vida de supervivencia en el que habíamos entrado.

Las incursiones las hacíamos de dos en dos. Katsumi y yo, Megan y Anselme, Ciarán y Dylan y mi hermana y su marido. Una de las parejas se quedaba siempre con los niños que casi nunca salían del sótano de la casa. Normalmente intentábamos que fuesen Megan y Anselme lo que se quedasen en casa. Eran más útiles allí. Sus incursiones solían resultar baldías.

Deberían haber muerto en lugar de mi hermana, pero aquel día insistieron tanto en hacer la exploración, que mi hermana aceptó. Así tendrían más tiempo para estar con los niños. Eran pequeños y estaban muy desconcertados con todo lo que estaba ocurriendo.

En una de esas incursiones, Ciarán y Dylan encontraron a Paul y David. Paul era vecino de Ciarán. Les vio desde la ventana de su casa. Les llamó. Necesitaba ayuda. Su novio Dylan estaba herido. El día anterior se habían encontrado con una banda. Habían conseguido huir, trepando un muro, pero en la caída, David se había roto una pierna. Estaba astillada. Antes de escayolar debía recolocar el hueso. Lo tenía que haber hecho ayer pero él solo no podía. Necesitaba alguien que sujetase a David. Paul era médico. Sería un buen fichaje para nuestro grupo. Con ese pensamiento en la cabeza Ciarán y Dylan entraron en su casa. Le ayudaron. David se desmayó en el proceso. Mientras se recuperaba, Ciarán le contó a Paul que habíamos formado un grupo. La unión hace la fuerza. En estos tiempos, los lobos solitarios no conseguían nada. Si querían sobrevivir, tendrían más oportunidades con ellos que solos. No hizo falta insistir. Metió en una maleta todo lo que podía ser de utilidad, sobre todo su material médico. Sus dos perros se unieron a la comitiva que, con una improvisada camilla, trasladó a David al sótano de Ciarán.

Mi hermana murió a los pocos días de llegar ellos. Hacía casi cuatro semanas que la energía se había evaporado. La situación en la ciudad empeoraba día a día. El gobierno no conseguía mantener el orden de ninguna forma, ni siquiera a fuerza de ejército y policía que veían diezmar sus filas sin parar. Las bandas habían tomado el control. La violencia crecía. Los asaltos eran cada vez más frecuentes, igual que los asesinatos. Mi hermana fue víctima de la escalada de violencia. La casa de Ciarán, igual que la de mi hermana en el centro de la ciudad, resultó no ser segura. Vancouver ya no era seguro. No sabíamos si habría algún lugar seguro, pero si existía, estaría lejos de los centros urbanos.

Los mapas nos ayudaron a elegir la ruta. Decidimos ir hacia el Norte. Entre el lago Capilano y el lago Seymour había una extensión grande de montaña y bosque. Allí encontraríamos alimento. Podríamos sobrevivir hasta que restablecieran el orden. No pudimos elegir mejor, o quizás sí. Eso es algo de lo que uno nunca puede estar seguro. Para mí es perfecto, una réplica mejorada del paraíso. Las incursiones, aquí en la granja, nos han permitido encontrar los animales que tenían los dueños. Hemos conseguido recuperar un gallo, tres gallinas, una cabra que parece que está preñada, un par de caballos, además de ver patos y conejos por la zona.

La granja está diseñada según la metodología clásica. Tienen una zona de huerta, cerca del gallinero. Un área de frutales algo más lejos y un pequeño establo que nos hace pensar que tenían más cabras, o incluso alguna vaca. Hay una zona de prado vallada para los caballos y una estancia alicatada,

cerca del establo, con cubetas y cámaras frigoríficas a modo de lechería, donde seguro que hacían su propio queso.

Siempre soñé con abandonar la vida en la ciudad, con crear un hogar de vida sostenible. Una biovivienda en armonía con su entorno. Un *earthship* como el que hemos encontrado. Construido con materiales reciclados. Alimentado con fuentes de energía renovables. Poder convivir bajo principios éticos y espirituales de cooperación y no de competición, ni con otros seres humanos, ni con la naturaleza. Katsumi soñaba lo mismo ¡Cuántas veces hablamos de ello en la escuela de Fukoaka! Dar el primer paso era lo complicado ¿Por dónde empezar?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿a qué renuncias?, ¿y si sale mal? El caos ha respondido todas nuestras preguntas.

Una vez que lo pierdes todo, excepto la vida, es fácil encontrar el valor para dar el salto y empezar de nuevo, sin miedo a no poder recuperar lo que ya no tienes.

* * *

Viernes, 17 de septiembre

Tokio, Japón

Una vez, una división del ejército japonés se enzarzó en una batalla con una guerrilla y algunos de los oficiales consideraron necesario establecer un campamento en el templo de Gasan.

Gasan le dijo al cocinero: "Los oficiales comerán la misma comida sencilla que comemos nosotros".

Esto enfado mucho a los militares, pues estaban acostumbrados a un trato preferente. Uno fue a ver a Gasan y le dijo: "¿Quién te crees que somos? Somos soldados, sacrificamos nuestras vidas por nuestro país ¿Porque no nos tratas con respeto?"

Gasan le respondió tranquilamente: "¿Quién te crees que somos? Somos soldados de la humanidad, nuestro objetivo es salvar a los seres humanos."

No hay nada mejor que un poco de presión a su debido tiempo. Lo conseguimos. Nos abrió la puerta al comandante de la séptima flota. La reunión no podía haber ido mejor. Llegaron cargados de escepticismo y se han ido eufóricos. Diez personas. Dos coches militares blindados. Armados hasta los dientes.

La alianza con Bronte fue decisiva. Yuito Bronde es un hombre razonable. Está dispuesto a tener un mando bicéfalo, pero reconoce mis logros, valora la estrategia que he definido y apoya mi visión de un mundo controlado por las corps y defendido por un ejército poderoso. Me cede la presidencia de la corporación conjunta. Eso me garantizará el puesto en el Consejo de Ordenación Mundial que formemos.

El enfoque que su equipo de restitución había dado a la resolución del problema, era totalmente diferente al nuestro. Ellos no intentaban anular el antivirus, habían trabajado para modificar su funcionamiento, para que en lugar de inhibir la circulación por la red, la potenciase. Buscar el yang en el yin. Nuestro equipo había conseguido descifrar parte del código del virus para intentar desarrollar un antivirus que lo contrarrestase. La unión de las dos ideas fue la solución. Nuestro equipo modificó el código que ya tenían descifrado, para potenciar la transmisión de energía mediante el virus en lugar de intentar anular su acción. Habían conseguido que la energía volviese a circular. La solución era magistral. Y era nuestra. No teníamos que apresurarnos. El mundo llevaba setenta días sin energía, podía esperar unas semanas más. Las necesarias para fijar los nuevos parámetros de funcionamiento. Las nuevas normas. Las que necesitásemos para tomar el control.

La demostración al comandante y a su equipo ha sido un éxito. Una prueba en nuestra red eléctrica interna. Los ingenieros bloquearon la instalación eléctrica del edificio durante la demo. Antes del bloqueo, las placas solares del edificio generaban electricidad que se desvanecía al salir a la red. Tras el bloqueo, la generación de nuestra minicentral se mantuvo en 1MW. La medida en cualquier punto de la red interna era la misma. La electricidad se transmitía sin pérdidas. No podíamos dejar abierto el acceso a la red general para la demo. Tanto el virus como el antivirus se propagaban a la velocidad de la luz por la red. Aún no había llegado el momento de restablecer el suministro. Eso era algo que habría que hacer de forma pausada, tomando control primero de todos los nodos de distribución principales.

Éramos capaces de restablecer la energía en el mundo. Habíamos conseguido reducir las pérdidas que siempre se habían producido en las redes de distribución, gracias a la optimización en la transmisión. Teníamos la llave para que el mundo volviese a tener energía. Para que volviese a respirar, a crecer, a vivir.

El comandante quería el código. En su caso, yo también lo habría intentado. Es algo que tenía que pedir y que yo, tenía que negarle. Setenta días han cambiado el panorama mundial. La civilización que todos conocíamos se ha desmoronado. La mayor parte de los gobiernos han caído. Mi estimación de que al menos un tercio de la población habría muerto, ha sido corroborada por el comandante. La nación islámica controla una cuarta parte del mundo y las otras tres cuartas partes están sumidas en el caos. Ha reconocido que el virus inicial fue creado por el ejército americano como arma contra algunos países del mundo islámico. Hubo una filtración. El código del virus cayó en manos enemigas varios meses antes de su activación sin que su red de espionaje tuviese constancia de ello. Los países islámicos se sintieron atacados. Decidieron que la unión haría la fuerza. La liga de estados

árabes promovió una acción conjunta. Se coligaron. Formaron la nación islámica, un frente común contra el imperialismo occidental. Por primera vez, todos los estados árabes unidos bajo la misma bandera. Una sola nación para luchar contra la decadencia occidental, para acabar con sus abusos. Una nación que no permitiría ser pisoteada. Esos fueron los argumentos que esgrimieron para conseguir adeptos a su causa.

La inteligencia americana achacaba todo al octavo *hadiz*¹⁸, la guerra santa. Pensaban que se trataba de una guerra de religiones. Para ellos, la nación islámica había declarado la guerra santa contra occidente. La *yihad* definitiva.

El virus ayudó, pero su red de espionaje aseguraba que el movimiento venía de antes. El concepto de nación islámica llevaba germinando décadas.

Consiguieron el código del virus original. Modificaron algo. Sus técnicos no habían dado con qué es lo que habían modificado, lo que les impedía conseguir un antivirus. Lo implantaron en todas las redes de distribución mundiales. Su red de espionaje informó de una actividad inusual en toda la zona de los estados árabes durante esos meses. Un incremento en los movimientos de las células terroristas. Pero no descubrieron el alcance o el fin de esa actividad hasta que los durmientes despertaron. Demasiado tarde. El equipo original que desarrolló el virus había sufrido un accidente. Cuando el contravirus atacó, ninguno de los integrantes del equipo original vivía y el nuevo equipo no conseguía desarrollar un antivirus adecuado que anulase la versión modificada por los islamistas.

En cuanto a la nación islámica, estaban convencidos de que tenían el antivirus y habían fijado ya la fecha en que restaurarían la energía en su territorio. Por el momento el caos les alimentaba. Les venía bien. Habían contado con la ventaja de conocer la fecha en que los durmientes despertarían en todo el mundo con unos meses de antelación. Eso les permitió organizarse. Los millones de emigrantes, desplazados desde hace años fuera de sus territorios, fueron la pieza clave para organizar el ataque desde dentro sin necesidad de mover contingentes. Una jugada magistral que les había permitido invadir gran parte de Europa y Asia. También nos confirmó que USA era ahora el nuevo objetivo de la nación islámica. No querían invadirla, perseguían causar el mayor número de bajas personales y materiales posibles. No quiso darnos más información sobre la situación en su país y por supuesto, nos recordó que todo lo que había compartido con nosotros era información clasificada. No debía haber filtraciones.

No las habría. Queríamos ser sus aliados. Compartíamos el mismo objetivo. Recuperar el esplendor, el poder, el progreso, la hegemonía de la civilización occidental. Volver a la senda del progreso y el bienestar. Había tres cuartas partes del planeta esperando una solución; la vuelta a la normalidad. Sólo querían superar el caos en el que estaban sumidos.

Anhelaban un liderazgo fuerte. Una alternativa. Necesitaban la energía que movía su mundo. Quien se la devolviese, les tendría comiendo de la mano. Era tiempo de reaccionar. Definir los pilares de la nueva civilización. Crear un nuevo orden mundial. Olvidar viejas rencillas territoriales. El mundo, antes de los durmientes, tenía un problema principal; la superpoblación. Sobraban dos tercios de la humanidad. Según sus propios datos de bajas, ya sólo sobraba uno. Con la tecnología actual y hasta con sólo un tercio de la población mundial, se podía conseguir un nivel de bienestar muy superior al que el mundo jamás hubiese conocido. No debíamos cometer los mismos errores que nuestros predecesores. La tecnología había permitido que el mundo fuese global. Las fronteras eran una lacra del pasado. Teníamos objetivos comunes; el desarrollo, el progreso, el conocimiento, el control. No hacía falta un gran número de personas para gobernar el mundo. Sólo hacía falta una nueva estructura. Ahora era el momento justo, el adecuado para que la población recibiese un nuevo orden mundial sin revueltas. Estaban sumidos en el caos. Querían volver a la normalidad. Querían recuperar sus vidas. Querían comer, tener agua, disponer de energía para vivir, para crecer, para disfrutar. Quien les ofreciera eso, se ganaría a la población. Sin lucha, sin protestas, sin dudas, sin objeciones.

¿Qué movía al mundo? El bienestar. Después de más de un siglo de capitalismo, la humanidad se regía por parámetros simples. Quería vivir bien. No buscaban la felicidad. No buscaban la armonía con sus congéneres, ni con su entorno. Los valores hedonistas y egoístas son los que imperaban entre la población. No querían saber lo que había detrás de su comodidad. Cuál era el coste real de todo lo que les rodeaba. El *blackout* no había cambiado los valores de la humanidad. Lo único que había hecho era darle un valor superior al bienestar, porque habían aprendido algo que antes no sabían; el bienestar podía desaparecer de la noche a la mañana.

Durante el último siglo se habían intentado crear organismos supranacionales que gobernasen el mundo. El sentimiento nacionalista, la lucha por el control de los recursos naturales, había hecho que esos intentos fallasen. El enfoque había sido incorrecto ¿Para qué crear nuevos organismos transnacionales, cuando ya existían multinacionales con presencia global, con intereses que transponían las fronteras, corporaciones con más poder que la mayoría de los países? Las grandes corporaciones eran estados en sí mismas. Los que movían los hilos de las marionetas políticas. Sólo había que elegir a las corporaciones clave. El mundo se podía organizar entorno a ellas. A las corporaciones que satisficiesen las necesidades de toda la humanidad. No eran necesarias tantas. Agrupadas, no serían más de diez. Diez grandes corporaciones a las que pertenecer, a las que adherirse. La humanidad se organizaría por especialidades. Cada corporación se haría cargo de sus trabajadores como si fuesen sus ciudadanos. A cambio de su trabajo, su corp les proporcionaría bienestar. Cubriría todas sus necesidades, no sólo las

básicas. Los humanos necesitaban tiempo de esparcimiento para poder tener creatividad. Y la creatividad, junto con la energía, era el motor de la sociedad. Las corps serían transnacionales con células distribuidas por el mundo no ocupado. Ciudades corporativas repartidas por el mundo. Células en las que vivirían sus trabajadores. Nodos de trabajo conectados a las otras células productivas de cada corporación. Las corps definirían, conformarían la economía mundial. Establecerían parámetros de intercambio de su producción, contra la producción de las otras corps. Se diseñaría un sistema equilibrado de compensación. Cada corp produciría según las cuotas acordadas. Las cuotas tendrían su equivalencia monetaria. Los empleados de las corps producirían y consumirían sus productos. Un mercado mundial cautivo. Era perfecto. Quien no perteneciese a una corp, no tendría acceso a nada; ni a la energía, ni al progreso, ni al bienestar, a nada. Y por supuesto, las corps y los ciudadanos de las corps, debían contar con una defensa. Siempre fue un sector estratégico. En el nuevo orden mundial lo seguiría siendo. Era tan estratégico, que debería ser quien ejerciese el papel de supervisión y control de la producción equilibrada entre las corps.

Aquello le terminó de convencer. No era el momento de entrar en más detalles. Establecería contacto con el mando militar de los Estados Unidos de América que para nuestro conocimiento, era también el nuevo Gobierno americano. Teníamos que esperar sus noticias. No tardarían en llegar. Le sonaba bien. El Ejército para la paz. Un ejército mundial, supervisor del poder supranacional de las corporaciones. Sí. Sonaba bien.

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

¡Marcha, amigo mío! ¡Abandónalo todo y marcha! ¡Otros amigos encontrarás en vez de los que dejas! ¡Marcha! ¡Deja la ciudad y arma tu tienda de campaña! ¡Y vive en ella! ¡Allí y nada más que allí, encontrarás las delicias de la vida!

¡En las moradas civilizadas y estables, no hay fervor ni hay amistad! ¡Créeme! ¡Huye de tu patria! ¡Arráncate del suelo de tu patria! ¡Intérnate en países extranjeros!

¡Escucha! ¡He comprobado que el agua que se estanca se corrompe; podría librarse de su podredumbre corriendo nuevamente! ¡Pero de otro modo es incurable!

Las mil y una noches,

“Historias del visir Nureddin, de su hermano el visir Chamseddin y de Hassan Badreddin”

En la tribu casi nunca hablaban árabe, excepto para intentar comunicarse conmigo. Pronto se dieron cuenta de que conocía algunas palabras de ese idioma. La necesidad había hecho que mi cerebro las rescatara del olvido y aunque no era su lengua, la hablaban y lo que era aún más importante, entendían mi escaso y mal pronunciado vocabulario. Las cosas básicas me las decían en árabe, acompañado siempre de gestos y de su propio idioma, que ellas llamaban tigríña.

Eran bejas-xasa¹⁹, de la tribu *Hidareb Bani-amer*. Provenían de Arabia. Llegaron a aquellas tierras hace miles de años, después de cruzar el mar rojo. Eran nómadas del desierto, *agazians*²⁰ que vivían del pastoreo. Criaban camellos y algunas cabras. Me explicaron que los hombres estaban a cuatro

jornadas del campamento con los rebaños, en una zona que durante la temporada de lluvias tenía agua y pastos para los animales. Las lluvias no bendecían sus tierras durante un tiempo largo. Llegaban con la noche más corta y en menos de dos lunas se iban. Los hombres cuidaban de los animales en las zonas húmedas, donde estaban ahora. Allí construían presas, *khors*, para retener el agua de las riadas que el cielo les regalaba. La tribu podría usar ese agua para abreviar al rebaño durante el resto del año y para regar los campos donde cultivaban *harob*²¹, el cereal, con el que una vez molido, preparaban el *o'tam* y el *kuskus*. También lo habíamos tomado en grano entero, como acompañamiento de un guiso de carne. Descascarado y hervido, se parecía mucho al arroz.

El *harob* era la base de su alimentación, junto con la leche de camello. Además era un elemento básico en la manufactura de utensilios de uso diario. Con la paja, hacían escobas, cepillos, cestos, pequeñas esteras... También lo utilizaban como forraje para los animales cuando no había pastos. No sé si entendí bien lo que dibujaron sobre el suelo. Creo que me explicaban que cuando lo cosechaban, enterraban el sobrante en agujeros, donde podía mantenerse varios años. No me cuadraba, ¿cómo podían enterrarlo sin que el grano o el forraje se pudriesen?

El emplasto que me estuvieron aplicando para curarme, también estaba hecho de *harob*. Era la base de una bebida alcohólica que consumían de vez en cuando. La preparaban poniendo a remojo los granos de *harob* durante un día. Después retiraban el agua y los dejaban envueltos en trapos, hasta que germinaban. Secaban los granos germinados. Los molían muy finos, hasta hacer una harina con la que preparaban un pan que cocían de tal forma, que por fuera tenía una corteza dura y por dentro quedaba crudo. Introducían el pan en un té hecho a base de granos de *harob* sin moler. Lo dejaban fermentar hasta hacer una especie de cerveza espesa con una textura similar al engrudo. Era un proceso bastante estándar de fermentación. El resultado, una pasta con alcohol, que diluida con algo de agua, bebían en algunas comidas. La pasta sin diluir era lo que Bushra usaba para preparar el emplasto que me ponía. Era sencillo. Sólo había que añadir unas hierbas, que guardaba en diferentes bolsitas de cuero, a la cerveza tipo engrudo. Me imagino que el proceso de fermentación del *harob*, potenciaba el cultivo de algún tipo de antibiótico que era lo que había luchado contra mis múltiples infecciones.

La vida en el campamento era tranquila. Pronto recuperé las suficientes fuerzas para unirme a la rutina y ayudar en los trabajos de las mujeres. Seguía durmiendo en la tienda en la que me habían curado. Era la tienda de Bushra. Como todas las del campamento, estaba dividida en cuatro zonas. La parte izquierda reservada a las mujeres de la familia de Bushra. La derecha a los hombres. Su marido, era uno de los ancianos que estaban en el campamento. La parte delantera de la tienda se destinaba a los trabajos

diarios y la parte trasera, que estaba más elevada y separada por unas telas muy decoradas, que llamaban *te-saqwitis*, se reservaba para dormir. Durante todo el tiempo que estuve recuperándome, estuve acostada en la zona izquierda de su tienda donde, aún ahora, sigo durmiendo.

La noche anterior a la luna nueva, los cantos y el *rababah* estuvieron acompañados de bailes. Parecía una danza ritual. Preparaban algo. No tuve que esperar mucho para saber qué era. Al amanecer empezamos a levantar el campamento. La temporada de lluvias había terminado hacía bastantes semanas. En la estación seca necesitaban ir a otras tierras que tuviesen cerca pozos y manantiales, para abastecerse de agua. Antes de la puesta de sol, todo estaba desmontado y empaquetado, listo para cargar. Igual que en Al-khurtum. Lo que faltaba esta vez eran los camellos.

Los ancianos esperaban sentados sobre la arena, miraban hacia el Norte. Y en ese horizonte contemplado, como una alucinación, se fue dibujando la sombra de un rebaño. Era mucho más grande que el que habían vendido en Al-khurtum. Lo rodeaba una nube de aire caliente que distorsionaba los contornos de las sombras que alcanzábamos a ver. No tardaron en llegar. Ni tardaron en cargar. En esta ocasión, todos íbamos a lomos de un camello. Habría más de cien.

Su líder, el hombre que me compró, el *sheikh*²², había llegado al frente del grupo que traía la manada. A un grito suyo la caravana se puso en marcha. Mi vida como nómada del desierto acababa de comenzar.

* * *

Poitou-Charentes, Francia

El mar es como un espejo negro pulido. La noche está cerrada. No hay un atisbo de luz. El cielo está cubierto. Ni siquiera se ven las estrellas. No puedo intuir dónde está el barco. Ni dónde está la barca de remos que nos tiene que recoger. Si tuviésemos que salir de aquí por tierra no podríamos. Hemos bajado a duras penas, jamás conseguiríamos escalarlo.

La marea empieza a bajar. Deberían estar ya aquí.

Los de la resistencia francesa se enrollaron. Les caía bien. Decían que habían sido yo el que había decidido llevar al niño con nosotros, a pesar de no tener víveres suficientes y estar al límite de nuestras fuerzas físicas. Eso decía mucho de mí como persona. Era un altruista. Lo que el mundo necesitaba. A todos nos gusta que nos coman la oreja de vez en cuando, aunque sepamos que es totalmente falso. Me hacía sentir bien. Como si de verdad fuese un héroe y no sólo un capullo, sobrepasado por los acontecimientos.

Descansamos en su campamento diez días. Fue como si estuviésemos de vacaciones. Durante esos días, casi conseguimos olvidarnos de todo lo que habíamos vivido. Del caos, del dolor, de la miseria humana. Los Robin Hoods o los Robinsones, como los llamaba María, tenían bastante caza. Comimos carne todos los días. Hacían su propio pan. Había varias fuentes alrededor del campamento que garantizaban que nunca faltase agua potable. Las noches en el bosque eran menos frías que en Pirineos o en las zonas abiertas que habíamos atravesado. Como un ritual, encendían las hogueras coincidiendo con la puesta de sol. Hacían corros alrededor de los fuegos.

Cantaban. Cocinaban. Bailaban. Intentaban olvidar lo jodida que era su situación. En la frontera del bosque les esperaba la muerte. No tenían salida. No podían escapar. Sin embargo emanaban buen rollo. Con ellos, José pareció recuperar el ánimo. Volvía a ser él mismo, casi como le recordaba de la oficina en Madrid. Se unió al entrenamiento matutino de la resistencia. Al amanecer se iban al circuito del bosque; corrían, hacían una tabla de abdominales, flexiones, trepaban a los árboles, subían la cuerda...estaba en su salsa. Pasaba casi todo el día con los Robinsones, incluso empezó a decir algunas palabras en francés.

María y yo pasamos mucho tiempo juntos. Allí en su bosque, tuvimos tiempo de charlar, de conocernos. En dos meses apenas habíamos hablado. La travesía había sido dura. No era el mejor momento de hablar, ni de contarnos nuestras vidas. Tampoco habíamos tenido ganas.

María era de Cádiz. Tenía un grado en ingeniería de la energía y un máster en energías renovables. Había estudiado en la Politécnica de Madrid, en la escuela de Minas. Cuando terminó sus estudios entró a trabajar en el departamento de investigación de Iberdrola renovables. Debía ser un cerebritito. Mi currículum impresionaba mucho menos. Era un vende motos. Tenía un grado de marketing de la Universidad Juan Carlos I. Siempre había trabajado en departamentos de marketing, organizando 'saraos' para vender y dar a conocer marcas varias. Casi siempre marcas de consumo para jóvenes. Mucha fiesta. Mucha farra. Mucha coña. Ninguno teníamos pareja. Ella también tenía hermanos. Nos preguntábamos qué habría sido de ellos. Qué habría sido de nuestros padres. Las posibilidades de que hubiesen sobrevivido eran remotas. Elucubrábamos sobre el futuro del mundo. Si volveríamos a vivir algún día como antes. Si la ocupación sería para siempre o algo pasajero. Los dos estábamos de acuerdo en intentar llegar a Inglaterra. José no. Cuando hablamos con él de este tema nos dijo que no quería seguir. Tuvo la tentación de quedarse en Soria, pero la perspectiva de llegar a Pirineos y que Francia no hubiese sido ocupada, le hizo continuar. Ahora no lo veía. Prefería formar parte de la resistencia. Ayudar a otros que como nosotros llegasen a esos bosques. Necesitaba estabilidad. Sentirse parte de algo más grande. Aquel sería su hogar. Si tenía que morir, prefería hacerlo allí. No conseguimos convencerlo. A base de insistir, terminé rebotándome con él pero tampoco eso sirvió para hacerle cambiar de opinión.

Empezamos a preparar nuestra partida con el grupo de exploradores de la resistencia. Ellos nos acompañarían hasta el límite norte del bosque. Nos dejarían a las afueras de Burdeos. Deberíamos bordearla por el Este para evitar el cruce del estuario que no podía hacerse si no era en barca. Una vez hubiésemos vadeado el río Garona, debíamos seguir la línea de la costa hasta la desembocadura del Loira. Nuestra dirección desde allí sería Norte. Teníamos unos quinientos cincuenta kilómetros hasta Saint Maló. Estudiamos los mapas con ellos. La luna nueva era el seis de Octubre. Esa

noche el barco que cruzase el canal fondearía. La misma noche, cuando la marea comenzase a bajar, llevarían anclas para volver a Inglaterra. Debíamos llegar a la zona sobre el día dos, para poder establecer el contacto con la resistencia y organizar nuestro embarque.

Salimos de los bosques el día 12 de Septiembre. Me jodió despedirme de José. Allí no tenía muchas posibilidades de seguir con vida. Había sido un buen guía, un buen compañero. Era un buen tío. Las cosas no serían igual sin él, pero lo conseguiríamos. Veinte días a caña y tendríamos un pie fuera de Francia. Debíamos conseguir hacer medias de casi treinta kilómetros al día. El terreno, según nos dijeron, era bastante llano. Lo más complicado sería compaginar la marcha con la búsqueda de objetos que pudiesen servirnos de moneda de cambio con la resistencia británica. Su trabajo no era gratis. Nadie embarcaba sin pagar el peaje.

Nos dieron provisiones para una semana. Eso nos permitiría, durante los primeros días, centrarnos en la búsqueda de algo que pagase nuestro peaje, cuando no estuviésemos avanzando. La realidad es que esa primera semana no encontramos nada. Atravesábamos campos de cultivo. Nos manteníamos alejados de cualquier núcleo de población y si los girasoles no eran moneda de cambio, poco más podíamos conseguir de aquellos campos. En la zona de playa más septentrional de La Rochelle, vivimos todo un hallazgo. Encontramos una granja. Abandonada. Tuvimos la suerte de verla de lejos al amanecer. No sabíamos si acercarnos o no. Parecía que no estaba habitada. No se escuchaba ningún sonido. No se veía movimiento. Nos acercamos con cautela. Nadie había segado los girasoles. Estaban altos y aún sin agostar. Eran un buen refugio. Nadie nos vería aunque estuviese a diez metros de nosotros. El último tramo lo hicimos a gatas. Nada. Ninguna señal de vida. Decidimos esperar un par de horas. Ver si cuando el día avanzase, observábamos movimiento en el interior. El sol estaba ya alto. Debía ser mediodía. La espera había sido larga. En silencio. Miré a María y le dije 'con un par, si seguimos esperando, no salimos de los girasoles en la puta vida'. Nos levantamos y salimos. Despacio. Mirando en todas las direcciones. Espalda con espalda. Mi mano, apretada por la de María. Nos acercamos a la puerta de la granja. Mi corazón latía a doscientos por hora. Retumbaba en mis oídos. Notaba la espalda húmeda de María contra la mía. Incluso me parecía oír sus latidos, entremezclados con los míos. Intentamos abrir la puerta. Estaba cerrada. Nos acercamos a una ventana. Rompí el cristal con una piedra y la abrimos. Los dos entramos por la ventana. María no quería oír nada sobre separarnos y esperar a que yo abriese la puerta. Hacía tiempo que nadie entraba en esa casa. Parecía llevar varias semanas abandonadas. El suelo estaba cubierto por una película de polvo. Igual que los muebles. Habíamos entrado por el salón. Fuimos hacia la cocina, la despensa, el comedor. Las escaleras eran sólo de subida. No había sótano. Las subimos. Arriba había tres dormitorios y un baño. Todo cubierto por la misma capa de

polvo que la planta de abajo. Uno de los dormitorios tenía una cama cubierta por un edredón de plumas blanco. Olía a limpio. Cuando terminamos de comprobar que no había nadie, María volvió a esa habitación. Se tiró sobre el colchón. Boca abajo. Me fijé en su culo. Era perfecto. Me tumbé a su lado. Se giró sobre un costado. Le retiré un mechón de pelo de sus ojos. Me miró.

Llevaba meses sin follar. Mi mano bajó por su cuello. Mi pulgar acarició su pezón derecho. Por encima de su ropa, pude sentir cómo me respondía. Mis ojos, junto a mi mano, pasaron por su cintura, por su cadera, por sus muslos. La miré a la cara. Tenía la boca entreabierta. Sus ojos grises me miraban. Parecía una loba al acecho. Acerqué mi boca a sus labios. La besé. Su mano estaba en mi paquete, duro como una piedra. Mientras la besaba le quite el jersey, la camiseta, el sujetador ¡Qué cuerpazo! Los pantalones desaparecieron con las bragas. No podría recrear la secuencia. Un polvo rápido. Intenso. Memorable ¡Lo qué hace saber, que mañana puedes morir y ese puede ser el último polvo de tu vida!

Nos quedamos dormidos. Después de más de dos meses pernoctando al raso, sobre piedras, hierba, troncos o lo que encontrásemos, la cama nos cautivó. Desnudos, bajo el edredón de plumas, dormimos hasta el anochecer. Encontramos latas en la cocina. Después de cenar algo, registramos la casa entera. María no estaba en plan coñazo. Necesitaba un polvo tanto como yo y una vez cubierta la necesidad, estábamos a lo que teníamos que estar. Si llegábamos con las manos vacías, no nos dejarían embarcar.

Encontramos un joyero con anillos, pendientes, collares y alguna pulsera. Nada que de verdad tuviese valor, aunque guardamos todo. También cogimos ropa de abrigo. Yo encontré unas botas forradas de mi pie. Eran perfectas. Me habrían servido las de Pedrito, pero después de tanto quejarse por el espolio, era José el que se las había quedado. Encontramos un par de mochilas de verdad, nada de bolsas de plástico anudadas. Guardamos guantes, gorros, bufandas, todas las latas que encontramos en la cocina, un par de cuchillos, un hacha, las cosas del joyero y cuando pensábamos que no había nada más de utilidad, un nuevo hallazgo, dentro del primer hallazgo.

En un cajón, en el salón, había unos mapas de la zona, una brújula y un GPS, con su propio cargador tipo dinamo. Eso pagaría el viaje de al menos uno de los dos. El del otro lo tendríamos que encontrar antes de contactar con la resistencia.

Si no encontrábamos nada más, ¿quién embarcaría?

* * *

Afuera de Vancouver, Canadá

La permacultura ayuda a decidir dónde colocar algo de manera que funcione en relación con otras cosas. Siempre que esto no se dé, habrá problemas. Cada entrada que no viene proporcionada automáticamente se tiene que proporcionar. Cada salida que no pase a la cosa que la necesita, tiene que ser eliminada. Por lo tanto todas las salidas no diseñadas se convierten en contaminantes y toda contaminación es una salida sin diseñar.

Todas las necesidades insatisfechas representan trabajo y todo trabajo representa la satisfacción de necesidades insatisfechas. Nada de esto es necesario, si se ha colocado cada elemento relacionándolo con sus necesidades y salidas.

“La parábola del Pollo”, Bill Mollison

Ocho adultos y dos niños. Adultos más que suficientes para ocuparse de los niños y para organizar el trabajo de la granja. David seguía convaleciente. El viaje hasta la montaña le destrozó la escayola y de paso la pierna. La protegía una de esas botas ortopédicas, pero la suela se rompió y unos pasos más tarde también lo hizo la escayola. No se quejó en todo el trayecto. Tuvo que sufrir. Cuando llegamos y conseguimos asentarnos, Paul vio que tenía, lo que quedaba de escayola, manchada de sangre. El viaje había reventado la frágil soldadura de la rotura inicial. Volvía a estar astillada. Por segunda vez en menos de dos semanas, tuvieron que colocarle los huesos. Los gritos antes de que se desmayase eran desgarradores. Le hizo una cura y le volvió a escayolar. Ahora sigue en reposo absoluto y, a pesar de ello, Paul cree que se quedará cojo. Piensa que no soldará bien.

Anselme y Megan han demostrado una incapacidad manifiesta para realizar ningún tipo de tareas en el exterior. Sin embargo Megan nos ha sorprendido con una faceta que ninguno imaginábamos. Detrás de su fachada de Barbie, esconde una dimensión espiritual, cultivada y entrenada a través de la meditación. Es maestra Reiki. Yo nunca había confiado mucho en la eficacia de este tipo de sanación, pero sólo con sus manos, es capaz de aliviar el dolor de la pierna de David y ha conseguido, poco a poco, curar el alma rota de los niños. Es cierto que ellos la conocían mucho. Megan iba prácticamente todos los días a casa de mi hermana. Pero no ha sido porque la conociesen. Les ha devuelto la fe en el amor, en el cariño, en las personas. Les ha demostrado que no todo es dolor. Ha curado su espíritu. Les ha bañado en una nueva luz que se refleja en sus ojos. Mis sobrinos han vuelto a hablar. Megan ha conseguido devolverles su energía vital. Algo que la medicina de Paul, por mucho que lo intentase, nunca habría logrado.

En cuanto a Anselme es un chef frustrado. Nos contó que lo que de verdad le hubiese gustado, era tener un restaurante, pero los horarios eran sacrificados, se necesitaba un dinero para la inversión inicial del que él no disponía, los márgenes no eran grandes y la comodidad y aversión absoluta al riesgo, le habían convertido en periodista. Acaparó la preparación de todas las comidas desde el primer día. Se levanta al amanecer para buscar huevos en el gallinero y en la zona del lago. No todos los días encuentra, pero dice que disfruta con el paseo. Los patos suelen poner huevos en las orillas entre la hierba alta y, alguna vez, caen al agua, lo que le invita a darse un chapuzón matutino. Según él, uno de los mayores placeres de los que ha podido disfrutar en esta vida.

La recolección de las verduras se la hemos dejado a Paul. En la cocina siempre hay verduras frescas, limpias y listas para utilizar. Paul no sólo recolecta los frutos de la huerta y de los frutales, también recoge hierbas y frutos silvestres. La granja produce mucho más de lo que podemos consumir y Paul, con muy buen criterio, ha decidido empezar a hacer conservas con el sobrante. En un armario de la cocina ha encontrado cientos de botes de cristal. Botes de distintos tamaños, de productos comerciales. Botes perfectos, con tapa metálica de rosca, para envasar al vacío.

Es curioso reflexionar sobre la vida útil de lo que nos rodea. En una situación normal, la gente corriente habría enviado todos esos botes a reciclar ¡Cuánto vidrio! Les habría hecho sentirse bien. Ciudadanos comprometidos con el cuidado del medioambiente. El sistema del que venimos, estaba pensado para desechar. Para acortar la vida útil de todos los productos que nos rodeaban. Para convertirlos en basura y así poder consumir de nuevo. Llevamos décadas despilfarrando energía. Fabricamos, compramos, usamos, tiramos y volvemos a empezar. No importa que lo que tiremos esté en perfectas condiciones. Lo queremos de otro tamaño, de otra forma u otro color. Ahora la máquina se ha parado. No sabemos durante

cuánto tiempo. Lo que sabemos es que el tarro que ya está fabricado, la caja de plástico procesado, la ropa, las herramientas, cualquier cosa que no podamos construir por nosotros mismos, mientras no haya energía ni producción, tiene un valor incalculable.

Para poder hacer las conservas, además de los tarros, a Paul le hacía falta sal y vinagre. En su búsqueda por la granja, encontró varios bidones de vinagre, sacos de sal y de azúcar. Estaban en la quesería. Eran cosas de gran valor. No me extraña que la sal fuese moneda de cambio en la antigüedad. Lo que sí que me extraña, es que sean prácticamente los únicos víveres que hemos encontrado en la granja. Parece como si los anteriores dueños se hubiesen esfumado con todas sus provisiones. Ni una lata de conserva, ni un tarro de arroz o café. Nada procesado, pero mucha materia prima para ayudar a procesar otras. Tenemos vinagre, sal y azúcar en abundancia. Eso nos resuelve muchos problemas. Con salmuera y vinagre, Paul es capaz de preparar conservas de todo tipo; verduras, encurtidos de cebolla, de manzana, *chutneys* de calabacines, moras, peras, ciruelas, mermeladas de frutas, e incluso huevos en conserva. Sin frío, la mayoría de las conservas aguantarán seis meses. Eso nos dejaba intacta la capacidad de la neveras y el congelador, conectados a las baterías que alimentan los paneles solares, para guardar la carne de caza, los huevos frescos, el pescado y la leche que consigamos ordeñar a la cabra, después del parto.

Ciarán y Dylan son los cazadores de nuestra 'tribu', además de los exploradores. Dylan fue entrenado en el ejército en técnicas de supervivencia y orientación. Ciarán siempre fue cazador. Su padre empezó a llevarle a sus salidas con sólo cinco años. Su especialidad es la caza con ballesta, que por supuesto cogió cuando emprendimos el viaje a la montaña y también es bastante bueno en la pesca en ríos y lagos. Por ahora no han usado las armas de fuego. Dylan dice que no sabemos si las necesitaremos para nuestra propia defensa. Así que no quiere malgastar ni una sola munición. Con la ballesta y los lazos han conseguido cazar conejos, ardillas, un zorro, un mapache, un gato montés y una cabra salvaje. Los animales pequeños los comemos el mismo día que se cazan. El gato montés y la cabra han pasado a formar parte de las reservas para el invierno. Los desangraron y despellejaron en un claro que han preparado montaña arriba. Los bajaron ya cuarteados, listos para congelar.

La gente que montó esta granja, había conseguido un grado de autosuficiencia realmente elevado. Tiene conexión al tendido eléctrico pero no creo que les hiciese falta tirar de energía exterior en casi ningún momento del año. Seguramente en invierno. Si seguimos aquí para entonces, notaremos el frío. No demasiado. Vancouver es una de las zonas con clima más suave de todo Canadá. No me quiero ni imaginar si estuviésemos en la costa Este. Allí tendríamos cuatro o cinco meses de nieve permanente. Afortunadamente estamos en la costa Oeste y nos quedan aún unos meses

suaves por delante. Antes de que llegue el frío debemos optimizar nuestros consumos, conocer la duración de las baterías, tener el *feeling* sobre la recarga de baterías y el consumo de cada aparato eléctrico. Echo de menos un sistema de monitorización de la carga y el consumo. Eso nos ayudaría muchísimo. Los primeros días nos comimos las baterías. Debió de ser por calentar excesiva agua, si no pensaría que hay algún tipo de fuga en el sistema. Esos días tuvimos que desconectar las neveras para que las baterías no se dañasen. No importó mucho, porque no teníamos nada que pudiese estropearse, pero ahora sí. Tenemos la carne que trajeron cuarteada y espero que pronto podamos incluir también algo de pescado. Ciarán y Dylan han encontrado un lago y varios ríos, unas millas más arriba. Seguro que conseguirán truchas o algún tipo de salmón o parcas o los peces que haya por estos ríos.

Katsumi y yo nos encargamos de la planificación y optimización de los recursos para los próximos meses. Nada nos hace pensar que la situación volverá a la normalidad en breve. Lo más probable es que tengamos que estar aquí durante bastante tiempo. Para nosotros es un reto fascinante. He de reconocer que si olvido los vericuetos que nos han traído hasta aquí, si borro las muertes, el sufrimiento, la violencia, el dolor, el caos, la incertidumbre, si elimino todo eso, estoy feliz de estar aquí. Me gustaría quedarme para siempre. Convertir este lugar en mi hogar. Se nos ocurren muchas mejoras en el diseño de los espacios en la granja, pero no son prioritarios. Por el momento estamos centrados en pulir ineficiencias, optimizar la producción y planificar el acopio de provisiones para los próximos meses. El invierno será difícil. La huerta y los frutales apenas producirán. La caza y la pesca escasearán y aunque la cabra nos dará algo de leche y las gallinas y los patos seguirán poniendo algún huevo, no podemos depender de ellos para nuestra supervivencia.

La casa no tiene una despensa en condiciones. Hemos decidido reconvertir uno de los cuartos, el más frío, en una despensa. Katsumi encontró todo tipo de herramientas en una caseta cerca de la huerta. Ha empezado ya a talar algunos árboles y preparar baldas para los estantes. También queremos construir un invernadero, un silo y preparar un estanque artificial cerca de la huerta.

El invernadero nos vendrá bien como zona de experimentación durante el invierno. Con suerte quizás consigamos cultivar algo y si no lo logramos, al menos será un buen semillero. Nos permitirá cultivar los plantones para la siembra de la próxima primavera.

El silo no es imprescindible. Por el momento no hay cereales que almacenar y tampoco tenemos muchos animales que alimentar durante el invierno. Pero siempre es bueno tener de forraje seco para los caballos, la cabra y las gallinas. A partir de Noviembre empezarán las lluvias y hará frío. Hemos encontrado algo de ropa de abrigo en la casa, no suficiente para

todos. Haremos mucha vida dentro y cuantas menos salidas necesitemos hacer a diario, más cómoda y llevadera resultará nuestra vida. Debemos planificar nuestro entorno según la intensidad del uso que le demos a cada cosa. No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar nuestra energía y nuestros recursos en recorrer distancias que podríamos haber evitado, con tan sólo pensar en la ubicación de cada cosa desde el principio, o en las necesidades que tendremos durante los próximos meses. El silo nos ayudará en la alimentación de los animales durante el invierno. Lo mejor será construirlo al lado del establo.

Lo del estanque tampoco es prioritario, pero para la próxima primavera estaría bien contar con un estanque ya en funcionamiento. El lago está lejos de la huerta. Sería bueno tener ranas más cerca para controlar la población de insectos. Las ranas atraerán a los pájaros y el estanque atraerá a los patos, que ahora están en la zona del lago. Ranas y pájaros para insectos. Patos para babosas. Así que aunque el estanque no es algo prioritario, intentaremos tenerlo listo antes de que termine el año.

Volvemos a tener proyectos. Sueños. Esperanza. Sin sueños no hay vida. Los nuestros han nacido de las cenizas, como el ave fénix. Con la diferencia de que los fénix tienen un ciclo de quinientos años y yo, hoy, pagaría por tener la certeza de que nada extraordinario ocurrirá en los próximos quinientos días.

* * *

Lunes, 6 de octubre

Tokio, Japón

A las charlas del maestro Bankei no sólo iban estudiantes de Zen. Asistían también personas de todos los rangos y cultos. Nunca citaba los sutras, nunca se deleitaba con disertaciones académicas. En su lugar, sus palabras brotaban directamente desde su corazón, al de los corazones de los oyentes.

Su gran audiencia, enfadó a un sacerdote de la escuela budista de Nichiren, porque todos sus adeptos le abandonaron para ir a escuchar a Bankei. El ególatra sacerdote de Nichiren fue al templo con la firme intención de tener un debate con el maestro Bankei.

“¡Eh!, profesor de Zen” dijo. “Espera un minuto. Cualquiera que te respete, obedecerá lo que tú digas, eso es fácil, pero a un hombre como yo, que no te respeto, no podrías hacer que te obedeciera.

“Sube aquí a mi lado y te lo demostraré”, dijo Bankei.

Orgulloso el sacerdote, empujó a los oyentes para abrirse camino entre la multitud. Bankei sonrió. “Ven aquí a mi lado izquierdo”.

El sacerdote obedeció.

“No”, dijo Bankei, “hablaremos mejor, si estás en mi lado derecho. Da un paso hacia este lado”.

El sacerdote dio un paso, orgulloso, hacia la derecha.

“¿Ves?, observó Bankei, “tú también estás obedeciéndome y creo que eres una persona muy razonable. Ahora siéntate y escucha.”

Las noticias del comandante no se hicieron esperar. Recibí una llamada por radio el día siguiente a nuestra reunión. Era el momento de entrar en

detalle. El Gobierno americano había dado el visto bueno para que entablasen conversaciones conmigo. Con nosotros. No estaban autorizados a firmar ningún acuerdo. Sin embargo tenían las líneas maestras de actuación. Los márgenes en los que el Gobierno americano se sentiría cómodo. Ellos a su vez habían contactado con la principales corporaciones que aún seguían operativas, incluida Crynf. Cualquier comunicación con terceros se realizaría a través de ellos. Mantenían contacto con todos los centros de poder que aún seguían funcionando en el mundo.

Me invitaron a trasladarme a su buque insignia, a permanecer con ellos durante el tiempo necesario. Sería más cómodo que trasladar su equipo al exterior. No podía negarme. Era prácticamente un secuestro. Ir a su buque me convertía en su rehén.

Di órdenes estrictas antes de mi salida. En caso de que las conversaciones no llegasen a buen término y exigiesen la entrega del antivirus a cambio de mi liberación, debían negarse. Sabía que moriría si llegábamos a ese punto. Tanto si Tyo entregaba el antivirus, como si no lo hacía. También tenía claro que mis órdenes serían contravenidas si llegaba ese momento.

Fuerza mental. Mi plan era brillante. No tenía por qué fallar. No tenía que temer por mi integridad física. No atacarían Tyo para conseguirlo por la fuerza. Tenían mucho más que ganar conmigo que sin mí.

Nunca antes había entrado en un buque de guerra. Decir que era espartano, era darle una nota de color inexistente. Me alojaron en un camarote reservado a no militares. Era exterior. Tampoco me habría importado que fuese interior. No estaba de vacaciones. No necesitaba tener buenas vistas. Ni comodidades superfluas. Concentración. Sin deseos. Sin carencias.

Mantuvimos todas las reuniones en la sala de oficiales. Comenzábamos a las ocho de la mañana. Ningún día terminamos antes de las ocho de la tarde. Querían escuchar mi exposición completa. Empecé por repasar lo que ya les dijera en nuestra sede. La necesidad de un nuevo orden. La obsolescencia de las estructuras jerárquicas anteriores al *blackout*. El mundo ya había entrado en colapso antes de que el apagón llegase. La decadencia había alcanzado su cénit. Restaurar los valores anteriores sólo nos llevarían a hundirnos más en el fango. Debíamos reinventar una nueva sociedad. Rediseñar el mundo. Para nuestra fortuna o nuestra desgracia, el *blackout* había solucionado uno de los mayores problemas del siglo XXI. La abundancia de energía barata fue el principal motor de crecimiento y desarrollo del siglo XX. Esa misma abundancia había convertido el crecimiento lineal de la población en un crecimiento exponencial. La ausencia de energía de los últimos meses, de la mano del caos y la guerra, estaban reduciendo la población a niveles de los primeros años cincuenta. El propio ejército fue el que constató este dato. No necesitábamos más población. Era perfecto. La tecnología supliría la escasez

de mano de obra. El planeta podía sostener ese volumen de población. La escasez no marcaría el rumbo de la nueva economía. El bienestar tomaría el relevo.

El capitalismo, la libre competencia, la oferta desmedida de las últimas décadas... No llevaban a nada. El *low cost*, ganar cuotas de mercado, conseguir volumen, la publicidad para hacer sobresalir productos y servicios casi idénticos... Era todo un absurdo.

¿Para qué tener miles de compañías que ofrecían el mismo servicio de transporte o el mismo dispositivo electrónico o el mismo tipo de comida? Miles de compañías compitiendo entre sí, arañando cuotas de mercado, tirando precios. Reconvirtiendo su modelo de negocio a un modelo financiero, ya que la fabricación o el servicio había dejado de ser rentable. La rentabilidad del modelo anterior derivaba de una correcta gestión de los picos de tesorería.

El mundo se había estandarizado. Todos los consumidores buscaban lo mismo. Unos con mayor poder adquisitivo que otros. Todos querían vivir bien. Tener resueltas sus necesidades básicas. Disfrutar de un nivel de confort adecuado, de tiempo libre y de una oferta de ocio sofisticada que les permitiese evadirse de su realidad.

Los dirigentes también buscaban lo mismo. Mantener sus privilegios, su estatus. Un nivel de vida y de confort muy superior al de los consumidores. Querían diseñar, acotar y controlar la utilidad, el uso de los consumidores dentro de su sistema. Conseguir que fuesen *su* mano de obra, al mismo tiempo que *sus* clientes. *Sus* sirvientes agradecidos.

El problema radicaba en decidir quién formaba parte de los dirigentes. Sobre el resto, era fácil llegar a un acuerdo. Era sencillo encontrar la mejor forma de gestionar las masas. Vivirían según los designios de la clase dirigente. Su libre albedrío estaría limitado pero vivirían bien. Tendrían energía, comida, agua, trabajo, vivienda. Podrían consumir, estudiar, divertirse, reproducirse. En fin, lo que siempre habían hecho, pero con más calidad porque había menos bocas compitiendo por los mismos recursos. No me cabía la más mínima duda. El sistema estaría mejor diseñado.

¿Quiénes serían los dirigentes? Hasta hace unos meses, los gobiernos, los políticos, los militares, las diferentes iglesias, los accionistas de las grandes corporaciones, los altos cargos de las mismas..., todos formaban parte de la clase dirigente. Hoy, apenas quedaban gobiernos ¿Por qué devolverle el poder a quién se había permitido el lujo de perderlo?, ¿qué aportaban los políticos? Sólo ineficiencia y corrupción. Era una clase social a eliminar de la faz de la Tierra. En cuanto a los ejércitos. Estaba claro. Sólo habían sobrevivido los fuertes. El de Estados Unidos era el mejor ejemplo de supervivencia de las fuerzas militares de un país. Había conseguido superar

la crisis y habían tomado el control de Estados Unidos. Merecían ser parte de la nueva clase dirigente. Se lo habían ganado a pulso.

Las religiones, sus ministros, sus organizaciones..., ¿cómo habían llegado al poder, a la riqueza?, ¿cómo habían conseguido sus privilegios? Nunca debieron tenerlos. Nunca debieron ostentar el poder. Su misión era iluminar el espíritu, no gestionar los bienes terrenales y enriquecerse con ello. Habría libertad de culto, pero quedaría acotado al ámbito estrictamente privado. Las iglesias y las religiones no entrarían a formar parte de la clase dirigente. No formarían parte en la creación del nuevo orden.

Y las corporaciones... Se contaban por millares antes del *blackout* ¿Cuántas habían conseguido sobrevivir?, ¿conservar el conocimiento?, ¿mantener con vida a sus empleados?, ¿salvaguardar sus bienes productivos? Los que hubiesen conseguido eso, eran firmes candidatos a formar parte de la clase dirigente. Habrían demostrado su capacidad de gestión en tiempos adversos. Su habilidad para estar a cargo de las masas. Su filantropía, su altruismo, su humanidad, su civismo. Aquellos serían los abanderados de la nueva era. Los nuevos pilares del mundo.

El ejército de USA disponía de más información que yo acerca de las empresas que habían conseguido sobrevivir. Tenían informes detallados sobre los núcleos de conocimiento que aún seguían cohesionados, operativos y listos para volver a su actividad una vez se dispusiese de nuevo de energía.

La mayor parte de esos días, los dedicamos a cruzar su información con los nueve pilares que yo proponía para la nueva era; defensa, transporte, energía, fármaco-sanitario, recursos naturales-materiales sintéticos, sistemas de información, gran consumo, alimentación y ocio.

No hacía falta nada más. Cualquier necesidad humana estaba cubierta por uno de los nueve pilares. Todos igualmente necesarios. Todos igual de fuertes. Se retroalimentaban. Si uno caía, caían los demás. Nueve pilares. Nueve representantes en el consejo del nuevo orden mundial. Nueve. Un número impar. Imprescindible para evitar conflictos en la toma de decisiones por votación. Nueve. Un número suficientemente pequeño para que las discusiones no derivasen en largas pérdidas de tiempo, fútiles y antiproductivas. Nueve. Un número suficiente para contar con diversidad de opiniones y puntos de vista. Suficiente para enriquecerse con la diversidad pero no excesivo, para que la diversidad entrase en conflicto.

El testigo del pilar de la **defensa** lo tomarían nuestros anfitriones. Eran los más aptos. El ejército más poderoso. Les correspondía por derecho. Serían el nuevo Ejército para la paz. Los defensores de la nueva civilización, de los pilares corps. La fuerza islámica controlaba una cuarta parte del planeta. Se podía convivir con ellos, pero no se les podía dejar avanzar más allá de los territorios ya ocupados. En este punto no llegamos a un acuerdo. Mis anfitriones estaban en plena contienda. Su nación había sufrido los

ataques más devastadores de la historia. Querían eliminar a la nación islámica, sacarla de Europa cuanto antes. Entramos en un callejón sin salida que nos hizo perder un día completo. Decidimos dejar este punto abierto para posteriores dilucidaciones. En lo que sí conseguimos un consenso rápido era en la necesidad de proteger a la clase dirigente de cualquier amenaza externa. Eran los máximos exponentes de la capacidad y el buen hacer. Su vida debía ser defendida por encima de cualquier otra consideración. El Ejército para la paz debía ser capaz de sobreponerse a cualquier ataque en el presente y futuro próximo y a su vez debía prepararse para cualquier amenaza que pudiese llegar a ser factible en los próximos años. Construirían armamento. Investigarían en nueva tecnología bélica. Formarían a las milicias de los otros ocho pilares y les abastecerían con todo el armamento necesario para cumplir sus objetivos de defensa y producción.

La **energía**, o más bien la falta de ella, nos había llevado al punto en el que nos encontrábamos. Era un sector clave, pero no por ello el más importante. La abundancia de energía en el siglo XX llevó a la humanidad a cometer errores en el diseño de sus sistemas de abastecimiento. Confiaron la generación a los recursos fósiles. Prácticamente toda la producción provenía del petróleo, el gas y el carbón. Eran tan baratos y tan abundantes que no dedicaron tiempo a optimar las redes. La generación podía estar a miles de millas de distancia del consumo. Podía estar incluso en otros continentes. Construyeron redes extensísimas que además de tener pérdidas continuas de energía, atentaban contra la lógica, contra la eficiencia, contra la optimización de recursos. Muchas veces el coste del transporte de la energía era superior a la energía final consumida. Nos enfrentábamos a nuevos retos. De una vez por todas debíamos abandonar la dependencia de los recursos fósiles. Debíamos optimizar el funcionamiento de las redes de distribución y sobre todo, y esa era la lección aprendida más importante del *blackout*, la generación energética debía estar distribuida. Debíamos tender a crear células habitables que fuesen energéticamente autosuficientes. Las ciudades no deberían depender de redes centralizadas, ni de energía generada fuera de su área de influencia. Las redes de distribución mundiales podían ser un *backup*, tener una función de respaldo en caso de fallo puntual en una zona, pero no podían ser las arterias para el abastecimiento. Cada zona habitada debía contar con su propia generación energética. En función del clima, de la orografía y de sus propios recursos naturales, cada célula debía ser capaz de generar su propia energía. Florida no podía recibir su energía del norte de Canadá. Ni España podía abastecerse desde Libia. Era ineficiente y las ineficiencias, antes o después, exigían el pago de un precio que no estábamos dispuestos a pagar.

Lo primero que había que conseguir era tomar el control de las redes de distribución mundiales. Cuando se restableciese el abastecimiento no se haría de forma global, ni de forma simultánea en todo el mundo. Seguiría

nuestro calendario. Eso significaba poder. Si queríamos que la población se adhiriese a las corps, debían ver una ventaja clara en la adhesión frente a la situación general. La energía volvería, pero lo haría de la mano de las corps. Sólo se restablecería el abastecimiento en las células corps que se fuesen habilitando en cada uno de los territorios. Las ciudades no serían abastecidas en su totalidad, el mundo en general no necesitaba volver a reconectarse al completo.

Con el control de las redes de distribución y el 'encendido' selectivo de zonas, se conseguiría atraer a la población a las corporaciones. Abandonarían sus propiedades. Abandonarían la miseria y la precariedad en la que habían caído durante los últimos meses. El caos que les había dejado sin alimentos, sin agua, sin calor. El que había matado a más de un tercio de la población. Estarían dispuestos a renunciar a lo que antes tuvieran, con la esperanza de recuperar una vida de comodidad, una garantía de bienestar y seguridad. La propiedad privada de las masas, tal y como se había entendido durante los últimos siglos, era un concepto extinto ¿De qué servía tener posesiones, si éstas no tenían ningún valor, si no aportaban seguridad, ni bienestar? Un adepto a las corps, no debía tener propiedades, no una vez se hubiese adherido al nuevo orden. Renunciarían a cualquier propiedad previa que hubieren tenido. Sólo las corps tendrían derecho a la propiedad privada. Propiedad de bienes productivos; tierras, fábricas, recursos naturales, células de producción, maquinaria, laboratorios, equipos de transporte o cualquier bien necesario para la producción de las corps. Todo estaba ahora abandonado, esperando que alguien tomase posesión de lo que, de otra forma, caerían en el olvido y moriría.

El control de las redes eléctricas permitiría seguir una secuencia programada de activación parcial de las células productivas y maximizar la adhesión de adeptos a la nueva civilización.

Había varias empresas energéticas que habían mantenido núcleos de conocimiento y sus instalaciones en, más o menos, buenas condiciones. Después de deliberar, se decidió que la cabeza de todas ellas sería Ener10. Su sede o célula matriz seguiría en Londres. Era importante marcar el territorio. Proteger las fronteras. No abandonar áreas limítrofes con la zona ocupada. Ener10 lideraría el pilar energético. Tomaría posesión de bienes productivos que antes del *blackout* pertenecieron a otras empresas. Eso les permitiría establecerse en todos los puntos del mundo donde se necesitasen células productivas. Investigarían en nuevas fuentes energéticas, adaptarían la producción local a cada geosistema, perseguirían la autosuficiencia energética de cada célula productiva, fabricarían los sistemas de producción y formarían a las otras ocho corps en la instalación, gestión y mantenimiento de sus sistemas de producción y distribución.

El proceso de establecimiento estaría tutelado por el Ejército para la paz. Todos contábamos con ello. Igual que contábamos con que en, muchos casos,

sería necesario el uso de la fuerza para que la propiedad cambiase de manos y pasase a formar parte de las nueve corps.

Para conseguir energía, bienes de consumo, medios de transporte, alimentos, fármacos o cualquier producto de las corps, eran necesarios **recursos naturales, materiales** para su fabricación. Un pilar clave en el nuevo orden. De nuevo era necesario analizar los errores del pasado. Un alto porcentaje de materiales sintéticos procedían del petróleo. Hasta la fecha la sobre-explotación de recursos había puesto en peligro la viabilidad y el futuro de distintas industrias. El abastecimiento para la producción debía estar garantizado. Era una pieza vital. Las nueve corps no podían depender de recursos finitos, de los recursos fósiles. Su producción debía estar basada en recursos que pudiesen ser regenerados. Se debía evitar la sobre-extracción de los recursos, no por un tema medioambiental por supuesto, era simplemente, una forma de optimizar la eficiencia del sistema. Se definirían políticas de producción acordes a las propias políticas de extracción y reposición de las corps.

El ejército me confirmó que varias empresas de extracción habían conseguido sobrevivir. No demasiado grandes. Sus explotaciones no tenían entidad suficiente, excepto quizás, una empresa de la antigua Rusia, Hreum. Eran los propietarios de las mayores minas de titanio y varios metales pesados y preciosos en Rusia y gran parte de Asia. Su establecimiento seguiría un proceso similar al de Ener10. La célula matriz se mantendría en Moscú. Mismo calendario de apertura de células productivas en las distintas regiones del mundo, apoyado en las antiguas empresas que todavía mantuviesen operativas sus instalaciones y por supuesto, de la mano del Ejército para la paz, tanto en la adhesión de adeptos, como en la incorporación de las propiedades necesarias.

El pilar de los recursos naturales investigaría sobre nuevos materiales sintéticos no dependientes de los recursos fósiles. Definirían las políticas de extracción y reposición de los recursos naturales en los diferentes geosistemas y garantizaría la explotación y abastecimiento de materiales para la producción en cada una de las corps.

Tres de nueve.

Las conversaciones siguieron durante los siguientes días. A esas alturas ya llevaba una semana en el buque. Las reuniones eran cada vez más largas. Me constaba que el mando con el que yo me reunía, mantenía después conferencias con el gobierno americano, con el alto mando militar. Por el momento estábamos de acuerdo. Apreciaban mi visión. Valoraban mi aportación. Seguía la incertidumbre de la futura relación con el mundo islámico. No compartían mucha información sobre la situación presente. Lo que me quedó claro es que la guerra con la nación islámica seguía abierta. Ambos bandos estaban haciendo uso de armas químicas, biológicas y

nucleares. El segundo tercio de la población moría, mientras nosotros definíamos el nuevo orden mundial. Tenían que poner un freno. Evitar la extinción total. Era un tema delicado, pero tendría que volver sobre él.

Los días avanzaron y mi exposición sobre los nueve pilares continuó. Llegó el turno de hablar de la **alimentación**. Todos éramos conscientes que, durante los últimos meses, uno de los puntos que había resultado crítico para la supervivencia, había sido el abastecimiento de alimentos y agua. Era un pilar importante. Las corps debían tener control sobre la alimentación de sus adeptos. Es cierto que contábamos con la ventaja de tener que alimentar sólo a un tercio de lo que se exigía anteriormente, pero no podíamos desperdiciar recursos. La extensión de tierra dedicada al cultivo debía ser la necesaria. Ni más ni menos. Había que contar con mantener los recursos naturales en niveles adecuados de reposición. Ello exigiría reforestar muchas zonas que la etapa anterior había deforestado. Proteger áreas marinas y determinados parque terrestres. En caso de que no se implantasen este tipo de políticas, podríamos encontrarnos con un problema de desabastecimiento en el futuro. Por ello las extensiones cultivables debían estar acotadas. El pilar de la alimentación debía investigar en la optimización del rendimiento de la producción agrícola. Durante las últimas décadas se habían conseguido grandes avances en el tratamiento genético de los alimentos, pero se había perdido mucho tiempo en la protección industrial de esos avances. Ya no sería necesario. Todas las mejoras, los progresos, los resultados de la investigación, estarían a disposición de la humanidad, bueno de la población que viviese al amparo de las corps. La propiedad de todo ello pertenecía a los nuevos pilares. Se debía seguir la estela de la investigación, avanzar en la mejora genética de los productos agrarios. La optimización de la industria cárnica. Pero no sólo había que optimizar la producción, había que mejorar el diseño de la distribución. De nuevo el sector agrario había crecido contando con recursos energéticos ilimitados. Con energía barata que parecía no tener fin. En los últimos años esa premisa dejó de ser real, lo que había supuesto bajadas importantes en los niveles de producción. Los países habían perdido, muchas décadas atrás, su capacidad de autoabastecerse. La población se había acostumbrado a consumir alimentos de fuera de temporada, alimentos exóticos que en su mayoría eran importados desde miles de millas de distancia. Una compra estándar en un gran establecimiento podía tener menos de un diez por ciento de producto local. Eso era un error. Se debía diseñar una cadena alimenticia con origen local. Al menos en un sesenta o setenta por ciento de los productos. Esto optimizaría el consumo de energía y evitaría futuros problemas de desabastecimiento. De nuevo el pilar de la alimentación debería investigar en adaptar la producción a los geosistemas, a las regiones, climas y tipo de tierra, además de avanzar en la modificación genética de los alimentos que mejorase su resistencia a las plagas y que incorporasen beneficios extras para el cuidado de la salud. Este pilar garantizaría la puesta en marcha de los sistemas agrícolas necesarios

para abastecer a cada célula corp. Formaría a las otras corps para ser autosuficientes en alimentación y garantizaría el abastecimiento de semillas y ganado para cría local en cada célula productiva. No habría productos tan refinados y procesados como los que había a principios del siglo XXI, pero tampoco esos productos eran los óptimos para el consumo humano. Se implantaría una alimentación más natural, con un nivel inferior de procesamiento. Redundaría en una mayor efectividad en la producción, además de en una mejora general del estado de salud de la población y un ahorro en los costes sanitarios.

La empresa más avanzada en mejoras genéticas y adaptación de cultivos a entornos adversos había sido Ducrot. No tenían *expertise* en la cría de ganado, pero la adquirirían fácilmente a través de los adeptos y de las empresas pequeñas que habían sobrevivido y serían absorbidas. Pasarían a formar parte del pilar de alimentación. Contribuirían al sistema. El plan de establecimiento sería parejo al de las otras corps y contarían con el apoyo del Ejército para la paz. La célula matriz permanecería en Phoenix, antigua USA, donde Ducrot tuvo siempre su sede.

Otro de los pilares en los que se había invertido mucho en investigación, durante el último medio siglo, era en el sector **farmacéutico** y médico. Los avances eran obvios. La esperanza de vida se había duplicado en los últimos siglos. Seguían existiendo enfermedades sin cura, pero se disponía de buenos paliativos. La investigación debía avanzar, sobre todo centrada en el uso de fármacos que ayudasen a modelar la conducta y potenciar las capacidades de los seres humanos. La asistencia sanitaria debía evolucionar hacia modelos más descentralizados. Conseguir que la diagnosis remota fuese una realidad. El ser humano necesitaba incorporar algunas mejoras a su cuerpo. Hablaría más tarde sobre mi enfoque de las mejoras genéticas humanas. Un mundo a explorar para permitir el control sobre diferentes ámbitos de la vida cotidiana. Sistemas que permitirían abaratar y optimizar el funcionamiento de una sociedad distribuida en células distantes.

Las empresas farmacéuticas europeas habían caído bajo el control de la nación islámica. Las americanas no habían conseguido mantener unificado el conocimiento, ni operativos sus laboratorios. En la guerra que se mantenía con la nación islámica, los laboratorios habían sido uno de los objetivos a destruir. Sin embargo en la India, quedaban algunos centros farmacéuticos bastante cohesionados. El más interesante era framTgox. Había pertenecido a un grupo japonés. La matriz no había conseguido superar los meses de caos e incertidumbre, pero la filial en la India sí. La célula matriz del pilar farmacéutico-sanitario se ubicaría en Nueva Delhi, la antigua India. De nuevo el plan de establecimiento de las células operativas, una vez puesta en marcha la célula matriz, iría parejo al resto de pilares. Podían absorber pequeños laboratorios en Brasil, que se habían mantenido en funcionamiento a la espera de conseguir energía de nuevo, e incorporar

industria de equipos médicos. El pilar farmacéutico-sanitario sería el responsable de continuar la investigación en las líneas definidas y abastecer a las células productivas de fármacos y material médico. Formarían equipos de asistencia sanitaria en el resto de las corps y desarrollarían sistemas de telediagnóstico para aligerar las infraestructuras sanitarias de las células más pequeñas o de las más alejadas de las unidades sanitarias, que tendría que poner en funcionamiento el pilar sanitario en las principales células productivas.

A pesar de que el nuevo orden estaba siendo concebido con un claro enfoque en la optimización del uso de la energía y un objetivo de minimizar el transporte de productos y personas entre las diferentes células productivas, existiría un transporte de mercancías inevitable. Además sería necesario contar con transporte público y privado de personas. Volver a hablar sobre la necesidad de evitar la dependencia de los recursos fósiles era una pérdida de tiempo. Era un tema al que habían destinado suficiente tiempo ya. El pilar del **transporte** sería el responsable de investigar y desarrollar sistemas de transporte eficiente, basándose en las soluciones energéticas existentes, optimizar las rutas de transporte y la logística de distribución. La humanidad no podía volver a depender del transporte privado como lo había hecho en las últimas décadas. Las células productivas deberían estar diseñadas de tal forma que los habitantes de cada célula no necesitasen el transporte privado en el interior de las células. En el interior de ellas sólo estaría autorizado el transporte público. El privado quedaría reservado a viajes entre células productivas, sólo para los adeptos con un nivel de privilegios alto. El pilar de transporte sería el que fabricase todos los medios de transporte. A través de su red de distribución abastecería al resto de las corps con los medios públicos y privados de transporte necesarios y mantendría operativas y en funcionamiento óptimo las redes de transporte entre células productivas.

El norte de Europa no había sido invadido por las fuerzas islámicas. Habían recibido muchos refugiados de Alemania y Francia. Muchos ingenieros y diseñadores industriales habían conseguido evitar la masacre y se refugiaban ahora en los antiguos territorios de Suecia, Dinamarca, Noruega y Finlandia. En Suecia, la central de Krintu había conseguido sobrevivir. Es cierto que desde hacía unos años pertenecía a un grupo chino, pero igual que pasaba en el mundo farmacéutico, su casa matriz no había conseguido mantenerse cohesionada durante los meses de caos. Ya no existía. El pilar del transporte lo lideraría Krintu. Contarían con la experiencia de los desplazados europeos que habían llegado a tierras escandinavas y por supuesto con la colaboración y ayuda incondicional de Bronte, nuestro aliado. Tenían experiencia en fabricación de todo tipo de medios de transporte. A lo largo de los años habían demostrado su capacidad con creces. La célula matriz del transporte se ubicaría en Malmö. El plan de

establecimiento general de las células productivas incluiría también a este pilar.

Seis de nueve.

El tiempo volaba. Había tantos datos para analizar. Tanta información que procesar. Había invertido años en diseñar lo que ahora tenía que presentar en unos días. Era difícil concentrar mi trabajo, mi pensamiento, mi diseño, en un espacio tan corto de tiempo. No disponíamos de más. El plan de establecimiento debía quedar cerrado antes de final de Octubre. Teníamos que comenzar a restablecer la energía cuanto antes. El mundo necesitaba salir del caos en el que estaba sumido. Bailábamos sobre la cuerda floja de la dispersión completa del conocimiento y de la extinción. No podíamos permitir que eso ocurriera.

Las noticias que recibía por radio de nuestra sede no eran halagüeñas. La séptima flota nos había ayudado algo con el abastecimiento de agua y alimento, pero no lo suficiente. La vida se hacía imposible en Tokio. El plan debía despegar. No nos quedaba mucho tiempo.

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

Que las leyendas de los antiguos sean una lección para los modernos, a fin de que el hombre aprenda en los sucesos que ocurren a otros que no son él. Entonces respetará y comparará con atención las palabras de los pueblos pasados y lo que a él le ocurra y se reprimirá.

Por esto igloria a quien guarda los relatos de los primeros como lección dedicada a los últimos!

Las mil y una noches, “Introducción”

Anduvimos por el desierto durante cuatro días. Cuando llegaba el ocaso la caravana paraba. Aquellas noches no montamos las tiendas. Tampoco levantamos cercas para guardar los camellos. Los hombres bajaban la carga que apilaban en una sola montaña. Los camellos permanecían agrupados, inmóviles. Lo conseguían dejando a los camellos a tres patas. Ataban una cuerda trenzada con *harob* y rematada en sus extremos por un par de huesos curvos, alrededor de una de las patas delanteras de cada camello. Les dejaban así durante la noche, con una pata doblada sujeta por la cuerda. Imposible que se movieran. No eran necesarias las estacas, ni las cuerdas. Los camellos no se irían, incluso si escuchaban el aullido de las hienas. Nada les podría hacer caminar hasta que llegase la mañana, cuando la tribu se ponía otra vez en marcha y una a una, se quitaban las cuerdas de los camellos y se volvía a colocar la carga.

La tribu tampoco necesitaba una infraestructura específica para dormir al raso. Se encendían fuegos donde las mujeres preparaban la comida del ocaso, donde se herviría el imprescindible café, donde contarían historias y

cantarían antes de dormir sobre una estera hecha, cómo no, de paja de *harob*.

La vida en la tribu era apacible. El tiempo no nos apremiaba. Llegaríamos allí donde fuésemos cuando tuviéramos que llegar. El inmovilismo del paisaje ayudaba a no afanarse en alcanzar un sitio concreto. En todas las direcciones se veía la misma sequedad. Colores tierra, salpicados con rocas y piedras más claras. Alguna colina más pedregosa que el resto donde aparecían dispersas manchas parduscas. Plantas que contra toda previsión se había adaptado a la vida en condiciones completamente adversas. Igual que los *beja*. Miles de años aclimatándose a un meteorología extrema, aprendiendo a vivir de una tierra que a simple vista parecía muerta. Pero para los *beja* nada está muerto. Convertidos al islamismo en el siglo XIII por la presión de los mamelucos sobre su territorio, incorporaron al culto musulmán, creencias animistas, cristianas y tradiciones milenarias transmitidas a través de sus leyendas, de generación a generación. Leyendas de una raza orgullosa y guerrera.

El viaje a nuestro nuevo asentamiento me enseñó a respetar a los *beja*. Su orgullo se filtró por todos los poros de mi piel. Me devolvió la confianza en mí misma. Esa tribu fuerte, de hombres guerreros y mujeres dulces e incansables, me había aceptado como uno más de ellos. Me cuidaban. Me querían. Me ayudaban. Si ellos podían verme así, como un ser humano único, yo también podría. Yo también debería. Mis heridas cicatrizaron. El sol las cerró y el viento seco del desierto se las llevó. Volaron al pasado y despejaron un futuro incierto que mi alma abrazaba. Subida a lomos de mi camello, cubierta con la túnica y los velos para protegerme del sol, respiraba y sentía fluir la vida en mi interior, de nuevo. La libertad y el desarraigo que se respiraba en la tribu abrieron mi alma a una nueva vida.

Cuando llegamos a nuestro destino, los hombres se ocuparon de las bestias, las mujeres de montar el campamento. En esta ocasión los camellos y las cabras, que nos habían acompañado en la travesía, se quedaron relativamente cerca del campamento. En una cerca real. No más esperas nocturnas a tres patas.

Me acerqué a Bushra para ayudar a montar su tienda. Me dijo que no. Me acompañó hasta el montón en el que estaba toda la carga que los hombres habían bajado de los camellos. Buscó un fardo y me lo dio. Era para mi tienda. Ya estaba curada. No necesitaba más cuidados. Tenía que empezar mi propia vida. Tener mi tienda. Ella me ayudaría.

La montamos a unos treinta pies de su *haima*. Tenía los mismos cuatro compartimentos que había tenido la suya. La gran diferencia era el *te-saqwit* que separaba la zona alta, la reservada para dormir. El que Bushra me dio, no tenía ningún motivo bordado. Era una tela simple. Sin adornos. Bushra vio que la sujetaba en mis manos y la miraba. Me explicó que el *te-saqwit* lo

bordaban las mujeres antes de su boda y lo mejoraban a lo largo de su vida conyugal. Solía llevar motivos que, para los beja, representaban el amor y la fertilidad. Yo también bordaría el mío si encontraba un hombre al que unirme. Ella me ayudaría. Sería el regalo para mi esposo. Aquello me pilló por sorpresa ¿Esposo? No quería. No. No necesitaba a ningún hombre. No me podían obligar a desposarme. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Mis manos temblaron. Bushra me tomó por los brazos. No debía preocuparme. El esposo sería una decisión mía. Sólo si yo quería. Me tranquilizó.

Al caer la noche, el campamento ya estaba montado. La rutina volvió a la normalidad. Las mujeres cocinaban. Los ancianos hablaban, tomando café. Los niños jugaban. Las mujeres jóvenes jugaban con los pequeños, mientras hablaban con los hombres jóvenes.

Cenamos por turnos, como siempre lo hacíamos. Cuando terminó la cena y todo quedó recogido. Cuando llegó la *rababah* y su tañer empezó a mezclarse con las voces que se alzaban sobre el silencio del desierto, Bushra me cogió de la mano y me llevó hasta la tienda del *sheikh*. Era la tienda que estaba en el centro del campamento. Ligeramente más grande que el resto, pero sin más lujos que la de cualquier otro de la tribu. El *sheikh* estaba sentado en la parte delantera de su tienda. En la zona de las labores diarias. Descalzo, con la túnica blanca resaltando su tez oscura. Las piernas cruzadas sobre esteras de *harob* y pieles de camello. Me invitó a sentarme frente a él. Bushra se sentó a mi lado. Me había acostumbrado a la mezcla de árabe, gestos, dibujos y tigrina en el que Bushra y yo nos comunicábamos. Aprendía rápido, pero no lo suficiente como para poder mantener una conversación con nadie que no fuese Bushra. Ella fue nuestra intérprete aquella noche.

El *sheikh* era un hombre afable. Hablaba despacio. Sabía que no le comprendía, pero aun así, al hablar me miraba a los ojos. Era directo. Valiente. Orgulloso y a la vez modesto. Hospitalario. Acostumbrado a que le escuchasen y le respetasen. Un hombre sabio. La conversación empezó con un intercambio de bendiciones en nombre de Alá. Después de los formalismos, el *sheikh* me dijo: “durante todos estos días habrás tenido tiempo para preguntarte porqué te compré, qué es lo que queremos de tí, si eres sierva, *tigre*, o una mujer libre”. Sí. Había tenido tiempo para hacerme esas preguntas y muchas más.

Fue el azar o quizás el destino lo que llevó al *sheikh* al mercado de esclavos. Los beja no compran seres humanos. Nunca lo han hecho. Hace siglos, cuando luchaban por defender sus tierras de los invasores extranjeros, cogían prisioneros en las batallas que convertían en siervos, *tigres*, pero nunca habían comerciado con personas. Era inmoral.

El *sheikh* había viajado hasta Rabak para mantener una reunión de jefes de clan. El mundo estaba en guerra y necesitaba información. Hoy no me

explicaría qué sucedía en el mundo. Era ajeno a los bejas. Lo importante era que yo entendiese mi situación en la tribu. Lo demás podía esperar.

Cuando se dirigía a la reunión, cruzando la plaza de Rabak, vio un mercado de esclavos. Era despreciable. Era igual a los que los colonos imperialistas habían montado en las principales ciudades del norte de África durante su ocupación. Por aquel entonces los colonos vendían a hombres y mujeres de color. Les humillaban. Les privaban de su libertad, de su orgullo. Ahora los verdaderos dueños de África vendían a los neocolonos. En realidad a las neocolonas. Los colonos habían sido asesinados.

Desde la distancia miró el deleznable espectáculo que ofrecía la plaza. Todo era gris. Obsceno. Maloliente. Vio la entrada de un nuevo grupo de mujeres. Desnudas. Sucias. Olían a miedo, a dolor, a muerte. Todas menos una. Una de las mujeres estaba rodeada de un aura azul. El *sheikh* era el guía espiritual de la tribu. Tenía un don. Percibía las auras de cualquier ser vivo. Se acercó al improvisado mercado de carne para verla mejor. Aquella mujer azul era un talismán.

Cuenta una profecía beja que un día, las raíces de *Al-Magrib* se alzarían contra el mal que las aprisionaba desde antaño. Esto desataría a los espíritus del mal, engendrados durante siglos por la codicia y la injusticia. Los *jinnns*²³ invadirían el mundo de los hombres, asolando la vida en la faz de la tierra. Dice la profecía que una de cada tres almas perecería bajo la ira de los *jinnns*. La oscuridad invadiría el mundo y el único refugio que le quedaría a los hombres, sería la vuelta a los orígenes, el abrazo a la madre Tierra.

Los beja nunca dieron la espalda a la tierra. Durante más de cinco mil años, otros pueblos intentaron conquistarlos. Ninguno lo consiguió. Ninguno pudo convivir con la hostilidad de sus tierras. Donde otros veían aridez y sequedad, muerte y desolación, los beja veían la tierra que les proveía de todo lo que necesitaban; agua, carne, leche, cereales. Veían su hogar. En aquella tierra moraba Alá, junto a las almas de sus antepasados. Desde el primer beja que cruzó el mar Rojo, hasta el último que había partido en peregrinaje al campamento del más allá.

Sus tierras habían sido bendecidas por Alá, pero cuando la profecía se cumpliese, incluso con la bendición del supremo creador, los *jinnns* encontrarían a los beja. Les intentarían despojar de sus reservas de agua, de sus *khors* de forraje. Diezmarían sus manadas de camellos y traerían el fuego para quemar sus *haimas*. Sólo una podría evitar la entrada de los *jinnns* en sus tierras. Aquella de luz azul y alma pura. Aquella perseguida durante cuarenta días por los *jinnns*. Aquella a la que los *jinnns* no consiguieron matar. Ella sería el talismán de los beja. Protegería su tierra y a sus moradores. Les traería sabiduría y paz.

El *sheikh* me dijo que desde el mismo momento en que me compró, dejé de ser esclava. Me pedía perdón por el latigazo en la barcaza y el trato brusco

de los primeros días. Tuvo que hacerlo para no levantar sospechas. Era una mujer libre. La luz azul y el alma pura de la profecía. La que iluminaría al pueblo beja. Podía marcharme cuando quisiera pero la profecía era cierta. Los *jinn*s circulaban libremente por la Tierra. La oscuridad había invadido el mundo. Las noticias de Rabak le confirmaron que la muerte y la desolación habían acabado ya con más de un tercio de la población. Sólo sería talismán dentro de las tierras beja. Fuera, ni yo misma con mi aura azul podría protegerme por más tiempo de los *jinn*. Moriría.

¿Cómo creerlo? Parecía sacado de una de las fantasías que Schehrazada relataba al sultán durante las mil y una noches. Yo era un talismán, la protección contra los espíritus malignos que se habían desatado por culpa de una guerra mundial. Di las gracias al *sheikh* por su hospitalidad y su sinceridad. Pedí permiso para retirarme. Debía meditar sobre todo aquello.

* * *

East Portlemouth, Reino Unido

Al Norte, hay una comunidad donde podrían acogernos. Unos frikis que llevan años preparándose para un mundo sin petróleo. Forman parte de una red, las ciudades en transición. Es el único reducto de paz. No está controlada por una tribu. La comunidad ha elegido su propia asamblea. Será difícil entrar. Esperemos que los conocimientos de María sean nuestra llave de acceso a la comunidad.

El terreno hasta llegar al bosque de Saint-Aubin era tal y como nos dijeron los exploradores de la resistencia. Fue fácil cubrir la distancia que nos separaba del bosque. María y yo estábamos totalmente compenetrados. Después del primer escarceo hubo otros. Seguíamos avanzando en las horas de menos luz y descansando por el día. Buscábamos sitios protegidos para acampar. Preferiblemente cerrados. Llegábamos cansados. El ritmo que nos habíamos impuesto era duro. Caíamos siempre destrozados. Solíamos dormir unas seis horas. Con guardias de tres. Había veces que entre guardia y guardia, una mirada, un roce en la mano, una sonrisa bastaba para *encelarnos*. Otros días era al terminar las guardias, antes de tomar la comida principal. No podíamos recrearnos mucho en juegos. Seguíamos vigilantes, alertas. Estábamos en territorio hostil pero el deseo nos podía. Nunca había instaurado el aquí te pillo, aquí te cepillo, como lo hice durante esos días con María. La adrenalina debía ayudar. Vivíamos momentos intensos. Peligrosos. Inciertos. El sexo era una válvula de escape. Además había complicidad, camaradería. Los besos, los abrazos, las caricias, eran reconfortantes. Ponían cierta distancia con lo que nos rodeaba. Levantaban barreras que nos protegían. Y por encima de todo, María era una máquina. Activa. Sensual. Le

gustaba tomar la iniciativa. Ponerme a cien. Cardíaco. Me empalmo sólo con recordar aquellos polvos.

En la madrugada del dos de Octubre entramos en Saint-Aubin. Los de la resistencia nos habían dado un santo y seña diferente para los días uno, dos y tres. Debíamos llegar en esos días. Si nos retrasábamos no podríamos embarcar el día seis, con la luna nueva. Tendríamos que esperar un mes entero a tener otra oportunidad. La resistencia del área de Saint Maló estaba avisada. Habían enviado una paloma mensajera. Nos esperaban. No tardaron en aparecer. Surgieron del bosque sin previo aviso. Estaban completamente camuflados. 'Alto en nombre del rey'. 'Muerte a los reyes. Muerte a los tiranos. Muerte a la nobleza'. Ese era el santo y seña que tocaba. Los gabachos eran la leche. Unos nostálgicos. Seguían colgados con el rollo de revolución francesa y el movimiento de resistencia durante la ocupación alemana. A nosotros, indudablemente, su nostalgia nos venía de puta madre. Eran la única forma de conseguir establecer contacto con los barcos ingleses, el pasaporte de salida de la zona ocupada.

Su campamento era muy parecido al de los bosques de la Gascuña. Eran menos. Nos contaron que casi todos los que empezaron se habían marchado. Conforme las semanas pasaban y la situación no cambiaba, muchos perdieron la esperanza y tomaron barcos a Inglaterra. No habían llegado a ser más de unos cientos. Los primeros días de ocupación fueron una masacre. Las fuerzas islámicas mataron a toda la población civil que pudieron. Los que escaparon se refugiaron en los bosques. Poco a poco se montó el grupo de resistencia que estableció contacto con navegantes. Algunos ingleses, otros franceses que habían conseguido huir con sus embarcaciones. No fue hasta Agosto cuando arribó el primer barco inglés. Al principio llegaban barcos cada dos o tres días. La población que había sobrevivido quería salir del infierno pero, poco a poco, fue mermando el número de personas que querían cruzar el canal. No por que quisiesen permanecer en Francia, sino porque no había gente para cruzar. La última recogida la hicieron con la anterior luna llena y después de la nuestra, la siguiente no sería hasta el siguiente mes. Cada vez espaciaban más las expediciones. No sólo en esta zona de la costa, también más al Norte, donde habían llegado barcos ingleses para transportar a los que huían.

Corrían tiempos difíciles. Había escasez de todo. Los navegantes tenían que vivir. Tendríamos que pagar un peaje. Sabían que nos lo habían dicho sus compañeros en la Gascuña. Querían ver qué es lo que habíamos conseguido.

Después de nuestro primer hallazgo no hubo más. Avanzábamos por campo, lejos de cualquier población, lo que no nos daba mucha oportunidad de conseguir nada de valor. Les enseñamos el GPS y el cargador tipo dinamo con el adaptador USB. Nos confirmaron lo que ya sabíamos; eso pagaría un

peaje. Les enseñamos las joyas que habíamos encontrado en el joyero, los cuchillos, el hacha.

Ellos se quedarían con las joyas. No eran de gran valor pero les vendría bien. Estaban fundiendo oro y cualquier cosa sumaba. Ya sabían que sobre esto no nos habían dicho nada los de la Gascuña, pero la situación estaba jodida para todos. Ellos nos estaban ayudando, iban a organizar nuestra salida de Francia. También merecían un pago. Cuando tuviesen que salir, no podrían hacerlo con las manos vacías. No estábamos en situación de discutir. Nos lo comimos. Se quedaron con las joyas, el hacha y uno de los cuchillos.

Miraron el rifle. El de la discordia. Continuaba con nosotros. Seguía siendo nuestro bien máspreciado junto a la caja de municiones. Sólo faltaba una. La que uso el gilipollas de Pedrito. Nos dijeron que el rifle y la munición pagarían el segundo pasaje. Eso nos dejaba indefensos. Pero al fin y al cabo, íbamos a un país que no había sido ocupado. En Reino Unido también había muerto mucho gente por la escasez de alimentos, por el pillaje. Cuando empezaron a establecer contactos por radio con el continente y tuvieron conocimiento de la ocupación islámica, murió aún más gente. Hubo una matanza de todos los sospechosos de profesar el islamismo. Juicios populares sumarísimos condenaron a muerte a más de un millón de paquistaníes, entre originarios y descendientes. Les acusaron de ser los culpables de la situación. Los que habían sumido a Europa en el caos, en la oscuridad. Daba igual que no hubiesen participado en nada. Que no estuviesen al tanto de lo que había ocurrido. Murieron de todas formas. Cualquier persona era un rival. Un competidor en la búsqueda de alimento, de agua. Cualquier excusa era buena para acabar con ellos.

Los juicios populares se extendieron en las islas británicas. Sus Gobiernos hacían agua. La situación se les había ido de las manos. Los ejércitos no eran capaces de controlar a la población que, en pocas semanas, se hizo con el mando. Cada pueblo tenía su comité, formado normalmente por los que habían conseguido hacerse con el poder más rápido mediante el uso de la fuerza. El comité decidía sobre todas las materias; racionamiento de comida y agua, reparto de los bienes de los que habían muerto o habían abandonado su hogar, quién era sospechoso de atentar contra el bien común, quién debía ser juzgado por cualquier delito que el comité considerase punible... La población en la Gran Bretaña y en Irlanda volvió a organizarse en clanes. Eran violentos. Crueles. Luchaban entre ellos por el dominio de las tierras, del alimento. Nos recomendaron mantenernos al margen. Sería lo mejor si queríamos conservar nuestras vidas.

Contactaron con el capitán del barco. Le llamaron con un equipo de radio que no sé ni cómo seguía funcionando. '*Boisaubin* llamando a *La Lutte*²⁴, *Boisaubin* llamando a *La Lutte*'. La comunicación se estableció. Acordaron el precio con el capitán. También era francés. Había sido un tío de pasta. Tenía su barco de recreo en el puerto de Saint Maló. Durante los primeros días

mataron a toda su familia. Él consiguió huir, salvar la vida, pero los fantasmas le perseguían. Se había convertido en un hombre huraño, atormentado. No convenía que intentásemos entablar mucha conversación con él. La *Lutte* fondearía a poniente del cabo Fréhel, la noche del cinco al seis de Octubre. Debíamos estar allí antes de la medianoche, antes de la pleamar. No estaba muy al resguardo, lo que no les permitiría permanecer fondeados durante mucho tiempo. Si no estábamos en el punto acordado, en el momento convenido, llevarían anclas y se irían. Habría otras diez personas más. Todos estaban avisados. Cuando la marea comenzase a bajar, la *Lutte* partiría. Debíamos tener cuidado con la vigilancia de Fort la Latte. Era un antiguo castillo, situado a un par de millas al este del cabo. Las fuerzas islámicas lo habían tomado. Era una de las torres de vigía del ejército musulmán.

No llegó a cuatro días el tiempo que estuvimos en el bosque de Saint-Aubin, pero se hicieron eternos. María y yo no nos separábamos. No nos gustaba la gente de aquella facción de la resistencia. Estaban encabronados. Les jodía que nosotros nos fuésemos y ellos tuviesen que permanecer allí. Mantuvimos las guardias para dormir. Temíamos que nos atacasen, que se quedasen con lo que pagaría nuestros peajes, que nos matasen. La verdad es que nuestras guardias tampoco se lo habrían impedido, pero nos dieron algo de seguridad hasta que el día cinco salimos del bosque. Debían ser las cuatro de la tarde cuando nos fuimos. Nos acompañaba uno de la resistencia. Del resto ni siquiera nos despedimos. Dijo que nos llevaría casi seis horas llegar hasta Fréhel.

El cabo estaba coronado por un faro apagado, como todo lo que se alimentaba por electricidad. Acercarse a aquellas costas escarpadas requería pericia marinera y muy buen conocimiento de la costa. Afortunadamente para la *Lutte*, la noche era oscura. La luna nueva no arrojaba luz a la oscuridad de la noche. Bajamos a la ensenada por el lado occidental del faro, el que quedaba fuera del alcance de la vigilancia del fuerte. La bajada por esa parte estaba jodida. Era una pared vertical de unos ochenta metros de altura. Bueno al menos es lo que nos pareció cuando miramos desde arriba. Como no nos quedaba otra, empezamos a bajar. No tuvimos que rapelar, así que vertical no era, pero era chungu de cojones. El de la resistencia que nos había guiado hasta el faro se despidió allí. Encabronado. Arisco. Huraño. Esquivo. Conseguimos arrancarle un *à tout à l'heure*.²⁵ Nada más. Ni un deseo de suerte. Ni una recomendación de cómo bajar. Ni un apretón de manos. Nada. Bolilla cero.

Cuando llegamos abajo, las otras diez personas ya estaban esperando. Nos recibieron con los cuchillos en ristre. Nadie se fiaba ya de nadie. Manteníamos el mismo santo y seña revolucionario que en la llegada al bosque. Cuando dijimos nuestra parte bajaron los cuchillos. No sin recelos. Todos teníamos un ojo puesto en el resto del grupo, el otro puesto en la mar.

Mirábamos al Norte, angustiados. No había ninguna embarcación a la vista ¿Y si no llegaban? ¿Y si teníamos que permanecer en Francia?

La pleamar llegó. La luna apenas la sostuvo. La marea parecía que empezaba a bajar. El barco aún no se veía. En realidad la ausencia de luz no dejaba ver nada. María me hizo un gesto. Señaló uno de sus oídos. Se escuchaba un ruido diferente. Un sonido incisivo sobre la superficie del mar, acompañado de un ruido similar al tañer de pequeñas campanas. La *Lutte* surgió de la nada. Su velamen era negro. Su casco azul marino. Era una sombra en la noche. Apenas se veía. Debía tener cuarenta pies.

Mientras parte de la tripulación fondeaba, otros bajaron una barca. Dos marineros remaron hasta la costa rocosa. Cuando estuvieron cerca nos lanzaron un cabo. Lo sujetamos. Tiramos de él para acercar la barca a las rocas en las que esperábamos. Embarcamos rápido. No podíamos perder tiempo. Podían avistarnos en cualquier momento. Subimos a la *Lutte* por su popa. De nuevo parte de la tripulación izó la barca que nos había recogido mientras otros levaban el ancla. Desfondearon envueltos en tinieblas, guiados por la oscuridad. Aprovecharon el momento de aguas calmadas antes del cambio de marea. Con una coordinación perfecta, la tripulación izó la vela mayor, desenrolló el génova y puso rumbo al norte noroeste. El casco empezó a deslizarse sobre las turbias aguas del Canal de la Mancha. Un viento fresco del suroeste imprimió velocidad a la *Lutte*. No habríamos recorrido más de dos millas cuando el capitán se acercó al grupo. Era un hombre de unos cuarenta años. Sin preámbulos, directo, con muy malos modos, nos pidió uno a uno el precio del pasaje. Cada uno le entregamos las pertenencias que la resistencia había acordado con él vía radio. Todos menos una pareja. Tenían que haber traído un lingote de 100 gramos de oro. Explicaron al capitán que les habían asaltado en el camino al faro. No le querían engañar. Se lo habían robado. Les preguntó si tenían algo que pudiese pagar el precio del peaje. No tenían nada. Fue un gesto imperceptible. Dos marineros cogieron al hombre y dos a la mujer. Les tiraron por la borda. Sus gritos rasgaron el silencio de la noche. No estábamos muy lejos de la costa. Seguramente conseguirían nadar hasta tierra. Nadie habló. Mirábamos al capitán de soslayo. Con miedo. No nos atrevíamos a cruzar la mirada con él.

Atardecía cuando la costa inglesa apareció por la proa. Recalamos en la bahía de Salcombe. Nos acercaron a la costa en la misma barca de remos que nos había recogido en Francia. Desembarcamos en la orilla este del estuario. Cada uno tomó su propio camino. Nunca supimos el nombre de nuestros acompañantes. De los ocho que llegaron a tierra, ni de los dos que quedaron abandonados a su suerte en el mar, frente a la costa francesa.

María y yo aún teníamos algo de provisiones. Desde que salimos de la casa donde encontramos el GPS, habíamos racionado nuestra comida. Eso nos daba margen para los primeros tres días en Reino Unido.

Teníamos que encontrar un sitio donde nos acogiesen. Un lugar en el que establecernos. Un clan. Una tribu. Cualquier grupo que nos protegiese hasta que el mundo volviese a la normalidad. Un grupo al que pudiésemos contribuir con nuestro trabajo, con nuestro conocimiento. Una comunidad de la que pudiésemos formar parte.

El mundo se había convertido en un lugar muy peligroso. Los pocos escrúpulos que sobrevivieron al fin del siglo XX, disfrazados de leyes y regulación, se desvanecieron el día que todo se apagó. El mundo se gobernaba por la ley del más fuerte. Ambos sabíamos que solos, no sobreviviríamos.

* * *

Afuera de Vancouver, Canadá

Cuando se crían comercialmente, estas gallinas se encierran en pequeñas jaulas, que se colocan en largas hileras no muy diferentes a las celdas de una penitenciaría y nunca en su vida se les permite tocar el suelo con sus patas. Son frecuentes las enfermedades, por lo que se les atiborra con antibióticos y se las alimenta con piensos llenos de vitaminas y hormonas.

...

Yo solté dos gallinas y un gallo en la montaña y al cabo de un año había veinticuatro. Cuando parecía que ponían pocos huevos, las gallinas locales estaban ocupadas criando sus pollitos.

“La revolución de una brizna de paja”, Masanobu Fukuoka

La familia crece. Esta semana Renée ha tenido dos cabritos. Los niños ya le habían puesto nombre a la madre y ahora, también le han puesto nombre a las crías; Mickey y Minnie. Definitivamente mi hermana les dejaba ver demasiada televisión, demasiado canal Disney. Afortunadamente están mucho mejor, gracias a Megan. Siguen sin comprender qué es lo que está pasando y a pesar de ello, se han adaptado a la vida en la naturaleza. Les da energía y alegría. Les gusta jugar a perseguir a los patos, correr con los perros, trepar a los árboles, ayudar en la huerta y en la recogida de frutas y ahora, cuidar a sus cabritas. Tony cuida de Mickey y Ann de Minnie. Tuvieron una matrona de primera. Paul ayudó a Renée en su parto. Hace unos días notó que su vulva empezaba a secretar una mucosidad amarillenta y su ubre estaba muy hinchada. El día antes del parto empezó a tener un comportamiento extraño. Estaba nerviosa, se miraba la barriga e intentaba

darle patadas. Se tumbaba para acto seguido incorporarse. No paraba de lamer su vulva mientras emitía sonidos quejumbrosos. Esa noche Paul se instaló en el establo con ella. Renée era un bien muy valioso. No nos podíamos permitir perderla. Paul dice que fue un parto fácil. Los dos cabritos venían de cabeza. Sólo tuvo que tirar un poco de las patas delanteras para ayudarles a salir. Nacieron con veinte minutos de diferencia. Un poco de yodo donde cortó el cordón umbilical y el resto lo dejó en manos de la naturaleza y por supuesto, en las sabias pezuñas de Renée. Debió acabar agotada por el esfuerzo. Paul dice que se bebió un cubo entero de agua cuando terminó de limpiar a sus crías.

Los primeros tres días dejamos que los recién nacidos disfrutaran de la leche de Renée en exclusiva. Necesitan fortalecerse. Coger las defensas de la madre a través de su leche y los primeros calostros, pero también nosotros necesitamos leche. Ayer la ordeñé. Menos mal que ya lo había hecho antes en Japón, en la escuela. Recuerdo que me costó cogerle el truco a pesar de tener a una persona que me explicaba cómo hacerlo y a quién podía ver ordeñar otra cabra a mi lado. Si hubiese sido mi primera vez, no sé si habría conseguido sacar nada. Pero no era mi primera vez y lo hice. Saqué casi medio galón. La herví. La probé sólo yo. Si a los cabritos no les había ocurrido nada, tampoco debería pasarnos nada a nosotros por beberla, pero mejor acotar el campo de pruebas. A las cuatro horas seguía en perfectas condiciones. La leche era francamente buena. Volví a hervirla y les preparé un vaso de leche con azúcar a los niños. Fue como verles tomar un caramelo, un helado o la mejor de las chuches. Me preguntaron si podrían tomar más los siguientes días. La cara de felicidad que pusieron cuando les dije que sí, no tuvo precio.

Mickey y Minnie seguirán mamando al menos durante los próximos tres meses, pero dentro de unos quince días empezarán a comer plantas, lo que nos permitirá tener más leche para nuestro consumo. Ahora ordeño a Renée dos veces al día. A las siete u ocho de la mañana y a las siete u ocho de la tarde. Con las dos sacas consigo casi un galón. Un lujo que no durará eternamente, pero aprovecharemos el tiempo que podamos disfrutar de él. Tenemos más que suficiente para que los niños tomen leche a diario y nos quede un sobrante para congelar y poder hacer queso. Hay que estrenar la quesería que tenemos montada. Seguro que el queso fresco no es tan difícil de hacer.

La otra alegría de la semana ha sido encontrar pollitos. La gallina que Anselme decía que estaba enferma porque apenas se movía, no tenía otra enfermedad que la de estar clueca. Debí imaginarlo o mejor aún, comprobarlo. Desde que llegamos debía de estar incubando. Han nacido cuatro preciosos pollitos. Cuando les descubrimos, debían tener ya unos días. De otra forma la gallina no les habría dejado salir. Normalmente las gallinas

les siguen incubando durante unos cuantos días después de que rompan el cascarón, para que no mueran de frío.

Ya andan por el gallinero. Hemos tenido que poner bebederos nuevos para ellos. Los que había, son demasiado altos hasta que puedan saltar. Por ahora les estamos dando de comer grano del que había almacenado en la caseta de la huerta. Lo estamos reservando sólo para los pequeños. Las gallinas grandes y el gallo comen casi cualquier cosa, desde las lombrices y gusanos que encuentran, hasta las cáscaras de la fruta que les echamos, todo aderezado con mucho agua limpia y algo de sal que esparcimos por el gallinero. Pero los pequeños necesitarán el grano durante unas cuantas semanas. No hay mucho y va a ser difícil conseguir más en esta zona. Les podríamos dar maíz pero me gustaría reservarlo para hacer nuestra propia harina. Los animales pueden comer muchas otras cosas. Katsumi ha encontrado varios tipos de roble en el bosque. Dentro de poco, las bellotas estarán maduras y podremos recolectar suficientes para preparar pienso para todo un año. También ha visto nogales. Las nueces se conservarán durante meses. Con las que vayamos consumiendo, podemos intentar hacer pienso o incluso harina, con sus cáscaras. Habrá que ir con cuidado el día que lo probemos. El molino que hemos encontrado en la cocina está pensado para moler cereales. Quizás las cáscaras de nuez sean demasiado duras y lo tengamos que reservar sólo para el maíz. Todo un hallazgo. Creo que alguna vez había visto un molinillo de estos por Internet, pero siempre había pensado que hacerte tu propia harina no tenía demasiada utilidad marginal. Mucho menos con un molinillo manual.

Es curioso cómo puede cambiar tu vida en sólo unas días. Todos dábamos por sentado el hecho, de que el mundo global en el que vivíamos no dejaría de funcionar. Que el transporte de mercancías, más caro o más barato, se mantendría *ad eternum*. Igual que los alimentos. Si la harina subía, era una cuestión de céntimos. Nada que nos impidiese seguir comprándola. Quizás si la subida del precio de un producto era excesiva, hacía que no lo consumieras tan a menudo. Se convertía en un pequeño lujo del que podías seguir disponiendo de vez en cuando, pero al que no renunciabas. Pensar que los alimentos dejarían de estar en la estantería, en los lineales, que tendríamos que vivir de lo que encontrásemos en la calles de la ciudad o de lo que nosotros mismos cultivásemos o recolectásemos en la naturaleza. Creo que ningún occidental se lo hubiese imaginado.

Sí. Teníamos los problemas energéticos; el pico del petróleo, la escasez de materias primas, las enormes desigualdades del planeta, el deterioro medioambiental, el problema de los residuos. Llevábamos décadas augurando el fin, el colapso mundial, pero como en un juego de malabares, los platos seguían girando en lo alto de los carcomidos pilares de un sistema putrefacto. Al menos giraban para los países del primer mundo. Los desmanes occidentales seguían siendo soportados por el resto, que veían

cómo expoliábamos su tierra, sus riquezas, cómo día a día se empobrecían, para que unos pocos en el primer mundo, pudiesen mantener el sinsentido de un crecimiento sin medida. La irracionalidad de una especie que se creía superior. Una especie inteligente que en su estulticia estaba destruyendo su propio hábitat. Nuestro mundo ¿Sería la suma de todo ello la que había provocado esta situación?, ¿habría sido la escasez energética? O como decía el Gobierno, era culpa de un ataque islámico. La realidad lleva siendo distorsionada tantos años por los medios de comunicación, los gobiernos, las transnacionales, que es difícil discernir lo que es cierto de lo que no. La realidad que nos cuentan es ficción. Sólo podemos confiar en una realidad, en la que cada uno construye y vive.

Sobrevivir en esta granja es nuestra realidad. La realidad de la neotribu en que nos hemos convertido.

* * *

Domingo, 26 de octubre

Tokio, Japón

Un estudiante de Tendai, una escuela filosófica del Budismo, fue al templo Zen de Gasan para ser su alumno. Años después, cuando se preparaba para marcharse, Gasan le advirtió: "Estudiar la verdad especulativamente es útil como manera de coleccionar material de enseñanza. Pero recuerda que a menos que medites constantemente, tu luz de verdad podría apagarse."

Llevaba demasiado tiempo confinado en el buque. Necesitaba salir, sentir que no estaba encerrado, que no estaba en una prisión. La vida, del camarote a la sala de reuniones, de ahí al camarote, con breves paseos por cubierta, siempre vigilados, me hacía sentir como un gato enjaulado. Lo hablé con el comandante. Su respuesta fue contundente. Imposible plantear cualquier parada antes de que el plan de establecimiento estuviese cerrado y listo para su despliegue.

Las reuniones siguieron. Continuamos con la definición de los tres pilares restantes. La tecnología había sido un factor determinante en la globalización del mundo. Las redes de comunicación acortaban las distancias físicas. Internet era una fuente de conocimiento disponible para toda la humanidad. Desde cualquier punto del planeta se podía acceder a la biblioteca del mundo, al mayor centro de conocimiento del planeta que, a su vez, era el principal mercado de transacciones comerciales y punto de encuentro de las diferentes comunidades. Internet representaba el poder. La información era poder. Los que la tenían lo sabían bien. Desde el nacimiento de Internet, los gobiernos habían intentado controlar el acceso, el tipo de uso que se hacía de

la red. Por su ubicuidad no lo habían logrado. Los gobiernos tenían límites, fronteras. Internet no. Algunas compañías del sector, sí que habían conseguido llegar a un nivel de control a través de los servicios que ofrecían, bastante considerable. Una de ellas era Crynf. En sólo veintitrés años de vida, había conseguido entrar en la lista de las primeras diez compañías más grandes del mundo. Antes del *blackout*, manejaban información de más de mil millones de personas. Información sobre sus hábitos, su lugar de residencia, sus contactos más frecuentes, sus preferencias, sus gustos, sus deseos, su tiempo libre, sus principales proveedores. Siempre mantuvieron, frente a sus clientes, que la información la trataban de forma estadística, nunca con cruces a nivel personal. No merecía la pena entrar en disquisiciones. Esa información era muy valiosa. Disponer de los sistemas que permitían recopilarla y procesarla, era aún más valioso. Crynfplex seguía en funcionamiento. Sería el pilar de los **sistemas de información**. Investigarían en mejoras en las tecnologías de comunicación, medios de información, sistemas de geoposicionamiento y cruce de la información en tiempo real. El mundo era global. No más fronteras. Disponer de la información adecuada, en el momento adecuado, suponía una ventaja enorme. Todos los procesos productivos se beneficiarían del uso de este tipo de información. En cuanto a los medios de comunicación solo diría que eran banales. Con el paso del tiempo se habían convertido en propaganda de los Gobiernos, controlados por uno u otro *lobby*. La información debía ser objetiva, veraz. El pilar de los sistemas de información sería responsable de generar los contenidos adecuados para cada nivel de trabajadores de las distintas corps. No todos debían tener acceso a toda la información. Leerla y asimilarla, supondría una pérdida de tiempo y de foco en su trabajo. Este pilar sería el responsable de mantener operativas las redes de comunicación, abastecer a todas las corps con los sistemas de comunicación necesarios y capacitar a los responsables de las comunicaciones en las otras corps, para crear los puntos de acceso móvil y fijo a las redes de información y proveer el contenido necesario según las políticas de información establecidas. Este pilar también tendría que desarrollar pasarelas a los módulos de modificaciones genéticas que se incorporarían a los que se adhiriesen a las corps. Sí. Los módulos de los que ya habíamos hablado por encima la semana anterior. Cada persona tendría un código de identificación implantado, al que se asociarían los privilegios adquiridos según su capacitación y su aportación al sistema y a su corp. El código personal tendría distintos usos en la vida diaria y sería un módulo interactivo que permitiese acceder a los sistemas de información generales, tanto para obtener información de ellos, como para aportar información sobre sus horas de trabajo, sus preferencias, sus consumos, sus hábitos... La definición de la información intercambiada sería otra de las funciones de la corp de Crynf.

Crynfplex se mantendría como célula matriz. La puesta en marcha del resto de células seguiría el plan general de establecimiento. Igual que en el

caso de la energía, requería un paso previo; la toma de control de todas de las redes de comunicación. Se haría de forma conjunta a la toma de control de las redes de distribución y gestión eléctricas.

Habíamos revisado las grandes necesidades de la humanidad, pero el hombre también tenía pequeñas necesidades. La ropa, el calzado, el menaje de las casas, los ordenadores que les daban acceso a las redes, los dispositivos móviles que les permitían la conexión ininterrumpida al mundo digital, el mobiliario, las herramientas, los juguetes... Elementos que precisaban de un gran volumen para que su fabricación fuese eficiente. En eso, los que siempre demostraron su liderazgo y su capacidad fueron los chinos.

El ejército me confirmó que muchas fábricas de producción de gran consumo seguían operativas, en perfecto funcionamiento, a la espera de que se restableciese la energía. Todas pertenecían en mayor o menor medida al antiguo Gobierno. Al contrario que en el resto de los países, no se había desmembrado absolutamente. Habían establecido contacto con algunos mandos militares chinos. El país estaba sumido en el caos, igual que el resto. El desabastecimiento de alimentación había provocado centenares de millones de muertos. El ejército no había conseguido contener a las masas que, igual que en otros puntos del planeta, se habían organizado en tribus o grupos, para dedicarse al pillaje sistemático. Sin embargo el alto mando militar chino, que aún permanecía cohesionado, pensaba que con la reducción de población, si se restauraba la energía, podrían restablecer el orden relativamente rápido, poner en funcionamiento de nuevo sus fábricas y estar operativos en poco tiempo.

El alto mando chino operaría desde Beijing. Perdería su carácter militar. Allí estaría su célula matriz, se llamaría China Co. Su actividad se centraría en la fabricación de productos de **gran consumo**. Abastecerían a todas las corps. Definirían las políticas de caducidad de los productos y establecerían la política de acceso a la compra temporal de los productos. Sólo las corps mantenían la propiedad de los bienes de producción. Los adheridos no tenían acceso a la propiedad, podían disfrutar de bienes de consumo, de todos los servicios que las corps ofrecían, pero no con carácter de propiedad si no con carácter de acceso temporal, una especie de alquiler o de *usufructo*. La caducidad de este acceso, podría estar definida por la naturaleza del servicio o del producto, por la falta de privilegios del adherido o por un cambio en la política general de consumo definida. Todos los adeptos consumirían los productos de China Co. Tendrían libertad de elección sobre qué productos adquirirían o cuáles no, pero la oferta vendría determinada por la corporación. El acceso a los productos se garantizaba mediante el sistema de mejoras genéticas implantado en los adheridos. Cualquier humano no modificado, no tendría acceso a ningún servicio o producto creado por las corps. El primer privilegio, el principal, el básico para cualquier ser humano,

era ser un adherido, contar con el módulo de mejora genética de las corps. Sin eso no existían. No tenían energía, alimento, agua, vivienda, educación, sanidad. No tenían nada. Si no pertenecía a las corps, deberían vivir al amparo de la ley de la selva, la ley animal. Seguirían sumidos en el caos en que hoy estaba embarrada la humanidad.

Pero, ¿qué corp se ocupaba de las mejoras genéticas? La novena corp. El pilar del **entretenimiento**. El pilar que trabajaría para que la vida en el mundo corp fuese más fácil, más amena, más divertida, más sencilla. El pilar que abriría a todos los adeptos a mundos virtuales más allá de su existencia física. La humanidad necesitaba esparcimiento. Sin ocio, sin diversión, los humanos se convertían en seres ineficientes, carentes de iniciativa y creatividad. Potenciar esos dos factores, era garantizar el rendimiento y la mejora de la productividad en cada una de las corps. La vida debía tener alicientes. Algunos conseguían esos alicientes en su entorno físico. Tenían aptitudes que les permitían destacar en deportes o en actividades de grupo, pero no todos eran así. La capacidad de relación se había visto bastante comprometida en las últimas décadas. Las ciudades habían creado seres impersonales, incapaces de establecer una conversación o una relación con personas cercanas. Sin embargo el anonimato, los mundos virtuales, les permitían superar sus inhibiciones. Las corps debían de potenciar y favorecer la existencia de mundos virtuales donde sus adeptos pudiesen refugiarse y desarrollar las vidas que les hubiese gustado vivir, pero que por una causa u otra jamás vivirían. Hasta ahora la tecnología había sido un freno en la creación de alternativas de ocio. No había podido seguir el ritmo de nuevas ideas, de nuevas propuestas. No sería así en adelante. Tyo llevaba años diseñando electrónica integrada para organismos humanos. Habían conseguido grandes avances en implantes que, lejos de ser rechazados por el organismo, eran absorbidos y asimilados por los sistemas nervioso y cognitivo y eran capaces de establecer comunicación con sistemas externos, ya fuesen artificiales o parcialmente humanos. Los módulos de Tyo podían intercambiar información con módulos implantados en otros organismos vivos y podían recibir y transmitir información a redes externas públicas, como Internet, o privadas, como las de cualquier corporación. Los módulos eran completamente interactivos, integraban tecnología para la comunicación móvil e inalámbrica, además de proporcionar una serie de mejoras a la especie humana que supondrían un salto sustancial en la evolución y el rendimiento.

Tyo había centrado su investigación durante los últimos años en cuatro áreas; módulos diseñados para su integración con el sistema óptico humano que otorgaban la capacidad de visualizar información digital a través del nervio óptico, integración de módulos de almacenamiento de información, tanto de experiencias vitales de cada individuo, como de información ajena a sus experiencias, muy útil para el entrenamiento y la educación, módulos

para la mejora del rendimiento físico humano que controlaban el funcionamiento del ritmo del sistema cardiovascular, el ritmo de generación de toxinas y el de generación de la glucosa a partir de los alimentos y por último, los módulos de comunicación con el exterior que había explicado anteriormente.

Los usos eran infinitos. Un ser humano con todos los módulos implantados se convertía de forma directa en otra especie animal. Los módulos constituían en sí mismos la evolución del *homo sapiens*, las modificaciones genéticas darian lugar al *homo corps*. Estrictamente hablando, desde un punto de vista biológico no era así, ya que los módulos no se integraban en el ADN. Los módulos no eran mutaciones transmisibles en la reproducción. Era uno de los requisitos principales en su diseño y debía permanecer así. Los privilegios de pertenecer a una corp tenían que poder ser eliminados. Si un adherido abandonaba su corp, los módulos de mejora genética dejarían de funcionar en el momento en que la corp lo decidiese, provocando el mal funcionamiento del organismo en el que hubiesen sido implantados, al completo. Si alguien huía o desertaba, las corps podían hacerle morir en menos de 48 horas. Los módulos incorporaban un sistema de geoposicionamiento que permitía conocer el paradero de cada adepto y comunicarse con los implantes de mejora genética a través de los satélites.

Tyo, junto con Bronte, lideraría desde su sede en Tokio el pilar del entretenimiento. Seguiríamos investigando en las mejoras genéticas destinadas a optimizar la integración y el rendimiento en las corps y en la creación de mundos virtuales y nubes digitales, para que los adheridos tuviesen acceso a esas otras vidas que llenarían cualquier vacío que su vida real les produjese. Esto cerraba los nueve pilares. Una vez quedasen definida la élite corp, serían los primeros en recibir los módulos de mejoras genéticas. La élite tendría acceso a los cuatros módulos. Los adheridos tendrían acceso a un mínimo de dos. El de comunicaciones e identificación sería el módulo básico. El que se implantase a todo el que quisiese adherirse al mundo corp. En función de su trabajo y sus responsabilidades tendrían acceso a mayor o menor número de módulos y de aplicaciones sobre los implantes.

Los siguientes días se centraron en la selección de los miembros de la élite. Determinadas familias debían ser incluidas. Eran familias que de una forma u otra habían liderado las grandes corporaciones desde hacía siglos. Cuando empezó el caos contaban con los recursos necesarios para no sucumbir. Habían contratado milicias profesionales para su defensa particular. En su mayoría habían salido de las zonas de conflicto y estaban confinadas en fincas en las que su supervivencia estaba garantizada. No contar con esas familias, supondría abrir una guerra larga que terminaría desgastando el nuevo orden en su fase embrionaria. Esas familias estarían dispuestas a adherirse al sistema, siempre y cuando perteneciesen a la élite. Aportarían conocimiento y capacidad de gestión a las corps y sólo si estaban

en la élite, aceptarían la desaparición de la propiedad privada individual frente a la propiedad colectiva de las corps. Sus propiedades pasarían a formar parte de la corps que liderasen. Sus familias se unirían a otras familias dentro de los pilares corp. Cada corp estaría gestionada por nueve familias que pertenecerían a la cúpula, a la élite. Cada familia representaría un pilar de conocimiento o especialización. Por ejemplo Tyo tendría una familia principal especializada en el campo de las mejoras genéticas y compartiría la gestión de su corp con otras ocho familias de; defensa, recursos naturales, energía, transporte, farmacéutico-sanitario, sistemas de comunicación, gran consumo y alimentación.

Ochenta y una familias conformarían la élite. Habría nueve familias principales que liderasen los nueve pilares corps y se apoyarían en setenta y dos subfamilias. Las familias principales podrían estar formadas por un máximo de ochocientos mil personas en todo el mundo, las subfamilias por doscientas mil. Cada área de conocimiento tendría una familia principal y ocho subfamilias, un total de dos millones cuatrocientos mil miembros, contando con élite adulta con capacidad de gestión y élite infantil en formación. Habría casi veintidós millones de personas en la élite, algo menos del 1,5% de la población corp estimada a la finalización del plan de establecimiento. La organización de las familias sería matricial, por área de conocimiento y por pilar corporativo. Todas las familias velarían por los intereses del pilar en el que estuviesen integrados y por el desarrollo de su área de conocimiento.

Me sorprendió la facilidad con que el ejército seleccionó las familias que pertenecerían a la élite. Es cierto que cualquiera con unos conocimientos mínimos de los asistentes asiduos a los foros de Bilderberg, habría llegado a la lista que cerramos en aquellas reuniones, pero por un instante me pareció que la lista ya estuviese preparada de antemano.

Era el momento de diseñar el plan de establecimiento. La primera fase sería la toma de control de los sistemas de comunicaciones y de las redes de distribución y gestión eléctricas. Una vez completada esta fase, se pasaría a habilitar la energía en las células matrices de las nueve corps. Alrededor de cada una de las células matrices se establecerían las primeras células productivas de los otros ocho corp. El establecimiento de las siguientes células productivas seguiría el calendario definido, según la prioridad de acceso a los bienes productivos necesarios para el desarrollo de la actividad general de cada corp. Tendríamos todo un año para cerrar el plan de establecimiento y conseguir los adheridos necesarios. Nuestra estimación es que finalizaríamos el proceso con unos mil quinientos millones de adheridos al orden corp. Durante ese año, era necesario cerrar la contienda con la nación islámica y poder establecer una convivencia pacífica que permitiese en un futuro tener relaciones comerciales con ellos. Mi idea era llegar a

integrar a toda la nación islámica en el mundo corp. Pero seguía siendo un tema delicado.

El comandante se sintió en la obligación de compartir conmigo la situación de la guerra abierta. Se habían mantenido conversaciones iniciales encaminadas a poder establecer un período de tregua. La guerra continuaba pero, ambos bandos, habían pactado cesar el uso de armas químicas, biológicas y nucleares. El número de bajas en los dos bandos había alcanzado cifras desproporcionadas. Había zonas del planeta con grados tan altos de contaminación, que deberían ser tomadas en cuenta para evitarlas en el plan de establecimiento. Ninguna célula productiva debería estar cerca de esas áreas.

Después de un mes y medio, el nuevo orden mundial había quedado definido. El plan de establecimiento estaba cerrado en plazos y prioridades. El antiguo gobierno americano, ahora Ejército para la paz del mundo, había aprobado el nuevo orden mundial. Las corporaciones con las que en su día mantuvimos contacto, como Crynf, también lo habían aceptado. Las familias de la élite habían sido contactadas. Habían aplaudido el plan diseñado y recibido las modificaciones genéticas para convertirse en los primeros *homo corps*. Cada familia eligió a su representante en el consejo de los nueve pilares. Yo fui elegido representante del pilar del ocio, de la familia de las modificaciones genéticas.

Por primera vez, todos los representantes hemos sido trasladados a un refugio del Ejército para la paz mundial, situado en las montañas rocosas.

Hoy, 26 de Octubre, se ha constituido el Consejo de los nuevos pilares, lo que en su día llamé el Consejo de Ordenación mundial. En la primera sesión, por unanimidad, he sido elegido presidente del mundo corp.

Lo he conseguido. Soy el primer presidente del nuevo mundo, del nuevo orden. Un orden diseñado para evitar las ineficiencias.

Demostraré que es un buen sistema.

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

Combatid en el camino de Dios a quienes os combaten, pero no seáis los agresores. Dios no ama a los agresores. Matadlos donde los encontréis, expulsadlos de donde os expulsaron. La persecución de los creyentes es peor que el homicidio: no los combatáis junto a la mezquita sagrada hasta que os hayan combatido en ella. Si os combaten, matadlos: ésa es la recompensa de los infieles. Si dejan de atacaros, Dios será indulgente, misericordioso.

[Corán, 2, 190-192]

Durante los siguientes días a mi conversación con el *sheikh*, medité mucho sobre la profecía que me había relatado. Elucubré sobre la guerra que mencionó. El origen de la contienda. La situación mundial. Mi condición de mujer libre, secuestrada por la inmensidad del desierto que me rodeaba. La paz interior que sentía con los beja. La comunión que había nacido dentro de mí con el entorno. Podía irme cuando quisiera. Era libre pero, ¿realmente quería? Había perdido todo. Mis hijos habían muerto en Zanzíbar. Mis padres hacía tiempo que también habían muerto. No tenía hermanos. No tenía contacto con Pierre desde hace años. Los contornos de mi mundo se habían desvanecido. Nada me unía a mi vida anterior. No había nada en Zanzíbar que me invitase a volver. Sólo dolor, caos y sufrimiento. Ni siquiera quería recordar aquella isla. Tampoco había nada en París. No sabía en qué situación estaría Francia. Cuál sería su papel dentro de la guerra mundial de la que había hablado el *sheikh*. Tampoco me importaba. Fuese cual fuese su papel, no tenía ningún vínculo con Francia, excepto la mera casualidad circunstancial de haber nacido allí. Si el mundo estaba en guerra, el desierto

no era un mal lugar para vivir. No sería objetivo de ataques masivos. En aquellas tierras no había nada por lo que luchar, más allá de la propia supervivencia beja. No había reservas de petróleo. No era una zona fronteriza. No estaba muy poblada. No tenía ningún recurso natural de valor. El desierto de Nubia no sería un objetivo bélico. Los beja me habían aceptado. Era una más de la familia, del *bedana*. Me respetaban y me honraban. Era la mujer azul, *azrak emra'a*. La luz que protegería al pueblo beja. Al que ahora era mi pueblo. No me iría. El destino había sido cruel. Había sufrido lo que nunca imaginé que sufriría, pero el hado había guiado mis pasos. Había encontrado mi lugar en el mundo. Se lo dije a Bushra. Unas horas después vino a buscarme. El *sheikh* quería hablar conmigo. De nuevo Bushra fue nuestra intérprete.

El *sheikh* había extendido un mapa del mundo antiguo labrado en piel, sobre las alfombras en que nos sentamos. Su mano izquierda cubrió la parte noroccidental de África. Aquello era *Al-Magrib*, donde se pone el sol. El territorio que los occidentales llamamos Libia era el puente con *Al-Mašriq*, donde nace el sol. Su mano izquierda recorrió en el mapa toda la tierra desde Libia hasta el golfo pérsico.

Los omeyas, dinastía árabe, expandieron el Islam por todas esas tierras en el siglo VII d.C. Crearon el mayor imperio conocido hasta aquella fecha. El imperio árabe. Desde los Pirineos hasta la India. Casi cinco mil millas. En aquella época, el mundo heredero del imperio romano estaba sumido en la barbarie, el oscurantismo. El centro de las preocupaciones humanas en territorio cristiano era Dios, la única verdad. El pensamiento totalitario de la iglesia cristiana puso al hombre y al progreso de rodillas ante Dios. La verdad científica no era necesaria. Existía la verdad divina. Sin embargo en otras tierras, donde el cristianismo no había llegado, las tribus árabes abrazaron una nueva religión. El Islam permitió unificar y crear una seña de identidad entre tribus hasta entonces inconexas. Les dio la unidad necesaria que necesitaban para crecer y expandirse. Salir de sus territorios desérticos. Conquistar nuevas tierras y exportar su floreciente civilización. Siglos de incesante comercio, habían permitido a los árabes adoptar ingenios y pensamientos de muy distintas culturas. De la China trajeron el papel, la pólvora y la brújula. El papel, uno de los secretos mejor guardados por la dinastía china de los Han. Se lo arrebataron en la batalla de Talas. Los árabes capturaron a unos prisioneros que revelaron el secreto de la fabricación del papel. Aquello permitió construir las primeras fábricas de papel en Samarkanda y Bagdad. Ayudó al desarrollo de los libros escritos, frente a los manuscritos en papiros o piel curtida, nacieron los manuscritos en papel.

De la India trajeron los números arábigos que les permitieron desarrollar las bases del álgebra moderna. Del antiguo imperio bizantino asimilaron el saber de los griegos en filosofía, geografía y medicina. De Egipto y Mesopotamia aprendieron las artes del regadío artificial; canales, acequias,

norias, fuentes..., y todo tipo de técnicas de construcción de obras hidráulicas. También la alquimia de las tinturas y los ácidos. De Persia trajeron el ajedrez y la fuente de energía más barata del mundo; el molino de viento y el molino movido por la energía de las mareas y los ríos.

A la dinastía omeya, le sucedió la dinastía abasí. Los *abassíes* valoraban por encima de todo el conocimiento. Trasladaron la capital del imperio de Damasco a Bagdad. Allí fundaron la 'casa del conocimiento' que rivalizaba en sabiduría con las que también se fundaron en esa época en *Al-Qahira*²⁶ y *Qurtuba*²⁷. Convirtieron el mundo musulmán en el centro intelectual del mundo. El imperio árabe alcanzó su apogeo, su época dorada. Durante más de siete siglos, setecientos años, ingenieros, filósofos, poetas, comerciantes, médicos, artesanos, académicos del mundo islámico, contribuyeron a desarrollar las ciencias y el saber. Mejoraron los ingenios absorbidos de otras culturas y otras civilizaciones. Contribuyeron con nuevos inventos e innovaciones. Recopilaron el conocimiento mundial y lo tradujeron al árabe en su floreciente industria de manuscritos de papel. Crearon los primeros hospitales y bibliotecas públicas, las primeras universidades. Construyeron observatorios astronómicos que eran auténticos centros de investigación.

Fue una época próspera. La llamada 'pax islámica'. El comercio global y el avance en las técnicas agrícolas permitieron la adaptación de cultivos lejanos a zonas no autóctonas. Los cítricos llegaron al Mediterráneo de China. El arroz, el algodón y la caña de azúcar de la India. Los bereberes consiguieron establecer las primeras refinerías de azúcar y extender su consumo por todo el imperio. El cultivo rotatorio, las técnicas de irrigación y el estudio de cultivos adaptados a la estación y al terreno, propiciaron una bonanza agraria que ayudó al crecimiento de la población, al desarrollo de una economía pujante que promovió el nacimiento de diversas industrias.

Pero como todos los imperios, el islámico se hizo ingobernable. Sus dominios eran demasiado extensos. En los límites del imperio germinó la semilla de la independencia del califato. En el siglo X las cruzadas empezaron a debilitar al imperio, aunque la gran amenaza llegaría de más allá de su frontera oriental. Los mongoles invadieron Bagdad en el siglo XIII. Los otomanos doblegaron Constantinopla en el siglo XV. El imperio se desintegró. Los europeos empezaron a establecer colonias en los antiguos territorios del imperio. Llegó el renacimiento de Occidente. Salieron del oscurantismo. Apostaron por la innovación, por el desarrollo. Llegó el momento en que también ellos invirtieron en conocimiento. El mundo árabe dejó de hacerlo. Occidente se modernizó. Les superaron en conocimientos y poco a poco les fueron invadiendo. Los occidentales expoliaron *Ifriqiya*²⁸. La esclavizaron. Establecieron protectorados. Gobernaron con doble rasero. Por un lado las leyes que regían a los blancos, por otro las leyes que aplicaban al resto; a ellos, a los verdaderos dueños de la tierra. Dividieron su mundo como si fuese un pastel. Se repartieron la riqueza del suelo sin importarles

los pueblos que habían morado allí desde siempre. A cada país europeo le correspondió una parte. Se creyeron superiores. Menospreciaron sus costumbres, sus tradiciones, su religión.

Tenían todo y querían más. Años más tarde, en Europa estallaron las grandes guerras. Blancos contra blancos. Luchaban por conseguir más. La codicia del hombre blanco nunca ha tenido límite. Fue el inicio del declive del imperio de occidente. Las colonias aprovecharon la contienda entre los blancos para conseguir la independencia. Llegó el fin de las colonias. Sí. Pero se hizo cómo y cuándo los occidentales decidieron. Cuando terminó la segunda gran guerra, los vencedores trazaron las nuevas fronteras, establecieron los nuevos gobiernos, impusieron el neocolonialismo; la invasión y el dominio, disfrazado de corporaciones transnacionales que respondían a los intereses económicos de los vencedores. El expolio continuó. Los nuevos amos desataban guerras, diseñadas para conseguir un recurso natural u otro. Guerras en las que sólo moría la población local, nunca el hombre blanco, nunca los occidentales. Las guerras neocolonialistas aumentaron al mismo ritmo que los recursos fósiles disminuían. El antiguo imperio árabe era rico en petróleo. Los países árabes intentaron coaligarse a través de diferentes organizaciones, la OPEP, la liga árabe... La unión les devolvería la fuerza que un día tuvo su imperio, pero no fue así. Sus territorios tenían el oro negro, el bien más codiciado, la energía del desarrollo, el motor del decadente imperio occidental. Las guerras líquidas para conseguir el petróleo, el gas, las reservas de los acuíferos, se sofisticaron, se tecnificaron, se convirtieron en guerras por control remoto. Guerras diseñadas y controladas por ordenador.

Hace siete meses, el contra-espionaje de la liga árabe, descubrió que Estados Unidos, había diseñado un virus al que llamaban *výpadek*. Había sido diseñado para dejar sin energía a todo Oriente Medio y al Magreb. Esa amenaza unió de nuevo al mundo árabe. Lo que no se había conseguido con las distintas asociaciones y organizaciones, lo que el islamismo más radical no consiguió con el terrorismo que llamaba a la *yihad*, se consiguió al constatar que el mundo árabe al completo, sería atacado por occidente. Querían eliminarnos. Borrarnos de la faz de la tierra. No querían seguir fingiendo que eran una nación libre. No querían seguir la pantomima de deponer e instaurar nuevos regímenes manejados desde la distancia según sus propios intereses. Querían acabar con el mundo árabe.

La amenaza unió a todos los pueblos árabes. A todo el pueblo islámico, a la *umma*²⁹. Desde Cachemira hasta Rabat las tribus se volvieron a unir. Diseñaron un contravirus, *karişıklık*, que fue implantado en Occidente. Ambos virus seguían una secuencia de cuenta atrás. La nación islámica, como se autoproclamaron, aprovechó el factor sorpresa. Sabían que el 12 de Julio el mundo se quedaría sin energía. Planificaron un ataque a Europa a través de la quinta columna que durante años había entrado en esos países

en forma de inmigración. Los países europeos eran ricos gracias al expolio de la nación islámica. La *umma* tenía derecho a disfrutar las riquezas que les habían robado siglos atrás. Europa sería para el pueblo musulmán. Se recuperarían los antiguos territorios de *dâr al-Islâm*³⁰, como *Al-Andalus* o *Siqilliya*³¹ y se conquistaría parte de *dâr al-Harb*³².

El 12 de Julio estalló la guerra en Europa y en el territorio islámico. La consigna; ¡Muerte a occidente! La quinta columna islámica, instalada en Europa, hizo que no fuese necesario un gran movimiento de tropas. Europa, atacada por *karişiklik*, sumida en el caos por la falta de energía, cayó ante el caballo de Troya que ellos mismos habían ayudado a construir. Millones murieron por la guerra; en Europa, en África, en Asia. Millones seguían muriendo. *Karişiklik* y *výpadek* habían sumido al mundo en un caos que nadie podía haber imaginado. Parecía que los creadores de los virus informáticos eran incapaces de desarrollar un antivirus. *Karişiklik* y *výpadek* habían cobrado vida propia. Se extendieron por todas las redes eléctricas mundiales. Se enraizaron en ellas. Casi tres meses después el mundo seguía sin energía. La nación islámica dominaba ahora gran parte de Europa, su objetivo inicial. Pero esto no había terminado con la guerra. La facción más radical del nuevo Gobierno de la nación islámica, exultantes con el poder recién adquirido, eufóricos con las armas que tenían a su disposición después de la invasión de Europa, habían convencido al resto de la asamblea para continuar la guerra. Atacar Estados Unidos. Donde nació la amenaza. Atacar a los creadores de *výpadek*.

El ataque a América había comenzado a mediados del mes anterior. Habían usado las armas occidentales y las propias. Armas nucleares, bacteriológicas. Millones seguían muriendo. La asamblea de la nación islámica había caído en la trampa occidental. Nada era suficiente. Guiados por la codicia, la venganza y la irracionalidad, destruían el mundo. Aniquilaban a la población.

El pueblo beja no quería sumarse a esta causa. Los líderes de los *bedana* se habían reunido poco después de que el virus se desatase. Querían unificar su postura. Compartir información que llegaba desde la asamblea de la nación islámica. El *sheikh* fue a Rabak en representación de nuestro *bedana*. Los beja no apoyarían la guerra más allá de la conquista de los antiguos territorios. La muerte sólo llamaría a más muerte. Les sería devuelta bajo distintas formas del mal. Los *jinn*s se desatarían. Encontrarme a mí en Rabak fue la constatación de la profecía.

Los beja se mantendrían al margen. Vivían en una región inhóspita. No muchos se adentrarían en ella. Seguirían rigiéndose por sus leyes, basadas en su tradición, no en el *sharia*³³. Allí estaría a salvo.

Bushra le había comunicado mi intención de permanecer con ellos. El pueblo beja me daba la bienvenida. Defenderían mi vida con su sangre. Compartirían su agua y su sal conmigo.

Desde aquel día, pertenecía a la tribu de los beja.

* * *

Totnes, Reino Unido

“Totnes tiene una oportunidad aquí para ser vanguardista a nivel internacional. Tal vez en unos 400 años, si la humanidad encuentra un camino para seguir, mirarán hacia atrás a esta época, el principio del siglo XXI, como un momento crucial, la última década de la Era del Petróleo. Quizás contarán cuentos de lo que ocurrió en Totnes. Quizás esta noche será algo que está en el principio de uno de estos cuentos. Si miras hacia delante al futuro, hay posibilidades oscuras, pero también hay posibilidades muy inspiradoras y tú eres parte de una posibilidad inspiradora estando aquí esta noche.”

Dr. Chris Johnstone en la presentación del programa Transition Tales [Transition Town Totnes]

Al día siguiente del desembarco en Inglaterra nos pusimos de nuevo en marcha. Iniciábamos el camino hacia nuestra comunidad. Esa era la que necesitábamos depositar nuestras esperanzas pero que ni siquiera sabíamos si realmente existía. El capitán no nos dijo dónde habíamos recalado. Nos había traído sanos y salvos hasta Inglaterra. El resto era cosa nuestra. Ni le importaba, ni quería saber nada más sobre nuestras vidas. Menudo cabrón con pintas, ¿a cuántos más habría tirado al mar?

Con los primeros carteles supimos que estábamos en el condado de Devon. María me contó que en su época universitaria había estudiado algunos casos prácticos de sostenibilidad en este condado. El que más recordaba era el de Totnes. Podría ser nuestra tabla de salvación. Totnes fue una de las primeras ciudades en transición. Según la teoría de ese movimiento, se necesitaba al menos una década para convertir una ciudad en resiliente. Ellos habían tenido más tiempo. Podría ser nuestra salida. Justo lo

que estábamos buscando. Estaba excitadísima. Yo no entendía una mierda de lo que me estaba contando ¿Qué era eso de ciudad resiliente?, ¿una década para qué? Nuestra salvación, ¿por qué?

Se tranquilizó y empezó por explicarme qué cojones era eso de la resiliencia. Tenía distintos significados dependiendo de si se aplicaba a ecología, a una comunidad, a un hábitat, a una población, a una región... Lo que nos interesaba a nosotros era la resiliencia de una comunidad, en concreto la de Totnes. La resiliencia era la capacidad para evitar el colapso ante los primeros signos de falta de petróleo, energía o alimentos.

Pleno. Faltaban las tres cosas.

La resiliencia era la habilidad de una comunidad para adaptarse a un entorno cambiante con recursos limitados.

Otro pleno. No había de nada.

Totnes había diseñado un plan de acción para reducir su dependencia energética, conseguir localizar su alimentación, reducir su huella ecológica y desarrollar valores de cooperación dentro de la comunidad.

Sí, sí que nos interesaba.

María no sabía cómo había evolucionado el plan de decrecimiento energético diseñado en el año 2009 para la ciudad de Totnes. Ella lo estudió durante su máster en el 2015. Por entonces la ciudad había incorporado transporte público alimentado con el metano que producía la comunidad con su basura. Habían conseguido un nivel de autosuficiencia energética del 50%, básicamente gracias a molinos y obras hidráulicas. Las cooperativas agrarias locales abastecían el 60% de las necesidades alimenticias de la comunidad. Habían interiorizado el modelo de casa compartida, la covivienda para facilitar el acceso a un hogar digno a toda su comunidad, para fomentar las relaciones humanas. Tenían diseñado un plan de contingencia por si el escenario de escasez energética se recrudecía aún más. Tenían sus propios equipos de intervención para proteger a la comunidad en una situación extrema, en la que el ejército no fuese capaz de hacerlo. Además de tener diseñados planes de racionamiento y gestión de la producción agraria y energética para situaciones difíciles. Para ser 2015 lo tenían bastante bien ¡Qué no habrían conseguido en los últimos años!

Era la ciudad perfecta. La comunidad que estábamos buscando. No sé a qué colgado se le ocurriría diseñar esto en el 2009, pero nos venía como anillo al dedo. Es verdad que en el 2009 la situación estaba jodida. Acababa de empezar la gran crisis financiera mundial, el precio del crudo había tocado su primer techo de 150 dólares americanos el barril unos meses antes. Oriente Próximo estaba plagado de misiones de paz, como les gustaba a los de la ONU llamar a las guerras. Había una inestabilidad política del carajo. Pero si lo comparo con lo que vino después, la situación tampoco era tan

grave. Los que diseñaron el plan fueron visionarios. Acertaron de pleno. En los años siguientes todo fue a peor. La lucha por el control de los yacimientos petrolíferos se recrudeció. Se multiplicaron las jodidas misiones de paz. Las guerras líquidas para conseguir el oro negro, el gas y el agua de los acuíferos. África y América del Sur tenían continuos cortes en el suministro eléctrico. El primer mundo no se podía permitir cortes. Las renovables no daban más de sí. Apostaron por la energía nuclear. Salieron centrales nucleares como setas. El accidente de Fukushima, después del tsunami de 2011 en Japón, se repitió con efectos más devastadores años más tarde en Europa y Estados Unidos. La crisis financiera se recrudeció. Hundió al mundo en un pozo. Demasiados años dándole a la máquina de hacer dinero terminaron por llevarse por delante todos los sistemas monetarios. La ONU promovió el nacimiento del SOG, la nueva moneda de curso legal para todos los rincones del mundo. Muchas entidades financieras murieron. Con ellas los depósitos de sus clientes. Cientos de miles de empresas cerraron. Cientos de millones de personas perdieron sus puestos de trabajo. Muchos, en el primer mundo, se convirtieron en pobres, pobres de los de verdad. Los que ya eran pobres antes, pasaron a engrosar las filas de los millones que morían de hambre o falta de acceso al agua potable. Los recursos se hicieron muy escasos para unos, otros, los afortunados, seguimos enganchados a la rueda del consumo y el bienestar, aunque supiésemos que era a costa de millones de personas que mal vivían. Las injusticias sociales se hicieron insostenibles. Las tensiones bélicas crecieron. Los que vivíamos bien nos tapábamos los ojos con paños calientes. No queríamos que nada cambiase. Pero lo hizo. Si cualquiera de nosotros se hubiese parado a pensar lo habría visto. El *blackout* era la crónica de una muerte anunciada. El sistema era insostenible. De una forma u otra tenía que morir. En lugar de hacerlo de manera ordenada, como se podría haber hecho con un modelo similar al de Totnes, dejamos crecer el problema hasta que estalló. Lo que después de dos meses y medio y no sé cuántas millones de muertes, nos había traído a María y a mí hasta la costa inglesa.

Emprendimos la marcha a Totnes. Ninguno de los dos sabía qué nos encontraríamos al llegar. No sabíamos si realmente habrían alcanzado, en los últimos años, un nivel de resiliencia que les hubiese permitido sobreponerse a la situación actual. Si lo habían conseguido, habrían sido objeto de ataques de toda la población circundante. Esperábamos que las patrullas de intervención que habían formado años atrás, hubiesen sido diligentes, que su plan de contingencia hubiese sido efectivo. Lo necesitábamos.

Totnes resultó estar bastante cerca de la costa en la que desembarcamos. Se nos hacía raro avanzar a la luz del día. Seguimos manteniendo muchas de las precauciones que habíamos tenido en zona ocupada. En nuestro camino hacia el Norte evitamos cualquier área poblada. Los clanes podían ser tan peligrosos como las patrullas islámicas. Afortunadamente no vimos a nadie

en el trayecto. Treinta kilómetros de campiña inglesa y seis horas más tarde habíamos llegado a nuestro destino. Aún no había empezado a atardecer.

La ciudad estaba fortificada. Habían establecido un perímetro con todo tipo de enseres que circundaban la ciudad. Era una muralla de basura; coches, camiones, autobuses, armarios, estatuas..., todo lo que habían encontrado en el interior de su improvisado muro. Cada veinte metros habían levantado una torre de vigilancia. Casi todos los habitáculos de las torres eran coches. Mantenían vivas sus baterías. Usaban la luz de los faros como focos de iluminación perimetral. Estaba claro que les habían atacado. Buscamos la explanada más abierta para acercarnos a la ciudad. No queríamos que nos vieran como una amenaza o que pensarán que formábamos parte de una emboscada. Cuando estábamos a unos treinta metros, una voz metálica, potenciada por un megáfono, nos preguntó qué queríamos. Nos acercamos más. El silencio permitió que nos escuchasen. Mi inglés era mejor que el de María. Esta vez fui yo quien habló. Les dijimos que éramos europeos, que habíamos conseguido huir de la zona ocupada. Necesitábamos un refugio. Pedíamos permiso para entrar en la ciudad. Les pedíamos asilo. Les relaté las penurias por las que habíamos pasado. No éramos franceses. Veníamos desde Madrid. Habíamos andado más de mil cuatro cientos kilómetros. Habíamos conseguido atravesar el canal de la Mancha. Habíamos llegado a las puertas de Totnes. No nos podían dejar fuera. Ayudaríamos. María era una experta en energía, sus conocimientos aportarían valor a la comunidad. Yo era un trabajador incansable, trabajaría en el campo, en la planta de metano, en vigilancia. Haríamos lo que fuese necesario.

La ciudad no podía acoger a más gente. Muchos habían venido en busca de refugio a Totnes. Habían sufrido múltiples ataques de las poblaciones cercanas. Su situación también era difícil. Si admitían a más personas en su comunidad ponían en riesgo su supervivencia.

No nos iríamos. Nos quedaríamos acampados a sus puertas. Tenían que hablar con su asamblea. Podían hacer una excepción con nosotros. No se arrepentirían.

Sus órdenes eran claras. La ciudad estaba cerrada a los extraños. El vigía no avisó a nadie. No representábamos una amenaza, allí plantados ante su muralla. Ni siquiera nos llegó a apuntar con el rifle que llevaba colgado a la espalda.

No teníamos adónde ir. Acampamos a sus puertas. Los días, juntos con sus noches pasaron. Empezaba a hacer frío, sobre todo por las noches. Agradecemos la ropa de abrigo que cogimos en la granja de Francia. Muchos días llovía. Hacíamos pequeñas incursiones a los alrededores para conseguir alimento y leña para hacer fuego. No había demasiada comida. Algunas moras medio pasadas que no aguantarían mucho más tiempo, algún diente

de león del que nos comíamos sus hojas, bellotas, nueces que estaban aún amargas y algún ratón de campo que conseguíamos cazar de vez en cuando.

Estuvimos once noches a las puertas de Totnes. En la duodécima se desató una tormenta del carajo. La cortina de agua no nos dejaba ver más allá de un metro de distancia. Los truenos retumbaban en nuestros oídos como cañonazos. Hacía frío. No teníamos donde guarecernos. No podíamos seguir allí por más tiempo. El sitio pacífico a Totnes no había funcionado. Pasaban de nosotros como de la mierda. Les daba igual nuestra suerte. Debíamos irnos. Buscar otro lugar. De pie, bajo unos nogales, abracé a María para compartir el poco calor que aún quedaba en nuestros cuerpos. Estábamos empapados, hambrientos, exhaustos después de más de tres meses de lucha por sobrevivir.

Por encima de los truenos escuchamos un ruido metálico. Era el megáfono. Nos llamaban a nosotros. Habían encendido las luces de dos torres. Nos estaban indicando por dónde entrar. La suerte nos sonreía. Aún quedaba algo de humanidad por el mundo. Se habían compadecido. Por fin.

Trepamos por una escala que nos tiraron desde una de las torres de vigilancia. Apenas podíamos subir. El agua hacía que nuestras manos y nuestros pies se resbalasen a cada paso, en cada peldaño. Primero subió María. Cuando entró en el coche de vigilancia subí yo.

La desconfianza se mascaba. Esta vez sí que tenían sus rifles en las manos. Nos dijeron que nos llevarían ante la asamblea. Fuimos escoltados todo el camino. No había ni dios en las calles. Algunas luces tenues titilaban dentro de las casas, al resguardo del aguacero.

Entramos en una casa pequeña de una sola planta. Una pareja nos esperaba allí. Sus caras estaban cubiertas por máscaras sanitarias ¿Habría alguna epidemia en Totnes? Era tarde para recular. Empecé a contarles nuestra vida. A intentar comerles la oreja. A vender la moto. Me pidieron que me callase. La ciudad estaba cerrada a extraños desde el final de Julio. Muchos habían pedido asilo. Unos habían amenazado, otros habían intentado colarse, muchos habían utilizado la fuerza, miles habían llorado, suplicado, pero ninguno había permanecido inamovible durante tantos días. No sabían de dónde veníamos. Ni si seríamos portadores de alguna enfermedad. La comunidad había votado. Habían aceptado nuestra entrada, pero deberíamos permanecer confinados al principio. En dos días habría luna llena. En la noche del cuarto decreciente, si no habían observado nada raro, nos dejarían salir del confinamiento y nos darían alojamiento. Mientras recibiríamos nuestros alimentos a través de una ventana. No tendríamos contacto con nadie. En la casa encontraríamos todo lo que pudiésemos necesitar. No nos conocían. No podían darnos la bienvenida. Esperaban no haber cometido un error dejándonos entrar. Los errores se pagaban muy caros en los tiempos que corrían.

Quedamos encerrados bajo sus siete cerrojos. Todas las ventanas tenían rejas. La puerta estaba cerrada y atrancada desde fuera.

Voluntariamente habíamos ingresado en prisión.

* * *

Cerca de Vancouver, Canadá

"Si hemos de crear un mundo nuevo, una nueva civilización, un arte nuevo, no contaminado por la tradición, el miedo, las ambiciones, si hemos de originar juntos una nueva sociedad en la que no existan el «tú» y el «yo», sino lo nuestro, ¿no tiene que haber una mente que sea por completo anónima y que, por lo tanto, esté creativamente sola? Esto implica, ¿no es así?, que tiene que haber una rebelión contra el conformismo, contra la respetabilidad, porque el hombre respetable es el hombre mediocre, debido a que siempre desea algo.

J. Krishnamurti, India 1953 – Poona y Bombay

Llevamos aquí ochenta y tres días. Prácticamente doce semanas. Vancouver queda tan lejos en mi memoria. En realidad es como si hubiese clasificado los hechos en escalas de tiempo diferentes. Parece que llevemos años sin electricidad. Sin embargo, la muerte de mi hermana la recuerdo como si hubiese ocurrido ayer. Me duele tanto acordarme de ella. No me hago a la idea de que ya no está, que no volverá conmigo. Me gustaría hablar tantas cosas con ella, preguntarle su opinión, saber qué haría en las diferentes situaciones que estamos viviendo. Siempre fue la sensata de la familia, mi baluarte, incluso el de mis padres cuando aún vivían.

Me la han arrebatado y me he quedado sola. Nunca me ha gustado exteriorizar mis sentimientos, ni depender de nadie. Tenía a mi hermana. Ella era mi paño de lágrimas, la que siempre estaba allí aunque nos separasen no sé cuántas mil millas. Era la persona en la que podía confiar a ciegas. Ahora que no está me falta todo lo que ella me daba. Tengo un vacío

que necesito llenar. Me siento vulnerable. Necesito querer y sentirme querida, protegida. Quizás al resto les pase algo similar. Todos hemos perdido seres queridos desde el *blackout*. Tal vez sea el motivo de que reine la consonancia, de que trabajemos y convivamos en armonía, en colaboración. Nuestra pequeña neotribu ha cobrado vida propia. Existe porque todos necesitábamos que existiese. Funciona porque no teníamos otra opción. Cada uno llenamos un recuerdo, un hueco que otros dejaron al desaparecer. Cada uno cumple una función que el resto aprecia y respeta. El dolor ha hecho que eliminemos el rencor, la envidia, las comparaciones. Ninguno somos más que el resto. Nadie tiene más que nadie. Sabemos que nos necesitamos. Que debemos protegernos entre nosotros o la supervivencia de la neotribu se verá amenazada.

Nos hemos aclimatado a nuestro nuevo entorno. A nuestra nueva forma de vida. Al principio el miedo nos acongojaba. El temor de que otros encontrasen también la granja nos hizo establecer guardias, estar alerta durante todo el día. No nos atrevíamos a disfrutar de lo que teníamos por miedo a perderlo. Una de las muchas inercias de nuestras vidas anteriores. Pero poco a poco, no sé si el viento, el sol, el rumor del agua o el susurro de las hojas, se fue llevando nuestros miedos. Acortamos las horas de guardia hasta dejar tan solo a los perros de vigilancia. Ellos ladrarían y avisarían si cualquier extraño se acercaba. No era un sitio muy accesible. Si nadie había venido en casi tres meses, tampoco tenían por qué hacerlo ahora.

Disfrutábamos de cada minuto de vida. Dedicábamos algo de tiempo del día a las tareas que aseguraban nuestra subsistencia. Quizás tres horas diarias. El resto era tiempo para nosotros. Para explorar, pasear, cantar, hablar, enseñar a los niños, fabricar cosas con nuestras manos. El más habilidoso resultó ser David. Paul fue muy estricto. Ocho semanas de reposo absoluto. Al principio se subía por las paredes. No soportaba estar tumbado o sentado sin hacer nada. Los días se le hacían interminables. No había muchas hojas en las que escribir o pintar en el *earthship*. Tampoco había muchos libros que leer. Una guía de setas, otra de plantas medicinales y las dos 'biblias de vida autosuficiente' de John Seymour, escritas en los setenta y a pesar de los años pasados desde entonces, totalmente actuales. Se habían convertido en nuestros libros de cabecera.

Solíamos estar siempre fuera y aunque entrábamos para estar con él por turnos, no dejaba de decir que necesitaba algo que hacer, lo que fuese, pero necesitaba sentirse útil, llenar las horas. Probó a coser. Básicamente porque tenían un *kit* completo de costura, pero dentro de las muchas habilidades que luego descubrimos, ésa en concreto no la tenía. A base de probar, encontró dos cosas que se le daban realmente bien. Una era la carpintería y otra la cestería. Con madera era capaz de hacer casi cualquier cosa. Dylan y Ciarán le consiguieron buenas piezas de madera maciza. Unos cinceles, unas puntas, lijas de distintas texturas (todas herramientas del cobertizo) y

modelaba la madera como si fuese arcilla. Hacía cucharas, cuencos, taburetes, figuras, juguetes para los niños, cajas o cualquier cosa que le pidiésemos.

Hace un par de semanas Paul le dio de alta. Le quitó la escayola y le permitió empezar a andar. Le ha quedado una cojera pero mucho más leve de lo que Paul temía. Nada que le impida moverse con libertad. Aún no puede andar grandes distancias pero es constante y tiene una fuerza de voluntad de hierro. Ejercita todos los días la pierna durante una hora. El resto del día trabaja. Le hemos dicho que se lo tome con calma que tampoco hay prisa, pero dice que necesita recuperar el tiempo perdido. Siente que ha sido una carga durante todas estas semanas y quiere ponerse al día. Ha empezado ya con dos proyectos de exterior; el silo con el que nosotros aún no nos habíamos puesto y la casa en el árbol para los niños. Mientras sigue fabricando utensilios que necesitamos. Con los juncos ha alcanzado el grado de maestría. Puede fabricar una cesta o una estera en menos de una hora. Fascinante.

Otra cosa que me fascina y me sorprende gratamente es que nuestra neotribu no haya sentido la necesidad de erigir a un líder. Nunca me ha llamado mucho la antropología pero, de forma instintiva, siempre había pensado que cuando un grupo de personas se unían y trabajan conjuntamente en un proyecto, del tipo que fuera, elegían de forma consciente y consensuada a un líder, o el líder nacía de forma espontánea. Siempre había asociado la idea de grupo de personas con la de liderazgo. Alguien que marcase el rumbo, que guiase al grupo, que tuviese más conocimiento o más poder, o más..., vete tú a saber. Otra inercia de nuestra vida anterior. Me choca que nosotros no lo tengamos, que no haya nacido la necesidad de tener un líder, que no hayamos recurrido a los patrones de comportamiento que nos fueron inculcados desde pequeños, con los que hemos crecido. El caos ha modificado algo en nuestro código fuente. Ha cambiado alguna línea de programación de las que usaron para modelarnos. Hemos obviado la figura del líder, hemos ignorado esa necesidad patética de convertirnos en rebaño, de dejarnos guiar por uno que pensase o pensásemos que era mejor que el resto. De forma natural, estamos dando pasos de gigante para recuperar la libertad que durante siglos el sistema ha robado al ser humano.

¿Qué más líneas de programación habremos conseguido alterar? ¿Qué cambios se estarán produciendo en otros sitios del mundo?, ¿en otras comunidades? El cambio es el camino de la esperanza. Aunque también es una puerta abierta a la incertidumbre y a la desconfianza. Si tuviese una bola de cristal para saber qué prevalecerá...

* * *

Sábado, 8 de noviembre

Tokio, Japón

Hyakujo, el maestro Zen chino, solía trabajar con sus alumnos incluso cuando llegó a los ochenta. Podaba los jardines, barría los patios y realizaba otras tareas necesarias.

Los alumnos sentían ver trabajar tan duramente a su ya anciano maestro. Pero ellos sabían que él no escucharía sus consejos y no dejaría de trabajar, así que le escondieron sus herramientas.

Aquel día, el maestro no comió. Al día siguiente, tampoco, ni al siguiente a éste. "Quizás se haya enfadado porque le escondimos las herramientas", pensaron los alumnos, "será mejor que las pongamos en su sitio de nuevo".

Al día siguiente, el maestro trabajó y comió igual que antes. Por la tarde, les dio una lección: "No trabajo, no hay comida"

Después del primer consejo de los nueve pilares, los representantes de las familias fuimos devueltos a nuestras células matrices. El plan de establecimiento comenzó. La primera fase de toma de control de las redes de gestión y distribución eléctrica, así como las redes de comunicación fue un éxito. La energía se restableció en las áreas de influencia de las células matrices y en algunas de las células productivas preseleccionadas. Aquellas clave en la producción alimenticia, energética y en el correcto despliegue del plan de establecimiento.

Nuestra fábrica de implantes comenzó a funcionar tan pronto se tomó control de las redes. Teníamos cerca de diez millones de unidades básicas fabricadas en stock. No eran suficientes para cubrir todo el plan de establecimiento, ni siquiera para cubrir la identificación de todos los

miembros de las familias. La producción comenzó de forma inmediata. Mientras, el resto del mundo permanecía a oscuras, inmerso en el caos, el conflicto y la muerte. Era esencial que la población recibiese al mundo corp como a su salvador. Su adhesión sería sencilla sólo si percibían una mejora sustancial frente a su situación. Seríamos los salvadores. El camino de vuelta a casa, a la normalidad, a la estabilidad, a la seguridad.

El plan de establecimiento entró en la fase de activación del resto de las células matrices. Los que habían sobrevivido en las sedes de sus antiguas empresas se adhirieron sin problemas. Firmaron las nueve reglas de los nueve pilares. Los implantes aún no estaban disponibles pero se comprometieron a recibir las mejoras genéticas, sabiendo que una vez incorporados a sus cuerpos, su salida voluntaria o involuntaria de las corps, podría suponer su muerte.

Los miembros de las familias eran los responsables de las conferencias de adhesión. En cada una de las células matrices se organizaron charlas informativas. Los camiones volvieron a circular por las calles de los principales núcleos de población. Con un sistema de megafonía, las familias anunciaban la celebración de una charla, la vuelta de la energía, la oportunidad de iniciar una nueva vida, la existencia de un nuevo orden mundial que garantizaría la seguridad y el bienestar de los que se adhiriesen a él.

En cada una de las ciudades de las células matrices, en cada una de las conferencias, el auditorio se llenaba. Todos los supervivientes acudían. Algunas tribus urbanas intentaron boicotear las conferencias. El Ejército para la paz cumplió su misión a la perfección. Una fuerza organizada, con un armamento infinitamente superior al de cualquiera de las tribus urbanas, fue el elemento disuasorio definitivo. Las tribus se desmembraron, el 99% de la población asistió a las conferencias. Sin compromisos, sin obligaciones. Tan sólo para escuchar lo que la primera organización, a nivel mundial, que nacía después del *blackout* les ofrecía.

Las familias explicaban la realidad del mundo. El caos, la guerra, la muerte de casi dos tercios de la población. La creación de la nación islámica, la dificultad de sobrevivir sin el apoyo de una entidad que les proporcionase seguridad, sanidad, servicios básicos, acceso a la alimentación. En las conferencias se explicaban los motivos de la creación de los nueve pilares, los beneficios, las mejoras frente a las organizaciones antiguas, los objetivos que guiaban su funcionamiento, conseguir una sociedad más equilibrada, más eficiente. Pertenecer al sistema era sencillo. Sólo había nueve reglas para los adheridos. Por cada una de las reglas del adherido, las corporaciones adquirirían un compromiso con él. Nueve reglas, nueve compromisos. Quién estuviese de acuerdo con ellos, únicamente debía firmar.

Desde el primer día, las corporaciones se comprometían a cumplir sus obligaciones. Era fácil. Las corps no exigían mucho a cambio, sólo nueve reglas, las nueve reglas de los nueve pilares:

1. Aceptar los implantes de mejora genética en su persona y en su descendencia.
2. Respetar y proteger con su propia vida, la vida de todos y cada uno de los miembros de las familias corps.
3. No tener ninguna propiedad. Sus propiedades anteriores pertenecerían a la corp a la que se adhiriesen.
4. Acatar las políticas sanitarias de los nueve pilares.
5. Ceder la tutela y educación de su descendencia a la corp a la que se adhiriesen.
6. Trabajar las horas estipuladas por su corp en la actividad asignada y acatar los privilegios y rangos derivados de su trabajo, definidos según la política de las corps.
7. No mantener contacto con humanos no modificados con los módulos de mejora genética que no perteneciesen a uno de los nueve pilares.
8. No abandonar la corp a la que se adherían.
9. Aceptar que el quebranto de cualquiera de las nueve reglas o de las políticas establecidas por los nueve pilares supondría su expulsión de la corp.

Nueve reglas sencillas.

Como contrapartida, los nueve compromisos de las corps. Las corporaciones se comprometían a:

1. Sustentar a los adheridos sin que les faltase alimento, agua, cobijo o energía.
2. Actualizar las modificaciones genéticas implantadas para que los adheridos tuviesen acceso a todos los servicios corps, según su categoría y sus privilegios.
3. Facilitar a los adheridos la educación de su descendencia con el fin de convertirlos en adheridos productivos, con acceso a un trabajo que garantizase su permanencia en la corp.
4. Prestar asistencia sanitaria a los adheridos.
5. Velar por la integridad y seguridad de todos sus adheridos.
6. Sustentar a los adheridos cuando su ciclo de vida productiva llegase a su fin.

7. Mantener las redes eléctricas, de transporte y de comunicaciones que garantizasen los servicios básicos a los adheridos.
8. Ofrecer cinco horas diarias de ocio para el entretenimiento del adherido.
9. Garantizar setenta horas de descanso semanales, además de las treinta y cinco horas semanales de ocio.

La asistencia era masiva. Igual que las adhesiones. Muy pocos de los asistentes a las conferencias decidían quedarse fuera del sistema que les ofrecía la vuelta a la normalidad, la estabilidad y el bienestar.

La célula de Tokio fue la primera en estar operativa, las otras ocho células matrices comenzaron a operar en menos de una semana. La toma de control y propiedad de los bienes productivos, claves para el desarrollo de las corporaciones, completaba sus fases sin mayores altercados.

Las células productivas principales fueron puestas en marcha. Allí donde los nueve pilares llegaban se restablecía el orden. El mundo, poco a poco, se reconectó. Las revueltas cesaron. La producción se restableció. Los módulos de las mejoras genéticas se fabricaban e implantaban a un ritmo más que satisfactorio.

A estas alturas, más de trescientos millones de personas formamos parte de los nueve pilares. Las fases del plan de establecimiento se cumplen según el calendario. Durante este mes iniciaremos el establecimiento de células productivas en Sudamérica y la mitad sur de África, allí donde la nación islámica no tiene el control. América del Norte, Asia, Oceanía y la Europa no ocupada cuentan ya con sus primeras células.

Mi plan funciona. El consejo de los nueve pilares me respeta. La humanidad me idolatra. Soy el salvador. Tengo el poder de restaurar el orden y definir los designios de la humanidad. He entrado en el Olimpo. He creado el nuevo concilio de los Dioses. La gloria me espera.

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

Somos hijos de las nubes. Donde las nubes vayan iremos

Somos hijos del viento. Su dirección marca nuestro camino.

Somos hijos del desierto. Viajamos con las dunas, el agua y la sal.

Somos hijos de la Tierra. Nuestro origen y nuestro final.

Anónimo. Internet

Era parte de los beja. Cada día que pasaba me sentía más unida a aquel vasto desierto, a aquella gente austera y hospitalaria. Bushra se convirtió en mi intérprete, mi guía, mi punto de apoyo. Siempre estaba allí cuando la necesitaba. Me enseñaba sus costumbres, sus tradiciones, sus leyes, la forma en que cocinaban, en que se relacionaban. Con su ayuda mi tienda terminó por ser igual a las del resto del campamento. Insistió en que mi cubierta debía ser de color azul. Yo era *azrak emra'a*, la mujer azul. Mi tienda debía gritar con orgullo que yo era el talismán. Bushra también insistió en que debía empezar a bordar mi *te-saqwit*. No lo entendía. Ella me dijo que era un regalo de bodas. Yo no iba a casarme. Apenas mantenía conversaciones con ninguno de los hombres de la tribu, fuera del *sheikh*. Él también se había convertido en mi guía. Era un hombre sabio. Casi todas las noches, cuando los cantos empezaban alrededor de las hogueras, Bushra y yo íbamos a su tienda. La historia de los beja no se mantenía escrita. Se transmitía de generación en generación a través de cuentos y leyendas que el *sheikh* de la tribu había aprendido del anterior *sheikh* y que él, a su vez, transmitiría a su sucesor y a los más jóvenes de la tribu. Todos conocían la mayor parte de la

historia, tan solo unas pocas leyendas se reservaban a los *sheikhs*. De ellas, algunas habían sido transcritas en piel curtida de camello. Eran auténticas obras de arte, con los caracteres arábigos labrados sobre la piel, acompañados de ilustraciones coloreados con diferentes tinturas. El *sheikh* era quien custodiaba estos manuscritos pero cualquiera de la tribu podía tener acceso a ellos.

Toda la tribu sabía leer. Fue algo que me sorprendió enormemente. Las mujeres mayores, el círculo del saber, eran las que se ocupaban de la educación de los pequeños. Dentro de su rutina diaria, tenían delimitado un tiempo destinado a la educación. Les enseñaban a hablar, leer y escribir árabe, además de unas matemáticas básicas. Me pidieron que yo también participase en la enseñanza. Podía iniciar a los niños en mi idioma, el francés. El conocimiento no ocupaba lugar. Quizás no lo necesitasen en el desierto o quizá sí. Tenía tiempo de sobra. Acepté. Fue mi entrada por la puerta trasera al círculo del saber. Las mujeres empezaron a contar conmigo para sus reuniones. En una de esas reuniones me preguntaron qué tal habían cicatrizado mis heridas, si ya estaba repuesta, si mis lunas se habían restablecido con normalidad.

No lo habían hecho. Era un tema que ni siquiera había hablado con Bushra. No sabía si era por todo lo que había pasado o si simplemente era por mi edad. El fin de un ciclo. La entrada en la madurez.

Todas ellas habían dejado atrás su etapa cíclica, su etapa lunar. Representaba el momento en que las mujeres beja se unían al círculo del saber. Igual que el *sheikh* representaba la sabiduría y la historia de su pueblo, el círculo del saber guardaba y transmitía el conocimiento de sus costumbres, de las leyes de supervivencia en el desierto. Todo beja debía conocerlas para no poner en peligro a la familia, a la tribu.

Me dijeron que mi momento había llegado. En la siguiente luna llena celebrarían mi ritual de entrada en el círculo del saber. Prepararían la tienda de los baños de humo, con carbón vegetal y *luban*. *Luban* era leche en árabe. Era una de las primeras palabras que había aprendido con los beja. Pregunté en qué consistía, qué es lo que hacían con la leche. Todas rieron. Me mostraron unas piedrecitas de resina con formas irregulares. Eso era lo que quemarían para purificar mi cuerpo y prepararlo para la entrada a una nueva etapa, la etapa lineal de mi vida, una etapa sin ciclos en que viviría el tiempo de forma diferente a como lo había vivido hasta ahora.

La famosa leche era incienso. La llamaban leche por la textura y el color de las resinas cuando los árboles las exudaban.

Recordé con ellas el primer día que, poco después de recuperarme de mis infecciones, me dieron a probar leche de camella recién ordeñada. Tenía muchísima espuma y un sabor dulzón. También quería probar a ordeñar un camello. Hice gestos para indicárselo. Se montó un jaleo tremendo. Las

mujeres movían los brazos, los hombres se enfadaron y fueron a buscar al *sheikh*. Era tabú. Las mujeres no podían ordeñar el ganado. Era trabajo de hombres. Ellos eran los que conseguían la leche y hacían un reparto justo entre las familias de la tribu. Nunca una mujer, aunque esa mujer fuese la *azrak emra'a*. Me disculpé. Error de mi ignorancia. Ya lo sabía. No intentaría ordeñar al ganado.

Sin embargo el tratamiento de la leche era trabajo de mujeres. Con la leche de camello y de cabra preparaban distintos tipos de queso. Algunas veces hacían queso blando pero no se conservaba más allá de un par de días, por lo que normalmente el queso que preparaban era queso curado.

El queso blando era muy fácil de hacer. Calentábamos la leche hasta que no estuviese ni fría ni caliente. La retirábamos del fuego y disolvíamos en ella el cuajo. Dejábamos los cacharros cubiertos con un paño en el interior de una de las tiendas durante un par de horas, hasta que cuajase. Normalmente lo hacíamos a primera hora de la mañana, para que el sol no hubiese subido demasiado y no hiciese mucho calor. Cuando la leche cuajaba, la cortábamos en trozos que salábamos y poníamos en unos paños que atábamos y dejábamos colgados para que el suero drenase. Un par de horas y el queso, que era tipo requesón, estaba listo.

Lo difícil de todo ese proceso era conseguir el cuajo. Los beja lo obtenían de la flor del cardo. La recolectaban y la dejaban secar cuando la flor estaba azul. Una vez seca, guardaban los pistilos en bolsas de tela que se conservarían durante al menos un año. Algunos años no conseguían recolectar la flor, sobre todo los de sequía. Esos años tenían que comprarla en los mercados, igual que su adorado café. Bushra era la encargada de preparar el cuajo, igual que cualquier té o emplasto medicinal. Era una especie de curandera. Usaba los pistilos machacados y los disolvía sucesivamente en agua a lo largo de varios días. Cuando el agua estaba clara y no azulada, el cuajo estaba listo para usar.

El queso curado tenía la misma base pero llevaba mucho más tiempo. Ahora teníamos varios en la fase de secado, pero no estarían listos hasta dentro de un mes o un mes y medio. Después de escurrir la cuajada, la habíamos dejado al baño maría durante una media hora hasta exprimir el último suero y la habíamos introducido en unos moldes que dejamos prensados con piedras durante un par de días. De los moldes a bidones de salmuera durante otros dos días más, para terminar en la fase en la que estaban ahora. Los teníamos guardados en las zonas más oscuras y frescas de algunas de las tiendas.

Disfrutaba haciendo queso, moliendo el grano, yendo a por agua a los manantiales cercanos, enseñando a los niños, preparando el fuego de campamento, cantando, escuchando al *sheikh*. Me gustaba la vida con los beja. Llevábamos unos dos meses en el campamento de la estación seca. Me

sentía como si hubiese vivido allí toda la vida. Zanzíbar quedaba tan lejos que apenas lo percibía como un recuerdo propio. Sin embargo sentía a Julién y Salma en cada grano de arena del desierto que me rodeaba. Les veía en las estrellas, en las nubes, les olía en el viento. El viento y las nubes que nos llevarían al siguiente campamento.

Bushra me dijo que en la siguiente luna nueva, después de mi ritual de entrada en el círculo del saber, levantaríamos el campamento. Iríamos al Norte, hacia los campamentos del acuífero de piedra arenisca de Nubia. El *sheikh* y nueve hombres más de la tribu viajarían más al Norte hasta un lugar cerca de la presa de Aswan. Ella se uniría a la comitiva en representación del círculo del saber. Me pedían que yo fuese como talismán de los beja. Asistiríamos a una reunión de los jefes de las tribus de *Al-Mašriq*. La guerra con Occidente llegaba a su fin. La asamblea de la nación islámica estaba cerrando acuerdos con sus antiguos enemigos. Las tribus se reunían para ratificarlos..., o quizás rechazarlos.

* * *

Totnes, Reino Unido

En una sociedad post industrial, la única posibilidad de sobrevivir será la de comunidades que dispongan de tres hectáreas de bosque per capita, en su entorno inmediato (menos de un día a caballo, lo que significa ocho o diez kilómetros de monte y veinte kilómetros en llano de radio). Toda otra sociedad tendrá dificultades enormes para sobrevivir a largo plazo y terminará agotando las fuentes de energía renovable que tenga en sus inmediaciones, si éstas son la leña y las bostas de los animales.

“El libro de la selva”, Pedro A. Prieto

Cuando salimos del confinamiento nos llevaron ante la asamblea. Todos los miembros habían acudido. Estaba formada por quince personas. Querían noticias. Igual que todos. La radio les permitía establecer contacto con algunas poblaciones, incluso habían hablado en algún momento con la resistencia francesa. Pero nosotros llegábamos de la zona ocupada. Habíamos atravesado casi mil quinientos kilómetros de territorio enemigo.

De todo lo que les contamos, lo que más les preocupó fue que la resistencia en el norte de Francia estuviese desmotivada. Si la resistencia caía, moría la esperanza para los que hubiesen quedado atrapados tras las líneas musulmanas. A estas alturas no debían ser muchos los que aún se mantuviesen con vida en el continente, pero igual que nosotros habíamos llegado desde Madrid, podía haber otros que llegasen desde el Sur.

La crueldad del capitán de la *Lutte* les acojonó pero no les sorprendió. Los clanes que se habían creado en todo el sur de Inglaterra seguían tácticas parecidas. La brutalidad era su primer arma, seguida de la ausencia total de

escrúpulos. La sociedad antes del *blackout* apenas tenía valores morales. Cuando llegó la carestía de comida y agua, los últimos vestigios que todavía quedaban en algunas comunidades se esfumaron.

Para ellos había sido muy duro. Totnes llevaba años trabajando en conseguir la resiliencia. En sus escenarios de futuro asumían que habría escasez de energía y de recursos, pero contaban con que el abastecimiento, aunque no fuese continuado ni tan generoso como había sido durante el último siglo, seguiría existiendo. Eso les permitiría no ser un objetivo entre la población circundante.

Es cierto que habían diseñado planes de contingencia. Lo que ellos tenían, sería un bien muy preciado si ocurría un evento no esperado. Tenían independencia energética. Eran autosuficientes al 80% en alimentación. La comunidad tenía establecidos protocolos de colaboración que garantizaban la ayuda necesaria a los miembros que atravesaran situaciones difíciles. Pero sus planes de contingencia no contemplaban que el mundo se pararía de un día a otro, que pasaría a depender de lo que cada uno tuviese almacenado o pudiese producir sin energía externa, sin suministros de ningún tipo. No habían contemplado ese escenario.

Durante los primeros días la incertidumbre de si el Gobierno sería capaz de restablecer el suministro, mantuvo la esperanza entre la población. A medida que avanzaron los días, todos constataron que la situación no mejoraba. El Gobierno no conseguía trasladar mensajes de aliento a la población. En realidad no era capaz de hacer llegar ningún mensaje. La desesperación empezó a crecer. Los contactos vía radio con Francia pintaban un escenario bélico cruento. La noticia de que fuerzas islámicas habían invadido la Europa continental se extendió como un reguero de pólvora. Comenzaron los juicios sumarísimos. Se establecieron los comités. Se crearon los clanes. Se instauró la violencia. El ejército sólo podía mantener, medianamente, el control en las grandes ciudades. Lejos de sus áreas de influencia no podían hacer nada. Muchos de las zonas rurales emprendieron el éxodo a las grandes ciudades. Buscaban la seguridad del ejército, la solución de su Gobierno. Los de las grandes ciudades intentaron encontrar comida en las zonas rurales. Huían del toque de queda, de la ley marcial, del uso abusivo e indiscriminado de la fuerza de su ejército. No había para todos. Murieron millones de personas durante los primeros meses, casi todos a manos de vecinos, de compatriotas británicos. Totnes empezó a recibir gente al goteo muy pronto. Buscaban refugio, como nosotros. Pero no podían alimentar tantas bocas. La asamblea votó que se cerrase la entrada a la ciudad. Tuvieron que construir las barricadas. La muralla. Establecer turnos de vigilancia de veinticuatro horas. Los ataques violentos no tardaron en llegar. Totnes tenía armas. La policía se identificaba más con el proyecto de comunidad que con un Gobierno que moría. Formaron a otros para tener

una fuerza armada suficiente, una fuerza que permitiera rechazar los ataques a los que fueron sometidos.

Muchos habían muerto defendiendo la ciudad. A finales de Julio eran unos diez mil, ahora no quedaban más de seis millares. La supervivencia de la comunidad estaba en peligro. Dependía de bosques, cultivos y ganado que estaban fuera del muro. Aunque eran menos de los que iniciaron la andadura, menos de los que los planes de autosuficiencia podían mantener, la asamblea sabía que en poco tiempo agotarían sus propios recursos. No esperaban que pudiésemos aportarles una solución. Nos habían permitido entrar por una cuestión de piedad. Admiraban el esfuerzo que habíamos hecho para llegar hasta allí. Apreciaban que nuestra demanda hubiese sido pacífica en todo momento. El tiempo hablaría sobre cuál era el destino de Totnes. Mientras el día a día marcaba las necesidades perentorias. Seríamos útiles. Hacían falta todas las manos de las que se pudiese disponer.

Nos habían asignado una casa en covivienda con la familia de Richard, uno de los miembros de la asamblea. Cuando dieron por finalizada la reunión, fue él quien nos llevó hasta nuestra nueva vivienda. Era pequeña, austera, extraña.

No tenía cocina, ni comedor. Solo una habitación, un servicio y una pequeña zona de estar. Eso era todo. A mí me pareció más una habitación de una pensión que una vivienda, pero en esta pantalla del videojuego me daba con un canto en los dientes con tener una cama bajo techo.

Richard nos explicó que había baños comunes que podíamos usar una vez por semana. También había comedores comunes. Todos los alimentos se guardaban allí. Estaban custodiados. Nadie disponía de libre acceso a ellos. Había turnos de comida organizados en torno a los turnos de trabajo. El nuestro era el tercer turno. Eso significaba que trabajaríamos desde las 8 de la mañana hasta la una. Principalmente en el cuidado de las huertas y granjas comunes y en la preparación de conservas de los alimentos recolectados. Cuando terminásemos de comer, no teníamos asignado un trabajo concreto pero era bueno que fuésemos a las zonas comunes para ver en qué podíamos ayudar. Los niños necesitaban tener actividades que les permitiesen olvidar lo que estaban viviendo. Había ancianos que necesitaban asistencia, enfermos que había que cuidar. Siempre podíamos formarnos para engrosar los equipos de vigilancia.

No sé qué es lo que había esperado, pero no era esto. Con lo que María me había contado, pensé que íbamos camino del paraíso. Un sitio autosuficiente en el que la vida sería fácil. Lo chungo era el paso previo. Cruzar su frontera. Entrar en su comunidad. Pero una vez dentro, todo sería cojonudo. No lo era.

Richard nos enseñó las huertas, las granjas, los comedores, el centro de generación de metano, las escuelas, los improvisados hospitales.... Todo

parecía moribundo, incluso la gente. No había ni una chispa de alegría, de vida. Ya sé que habían sufrido, que seguían sufriendo, que tenían la espada de Damocles sobre sus cabezas. Como todos, ¡pero joder!, con ese nivel de depresión, lo único que iban a conseguir era palmarla antes de lo previsto. Habían tirado la toalla.

Cuando volvimos a nuestra casa, por llamarla de alguna forma, lo hablé con María. A ella le había parecido igual de lamentable. Esa comunidad no sobreviviría. No si seguían encerrados. Ellos mismos se habían sitiado. Hasta que no levantasen su 'autositio' no tendrían una oportunidad real de sobrevivir.

Por el momento seguiríamos allí. Al menos algo de comida había. Pero teníamos que intentar ir a Londres. Las cosas no podían estar tan mal como lo habían pintado los de la asamblea. Habían pasado ya casi cuatro meses. Todo se habría asentado. No donde estábamos, que era totalmente periférico, pero en Londres seguro que sí. Teníamos que intentar conseguir noticias del exterior. Convencerlos para enviar exploradores fuera de la muralla. Nos ofreceríamos voluntarios. Con un par. Cualquier cosa, para encontrar una alternativa a la muerte agónica que había elegido Totnes.

* * *

Cerca de Vancouver, Canadá

La naturaleza no cambia, pero sin embargo invariablemente cambia con el tiempo la forma de mirarla. No importa la época, la agricultura natural existe desde siempre como fuente de la agricultura.

“La revolución de una brizna de paja”, Masanobu Fukuoka

El clima templado de la costa Oeste de Canadá nos permitió disfrutar del otoño. El bosque se pintó de colores rojizos y amarillentos. Las setas empezaron a brotar por cada rincón del bosque. Con nuestro afán recolector las setas se convirtieron en objetivo. Podíamos disfrutar de ellas durante el otoño y recoger las suficientes para desecar o hacer conservas. El problema es que entre nosotros no había ningún micólogo. La solución de nuevo nos la dio la granja que el destino nos había regalado, perfectamente preparada para guiarnos por el camino de la autosuficiencia. Sacamos de la estantería el libro de setas y de paso, también cogimos el de plantas medicinales.

Lo primero que avisaba la guía era que existía un riesgo real en la recogida y consumo de setas silvestres. Aprender cuáles eran comestibles, podía ser un proceso que durase toda una vida. La introducción a la micología debía realizarse de la mano de un experto o de un club local con conocimientos de las distintas variedades que se daban en cada zona. Eso nos asustó un poco pero el bosque estaba lleno de setas. No queríamos dejar pasar la oportunidad de tener más alimento en nuestras despensas. No podíamos dejar de aprovechar lo que la madre tierra nos regalaba.

Después de leer, releer, pasear por el bosque con la guía, contrastar las setas que veíamos con las fotos de las que creíamos que eran, decidimos no arriesgar en las que podían dar lugar a la más mínima confusión. Limitamos la recolección a sólo cuatro tipos; boletus rey, hongo coliflor, chanterelle común y seta coral. Las más fáciles de identificar eran las corales y las coliflores. Nunca habría pensado que hubiese setas con esas formas. Realmente parecían coliflores y corales que crecían entre las cortezas de los árboles. El porcini, el nombre italiano para el boletus, era el que estaba más rico. Sabía a nueces. Me imagino que el nombre se lo ganó por su pie, gordo como una tripa de cerdo bien cebada. A las chanterelles le teníamos más respeto. Habíamos leído que también había falsas chanterelles que, aunque no eran venenosos, no siempre sentaban bien. Cogimos algunas, pero no desecamos ni guardamos en conserva ninguna chanterelle. Si había que intoxicarse, mejor hacerlo en el momento, cuando aún sobrevolaba el peligro sobre nuestras cabezas. Dentro de seis meses nos habríamos olvidado completamente de que algunas de las chanterelles podían ser falsas. De las que cogimos, no nos debimos equivocar con ninguna porque nadie sufrió ni la más leve intoxicación. Había muchísimas más setas. De todas las formas y colores. Muchas tenían propiedades medicinales. Muchas más de las que nosotros recolectábamos se podían comer, pero el desconocimiento es un mal aliado. Cuando no sabes nada sobre un tema y estableces el primer contacto, es difícil salir del asombro ¿Cómo he podido pasar toda mi vida sin interesarme por esto, sin saber nada sobre este tema, cuando es de vital importancia? Existía todo un mundo alrededor de las setas. Ese primer año, habíamos descubierto la punta del iceberg. No sé si en años sucesivos haríamos algún progreso más. Nos daba la sensación de que sería difícil sin el tutelaje adecuado de un experto.

Aprovechamos los paseos por el bosque en busca de setas, para recolectar también algunas plantas de la guía de plantas medicinales. No era por falta de medicamentos, Paul había traído para más de un año y afortunadamente por el momento no los habíamos necesitado, pero descubrimos usos curiosos de algunas plantas e imbuidos por el espíritu autosuficiente queríamos probar el resultado. El que más nos llamó la atención fue el de la raíz del diente de león. La planta era buena para todo; la anemia, la indigestión, evitar la retención de líquidos, el reuma y además de todo eso y lo mejor, era que su raíz servía para preparar un sustituto del café. Hacía meses que no probábamos el café. Sabíamos que en las latitudes en las que estábamos no podríamos llegar a cultivarlo incluso aunque tuviésemos semillas, que no teníamos, así que decidimos recolectar raíces y probar. Ya no había tantos dientes de león como en primavera, pero como el tiempo seguía siendo suave pudimos encontrar suficientes para conseguir un par de libras de raíces. Era importante sacar la raíz entera, cuánto más gruesa mejor. Las pusimos a secar colgadas boca abajo en una zona soleada, pero el otoño venía acompañado de lluvia. La segunda vez que tuvimos que meterlas en casa,

cambiamos el proceso de secado y se quedaron colgadas cerca de la chimenea, que ya encendíamos todas las noches.

Una vez secas, cortamos las raíces en trozos pequeños, del tamaño de los granos de café. Los tostamos en una sartén, sin aceite, sin mantequilla, sólo los granos, ¡qué delicia! Olían como café recién tostado. Usamos el molinillo de la harina para moler los trozos de raíz tostados. Era impresionante, la textura, el aroma, el sabor. Realmente parecía café. Despertaba pero no aceleraba. Habíamos conseguido café, algo que ninguno habríamos imaginado que podríamos conseguir allí, aislados en mitad de la nada. Con la confirmación de que era un buen sustituto del café, peinamos el bosque hasta encontrar los últimos dientes de león de la temporada y nos apuntamos la recogida de nuevas raíces para la primavera. Machacamos también el resto de la planta seca y las guardamos para infusiones. Nunca estaba de más un complemento de hierro.

Habíamos conseguido adaptarnos a nuestro entorno. Vivir en equilibrio con él. Nuestra casa no era sólo las cuatro paredes donde dormíamos. Nuestra casa era el bosque, el lago, los riachuelos. Cada uno nos proporcionaba parte de nuestro bienestar. Nos rodeaban con belleza, nos cuidaban, nos facilitaban todo lo que necesitábamos. Nuestras almas se unieron al alma del bosque. Cada uno de nosotros podía pasar horas contemplando un rincón, un pájaro, el agua en movimiento, las copas de los árboles mecidas por el viento. Nos transmitía vida, energía, pasión.

El hombre moderno se había deshumanizado. Todos, en mayor o menor medida, habíamos perdido el contacto con la naturaleza. A base de no verla, de no sentirla, nos habíamos olvidado que formamos parte de ella. El vacío que todos habíamos experimentado alguna vez en las ciudades, era el hueco que deja la ausencia de contacto con nuestro entorno natural, con nuestro hábitat real. En algún momento de la historia nos lo extirparon. Empezamos a pensar que el ser humano no tiene una conexión real con la madre Tierra, que nosotros no le pertenecíamos. Llegamos a la absurda idea de que ella nos pertenecía a nosotros. Empezamos a creer que nuestro hábitat eran las ciudades, el hormigón, el prefabricado, la materia muerta. Que la madre Tierra era sólo una vaca estabulada más, a la que exprimir y utilizar hasta que ya no nos sirviese. En algún momento de la historia, perdimos contacto con la realidad. Nos creímos dioses y empezamos a destruir lo que nos da la vida, lo que nos sustenta. Pusimos mil muros entre el saqueo a la madre Tierra y nuestros micromundos. Mil muros o los que fuesen necesarios para no aceptar lo que estábamos haciendo. Nos estábamos suicidando de forma lenta y dolorosa. No sólo a nosotros, también a las generaciones que estaban por llegar, las que aún no habían nacido. Les estábamos robando su vida, su entorno, su mundo. Y en lugar de recibir esos mensajes, información clara sobre lo que estaba ocurriendo con nuestro planeta, con nuestro hábitat, nos llegaban frases que parecían mensajes publicitarios; “Dañar el

medioambiente”, “energías limpias”, “eco-coches”. Expresiones lejanas, tan lejanas e impersonales, que no van contigo. Yo reciclo, utilizo la bici para desplazarme en la ciudad, tengo bombillas de bajo consumo, compro productos biológicos... Yo no daño al medioambiente, quizás lo hagan las multinacionales en otros países pero no aquí. Eran otros los que estaban expoliando la Tierra, otros los que cometían las injusticias, otros los que gobernaban, otros los que acababan con el Polo Norte..., siempre eran otros. Nos habían vendado los ojos y nos llevaban bien atados del cordel del bienestar. Nos escondíamos de la verdad, de lo que estaba ocurriendo en la Tierra, nos mentían y nos mentíamos a nosotros mismos. No queríamos la verdad. Desde nuestra comodidad evitábamos recibir información que pudiese hacer germinar la semilla de la duda. No queríamos nada que nos hiciese replantearnos la vida.

El planeta, algo demasiado grande o demasiado pequeño, según se viese. No teníamos ataduras con él, pero si las teníamos con el bienestar y el hiper consumo. Podíamos renunciar a una especie animal o vegetal sin pestañear, ¡qué más daba una más o menos!, pero no podíamos renunciar al último *gadget* tecnológico, a viajar dos mil millas para tener una importantísima reunión o a cambiar al menos la mitad de nuestro armario en cada temporada.

Si la humanidad pudiese disfrutar de lo que nosotros estamos viviendo aquí, en este bosque, volverían a encontrar sus raíces. Llenarían su vacío. Sabrían que forman parte de algo mayor. Podrían escuchar y oír a la madre Tierra y ya no podrían vivir de otra forma. Dejar el consumo no sería una renuncia tan sólo algo natural.

Me imagino que la electricidad se restablecerá, pero no me imagino que ninguno de los que estamos aquí volvamos a vivir en una ciudad o volvamos a la rueda de la vida desnaturalizada. Si regresan los propietarios de estas tierras, ¿dónde iremos? Tiene que haber más personas en todo el mundo que durante estos meses de apagón se hayan reencontrado con la madre tierra.

Si tenemos que irnos de aquí, les buscaremos.

Mientras, Ciarán y Dylan preparaban una acampada para cazar a un ciervo. Nos habían convencido para ir con ellos. Sería divertido. Una forma de romper la rutina. El grupo al completo saldría un par de días antes de la siguiente luna llena. La luz de la luna sería idónea para darle caza. Dormiríamos al raso, prepararían puestos de espera y cuando lo abatiesen, haríamos el bautizo de sangre a los niños, su ritual de iniciación a la caza.

La carne del ciervo sería nuestra mayor fuente de proteínas durante todo el invierno. No me gustaba la idea de matar un ciervo, pero lo necesitábamos.

* * *

Sábado, 29 de noviembre

Tokio, Japón

Cuando Bankei celebraba su semana de reclusión y meditación, muchos alumnos de todo Japón acudían. Durante una de esas semanas, un alumno fue sorprendido robando. Bankei fue informado del asunto con la petición de que el alumno debía de ser expulsado, pero Bankei lo ignoró.

Por segunda vez sorprendieron al mismo alumno robando y de nuevo lo llevaron ante Bankei, quien volvió a dejarlo pasar por alto. Esto enfadó mucho al resto de alumnos, que firmaron una petición para que el ladrón fuera castigado con la expulsión. Si el maestro no lo hacía, amenazaban con irse todos en bloque.

Cuando Bankei leyó la petición llamó a todos los alumnos. "Sois alumnos inteligentes", les dijo, "sabéis lo que está bien y lo que está mal. Podéis ir a otro sitio a estudiar si así lo deseáis. Pero este pobre alumno mío ni siquiera distingue el bien del mal. Si yo no le enseño ¿quién lo hará? Voy a dejarle permanecer aquí, aunque todos los demás os marchéis."

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos del alumno que había robado. Todo deseo de volverlo a hacer había desaparecido.

Desde que se restableció el tráfico aéreo, los miembros de las familias comenzamos a viajar entre las células matrices. Por el momento el uso de la red de transporte estaba limitado a las familias y a la logística de las corps. La generación eléctrica no era ya un problema. Las centrales e infraestructuras diseñadas para dar energía a una población de más de ocho mil millones de personas, eran más que suficientes para abastecer las necesidades de menos de un tercio de esa población. Sin embargo, seguía existiendo una cierta escasez con el combustible derivado de materiales

fósiles. Ener10 investigaba sobre fuentes de energía, alternativas al petróleo, que no requiriesen la modificación de los vehículos existentes.

Durante el mes de Noviembre las fábricas de Tyo-Bronte consiguieron abastecer la totalidad de la demanda corp de módulos de mejoras genéticas. El mes de Noviembre terminaría con cerca de mil millones de adheridos. Todos ellos identificados. Cada uno de los miembros de las familias con los cuatro módulos operativos. Los adheridos, con el sistema de identificación y módulos de acceso a los servicios en función de su categoría en cada uno de sus pilares. Habíamos conseguido un mercado de mil millones de clientes; fieles, predecibles, sumisos. No existía competencia. No podían abandonar las corps. Producían y consumían. Era un ecosistema perfecto para nosotros, para las corporaciones. La inestabilidad a ese ecosistema podría haber procedido de la nación islámica. Pero conseguimos reconducir esa situación. Después de que el ejército abriese conversaciones con ellos y ambos bandos se comprometiesen a abandonar el uso de armamento de destrucción masiva, cuando quedó patente que habían puesto en peligro al planeta y a la humanidad en su conjunto, el Consejo de los nueve pilares decidió intervenir. Votó por mayoría la apertura de negociaciones con la nación islámica con el objetivo de integrarlos en nuestra estructura, con el propósito de zanjar de forma definitiva la contienda. El Ejército para la paz no tenía demasiadas alternativas. Aceptó la firma de una tregua y la apertura oficial de negociaciones.

Como presidente del Consejo de los nueve pilares participé en el proceso de paz. Solo había un camino para conseguirlo, el que el Consejo ya había aceptado y votado. Había que integrar a la nación islámica en los nueve pilares. Tenían las mayores reservas petrolíferas y de gas de la Tierra. Aquello, junto con la sobrepoblación, había sido el detonante de todo. Quizás consiguiésemos que sus reservas naturales fuesen el vehículo que nos ayudase a encontrar la paz mundial. La nación islámica podría tomar el control del pilar de la energía. Seguramente pedirían más. Representaban una cuarta parte de la superficie del planeta. Querrían tener una participación similar en el Consejo de los nueve pilares, en la estructura mundial. Podíamos llegar a ceder el control sobre dos pilares; energía y recursos naturales. A ellos les resultaría más sencillo hacerse con los recursos de África, la gran cantera del mundo junto con Sudamérica.

Mantuvimos las primeras conversaciones en París. Expuse ante su asamblea el nuevo orden mundial. La oportunidad de que ellos formasen parte de él, de conseguir la paz en el mundo, una paz estable. El sistema no competía por la obtención de recursos frente a otras corporaciones o entre naciones, ni competía por conseguir una cuota de mercado mayor. Habíamos diseñado el auténtico mercado global, el mundo plano. Las corps producían, generando una oferta estandarizada y unificada. Todos consumían nuestros productos, los productos de las corps. La oferta y la demanda se cruzaban de

forma perfecta. El sistema no produciría más de lo que la demanda pudiese absorber y la demanda no demandaría más de lo que la oferta pudiese producir. El Consejo de los nueve pilares definía el volumen de producción de cada corp de tal forma que el conjunto estuviese equilibrado. No había transacciones monetarias entre los pilares. Tampoco las había con los adheridos. Las corps eran las que ostentaban el monopolio de la propiedad privada que quedaba garantizado gracias al Ejército para la paz. Los adheridos tenían acceso a más o menos privilegios, servicios, productos, beneficios..., en función de su aportación a la corp. A mayor especialización y mayor contribución a la producción, mayor nivel de privilegios.

Era absurdo que permaneciesen anclados al pasado. Habían unificado su nación, habían acabado con sus fronteras ¿Iban a mantener el sistema capitalista que habían criticado y atacado durante décadas?, ¿volverían al sistema feudal?, ¿a los señores de la guerra? No tenía sentido. Habían sufrido tantas bajas como Occidente. Hasta la tregua, su población había padecido la falta de energía, igual que el resto del mundo. Sabíamos que disponían del antivirus, que su asamblea había restaurado el suministro en determinadas zonas, las que daban cobijo y servicio a la asamblea. El plan de establecimiento que las corps habían diseñado también contemplaba la restauración progresiva de la energía, contaba con que la población seguía sumida en el caos y necesitaba que alguien les devolviese la estabilidad, la seguridad, el bienestar que habían perdido. Los nueve pilares les ofrecían compartir su plan, permitirían a la asamblea elegir quiénes formarían parte de sus familias. La asamblea no tenía que renunciar a su poder, sólo cambiar el enfoque. Lo ejercería desde otros parámetros. Los miembros de la asamblea dirigirían bajo un nuevo estándar.

Había llegado el fin de una era. El fin de una civilización. Era tiempo de construir un nuevo mundo. Más equilibrado. Sin elementos de desestabilización. La humanidad debía apostar por el progreso, por la investigación, por el conocimiento. Malgastar la energía creativa en procesos competitivos que no tenían más finalidad que conseguir prosperar, acumular riquezas y propiedad, según los parámetros capitalistas, no tenía sentido. La prosperidad vendría de la mano de avances científicos, de centrar los esfuerzos en el desarrollo creativo, en la investigación, en la innovación. Sólo se podría conseguir a través de un sistema de producción mundial equilibrado desde su concepción. Un sistema en el que la competencia absurda y la obsesión por crecer y conseguir mayor cuota de mercado no quitase el foco sobre lo realmente importante; creatividad, investigación e innovación. Era el momento de que la Humanidad diese un salto sustancial en su evolución, en avances científicos que supusiesen una mejora en la calidad de vida, en el control del entorno, en la exploración espacial.

La Asamblea debía deliberar, exponer la situación al resto de miembros con voto en la nación islámica. En caso de participar en el nuevo orden, no

les parecía suficiente un sólo pilar. Controlaban más de una cuarta parte del planeta. Deberían liderar al menos dos pilares y tener capacidad de veto en determinadas materias.

Las conversaciones se cerraron en El Cairo. La nación islámica accedía a unirse al nuevo orden mundial. Tomaban control del pilar energético y el de recursos naturales. Absorbían una cuarta parte de las familias actuales de esos dos pilares, las otras tres cuartas partes deberían ser absorbidas por el resto de los pilares. Exigieron tener derecho de veto en la aprobación de nuevas leyes y la creación de nuevos pilares. Su ejército se integraría en el Ejército para la paz. La mitad de la familia de ese pilar debería proceder de la nación islámica. También pidieron que al menos un tercio de las células productivas del pilar de defensa se ubicase en sus territorios, los que habían unificado desde el *blackout*.

Los éxitos se acumulaban. El mes de Noviembre aún no había finalizado. Había conseguido negociar la paz mundial de mayor alcance de la historia. La nación islámica estimaba que su población se acercaba a los mil millones de personas. Se diseñó el plan de establecimiento en África, Oriente Próximo y la Europa ocupada. La célula matriz de la energía se trasladaría a *Al-Riyad*, antigua Arabia Saudí. La nueva célula matriz de recursos naturales se establecería en Johannesburgo, antigua Sudáfrica. Las familias de Ener10 y Hreum lo aceptaron bastante bien. Todos sabíamos que la paz era necesaria. La insensatez de una guerra mundial con armas de destrucción masiva no llevaba a ningún sitio, excepto a la extinción. Grandes áreas del planeta habían sido devastadas. No se recuperarían en siglos. La población que había sobrevivido, en zonas cercanas, tendría secuelas durante generaciones. No nos lo podíamos permitir. Las familias debíamos dar ejemplo. Zanzar las disputas. Erradicar la violencia y la guerra. Olvidar los últimos meses. La población tendría que aceptarlo y hacer lo mismo. Sin rencillas. El rencor sólo generaba más rencor. No podíamos permitirlo.

La asamblea de la nación islámica eligió a los representantes de sus familias. Fueron formados y las conferencias de adhesión puestas en marcha. En el plazo de tres meses se esperaba contar con unos seiscientos millones más de adhesiones a las corporaciones.

El plan de establecimiento original se fusionó con el nuevo plan. Durante el siguiente año el nuevo orden se rodaría. Estimábamos que contaríamos con cerca de dos mil quinientos millones de adheridos en esa fecha, un noventa por ciento de la población mundial, el ratio de éxito que conseguíamos en las conferencias de adhesión. Sólo un diez por ciento de la población no estaba aceptando el nuevo orden. Lo único que podía llegar a preocupar es que se estaban agrupando. Se hacían llamar resilientes. Eran mucho más numerosos en Sudamérica que en el resto del mundo. Parece que era un movimiento semi espiritual, nacido al amparo de lo que nos contaron las embajadas de Argentina y Brasil en los primeros meses después del

blackout, la llamada de Gaia, el abrazo a la conciencia común. Apostaban por comunidades autárquicas, por la autosuficiencia ¡No sé cómo pretendían sobrevivir! Si esa vida antes era prácticamente una utopía ahora, sin tecnología, era completamente inviable.

Séptima ley: “No mantener contacto con humanos no modificados que no pertenezcan a uno de los nueve pilares”.

Las corps no les suministraríamos nada. Tendrían que reutilizar lo que encontrasen en las poblaciones abandonadas. Su vida sería miserable. Antes o después terminarían pidiendo su adhesión. Suplicarían. Entrarían a la base de la pirámide de producción, con los privilegios mínimos. Eso sí les dejábamos adherirse. Quizás fuese mejor que sirviesen de ejemplo. No aceptarlos. Dejar que muriesen, que sus comunidades desapareciesen y se desintegrasen lentamente. Los adheridos se darían cuenta de que habían hecho la mejor elección, no había otra opción. La única factible era pertenecer a las corps, al sistema, al nuevo orden mundial.

* * *

Desierto de Nubia, Sudán

Entonces exclamó el rey Schahriar: "¡Oh Schehrazada! ¡Cuán espléndida es esa historia! ¡Oh, qué admirable es! Me has instruido, ¡oh docta y discreta! y me has hecho ver los acontecimientos que les sucedieron a otros que yo y considerar atentamente las palabras de los reyes y de los pueblos pasados, y las cosas extraordinarias o maravillosas o sencillamente dignas de reflexión que les ocurrieron. Y he aquí en verdad, que, después de haberte escuchado durante estas mil y una noches, salgo con un alma profundamente cambiada y alegre y embebida del gozo de vivir. Así, pues, ¡gloria a quien te ha concedido tantos dones selectos, ¡oh bendita hija de mi visir! ha perfumado tu boca y ha puesto la elocuencia en tu lengua y la inteligencia detrás de tu frente!'

Las mil y una noches, "Conclusión"

Una semana antes de la luna llena, Bushra me dijo que debía ayunar. Purificar mi cuerpo para el ritual de entrada en el círculo. Durante esos días debía permanecer en el interior de mi tienda hasta que llegase el ocaso. Bushra me dijo que tenía que reflexionar sobre la etapa que dejaba atrás. La etapa cíclica de mi vida. La etapa en que cada luna purificaba y renovaba mis fuerzas. Los ciclos me habían ayudado a avanzar en la espiral de la rueda del tiempo. Cada ciclo me había acercado a mi verdad interior. Las lunas desaparecían cuando cada mujer encontraba su yo. Cuando no necesitaba más fuerzas exógenas para alcanzar la armonía, el equilibrio que cada mujer tenía escrito en su destino, el lugar que tan sólo ella podría encontrar en su interior.

Debía reflexionar sobre mi verdad. Sería mi punto de referencia. Mi guía en la recta final de mi vida. La que me acompañaría en el camino hasta el

ocaso. Una época plena, llena de sabiduría que podía dejar marchitar o podía optar por compartir y dedicar a iluminar a los que iniciaban el camino.

Aquellos días, en la soledad de mi tienda repasé todos los grandes hitos de mi vida. Analicé las encrucijadas con las que me había ido encontrando a lo largo de los años. Intenté pensar en cómo habría sido mi vida si, en una de esas encrucijadas, hubiese tomado otra decisión. Me esforcé en recordar lo que me había llevado a inclinar la balanza en una dirección o en otra. Y me di cuenta que, en esos grandes momentos de cambio, la vida me había llevado por el camino que me tenía reservado. Elegí lo que quería estudiar, sí, pero sólo entre las opciones que conocía entonces. Elegí casarme con Pierre. También fue una elección limitada. Mi círculo de amistades en París, aunque grande, no abarcaba a más de quinientas personas. Decidimos tener hijos, era lo que tocaba en aquel momento. Pierre me dejó por otra mujer más joven. Claramente aquello no fue una decisión mía, pero me brindó la oportunidad de reunir el valor suficiente para superarlo e iniciar con los niños una nueva vida en Zanzíbar. Seguramente esa decisión fue la que tomé de forma más consciente, la única que puedo considerar, de verdad, una decisión propia.

Después de todo lo que pasó allí, mi única decisión, la de mi yo interior, había sido vivir. Sobrevivir y sobreponerme al dolor. Mi verdad era la vida. Mi guía era la luz que iluminaba mis días junto a la oscuridad que envolvía mis noches y tejía mis sueños. El camino que me quedaba por recorrer era mucho más corto que el ya vivido. Mis ciclos también se acortarían. Del tiempo entre dos lunas al tiempo entre dos amaneceres. Debía conseguir vivir cada día como si fuese el último. Disfrutar de cada instante que la vida me regalase.

Durante aquel ayuno, cuando salía de mi reclusión en la tienda, de mi búsqueda interior, iba siempre a la tienda del *sheikh*. Me gustaba hablar con él. Mi árabe había mejorado mucho, tanto que ya no necesitaba que Bushra hiciese de intérprete. Como todos los hombres sabios, el *sheikh* tenía el don de saber escuchar. Me preguntaba por mi vida, por las costumbres de Occidente, por nuestra historia, nuestra cultura. Absorbía el conocimiento que había en mis palabras. Decía que para ser un buen líder, era necesario conocer los errores y los triunfos de otras civilizaciones, de otros pueblos. Las situaciones se repetían a lo largo de la historia. Las decisiones que otros tomaron, condenaron culturas enteras a la extinción y perpetuaron otras a lo largo de la historia.

Allí, descalzo, sentado sobre las esteras que cubrían la arena del desierto de su tienda, con las piernas cruzadas bajo su túnica blanca, transmitía serenidad en cada movimiento. Conseguía que me sintiese única, especial. Siempre me llamaba *azrak emra'a*. Creo que nunca me llegó a preguntar cuál era mi nombre real.

La noche antes del ritual de entrada al círculo, cuando llegué a su tienda, el *sheikh* me pidió que le acompañase. Anduvimos más allá de los límites del campamento. En dirección Oeste, hacia el ocaso. El sol ya se había puesto, pero su reflejo iluminaba aún el cielo con un color azul anaranjado que le daba un toque de irrealidad. El *sheikh* tenía la vista pérdida en el horizonte. Me contó que su mujer había muerto durante la temporada de lluvias del año anterior. Cuando murió, pensó que su destino era recorrer su propio camino al ocaso en soledad. Tenía la convicción hasta que *azrak emra'a* llegó. Me miró a los ojos mientras cogía mis manos. Yo era el talismán del pueblo beja, pero además me había convertido en la luz que iluminaba su camino. Veía en mí a una mujer sabia, honesta y bondadosa. El ya no era un hombre joven, pero quedaba vigor y fuerza en su cuerpo para protegerme y compartir mis noches.

Aún no conocía bien todas las costumbres beja. No importaba. Mi respuesta no llegó desde la razón si no desde el corazón. Acerqué mis labios a los suyos y le besé. Nuestros cuerpos se fundieron en un abrazo. Los últimos rayos de luz se tiñeron de la oscuridad de la noche, mientras el *sheikh* tomaba mi cara entre sus manos y besaba mi frente, mis párpados, mis labios.

El ritual de entrada al círculo era un hito importante. Debía descansar. Me acompañó hasta mi tienda. Cuando el ritual terminase, anunciaría al *bedana* nuestra unión.

Aquella noche no pude dormir. El ayuno. El ritual. El *sheikh*. Mi cuerpo era incapaz de procesar todo lo que me estaba ocurriendo.

Al amanecer Bushra vino a buscarme a la tienda. El círculo del saber había preparado ya la tienda de los baños de humo. Me esperaban. Cuando entré, la tienda despedía un agradable olor a incienso, mezclado con otras hierbas y esencias de flores. Todas las mujeres se sentaban en círculo alrededor de un cojín de seda en el que Bushra me colocó. Entonaban cánticos repetitivos que no llegaba a comprender. De pronto todas callaron y Bushra inició el ritual. Me desnudaron para que pudiese recibir la nueva etapa limpia, sin recuerdos, ni ataduras de mi vida anterior. Me lavaron con agua perfumada para purificar mi cuerpo por fuera, igual que yo lo había purificado con el ayuno por dentro. Pintaron una espiral en mi vientre con *hinna*³⁴ para recordar la etapa cíclica que dejaba atrás y un disco en las palmas de mis manos, para representar mi entrada en el círculo del saber.

Después cada una hablo de su yo, de su verdad, de su armonía, de su equilibrio y escucharon el mío que, expresado de diferente forma, venía a ser muy similar al de todas las demás.

Repitieron los cánticos. Me cubrieron con una túnica blanca bordada y cada una me dio dos besos. El ritual había terminado. Era parte del círculo del saber. Bushra cerró el ritual con la fórmula tradicional y les dijo que

quería compartir algo con ellas. Bushra era la hermana del *sheikh*. No me cabía la más mínima duda de lo que quería compartir.

El anuncio de nuestra unión fue recibido con gran alegría por todo el círculo. Se repitieron los besos, acompañados de sonrisas, frases de felicitación, abrazos y el regalo de un *te-saqwit* que Bushra había bordado para mí. No era lo que marcaba la tradición, pero para mí habría sido excesivamente complejo, además de no disponer de tiempo. Me abrazó mientras me decía que a partir de ese momento éramos hermanas. Hacía varias semanas que el *sheikh* había hablado con ella sobre sus sentimientos.

Cuando salimos de la tienda de los baños todo el *bedana* conocía la noticia. El *sheikh* me tomó por el hombro. Juntos recibimos la felicitación de todos y cada uno de los miembros de la tribu.

Esa noche el *sheikh* sacrificó cuatro cabritos. Cada familia, como celebración de nuestra unión, sacrificó otro cabrito. Las mujeres prepararon *kuskus*, mantequilla agria y *o'tam*. Había queso de cabra y de camello y abundante cerveza de la que preparaban con el *harob*.

Las llamas de las hogueras bailaban hacia el cielo como si quisiesen tocar las estrellas. La música no cesó hasta muy avanzada la noche. Algunos de los ancianos sabían que llevaba semanas aprendiendo a tocar la *rababah*. Entre todos consiguieron que perdiera la vergüenza y tocara delante de la tribu. Agradecían mis esfuerzos por adaptarme a su vida. Celebraban la suerte y la alegría de su *sheikh*. Después de mi pequeño concierto la fiesta continuó. Bailaban alrededor del fuego. Cantaban y emitían gritos de júbilo. Nosotros nos retiramos a la tienda del *sheikh*. Me llevó a la división derecha de la tienda, la reservada para los hombres. Seguía llevando la túnica blanca bordada, que las mujeres me habían puesto en el ritual de entrada al círculo. Bajo la tenue luz de la luna llena, filtrada por las rendijas de la tienda, el *sheikh* me desnudó. Exploró mi cuerpo palmo a palmo, con manos expertas, delicadas. Se recreó en darme placer, en excitar cada uno de mis sentidos, en despertar mi sensualidad, mi deseo. Mi libido volvió a nacer. Las heridas de las violaciones, las que no habían podido curar los cuidados de Bushra cicatrizaron. Le pedí que me poseyera, que me hiciese suya. Juntos, con la música y los cantos de la celebración de telón de fondo, alcanzamos el clímax.

Aquella noche soñé que era el viento que movía las nubes, el viento que hacía que la arena del desierto viajase, el viento que avivaba el fuego. Aquella noche supe que había nacido para encontrar al *sheikh*.

Cinco días más tarde levantábamos el campamento. Yo encabezaba la caravana junto al *sheikh*. Nuestro camino al Norte comenzaba.

* * *

Totnes, Reino Unido

Mientras el corazón lata, mientras la carne palpita, no me explico que un ser dotado de voluntad se deje dominar por la desesperación.

“Viaje al centro de la tierra”, Julio Verne

Conseguimos convencerlos de que era necesario levantar su autoencierro. No tenían que abrir la ciudad pero debían enviar patrullas al exterior. Necesitaban obtener información de lo que estaba pasando en el resto del condado. Intentar saber qué ocurría en Inglaterra. María y yo nos ofrecimos voluntarios. Habíamos recorrido un hueco de kilómetros en territorio hostil. Estábamos acostumbrados. Teníamos experiencia.

Aceptaron después de marear la perdiz todo lo que quisieron y más. Nos acompañarían tres miembros de sus patrullas de vigilancia. Tenían armas. Si las cosas no habían cambiado, las necesitaríamos.

Las primeras incursiones al exterior no arrojaron demasiada luz. En realidad no sirvieron para nada. Avistamos en la distancia, grupos de personas que los de las putas patrullas identificaron como parte de los clanes vecinos. Estaban acojonados. No querían tener contacto con nadie. Nos prohibieron acercarnos. Decían que pondríamos en peligro a toda la comunidad.

El miedo nunca fue buen consejero. Estaban cegados, agarrotados, cagados. Preferían la muerte lenta en su madriguera que aventurarse a descubrir que tenían otras alternativas. Les faltaba sangre. Les faltaban

huevos. Hablamos con la asamblea. María y yo no necesitábamos armas. Debían dejarnos salir solos. Bajo nuestra responsabilidad. Al fin y al cabo no éramos parte de su comunidad. Si moríamos no serían culpables. Habría sido nuestra elección.

A mediados de Noviembre conseguimos el puto permiso de la asamblea. Yo estaba al límite, no paraba de decirle a María que nos escapásemos, que nos pirásemos de Totnes. Estaban muriendo. Yo no quería morir.

En la asamblea no todos estuvieron de acuerdo, pero como les ponía cachondos el tema de las votaciones, votaron. Democráticamente, por una papeleta, un sólo voto de más a nuestro favor, nos autorizaron a salir. Richard era de los pocos que veía con claridad que necesitaban información, salir de su agujero. Se portó. Nos facilitó mapas de la zona. La población cercana de mayor tamaño era Plymouth. Siempre había sido un puerto importante. Antes del *blackout* vivían cerca de trescientas mil personas en la ciudad. Southampton era algo mayor, pero estaba a ciento cuarenta millas. Plymouth estaba sólo a veinticinco millas, cuarenta kilómetros. Podíamos llegar allí en un par de días, contando con que parásemos en las poblaciones que fuésemos encontrando.

Mantuvimos el sistema que habíamos seguido para atravesar España y Francia. Avanzábamos por campo a través pero, a diferencia de la época anterior, de día e intentando acercarnos a los pueblos que veíamos en la distancia. Muchos de ellos estaban completamente abandonados. En algunos pudimos escuchar y ver signos de violencia desde lo lejos. Otros eran pueblos fantasmas que cerraban las ventanas y las contraventanas a nuestro paso. La gente no se fiaba ya ni de su padre. En Ivybridge decidimos hacer noche. Habíamos visto a algunas personas en el interior de las casas. Llamamos a muchas puertas, pero ninguna quiso abrirnos, ni siquiera hablar con nosotros. No estaba siendo muy útil. Debíamos habernos pirado. Haber ido directamente a nuestra bola, a Londres.

Con la primera luz del alba estábamos en marcha. Llegamos a Plymouth antes de las diez de la mañana. La ciudad estaba arrasada. Había sido escenario de batallas campales. En las calles se podían ver los esqueletos de vehículos quemados, de contenedores, muebles. El vandalismo había destrozado ventanas, farolas, fachadas. El fuego había alcanzado barrios enteros de la ciudad que mostraban los esqueletos de los edificios y sus cenizas, como recuerdo de la violencia vivida.

Decidimos ir al puerto. Si en algún sitio podíamos conseguir información, sería allí. Algún barco seguiría haciéndose a la mar. Si no conseguíamos nada en el puerto, yo era partidario de enfilar a Londres directamente, sin pasar por Totnes. María no. Empezamos una discusión que paramos de golpe cuando escuchamos una grabación. Era la voz de una mujer potenciada por altavoces. Nos detuvimos. Oímos el ruido de un motor a lo lejos. De pronto,

doblando una esquina lo vimos. Era un camión. Circulaba despacio por las calles de Plymouth. Anunciaba unas charlas. Algo del nuevo orden mundial. En el estadio de fútbol Argyle Home Park, a las 13:00.

Buscábamos información. No encontraríamos una mejor oportunidad. Anduvimos por las calles de Plymouth. Era una puta ruina. Todo estaba destrozado. Llegamos al estadio con bastante antelación. Largas colas de gente flanqueaban sus puertas, esperando a entrar.

A la una en punto, según el reloj que se mostraba en las pantallas del estado, abrieron las puertas. Estaban custodiadas por patrullas militares. No sé si del ejército británico, de milicias o de qué, pero iban forrados hasta los dientes de armas.

La energía estaba siendo restablecida poco a poco en determinados puntos del mundo. Nueve corporaciones trabajando de forma conjunta lo habían conseguido. Durante estos meses el mundo había cambiado radicalmente. Los gobiernos habían caído, más de dos tercios de la población había muerto debido a la falta de abastecimiento de alimentos y a las guerras. La nación islámica y las corporaciones habían conseguido firmar un acuerdo de paz duradero. La nación islámica era ahora parte de las corporaciones. El mundo, la humanidad había sufrido, pero todos debíamos mirar al futuro. Olvidar la barbarie de los últimos meses. Las muertes. El sufrimiento. Las corporaciones, incluida la parte integrada por la nación islámica, querían devolver el bienestar a la población. Estaban restableciendo la producción de los servicios y los productos básicos, lo que garantizaba el bienestar y la seguridad de todos. Necesitaban nuestra ayuda. Todos éramos bienvenidos. Debíamos reconstruir un mundo maltrecho. Sobreponernos al dolor. Aprender de los errores del pasado y apostar por una sociedad más equilibrada, más eficiente. De ahora en adelante no existirían gobiernos. Las nueve corporaciones habían formado un consejo transnacional que englobaba todos los pueblos del mundo. Las corps identificarían las necesidades de la población y diseñarían la producción para abastecerlas. El ultracapitalismo había llevado la civilización a su muerte. No existiría ninguna moneda en el futuro. Cada uno tendría acceso a unos servicios y productos, acordes con su trabajo. Las corps garantizaban a todos aquellos que trabajasen para el sistema que no les faltaría nada; ni alimentos, ni educación, ni sanidad, ni ocio. Debíamos trabajar como un equipo. Unir nuestros esfuerzos. Contribuir a la reconstrucción de un nuevo mundo.

Todo el que quisiese hacerlo, era más que bienvenido. Sólo había nueve reglas. Las nueve reglas de los nueve pilares. Todos los que se adhiriesen y aceptasen las nueve reglas, recibirían como contrapartida los nueve compromisos de las corps.

¡Era la leche! Lo habían conseguido. Habían restaurado la puta energía. El mundo volvería a funcionar. Daba igual si era con corporaciones, con multinacionales, con políticos o con su puta madre. Las cosas volvían a la normalidad.

María me contuvo. Yo me habría adherido al sistema allí mismo. Sólo había que firmar y te metían un chip subcutáneo con el que pasabas a estar identificado en la nueva sociedad.

María insistió en que debíamos volver a Totnes. Compartir con ellos la información. Nos habían acogido cuando estábamos al límite. Se lo debíamos. Si había que ir, que fuese ya, antes de que cambiase de idea. Nos pusimos en marcha del tirón. El camino de vuelta lo hicimos sin ninguna parada. Llegamos a Totnes a mediodía del siguiente día. Estábamos exhaustos, pero ilusionados. Veíamos la luz al final del túnel.

La asamblea se reunió de inmediato. Intenté resumir toda la batalla de las corps y los pilares y las reglas y los compromisos. Aunque en realidad sólo había un mensaje que contar; se estaba restableciendo la energía en el mundo, aún parcialmente, por zonas, pero el proceso había empezado. Londres acogía una de las mayores células productivas del pilar de la energía. La población se había reducido drásticamente. Estaban buscando gente. Admitían a todos los que quisiesen unirse a sus corporaciones. Garantizaban la seguridad, el alimento, el acceso a la energía, a una vivienda, a asistencia sanitaria, a educación. Era de largo, la mejor opción que todos teníamos. La única.

* * *

Cerca de Vancouver, Canadá

El aire es tan puro que me hace daño al respirar. Hay tanta luz que apenas si puedo abrir los ojos del todo. Huele a musgo, a tierra mojada, a lluvia, a viento, a hojas secas. Morimos en el búnker y renacimos a una nueva vida. Somos parte de la neotribu. Todos juntos debemos ponernos en marcha. Es tiempo de emprender el viaje.

Efectivamente Mark tenía un plan. No contemplaba el suicidio colectivo, pero sí lo de volar la casa por los aires. Anoche lo hizo. Desde que llegaron no dejaba de decir que eran una amenaza, que no podían estar allí cuando volviese la familia del lugar adónde se hubiesen marchado. Matarían a los hombres, violarían y esclavizarían a las mujeres ¡Vete a saber qué harían con los niños! Eran desechos urbanos. Si habían llegado tan lejos de la ciudad, es que algo había cambiado en Vancouver. Quizás la guerra se había recrudecido. Quizás se había firmado una paz y el sistema de pillaje del que se alimentaban no tenía ya cabida en las ciudades. Eran carroñeros. Llegaron al amparo de la noche. Armados hasta los dientes. Se aproximaron a la casa como lo haría un comando militar. Querían tomar por sorpresa a los que vivían allí. Durante dos días peinaron la zona, hasta que llegaron a la conclusión de que no había nadie. Entonces empezó el saqueo. Mataron a las cabras, al gallo, a las gallinas y a los patos que consiguieron abatir con sus armas. Pasaban el día comiendo, desvalijando la despensa, arrasando con lo poco que aún crecía en la huerta y en la zona de frutales.

Mark no los quería allí. En cualquier momento llegaría la familia de donde quiera que estuviesen. Habría una matanza. No lo podía permitir.

Yo no llegaba a entender qué podíamos hacer nosotros, el temporizador del búnker estaba a punto de llegar a su fin. Sólo quedaban cuatro días para que se cumpliesen los 140 días de encierro, pero no se podía adelantar. Eso era algo que Mark dejó claro desde el primer día. Fue entonces cuando Mark destapó sus últimas cartas, su as en la manga. No podía arriesgarse a que cuando nosotros saliésemos del búnker, ese tipo de gente hubiese tomado nuestra granja. Años atrás había colocado explosivos en la base del *earthship*. Cargas de dinamita, activadas por control remoto desde el búnker.

Desde que llegaron, Mark estudió sus hábitos, sus horarios. Eran descuidados. Después de peinar la zona, abandonaron las guardias. Habían traído alcohol. La mayoría de los días terminaban borrachos. Las noches eran frías. Dormían en el interior.

Hacía diez días que la familia había abandonado la granja. Debían estar a punto de volver. El 28 de Noviembre montaron la gran bacanal. Les veíamos beber. Les escuchábamos gritar. Cuando cayó la noche, todos estaban en el interior de la casa. Suponíamos que dormidos. No tendrían tiempo para reaccionar. Había suficiente carga para volar diez casas como la nuestra. Mark pulsó el botón. El ruido fue atronador. La tierra tembló. El búnker tembló. A través del periscopio sólo se veía una nube de polvo. Rachel no dejaba de llorar. Patrick estaba en un rincón hecho un ovillo. Se tapaba los oídos. También lloraba.

Le pregunté a Mark si pensaba que habrían muerto. No le cabía la más mínima duda. La detonación se habría escuchado a varias millas a la redonda. Si la familia estaba en algún punto de la montaña lo habría oído. No tardarían en volver. Debíamos pensar y planificar nuestra salida del búnker. Teníamos que conseguir el tiempo suficiente para explicarles que lo habíamos hecho por su bien, que éramos los dueños de esa tierra, que aquel grupo les habría matado.

Cuando el temporizador parase, la escotilla del techo podría abrirse. Había sido la puerta de entrada a nuestro encierro. Una vez abierta, sólo diez pies de tierra nos separarían del exterior. Estaría compactada. Habría que romperla desde el interior del búnker, la tendríamos que picar. No tardaríamos más de una hora en abrir el hueco para poder salir. Los perros oirían el ruido mucho antes que los miembros de la familia. Les pondrían sobre aviso. Debíamos contar con que estarían esperándonos fuera; armados, expectantes, con miedo, cargados de adrenalina, listos para defenderse. Mark no creía que se fuesen de la granja antes de que el búnker se abriese.

Los nervios me comían por dentro. Estábamos a sólo un paso del ansiado día. A punto de recuperar nuestra libertad perdida ¿Qué habría pasado en el mundo durante estos últimos cinco meses? ¿Qué haríamos? Si nos quedábamos en nuestras tierras, tendríamos que empezar de cero. El

earthship había volado por los aires junto con el establo, la quesería, la huerta y los frutales. Sería difícil conseguir cualquier tipo de material para reconstruir todo. El invierno se acercaba. Haría frío. Rachel era aún tan pequeña. No lo resistiría. Debíamos pensar en ella. Lo más prudente sería acercarse a Vancouver. Conseguir noticias de la realidad. De lo que pasaba en el mundo. Quizás la normalidad se hubiese restablecido.

En cuatro días sabríamos si habíamos superado la primera prueba; salir con vida de nuestro encierro. Un encierro que nos había debilitado. Éramos espectros. El tedio había minado nuestra fortaleza. La rutina había doblegado nuestra voluntad. El silencio, los susurros, la luz artificial, la misma comida monótona, el permanente olor a cerrado, a rancio. Un horizonte de cuatro paredes.

En sólo cuatro días, el mundo se abriría de nuevo ante nosotros. De forma incierta. Como un nuevo sendero que hay que explorar. Como una hoja en blanco en la que escribir nuestro nuevo futuro... En sólo cuatro días.

* * *

Diciembre

Tokio, Japón

Hace mucho tiempo en Japón, solían usarse faroles hechos con bambú y papel, llevando dentro una vela. Un hombre ciego fue a visitar a un amigo. Cuando su visita terminó, su amigo le ofreció un farol para el camino de vuelta a casa.

"No me hace falta ningún farol." dijo "Oscuridad o luz es lo mismo para mí."

"Ya sé que no necesitas un farol para encontrar tu camino," respondió el amigo "pero si no llevas uno, alguien podría chocarse contigo, así que debes llevarlo."

De este modo el ciego tomó el farol y partió hacia su casa. No había andado mucho cuando alguien se chocó de frente con él.

"¡Mira por dónde vas!", exclamó el ciego, "¿Acaso no ves este farol?"

"Tu farol se ha apagado, hermano", respondió el extraño.

Los resilientes están minando mi popularidad, mi autoridad. Atentan contra el orden mundial. Hace unas semanas comenzaron los ataques a algunas de las células productivas. Principalmente a las de energía y alimentación. En unas roban, en otras arrasan cosechas completas. El Ejército para la paz no consigue erradicarlos. Actúan en pequeños comandos. Siguen una estrategia de guerra de guerrillas. Tan pronto aparecen, como desaparecen. Algunos caen, pero el resto parece no amedrentarse. Luchan en nombre de la libertad, de la liberación de Gaia. Hablan de liberar a la Tierra de la explotación a la que las corporaciones la someten. Están en contra de

los transgénicos, de las farmacéuticas, del Ejército para la paz, de los implantes de mejoras genéticas. Quieren desestabilizar el orden mundial.

Algunos adheridos se hacen eco de sus proclamas. Empieza a haber *grafittis* resilientes en las células productivas. No entiendo cómo han conseguido organizarse, ni tampoco cómo se han infiltrado en nuestras células. Son pocos. La inteligencia del Ejército para la paz piensa que no puede haber más de trescientos millones en todo el mundo. Más de la mitad se concentran en Sudamérica. Debimos establecer un mayor control en ese territorio. No hay ninguna célula matriz allí. Llevan desde el principio con sus absurdas historias de Gaia, la conciencia común y la vuelta a la comunidad.

El Consejo me culpa. Buscan un cabeza de turco. No entienden que el problema no radica en el diseño del orden mundial. Son fanáticos. No tienen nada que perder. Viven en la precariedad. No les importa morir. Las familias piden mano dura. El Consejo ha aprobado nuevas leyes contra los resilientes. Me siento observado, sojuzgado, incluso dentro de mi propia familia. La lectura de mi última reunión con Yuito Bronde no es buena. Cuestionó mi capacidad, mi liderazgo. Dijo que estoy poniendo en peligro la viabilidad y el prestigio de la familia del ocio. Si perdemos cuota de poder en el Consejo, los nueve pilares se desestabilizarán. Alguna de las otras familias querrá conseguir más poder. Nuestro poder. Podríamos desaparecer. El general del Ejército para la paz había contactado con él. Estaba preocupado por el curso de los acontecimientos. Él por supuesto me había defendido, pero teníamos que dar una respuesta contundente.

Le expliqué que se trataba de ataques esporádicos. Estaban controlados. No afectaban a la capacidad de producción. Los adheridos no podían abandonar las corps, no sin morir. Los módulos de modificación genética lo impedían. El germen resiliente no crecería entre los adheridos.

Yuito volvió a expresar su preocupación y a reiterar que confiaba en mí.

Repasé nuestra conversación; “Los módulos de modificación genética lo impedían”. Sí, a casi todos, a todos, excepto a mí. Mi implante era de antes del *blackout*. Fui el conejillo de indias del primer equipo de desarrollo. Ninguno de ellos está ya vivo. Formaban parte de los primeros equipos de batida. Cayeron pronto. Ellos conocían las mejoras que tengo incorporadas. Fueron quienes las diseñaron. La diferencia principal frente a cualquier otro implante existente, además de poder extraerse sin riesgo, es mi capacidad de almacenamiento audiovisual de todo lo que percibo y su transmisión en tiempo real a mi propio nodo blindado en la red. Ya no era joven. Las mejoras en rendimiento físico no tenían demasiada utilidad en mi gastado cuerpo. Sin embargo, tener registrado lo que mis cinco sentidos percibían en cada segundo de mi vida y almacenarlo en un punto al que por ahora, sólo yo

tenía acceso para tratarlo, visualizarlo, estudiarlo..., tenía un valor incalculable.

Después de mi reunión con Yuito revisé las grabaciones de las últimas semanas. Una a una, desde la notificación del primer ataque, el día 3 de Diciembre. No eran paranoias mías. Estaba siendo vigilado. El Consejo planeaba atentar contra mi persona. La decisión de cambiar de presidente ya había sido tomada ¿De quién vendría el ataque?, ¿de mi propia familia?, ¿del Ejército para la paz? Lo más limpio sería utilizar a un comando entrenado del Ejército.

Llamaron a mi puerta. Era mi mujer. El comandante de la séptima flota estaba allí. La célula productiva de las minas de plata de Pierina, en el antiguo Perú, había sido atacada por un grupo resiliente.

El propio comandante. Realmente no querían dejar cabos sueltos.

Mi mujer sujetó la puerta de mi sala de meditación para dejar pasar al comandante. Gentil, educado, cortés, la invitó a pasar a la sala. No había secretos para la mujer del presidente.

Ella también moriría. No lo merecía. Pero así estaba escrito en su destino.

Cerré el acceso a mi centro particular de procesamiento de información. Blindé el acceso a mi nodo. Antes o después la puerta se abriría. Lo que pasase en los siguientes minutos quedaría grabado. El mundo lo sabría. La verdad se conocería.

El comandante permaneció de pie, delante de la puerta. Bloqueaba cualquier acceso no deseado. Fue conciso, al grano. El ataque era cierto pero de sobra sabía que no venía por eso. Yo no era en realidad miembro de ninguna familia. Las familias de los nueve pilares existían mucho antes de que yo pudiese intuirlos. Siempre habían existido. Fueron siempre la élite del mundo, la clase dirigente los que diseñaban el destino de la humanidad. Yo era tan sólo un trabajador; creativo, efectivo, eficiente, disciplinado, muy orgulloso y demasiado ególatra para darme cuenta de que las familias me habían utilizado.

El nuevo orden mundial daba sus primeros pasos antes de queuviésemos nuestra primera reunión. Yo ayudé con el antivirus, ayudé a dar coherencia al nuevo orden mundial, pero otros lo diseñaron por mí. Hace tiempo. Antes del *blackout*. Aquello había sido sólo el detonante, la excusa, el botón que ponía en marcha la maquinaria para eliminar los Gobiernos, las fronteras, la propiedad privada y que sobre todo, solucionaría el problema de superpoblación que estaba ahogando al mundo.

Yo había sido un engranaje en la rueda del cambio. Ya no era necesario. Había interiorizado hasta el ridículo mi papel de líder. Era sólo una marioneta. Las revueltas resilientes habían sido la excusa perfecta para que

el Consejo tomase la decisión. No eran la causa, sólo una excusa. El motivo real es que nunca dejé de ser más que un simple adherido pero, cegado y endiosado, pensé que de verdad pertenecía a las familias. Me creí que había alcanzado lo más alto. Soñé que había entrado en el Olimpo. Era el momento de que cada uno volviese a ocupar su lugar. La pantomima había terminado.

El comandante tenía razón. Mi afán de poder me había cegado. Aquella primera lista de las familias de la élite en el buque..., cuando me pareció que la lista estaba preparada de antemano... Lo había estado. Me equivoqué. Quise pensar que yo había llegado a sus mismas conclusiones. Me quise autoconvencer de mi perspicacia. Todos nos equivocamos en algún momento. El comandante sabría que su momento fue éste. Un adherido no merecía tantas explicaciones. La inyección que me estaba administrando habría sido más que suficiente.

Mientras mi cerebro y mi cuerpo se abotargaban, me aferraba a mi venganza; antes o después mi nodo se abriría y en ese momento, el mundo entero conocería la verdad.

* * *

Aswan, Egipto

Y desde entonces nadie pudo encontrar sus huellas y nadie oyó hablar de ellos ni del lugar de su retiro. Porque, en la tierra, solamente algunos entre los hijos de los hombres son dignos de dicha, de seguir el camino que lleva a la dicha y de acercarse a la casa en que se esconde la dicha.

Las mil y una noches, “La tierna historia del príncipe Jazmín y de la princesa Almendra”

La caravana vadeó el Nilo en el tercer día de camino, antes de llegar a la quinta catarata. Atravesamos el desierto en dirección Noroeste hasta el lugar donde *wadi el-milk* se une a una de las trompas del Nilo, al sur de la tercera catarata, al sur de la antigua ciudad de *Dongola*. *Wadi el-milk* fue durante años un afluente del Nilo. Las grandes sequías lo habían desecado hace siglos. Su lecho se utilizaba desde entonces como pista para mover los rebaños de camellos entre Sudán y Egipto. La tribu tomó la senda de *wadi el-milk*. Les llevaría al corazón del acuífero de arenisca. Allí, a pesar de la falta de lluvia, tendrían acceso al agua necesaria para vivir y mantener al ganado. Nosotros seguimos el cauce del Nilo. La primera noche que viajamos solos, acampamos a las afueras de la antigua ciudad de *Dongola*, entre las milenarias pirámides del reino *kushita* y las ruinas medievales del reino de *Makuria*. El Nilo había sido fuente de vida desde la antigüedad, cientos de pueblos, reinos, culturas, habían bebido y vivido de las fértiles tierras que rodeaban el Nilo.

En las cálidas noches del desierto, bajo el manto de estrellas que cubría nuestras cabezas, el *sheikh* me contaba la historia de las dinastías egipcias y nubias, de los faraones negros, de los kushitas, de reinas y de deidades que

vivían en los corredores de las pirámides. Me fascinaba su conocimiento. Era una fuente de saber inagotable, además de un experimentado amante. Cada noche me demostraba que, a pesar de no ser un hombre joven, su pasión y su vigor no habían envejecido. La nuestra era la única tienda que se levantaba todas las noches. Era una tienda provisional, mucho más ligera que la que el *sheikh* tenía en el campamento semipermanente. El resto del grupo, incluido Bushra, dormía alrededor del fuego. Antes de cada amanecer levantábamos el campamento. Avanzábamos hacia el Norte hasta que el sol tocaba su cénit. En las horas centrales de calor a los camellos les costaba avanzar. Solíamos elegir zonas despejadas cerca de la orilla del Nilo para levantar el improvisado campamento que nos cobijaba.

Tardamos ocho días en llegar al lugar acordado para la reunión de las tribus. El Nilo nos llevó hasta el lago artificial de Nubia que dibujaba una singular línea divisoria con Egipto. Una frontera, con forma de cuerno, burlaba las líneas rectas que dividían África, para penetrar en el territorio de la nación vecina. Esas líneas imaginarias que el hombre blanco trazó para repartirse sus riquezas pero que ni el desierto, ni el río entendían, ni respetaban.

El lago era el resultado de la construcción de la presa de Aswan. Cuando fue levantada, toda la población Nubia, varios cientos de miles de personas, tuvieron que ser desplazados. Sus tierras quedaron anegadas por el agua a un lado y otro de la frontera de Sudán. *Wadi Halfa*, el primer puerto fluvial sudanés, controlado por las tribus nubias, quedó sepultado junto con la estación de ferrocarril y toda la riqueza que el tráfico y el comercio generaba en esa zona. La comunidad internacional decidió crear *New Halfa* a modo de compensación. Un proyecto para convertir a los pueblos nómadas al sedentarismo. Para transformarles en granjeros. Las tribus que accedieron se convirtieron en esclavos de un sistema que nunca funcionó. La presa dejó sin agua las tierras de *New Halfa*. El sistema de regadío que les prometieron tardó años en llegar. Mientras, perdieron su espíritu, se empobrecieron y olvidaron que su vida y sus almas estaban ligadas al desierto, no a las ciudades. Aquellos que dejaron de viajar perdieron su condición de hombres libres en las tribus y no ganaron el respeto ni la aceptación en las ciudades. Quedaron condenados a habitar en tierra de nadie.

El lago tenía trescientas cuarenta y dos millas de largo hasta *Aswan*. La reunión no era tan al Norte. Se celebraría el día del solsticio de invierno, en un punto a ciento veinte millas al norte del *Wadi Halfa*, al oeste del lago. En una encrucijada de las rutas de comercio de las caravanas de camellos.

Nuestro grupo llegó dos días después de la luna llena. Muchos de los representantes de las tribus ya estaban allí. En mitad de la nada, en el corazón del desierto se levantaba un campamento de varias millas cuadradas de superficie. Todas las tribus, desde el Mar Rojo hasta Libia, estaban convocadas a aquella reunión. En algún punto de Argelia, el resto de las

tribus del *Al-Magrib*, mantendrían una reunión similar con un objetivo; decidir si aceptaban o no los acuerdos firmados por la asamblea de la nación islámica.

Todos conocían al *sheikh*. Parecía que él también conociese a todos los que estaban allí acampados. Las dos noches antes de que la reunión comenzase, compartimos nuestros víveres y nuestra agua con grupos de otras tribus nómadas. Todos colaboraban, todos contribuían, todos saludaban y honraban a *azrak emra'a*, talismán de los beja y consorte de su primer *sheikh*. Durante aquellos días necesitaba concentrarme tanto para conseguir entender fragmentos de las conversaciones, que terminaba agotada. Ambas noches tuve que retirarme antes de que el resto empezase a pensar en dejar morir los fuegos.

El día del solsticio de invierno la reunión comenzó por la mañana. El silencio era sepulcral. Sólo un orador hablaba a través de un megáfono. El sonido viajaba por la planicie del desierto como si fuese un auditorio. El orador pertenecía a la asamblea de la nación islámica. Había sido enviado para trasladar las decisiones de la asamblea a las tribus y obtener su ratificación.

La guerra había terminado. La nación islámica y Occidente habían firmado una paz duradera, una paz que prometía ser estable. Después de la toma de los territorios europeos, la contienda se había extendido a los Estados Unidos por Occidente y a China y la India por Oriente. La asamblea no se enorgullecía. Ambos bandos habían hecho uso de armas de destrucción masiva. Millones de personas habían muerto en territorio islámico y en territorio enemigo. Si la guerra hubiese continuado, toda la humanidad habría corrido un grave peligro; la extinción. Había sido necesario firmar la paz. En un primer tratado se acordó abrir una tregua para mantener conversaciones con Occidente. Los antiguos gobiernos de lo que ellos llamaban el primer mundo habían caído, los países habían sucumbido al caos y la población, perdida ante la falta de líderes o guías, apenas había sido capaz de sobrevivir. Estimaban que más de dos tercios de la población habían muerto.

Occidente se había unido para reconstruir un nuevo mundo. Un mundo adaptado a la realidad de hoy, al presente que a todos nos tocaba vivir. Durante las conversaciones que se mantuvieron, el presidente del nuevo consejo supranacional les expuso y explicó el nuevo orden. Estaba enfocado a conseguir avances tecnológicos para mejorar la calidad de vida del ser humano en todo el planeta. Querían eliminar las desigualdades que, hace tan solo medio año, dividían la tierra en parias y afortunados. Enterraban el sistema capitalista, el modelo de crecimiento ilimitado, la oferta ilimitada. Planteaban un sistema en que no existiría una moneda. Se definían las necesidades básicas del ser humano y se cubrían a través de las corporaciones, a las que cada uno, en su medida, contribuía con su trabajo.

Cada persona recibía en contrapartida a su trabajo, una serie de privilegios que le daban acceso a los servicios y productos básicos que las corporaciones ponían a su disposición.

Las corporaciones estaban dirigidas por familias. Los más capacitados para la organización y la administración de la producción. Los que se adherían a las corporaciones, se adherían también a una familia en función del tipo de trabajo que fuesen a desarrollar.

El orador habló de las nueve reglas, de los nueve compromisos. Explicó el funcionamiento de las células productivas y las células matrices. Ahondó en que el nuevo sistema corregiría las ineficiencias del pasado. Las células serían diseñadas para conseguir un alto grado de autosuficiencia. Se evitarían las redes centralizadas. Se diseminaría la población y la producción. La tecnología permitiría eliminar las distancias, globalizar y unir los núcleos de población dispersos. Se dejaría de expoliar los recursos naturales de las zonas pobres para enriquecer a las zonas ricas. No habría fronteras. No habría países. La humanidad se unía para conseguir el equilibrio, la estabilidad.

El nuevo orden se diseñó cuando la nación islámica aún estaba en guerra con Occidente, pero ellos querían sellar una paz duradera. Conseguir convivir en armonía y sin disputas con la nación islámica. Les ofrecieron formar parte del nuevo orden mundial. Tomar control de parte de las corporaciones.

La asamblea de la nación islámica, después de muchas deliberaciones, había aceptado la oferta. No se podían permitir que la guerra continuase. Que la población siguiese muriendo por millones. El mundo debía alcanzar un equilibrio. Dejar atrás las rencillas, la competencia, las luchas de poder y apostar por el desarrollo de la Humanidad en su conjunto. La asamblea había elegido a los miembros de la nación islámica que formarían parte de las familias en las corporaciones de energía y recursos naturales. Eran los dos pilares que quedarían bajo el control islámico. El plan de establecimiento en África y Europa se realizaría bajo el mando de las familias designadas por la asamblea. Las células matrices de esos dos pilares se habían trasladado, la de energía de Londres a Al-Riyad y la de recursos naturales de Moscú a Johannesburgo.

Todas las tribus eran útiles al sistema. Todos y cada uno de ellos y de aquellos a los que representaban, podían contribuir. Producirían según las políticas diseñadas por las corps. Por su trabajo se les garantizaría acceso a sanidad, a agua, a ocio, a alimentos. Podrían abandonar la vida nómada, la dura vida en el desierto, disfrutar del progreso, de los avances científicos. Las células productivas necesitaban ayuda. Él, en representación de la asamblea, había venido a pedírsela.

Durante todo ese día y el siguiente las preguntas al representante de la asamblea se sucedieron. Las tribus no veían qué ventaja obtenían abandonando la vida que habían llevado durante siglos para unirse a un nuevo orden, diseñado por occidentales y controlado por familias a las que no conocían. Ellos estaban ya organizados en familias, en *bedana*. Conocían a los *sheikhs* de cada *bedana*, conocían a todas las familias que vivían bajo la influencia del Nilo. Recordaron lo que había pasado en *Wadi Halfa*, las promesas que entonces hicieron al pueblo nubio se parecían mucho a las que les hacían ahora. Les prometieron agua, una forma de vida. Trabajo garantizado y servicios a los que nunca antes habían tenido acceso. Todo fue mentira. Ganaron una vida miserable que, varias generaciones después, era aún más mísera y rastrera. Habían perdido su orgullo. El desierto les rechazaba. Se habían vuelto débiles.

Los representantes de las tribus empezaron a mantener reuniones reducidas con no más de tres o cuatro tribus representadas en cada reunión. La mayoría estaba de acuerdo. Ratificar los acuerdos que la asamblea había firmado, les robaría su forma de vida. Les convertiría en esclavos de un sistema, de un orden que no era el suyo. Algunas tribus, las que más habían sufrido por el cambio climático y las sequías extremas de los últimos años, pensaban que podía ser una buena alternativa. Su forma de vida estaba condenada a morir. Tenían una oportunidad de unirse a un nuevo orden, algo que nacía en ese preciso momento de la historia. No serían desplazados porque, todos, eran nuevos en el sistema. No sufrirían rechazo. No quedarían en tierra de nadie como le pasó al pueblo nubio.

Las tribus afines fueron cerrando posiciones por grupos. El último día de aquel año, el representante de cada tribu que asistía a la reunión habló. El *sheikh* fue breve:

“El pueblo beja no ratifica los acuerdos firmados por la asamblea. Tampoco los rechaza. Siempre hemos sido siempre un pueblo libre. Nuestra sangre es mitad sal, mitad arena del desierto. No abandonaremos nuestra tierra, ni nuestras tradiciones, ni nuestra forma de vida. No nos convertiremos en esclavos. El desierto cuida de nuestro pueblo desde hace más de cinco mil años. Preferimos aceptar su protección, a la protección de las corporaciones de las que habéis hablado. Mientras que el nuevo orden no interfiera en nuestra vida, el pueblo beja desaparecerá en las profundidades del desierto. Las corps no sabrán nada de los beja.”

La noche anterior el *sheikh* me dijo que los *jinn*s de la profecía seguían libres. Estaban cambiando su disfraz, su máscara, pero eran los mismos *jinn*s que trajeron la oscuridad y la muerte al mundo. El único refugio seguía siendo la vuelta a los orígenes. El abrazo a la madre Tierra, a su desierto.

* * *

Londres, Reino Unido

Me parece, Golan, que el avance de la civilización no es más que un ejercicio en la limitación de la intimidad.

“Los límites de la Fundación”, Isaac Asimov

La asamblea de Totnes no consiguió salir de su espiral. Empezaron a deshojar la margarita. A elucubrar con qué deberían hacer o dejar de hacer. Por María y por qué nos ayudaron en un momento difícil, aguanté una semana el paripé. Después le dije a María que con o sin ella yo me iba. Londres nos estaba esperando. Totnes había firmado su sentencia de muerte. Había personas capaces de lidiar con situaciones chungas y otras que se colapsaban. Los de Totnes estaban en el segundo grupo. Yo no estaba dispuesto a meterme en ese saco. María remó un poco pero estaba de acuerdo. Teníamos algo más de trecientos kilómetros por delante. Nada en comparación con lo que ya habíamos recorrido.

En diez días llegamos a Londres. Era de noche. Desde que desembarcamos en Reino Unido, las horas de luz se habían acortado día a día. Estábamos cerca del solsticio. Los días eran cortos. Las noches largas y frías, incluso con toda la ropa de abrigo que teníamos puesta. Entrábamos por la zona de Heathrow. A unos cinco kilómetros del aeropuerto, paramos para recrearnos la vista. Era como un espejismo. Se veían luces. Las torres del aeropuerto estaban encendidas. Vimos cómo se aproximaba un avión. Era cierto. No sólo habían conseguido restablecer la electricidad, también se había reiniciado el tráfico aéreo. La normalidad volvía al mundo. Nos entró

un subidón. Una cosa llevó a la otra. Hacía un frío de pelotas, pero al abrazo de alegría le siguió un beso, luego un muerdo, mis manos se calentaron y bajaron al culo de María. Lo apreté. Estaba juguetón y me ocupé algo más arriba ¡Qué tetas tenía! Sus manos también andaban revoltosas. Llevábamos sin meter desde que llegamos a las puertas de Totnes. Nos habían contagiado su jodida depresión. Todo cambiaría ahora. Habíamos recuperado la buena estrella.

Después del polvo, decidimos parar y hacer noche antes de entrar en la ciudad. Quedaban unos treinta kilómetros hasta el centro de Londres. Saldríamos pronto, antes del amanecer. Llegaríamos allí antes de las once.

La entrada en Londres fue extraña. La ciudad se veía abandonada. El extrarradio estaba incluso más destruido que Plymouth. La muerte flotaba en el ambiente. Los pocos edificios que quedaban en pie, estaban vacíos. Las cenizas y los restos negros de los incendios que debían haber asolado la ciudad, cubrían todo. No había gente por la calle. Sin embargo, cuando nos fuimos acercando al centro de la ciudad, comenzamos a ver vida. Había gente trabajando en las calles. Máquinas quitando escombros de edificios derruidos, equipos de limpieza borrando las huellas del caos, operarios trabajando en distintas tareas de recuperación. Circulaban algunos coches pero, sobre todo, circulaban camiones y autobuses que transportaban gente. Las tanquetas militares habían tomado posesión del centro de Londres. Militares armados patrullaban las calles y miles de carteles indicaban cómo llegar a la célula productiva de Ener10. Pasamos por el arco de triunfo de Wellington, ahora negro entero, igual que la estatua que lo coronaba. Me imagino que era el resultado de grandes hogueras, un recuerdo más de la barbarie. Anduvimos hasta el palacio de Buckingham, atravesando lo que en su día fueron cuidados parques urbanos. De los árboles centenarios que recuerdo de mis viajes a Londres, prácticamente no quedaba ninguno en pie. La madera ardía y en una ciudad sin energía, el material para la combustión era un bien escaso. Seguimos avanzando hasta las oficinas de Ener10. Estaban muy cerca, en los jardines de San Jaime. Habían trabajado mucho en su propia manzana. Faltaban estatuas, había cristales rotos en el edificio, pero la zona estaba limpia.

El montaje era impresionante. Había tanquetas militares rodeando toda la manzana. En cada una de las cuatro entradas, miles de personas hacían cola. Gente que como nosotros quería adherirse al nuevo sistema. Gente que buscaba trabajo, protección, seguridad. Escogimos una al azar. Al poco rato un chico pasó repartiendo, a todos los que estábamos en la cola, unas hojas. En una de ellas estaban escritas las nueve reglas y los nueve compromisos. En las otras había una explicación detallada del pilar de la energía. Una sola corporación se ocupaba de producir los medios necesarios para la generación, almacenamiento, instalación y control de las redes de distribución eléctrica en cada célula productiva. Eran los responsables de la

investigación y desarrollo de nuevas fuentes de energía. El nombre de la corporación era Ener10. Sin embargo, la célula matriz no estaba en Londres, estaba en Arabia Saudí.

Había que joderse. Después de lo que habíamos pasado, después de la masacre, la invasión, nuestros casi cinco meses de huida para escapar del régimen islámico, habíamos terminado haciendo cola para adherirnos a una corporación controlada por el Islam. Millones de muertos y con unas cuantas reuniones los mandamases habían decidido firmar una alianza y convertirse en socios. Me jodía pero tampoco teníamos muchas más alternativas. Mejor no quemarme la sangre con el tema.

Cada célula estaba diseñada para tener un grado de autosuficiencia muy elevado. Dentro de todas las células productivas había adheridos a cada uno de los nueve pilares, en función del tipo de capacitación y preparación que tuviesen. Si nos adheríamos, perteneceríamos al pilar de la energía en la familia que más se adaptase a nuestros conocimientos, en aquella en la que nuestra contribución se pudiese optimizar. En esto no habían sido demasiado originales. Habían montado la típica estructura matricial de todas las multinacionales.

María estaba claro dónde iba a caer. Pilar de la energía, que para eso estábamos en una célula de producción de ese pilar, en la familia de energía ¿Y yo?

En el panfleto que nos dieron, también había una lista de los nueve pilares junto una explicación de sus objetivos y su funcionamiento ¿Qué aportaba un tío de marketing en una sociedad en la que desaparecía la competencia?, ¿en una organización regida por monopolios? Me imagino que al final los privilegios a los que tenías acceso, que debía ser como dinero al fin y al cabo, los podrías usar como quisieses. Podrías dedicar más o menos a alimentación, a bienes de consumo, a transporte, a ocio o a lo que fuese. Alguien les tendría que lijar la oreja para que gastasen puntos en los productos de un pilar y no en los de otro, o lo mismo el sistema compensado del que hablaban, dejaba poco margen de elección a los adheridos y nos llevaban a todos como a un rebaño.

Después de pensarlo, decidí que apostaría por entrar en la familia de bienes de consumo. La leche. Iba a depender por un lado de musulmanes y por otro de los chinos ¿No quería mundo global? Aquí lo tenía.

Mientras esperábamos en la cola, pensaba en el sistema, el nuevo orden éste que se habían montado. Dejaba poco margen a la improvisación. Las nueve reglas tenían su enjundia. Con el rollo del módulo de la mejora genética te tenían pillado por los huevos. Si querías adherirte te comías la primera regla y el implante. Una vez que entrabas, la octava regla te recordaba que no podías abandonar la corporación. Seguro que los implantes te podían joder la vida si violabas cualquiera de las reglas. Porque si te

echaban, novena regla, ¿qué hacían con el implante?, ¿te lo quitaban y te ibas de rositas? Claro que, ¿adónde te ibas?, ¿de qué vivías? Si ya no tenías implante, no podías tener relación con las corporaciones. Eso te dejaba abandonado a tu suerte. Ya habíamos sufrido en nuestras propias carnes lo que es buscarte las habichuelas por el mundo, sin energía, sin nadie que te proteja, sin tener seguro si cada día vas a comer o no.

Es lo que había. Quería volver a la comodidad. Yo y los miles de tíos que estábamos haciendo cola para que nos enchufasen un implante que nos atase con cadenas de oro a la corporación de turno.

Al fin y al cabo tampoco sería tan diferente a la vida que llevábamos antes. Tenía su parte buena. No había que buscar curro. Una vez que estabas en la corporación, ahí seguías hasta los restos. Las horas de trabajo estaban acotadas. Nada de 'tenemos un lanzamiento y hay que dejarse los huevos hasta las cinco de la mañana porque si no, no llegamos'. No tendríamos que pagar impuestos. Ni tragarnos el *bullshiting* de los políticos. Me imagino que una vez se rueda el tema, se podrán pedir traslados a otras células. Eso no es abandonar la corporación y digo yo que les hará falta que la gente rule; intercambio de conocimiento, *team-building* y todos esos rollos que a las multinacionales siempre les han puesto cachondos.

Me guardé mis paranoias para mí. No era plan de contárselas a María y que tuviésemos movida.

Nos tocó hacer un par de noches en la cola hasta que nos llegó el turno. Un militar, bajo estricto orden de numeración, nos dio acceso a una sala enorme con hileras de mesas perfectamente alineadas y ordenadas. Despachaban tipo caja de un supermercado. En las octavillas que nos dieron, había una última hoja tipo formulario para rellenar tus datos; los personales y los profesionales. La falta de veracidad de cualquiera de los datos suponía una violación de la novena regla.

Cuando me tocó, la 'cajera' de turno hizo la pregunta de rigor '¿Ha leído las octavillas y entiende y acepta todo lo que en ellas se explica?' Mi sí dio paso a la introducción de mis datos en un ordenador. Le empecé a contar mi vida; que yo era de marketing, que creía que donde más podía aportar era en la familia de gran consumo. Me dijo que me mantuviese en silencio. Ella no tomaba la decisión. En base a los datos, el ordenador, decidiría a qué familia pertenecería y cuál sería mi categoría dentro de la familia.

A ver si el ordenador no la cagaba.

En quince minutos el proceso de adhesión terminó. Un pinchazo. Una primera lectura del implante para comprobar que funcionaba correctamente y allí en la pantalla del ordenador de la 'caja corp', de forma totalmente impersonal, apareció escrito mi destino:

Familia de alimentación

Pilar energía

Categoría 8

María, como era previsible, quedó identificada como miembro de la familia de la energía, en el pilar energético. Su categoría era 15.

Si tenía pareja o familia debía subir junto con ellos a la planta decimotercera a completar el proceso de identificación de relaciones personales. Me daría acceso a tener una vivienda compartida con las personas que se registrasen conmigo. Si estaba yo sólo debía ir a la planta vigésimo primera.

María y yo salimos de la sala más o menos al mismo tiempo. Era el momento de decidir. '¿Planta trece o planta veintiuno?' No me quedó muy romántico. Lo sé. Me miró con esos ojazos grises suyos que me perdían. 'Atrévete con el trece, no te arrepentirás'. Se rió. Sin contestar se fue hacia el ascensor. La seguí. Ese culo me volvía loco. Flecha hacia arriba. Entramos. Las dos plantas estaban ya marcadas. El ascensor paró en cada planta. Llegó a la trece. Me sentía como en el casino: 'No va más. Trece, negro, impar'. No sabía a qué había apostado María. No me moví. Ella dio un paso adelante y me miró '¿Tan pronto te has arrepentido?'.

Camino de los treinta y seis, me iba a vivir con una tía por primera vez. Un hito. Un compromiso que nunca pensé que adquiriría.

Alguien había hecho sus deberes en el control de procesos. Los tenían completamente estandarizados. Misma historia. Esta vez en una mesa en la que nos sentamos María y yo. Igual de impersonal. Lectura de ambos implantes. Resultado en pantalla:

Sector 9

Sección 87

Vivienda 53JYX

En planta calle había un área de pantallas interactivas donde podríamos visualizar un mapa para llegar a nuestra vivienda. Recibiríamos todas las indicaciones necesarias. Al día siguiente debíamos volver para que nos asignasen nuestros nuevos puestos de trabajo.

Habíamos subido al carro del bienestar. Empezaba una nueva era para la humanidad. Un nuevo mundo. Éramos supervivientes. Estábamos escribiendo la historia.

Camino de nuestro nuevo hogar, del brazo de María, me sentí el hombre más afortunado de la Tierra.

* * *

Cerca de Vancouver, Canadá

Crear el mundo que nosotros queremos es un proceso mucho más poderoso que destruir lo que no queremos.

Marianne Williamson

El grupo de siempre no tardó en llegar. En menos de dos días desde la explosión les vimos aparecer. Cautelosos. Entraron en escena de forma secuencial. Los primeros fueron Kojak y el Herrero. Iban armados. Los dos con armas de fuego. Entraron en nuestro campo de visión desde la zona en la que en su día estuvo nuestro *earthship*. Andaban despacio. Levantando con el pie los escombros. Encontraron restos de los cuerpos muertos. Revisaron las inmediaciones del establo, de la huerta, de los frutales... Todo devastado.

A través del periscopio no pudimos ver ni rastro de los demás.

Estuvieron en la zona algo más de una hora. Mark era quien les observaba. Iban con los perros. No hablaban. Se comunicaban por señas. Seguramente habían observado la escena desde la distancia antes de decidirse a entrar. Desaparecieron y volvieron al cabo de un rato con Paul, David, Anselme y Katsumi. No se veía a las mujeres o a los niños. De nuevo rastrearon la zona. Escuchábamos algunas palabras inconexas. Sus caras mostraban incredulidad ¿Quién podría haber hecho esto?, ¿de quién eran los restos de cuerpos que había esparcidos por toda la zona?

Desaparecían durante horas y volvían de nuevo. Sólo ellos.

Apenas quedaban cuarenta y ocho horas en nuestra cuenta atrás. No sabíamos muy bien dónde habían acampado. No debían estar demasiado lejos, quizás tuviésemos suerte y los perros no escuchasen la apertura de la escotilla. Eso nos daría algo de tiempo.

Apenas conseguimos dormir durante esos dos últimos días. Los niños percibían nuestro nerviosismo. Les habíamos explicado que el búnker se abriría, que el grupo que había estado viviendo durante los últimos meses en nuestra casa había vuelto, que debíamos interaccionar con ellos, conseguir que nos aceptasen, que nos dejaran unírnos a su grupo. Sería más fácil sobrevivir con ellos que nosotros solos. Les explicamos que al principio sería difícil, que tendrían recelo, que no debían tener miedo aunque la situación fuese tensa. Por lo que les conocíamos, parecían buena gente. Conseguiríamos entendernos con ellos.

El momento llegó. El reloj con la cuenta atrás, que teníamos en el interior del búnker, marcó el ansiado 00:00:00. Mark giró la rueda de la escotilla. No hizo mucho ruido. No el suficiente para escucharse desde la distancia. Como había previsto, la tierra que tanto nos costó colocar antes del cierre, se había compactado. Rachel y Patrick estaban en la esquina más alejada de la escotilla. Con un puntal comenzamos a descompactar la tierra que nos separaba de la libertad. Los primeros cinco pies fueron los más difíciles. Los golpes de los puntales resonaban como martillazos. No tardarían en llegar.

Diez pies cúbicos de tierra. Algo menos de dos horas hasta que los primeros rayos de luz natural entraron al búnker. No les veíamos, pero sabíamos que estaban allí. Escuchamos sus voces. Nos preguntaban algo. Había mucho ruido. Demasiada confusión. Colocamos la escala. Mark fue el primero en subir. Mientras lo hacía, gritaba frases tranquilizadoras hacia arriba. Cuando asomó la cabeza, le apuntaban varias armas ¿Quién era?, ¿de dónde salía?, ¿qué hacía bajo tierra?, ¿estaba sólo?, ¿qué había pasado con la granja?, ¿quiénes eran aquellos hombres muertos que habían encontrado?

Mark hizo gala de su sangre fría, de su empatía y su don de gentes. Les explicó que era el dueño de aquellas tierras, que él, su mujer y sus dos hijos, habían permanecido encerrados en el búnker del que salía, desde poco después del apagón. Hacía unos días había llegado un grupo de hombres, violentos, voraces, crueles. Habían matado a los animales, desperdiciaban los alimentos, estaban destrozando todo. Era gente que no respetaba la vida. Él mismo había volado su propia casa para defenderlos a ellos. Les habrían matado. Eran guerrilleros, algún tipo de milicia o tribu urbana. Estaban armados y no habrían dudado en hacerles daño.

Les pidió permiso para salir. Sus armas continuaron apuntándole, pero le dejaron terminar de subir. Les dijo que sus hijos y su mujer estaban aún dentro. Primero subiría su hijo, después su mujer con su hija. Sólo tenía un año. Les pedía que no la amenazasen con las armas.

Patrick salió. Después subí yo con Rachel cargada en una mochila portabebés. Me ayudaron a salir.

Estaban perplejos. No daban crédito, pero no tardaron en darse cuenta de que no representábamos una amenaza. Nos dijeron que les acompañásemos a su campamento. Habían acampado en un claro cerca del lago. Allí esperaban las mujeres y los dos niños. Su sorpresa se reflejaba en sus caras. El miedo en las de los niños. Nos instalamos con ellos. Les contamos nuestra decisión de entrar en el búnker. Nuestra vida durante los últimos cinco meses. Cómo les habíamos visto a través del periscopio desde que llegaron. Cómo vivimos la entrada en escena de los intrusos. La decisión de volar toda nuestra vida para defenderlos, para defendernos de una amenaza cierta cuando el búnker se abriese. Habíamos estado aislados del mundo. No sabíamos qué había pasado. Cuál era la situación.

Nos contaron lo que ocurrió durante las primeras semanas del *blackout* en Vancouver. Cómo la situación se había hecho inmanejable. Cómo, por ese motivo, ellos terminaron allí.

Pasamos días hablando. Intercambiando información. Durante esos días, sacamos del búnker todo lo que podía ser de utilidad. Teníamos sacos de dormir, una tienda de campaña, bastante ropa de abrigo, carbón, herramientas... Cuando bajaron con Mark, no podían creer que hubiésemos estado viviendo allí. Bajo tierra. Bajo ellos. Por fin comprendieron el nerviosismo de sus perros cada vez que se acercaban a esa zona, ataron los cabos del origen de las fugas de electricidad, entendieron por qué no había víveres en la casa.

Las provisiones que aún teníamos en el búnker, junto con los alimentos que ellos habían ido recuperando de la zona de los frutales y la huerta, y la poca caza que aún quedaba, nos permitió sobrevivir durante algunas semanas. Pero allí no teníamos futuro. No podríamos reconstruir la granja. Los días se hacían fríos. Las noches más. Algunos días caían copos de nieve. Casi todas las noches helaba.

Ninguno queríamos. Sin embargo todos éramos conscientes de que la única opción que nos quedaba era acercarnos a Vancouver. Nuestro coche estaba aparcado lejos de la granja. No había volado por los aires. Mark había guardado varios bidones de gasoil en el búnker junto con un par de baterías. Podríamos utilizarlo para acercarnos a alguna zona con población.

La expedición la integraban Mark, Ciarán y Dylan. La carretera a Vancouver estaba desierta. No vieron a nadie. No había tráfico, ni un coche, ni un camión. Parecía como si no hubiese vida, como si la población hubiese desaparecido.

En la entrada a Vancouver les detuvo un grupo militar. Se identificaron como miembros del Ejército para la paz. No estaban autorizados a entrar con

un vehículo en la ciudad. Vancouver era ahora una célula productiva de los nueve pilares. No eran adheridos. Eran seres humanos no modificados. Si querían acceder, debería ser con escolta. Al día siguiente, había programada una conferencia para nuevos miembros en el estadio BC Place. Sólo tenían autorización a ir a esa conferencia. No consiguieron que les explicasen nada más.

Habían ido a conseguir información y lo que fuera que contasen en el estadio tendría que ver con la situación en Vancouver. Debían ir con ellos. Entender qué era eso de los nueve pilares, las células productivas, el Ejército para la paz. Tenían que saber qué había pasado en Canadá, en el mundo.

Asistieron a la conferencia. Tomaron contacto con el nuevo orden mundial. El BC Place estaba al completo. Su aforo era de unas sesenta mil personas. Todos gritaban y aclamaban a los miembros de las familias que presentaban el nuevo orden, los nueve pilares, el mundo corp, las nueve reglas, los nueve compromisos. Les vitoreaban. Eran los salvadores del mundo.

Una población maltrecha, con la desesperación escrita en sus rostros, hacía colas para firmar la adhesión a ese nuevo orden. Aceptaban los términos de semi esclavitud que les vendían a cambio de sentirse protegidos, seguros. La humanidad se había quedado huérfana de líderes. Había perdido el rumbo. Hacía años que había vendido su iniciativa y su capacidad de sobrevivir al bienestar y al consumo. Se habían adocenado. Eran un rebaño. Necesitaban un pastor. Alguien que les guiase, que les dijese qué hacer y cómo. El precio no importaba.

Las medidas de seguridad y control de la conferencia eran impresionantes. Fueron de los pocos, por no decir los únicos al menos por la puerta que eligieron para salir, que no se sumaron a las largas colas de adhesión. Otro grupo militar les paró en la salida. Si no se adherían, no tenían derecho a permanecer en Vancouver. Estaban en una célula productiva propiedad de los nueve pilares. Les acompañarían a uno de los controles de salida de la ciudad.

El coche seguía allí cuando llegaron. Esa misma noche estaban de vuelta.

La situación era así. Las corporaciones habían tomado el control del mundo. Primero en Occidente y después de firmar la paz con la nación islámica, con la que habían luchado encarnizadamente durante meses, también sobre la zona islámica. Durante el *blackout* habían muerto dos terceras partes de la población. Los que quedaban se adherían masivamente al sistema. Un mundo organizado con una estructura matricial de familias y conocimiento, controlado por las corporaciones. Los que se unían a esa estructura, recibían un implante genético que les permitía identificarse dentro de la organización y acceder a los beneficios y privilegios derivados de su trabajo. El Ejército para la paz velaba por los intereses de las

corporaciones que usaban la fuerza de ese supuesto ejército pacífico, para quedarse con los bienes productivos que hace tan sólo unos meses eran de otros. Si no pertenecías a las corporaciones, no tenías acceso a ninguno de sus productos, servicios o beneficios. Si aceptabas sus condiciones, las corporaciones te garantizaban un nivel de bienestar y confort adecuado. Era un sistema fascista, sustentado por la política del miedo. El miedo a no poder sobrevivir sin las corporaciones. El miedo al disuasorio Ejército para la paz. El miedo a no enfrentarse a un futuro incierto.

Los militares que les acompañaron les dijeron que eran resilientes. Cualquier ser humano no modificado era un resiliente. Había algunos, no muchos, que no habían querido entrar en el mundo corp. Hippies trasnochados que habían montado comunidades autárquicas y anárquicas que no aguantarían más de unos meses.

Desde el miedo, el desconocimiento y la falta de iniciativa, la valoración de los adheridos, de esos que ellos llamaban resilientes, era comprensible. Sin embargo nosotros no teníamos miedo a un futuro incierto. Sumábamos bastante conocimiento en la vida autosuficiente y cada uno, a nuestro modo, habíamos demostrado con creces nuestra iniciativa y nuestra capacidad para sobreponernos a situaciones difíciles.

Si existían comunidades resilientes las encontraríamos. Si no existían, fundaríamos la primera.

Ninguno queríamos firmar las nueve reglas. Ninguno queríamos implantes de mejoras genéticas. Grilletes electrónicos que no nos permitirían abandonar ese nuevo orden mundial depurado y diseñado para restringir todavía más las libertades del ser humano.

Queríamos ser libres. Vivir en armonía con nuestro entorno, con la madre tierra. No consumir más de lo que estrictamente necesitásemos. No dañar el medio que nos daba la vida. Conectar con la energía del universo. Disfrutar la intensidad de una vida sin programa. La aventura de descubrir la paz en nosotros mismos. Sentar los cimientos de un mundo, en que los seres humanos pudiesen vivir en cooperación y no en competencia.

Éramos resilientes. Nuestra nueva vida acababa de comenzar.

* * *

EPILOGO

Los mismos que crearon a los durmientes, *výpadek* y *karişıklık*, consiguieron eliminarlos de las redes de distribución eléctricas. Los que trajeron el caos y la muerte a la Tierra, se presentaron tras la firma de la paz duradera como los salvadores del planeta. Los *brahmana* se reorganizaron. Sus guerras destruyeron el mundo decadente que ellos mismos habían creado siglos atrás, para construir un mundo nuevo más adaptado a sus necesidades presentes, a sus anhelos futuros. Dictaron las nueve reglas, los nueve compromisos. Y de la mano de los *chatria*, retomaron el control. Inició para ellos la era de los nueve pilares. Eliminaron intermediarios, terminaron con las fronteras, con los políticos, con los gobiernos, con la propiedad privada de los parias, con todo lo que no fuesen sus corporaciones.

Los parias que no supieron escuchar a Gaia, los que seguían perdidos en un laberinto de gritos desgarrados, de lamentos de pérdida e incertidumbre, sí oyeron la llamada de los *brahmana*, la llamada de sus antiguos dueños. Habían vuelto a por ellos. No les habían olvidado. Habían construido nuevas jaulas para devolverles la seguridad, la estabilidad, el bienestar, la comodidad.

La rueda volvió a girar. Más grande. Más poderosa. Más autoritaria. Más controladora. Los parias fueron modificados genéticamente. Quedaron marcados y posicionados. Los *brahmana* habían dado un paso más allá, habían creado una nueva especie; el *homo corps*. Un género dirigido por control remoto. Humanos que les pertenecían por voluntad propia. Libremente, los parias aceptaron las nueve reglas, las nuevas cadenas que les ligaban de por vida, a ellos y a sus hijos, a los *brahmana*.

Cuando los *brahmana* tuvieron suficientes adeptos a su nuevo sistema, inició el período de ablución. Muchos fueron eliminados de las familias. El primer objetivo de las abluciones, fue el ideólogo de los nueve pilares. Algunos parias, pudieron entrar en las familias por el poder y las riquezas que habían acumulado antes de la llegada del *blackout*. El sistema ultracapitalista preblackout se había hecho ineficiente. Permitió a muchos hacerse con un poder que no les pertenecía. En la construcción de los nueve pilares, ese poder les dio la llave de entrada a las familias. Fue un error que las abluciones solventaron. Los *brahmana* lo llamaron la purificación de las familias. Consiguieron despojar a los nueve pilares de los pocos ideales de paridad y justicia que los parias infiltrados habían impreso en el diseño del sistema.

Una vez purificadas las familias, el Consejo de los nueve pilares aprobó nuevas leyes; más restrictivas, más represivas, más limitativas. Otorgaron más poder a los *chatria*. Los parias comenzaron a sentir la opresión que sólo conseguían mitigar con la evasión a los mundos virtuales, a la nube digital.

Mientras, los resilientes siguieron despertando en diferentes puntos de la Tierra. Con el espíritu de colaboración, frente a la competencia, intentamos establecer un marco de convivencia con las células productivas de las corps. El Consejo de los nueve pilares no quiso hablar con nosotros. Nos convirtieron en proscritos. Condenaron cualquier contacto con los humanos no modificados. Nos negaron el acceso a la tecnología. Prohibieron a la resiliencia la extracción de recursos naturales en ningún punto del planeta. Nos negaron lo que Gaia nos había otorgado.

Fue el tiempo en que la resiliencia se organizó. Formamos comandos de entrada, concebidos para atacar las células productivas de las corps. Actuábamos con rapidez. Desde la clandestinidad. Ejecutábamos nuestras misiones en el mínimo tiempo. El Ejército para la paz rara vez interceptaba un comando si no era fruto del azar.

Los comandos de entrada proporcionaron tecnología y recursos naturales a las comunidades resilientes. Fue la base para iniciar la construcción de núcleos autosuficientes, integrados con el hábitat al que pertenecíamos. Adaptamos nuestra forma de vida a cada entorno. Aprendimos a convivir con Gaia, a respetarla, a protegerla. Diseñamos planes de ataque contra los nueve pilares. Minamos sus células de extracción de recursos naturales. Boicoteamos las plantaciones de alimentos modificados genéticamente, para impedir que se diseminasen y atacasen a los microorganismos y a los seres vivos de Gaia. Los biotecnólogos resilientes estudiaron los módulos de mejora genética de adeptos huidos de las corps, mártires que murieron por alcanzar la libertad y dieron a la resiliencia el conocimiento necesario, para conseguir extraer los módulos sin dañar al organismo portador.

La resiliencia consiguió emular módulos de mejora genética, lo que nos permitió introducir infiltrados en las células productivas. Burlamos sus sistemas de identificación y sembramos el germen de la duda, de la disconformidad, de la discrepancia, dentro de su núcleo, en su interior. Entre los parias, empezaba a nacer una corriente de oposición a los nueve pilares. Los infiltrados facilitaban la huida de los adeptos que querían abandonar las corps. Conseguimos que los adeptos pudiesen evitar el cumplimiento de la octava regla. Cada salida era una contrarreloj, en que ganar suponía evitar la muerte del adepto.

Los *brahmana* nos subestimaron. Pensaron que la resiliencia moriría durante el primer año, durante su plan de establecimiento. No fue así. Gaia nos guió. El subconsciente colectivo nos otorgó el poder de compartir información. Las comunidades resilientes alcanzaron un grado de innovación con el que las corporaciones no podían competir.

No fuimos muchos los que abrazamos a Gaia en los primeros días de nuestra era, pero los que lo hicimos, teníamos un grado de convicción y comunión tan alto con la madre Tierra, que conseguimos desarrollar campos morfogenéticos propios, campos de energía que se fusionaron con el subconsciente colectivo de Gaia.

La resiliencia nació como alternativa al mundo de los *brahmana*. La esperanza de la Humanidad residía en Gaia. Gaia la ultrajada, la maltratada, la sobreexplotada, tendió los puentes hacia la verdad. Iluminó a la Humanidad en el camino a la libertad y la felicidad. Un camino que los resilientes anduvimos durante la era de Gaia.

Crónicas de los resilientes

Tomo I, Libro I

NOTAS

¹ Gaia, diosa griega de la Tierra

² Vypadek: Apagón en checo

³ Karişıklık: Caos en turco

⁴ Problema que los maestros zen, plantean a sus alumnos para comprobar sus progresos.

⁵ SAI: Sistema de alimentación ininterrumpida

⁶ El cine gore es un tipo de cine de terror que se ensaña en lo visceral y la violencia gráfica.

⁷ Al-Andalus: Nombre del territorio conquistado en la península Ibérica durante el imperio árabe

⁸ Salah: Orar en árabe. Es el nombre de las cinco oraciones diarias de los que profesan el Islam.

⁹ Maghrib: Cuarta salah diaria del Islam. Se reza después del ocaso.

¹⁰ Off-road: Fuera de carretera en inglés.

¹¹ Minato: Barrio de la ciudad de Tokio

¹² Haima: Tienda de los campamentos nómadas del desierto

¹³ Shisha: Pipa de agua o cachimba en la que se fuma tabaco de distintos sabores

¹⁴ Maa': Agua en árabe

¹⁵ Ana marída: Estoy enferma en árabe

¹⁶ Bushra significa buen augurio.

¹⁷ Bivouac: Término francés, ampliamente aceptado en otros idiomas, para definir las acampadas al raso

¹⁸ Octavo hadiz de Mahoma, según la recopilación de Al-Nawawi: “Me ha sido ordenado luchar contra la gente, hasta que atestigüen que no hay más dios que Alá, practiquen el salat y paguen el zakat. Si cumplen con esto, salvaguardan su sangre y sus bienes de mí, a menos que lo merezcan, según el Islam. El ajuste de cuentas es cosa de Alá”.

¹⁹ Xasa, se dice de los bejas cuya lengua principal es el tigríña, no el to-bedawiye (lengua común de los bejas)

²⁰ Agee-zay, en el idioma beja significa, nómada, trotamundos.

²¹ Harob es el nombre beja para sorgo. Es el quinto cereal en superficie de cultivo en el mundo, después del maíz, arroz, trigo y cebada.

- ²² Los clanes beja se dividen en familias, los bedana y en subfamilias, los hissa. El sheikh es el jefe del bedana, la máxima autoridad del grupo familiar.
- ²³ Jinn: Genio o criatura sobrenatural del folclore árabe. En la religión islámica, los jinns, los humanos y los ángeles son las creaciones a las que Alá les concedió inteligencia.
- ²⁴ Lutte: Nombre de la embarcación, significa lucha en francés
- ²⁵ A tout à l'heure: Hasta la vista en francés.
- ²⁶ Al-Qâhira: Nombre árabe de El Cairo
- ²⁷ Qurtuba: Nombre árabe de Córdoba (España)
- ²⁸ Ifriqiya: Nombre árabe de África
- ²⁹ Umma: Todos aquellos que profesan la religión islámica
- ³⁰ Dâr al-Islâm: Territorio del Islam
- ³¹ Siqilliya: Nombre árabe de Sicilia
- ³² Dâr al-Harb: Territorio de la guerra
- ³³ Sharía: Código religioso de conducta. Conformar el cuerpo del derecho islámico. Basado en el Corán.
- ³⁴ Hinna: Tinte vegetal utilizado para colorar el pelo y la piel.

INDICE

Agradecimientos.....	3
PROLOGO	6
Domingo, 11 de julio	9
Lunes, 12 de julio	12
Viernes, 16 de julio	21
Miércoles, 21 de julio	34
Jueves, 29 de julio	48
Domingo, 8 de agosto	63
Miércoles, 19 de agosto.....	76
Miércoles, 1 de septiembre	90
Viernes, 17 de septiembre.....	110
Lunes, 6 de octubre	128
Domingo, 26 de octubre	155
Sábado, 8 de noviembre	178
Sábado, 29 de noviembre	195
Diciembre	212
EPILOGO	232
NOTAS	235
INDICE	237

Si quieres bucear más en el Blackout:

<http://blackoutelapagon.blogspot.com>



Octubre 2011